

KATRINE ENGBERG

LA
ESTRATEGIA
DEL
COCODRILO



MAEVA | NOIR

LA ESTRATEGIA DEL COCODRILO

KATRINE ENGBERG

MAEVA defiende el copyright©.

El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

© Katrine Engberg, 2020

© de la traducción, Daniel Sancosmed Masiá

© de la cubierta, Opalworks BCN sobre imágenes de Shutterstock

© Maeva Ediciones, 2020

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

ISBN: 9788417708795

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L

A Timm. De ahora en adelante

MIÉRCOLES, 8 DE AGOSTO

PRÓLOGO

LA LUZ DE la mañana levantaba el polvo de las pesadas cortinas. Recostado en su silla, Gregers Hermansen observaba el baile de las partículas flotando por el salón. Le llevó tanto tiempo despertarse que apenas le salía a cuenta ponerse de pie. Puso las manos en el reposabrazos pulido por el uso y echó la cabeza hacia atrás, aflojó la mandíbula y cerró los ojos ante el centelleo de la luz antes de oír el ruido de la cafetera en la cocina.

Tras una pequeña cuenta atrás, se levantó, se puso las zapatillas y caminó con pasos cortos sobre el suelo de linóleo de la cocina. Siempre la misma ruta por delante del aparador de caoba y de la butaca verde hasta llegar, al fin, al dichoso agarradero que el cuidador había puesto en la pared el año anterior. «Gracias, me arreglo bien sin él», le había insistido, pero un poco sí ayudaba.

Sacó del depósito el filtro de café usado y lo tiró al cubo de la basura. Otra vez lleno. Gregers tomó la bolsa del soporte de plástico y, apoyándose en la mesa, se dirigió a la puerta de la cocina, que abrió con la mano que tenía libre. Al menos podía bajar él mismo su propia basura por la escalera de servicio. Miró de soslayo la colección de botellas que la vecina de arriba tenía en el descansillo. Esther de Laurenti. Putos borrachos. Organizaba, para sus amigos artistas, banquetes que se alargaban hasta el día siguiente. Pero era su casa, así que de nada servía quejarse.

Los escalones de madera cedieron y él se agarró con más fuerza a la barandilla. Quizá sería inteligente mudarse a un sitio adaptado a sus necesidades, pero llevaba viviendo toda la vida en el centro de Copenhague y prefería correr riesgos con las escaleras empinadas a pudrirse en un asilo de las afueras. En el descansillo, soltó la bolsa y se apoyó en el marco de la puerta. Las dos jóvenes estudiantes que compartían el primer piso eran una fuente de irritación constante, pero también, muy en secreto, de una insolente nostalgia. Su sonrisa despreocupada despertaba en él recuerdos de noches de verano junto al canal y besos de enamorados. Por aquel entonces, todo era posible y la vida aún no pasaba de largo.

Cuando se hubo recuperado un poco, levantó la vista y vio que la puerta de las chicas estaba entreabierta. Un hilo de luz se colaba por el hueco de la puerta. Las chicas eran jóvenes y descuidadas, ¡pero no tan tontas como para dormir con la puerta abierta! Eran las seis y media de la mañana, era posible que acabaran de llegar de una noche de marcha, pero aun así.

—¿Hola...? ¿Hay alguien?

Con la punta de la zapatilla empujó despacio la puerta, que se abrió con facilidad. Gregers, inconscientemente, se echó un poco hacia atrás. Quizá incluso tendría que disculparse de mala gana por ser un viejo verde acechante. Quizá debería tirar de la puerta y bajar la basura antes de que se agriase el café caliente que tenía arriba.

Se agarró fuerte al quicio y se estiró hacia la puerta para coger la manilla, pero no midió bien la distancia. En un espantoso instante que se prolongó eternamente, como el tiempo desde que un caballo te da una coza hasta que llegas al suelo, empezó a comprender que no era lo suficientemente fuerte para soportar el peso de su cuerpo. Las zapatillas resbalaron sobre el suelo de madera y perdió el equilibrio. Peleó con todas sus fuerzas, pero cayó irremediablemente en el piso de las chicas y aterrizó contra el suelo. No con estrépito, sino con el ruido seco y lastimoso del menguado cuerpo de un anciano en albornoz de terciopelo.

Gregers intentó respirar profundamente. ¿Se había roto la cadera? ¿Qué diría la gente? Por primera vez en muchos años, le entraron ganas de llorar. Apretó los ojos y esperó a que alguien lo encontrara.

El silencio se extendió de nuevo en la cocina. Se quedó esperando a oír gritos y pasos de alguien que acudiese en su ayuda, pero no sucedió nada. Cuando hubieron pasado un par de minutos, abrió los ojos e intentó orientarse. La bombilla que colgaba del techo lo cegaba. Divisó paredes blancas, una estantería con ollas y especias, y un montón de zapatos y botas a lo largo de la pared; él había caído sobre unos cuantos. Giró con cuidado la cabeza de lado a lado para comprobar si se había roto algo. No, parecía que todo estaba intacto. Apretó las manos. Sí, también reaccionaron. ¡Los zapatos de las narices! Intentó apartarlos para tener contacto con el suelo, pero no se movían.

Fijó la mirada en el desobediente calzado. La sensación de intranquilidad que sentía en el estómago creció hasta convertirse en una sofocante parálisis que se extendió por todo el cuerpo. Del zapato, medio metido bajo su vieja y dolorida cadera, salía una pierna desnuda que acababa en un cuerpo dislocado. Parecía una pierna de maniquí, pero Gregers notó una piel blanda contra la mano y entonces comprendió. Levantó la mano y vio sangre en la piel, en el suelo, en las paredes. Había sangre por todas partes.

El corazón le aleteaba como un periquito que quiere huir de su jaula. Estaba paralizado, el pánico rabiaba en su impotente cuerpo. «Ahora me muero yo», pensó. Quería gritar, pero la voz necesaria para hacerlo lo había abandonado hacía muchos años.

Entonces llegaron las lágrimas.

1

JEPPE KØRNER, INSPECTOR de la Policía de Copenhague, se echó agua en la cara y se miró en el espejo de la pared alicatada del baño. En uno de los espejos de los lavabos tenía forma cóncava; en otro, parecías exageradamente ancho. Siempre se le olvidaba qué efecto tenía cada espejo hasta que estaba lavándose las manos. Ese día había ido a parar al cóncavo, que le daba el aspecto de la figura de *El grito*, de Munch. Le sentaba bien.

Se le veía cansado y sabía que no se debía solo a las bombillas de bajo consumo de la sede central de la Policía. El pelo oxigenado y ridículo no ayudaba; no debería haberse dejado convencer por su amigo Johannes. «En la variedad está el gusto, ¡menuda chorrada!» Quizá debería rapárselo al cero. Así, al menos, parecería policía. Poli divorciado con una crisis vital, como en los libros. Un clásico. Y podría tener un bar fijo y un coche veloz, y pasear su dolor por el mundo como una marca en la frente, y quizá adquirir una bonita cicatriz: un corte con un cuchillo que hiciera juego con las heridas del interior.

Jepe se secó las manos con una servilleta de papel rígido y miró alternativamente del espejo al cubo de basura, arrugó la servilleta y la tiró. El papel mojado cayó al suelo con un sonido débil. «Qué bien —pensó y se agachó para recogerlo con toda la agilidad que le permitió su dolorida espalda—. Soy una persona sin puntería y demasiado escrupulosa como para dejar la porquería en el suelo.» Abrió la puerta del baño y se dirigió por el pasillo hacia la oficina mientras notaba el resquemor de la autocrítica.

La sede central de la Policía de Copenhague se yergue imponente con su preciosa estructura neoclásica y triangular, cerca del siempre floreciente parque de atracciones Tivoli, y aporta autoridad a la zona. El exterior de la construcción es duro y desentona con su entorno, como un poderoso mazacote de color arena, seguro de sí, ejemplo de rectitud, libre pensamiento y estupidez en el centro de los países nórdicos, un contrapeso necesario al extendido porno gratis y al abuso de alcohol, que están en su punto álgido. En el interior, la columnata del famoso patio circular y la artesanía de estilo italiano del siglo XIX suavizan un poco su aspecto. El día a día de los policías está adornado con el suelo de mosaico y terrazo desgastado que se extiende bajo sus activos pasos y que recuerda a la época en la que el espacio de trabajo tenía que reflejar la rigidez policial. El Departamento de Crímenes contra la Vida, también llamado Homicidios, mantiene su forma sombría original, con techos abovedados y paredes de color rojo oscuro con apliques. El mobiliario moderno ofrece un aspecto descafeinado en contraste con la pintura desconchada de las paredes y da una impresión global de abandono y desproporción a partes iguales.

El despacho que Jepe compartía con su colega, Anette Werner, no era una excepción: tristes

muebles laminados y de haya chapada, sin más intención que infundir buen humor, algo que sí tenía Anette. Cuando entró, ella estaba en su silla echada hacia atrás, con los pies en la mesa y riéndose en alto de algo que sucedía en la pantalla de su móvil.

—¡Kørner, mira esto! No tiene precio.

Jeppe se detuvo en el vano de la puerta.

—Buenos días, Anette. Creía que hoy tenías curso.

—No vas a librarte de mí tan fácilmente. El curso de ADN empieza el miércoles que viene. Mira, un labrador gordo que intenta atrapar una pelota, pero cae rodando por la cuesta y acaba en el agua —dijo al tiempo que ponía el vídeo desde el principio y le hacía un gesto para que se acercase, riéndose de nuevo.

Titubeó. Ocho años compartiendo despacho y, sorprendentemente, habían trabajado juntos en pocos casos. A pesar de ello, por regla general los dos acababan en el mismo grupo cuando la comisaria asignaba los casos pendientes. Al parecer, juntos podían con cualquier cosa, aunque a ellos mismos les costara percibirlo. Solo oír sus apellidos a la vez cuando tenían que presentarse ante testigos y familiares irritaba profundamente a Jeppe.

Pensaba que Anette tenía algo de buldócer; ella lo llamaba finolis y pedorro. En los días buenos, se picaban mutuamente como un viejo matrimonio; en los días malos, lo único que quería era tirarla al mar.

Aquel era un día malo.

—Paso, gracias. El humor animal nunca me ha parecido gran cosa.

Jeppe se sentó en su lado del escritorio doble e ignoró a su colega, que lo miraba poniendo los ojos en blanco mientras encendía el ordenador y sacaba el móvil del bolsillo del anorak. Vio que su madre lo había llamado y enseguida dejó el teléfono lejos y boca abajo. Desde que su padre murió el año anterior y tras su reciente naufragio matrimonial, su madre se había vuelto preguntona, cosa que nunca había sido. Le costaba decirle que esa insistente preocupación no le resultaba de ayuda.

Anette soltó una nueva carcajada al otro lado de la mesa y se secó los ojos con las mangas. Jeppe suspiró de forma provocadora. Se había imaginado un día solo en la oficina, un día en el que podría ponerse con el montón de papeles tranquilamente, sin la estrepitosa presencia de Anette pegada a la oreja.

Otra efusiva carcajada rasgó el aire e hizo que el escritorio temblase. Jeppe estaba a punto de empezar a protestar cuando la puerta del despacho se abrió de golpe. La comisaria estaba ahí, con el abrigo puesto. Era una señora mayor con un rostro amable que traslucía su profesionalidad y daba idea de su autoridad, y que en ese momento mostraba una profunda arruga de preocupación sobre los ojos marrones que hizo que Anette interrumpiera su ataque de risa y bajase los pies de la mesa. A pesar de que tras la reforma de la Policía, la jerarquía era relativamente plana y la mayoría de los inspectores tenían el título de «asistentes de policía» y en principio eran todos iguales, el discreto poder de la comisaria estaba fuera de toda discusión.

—Hemos hallado un cadáver, una chica joven. Klosterstræde, 12, indicios de asesinato. Acaba de llamar el inspector jefe de la central. No tiene buena pinta.

Jeppe se levantó. Tendría que haber sabido que sería un día así.

—¿Forense?

—Nyboe en persona, está de camino. También van para allá los de la Científica.

—¿Hay testigos? —preguntó Anette, poniéndose de pie.

La comisaria la miró sorprendida; hasta el momento no se había percatado de que estuviera ahí.

—Werner, creía que hoy tenías curso. Bueno, excelente, así vais juntos. Kørner, voy a montar un equipo; estás al frente de la investigación.

Jeppe asintió con una convicción que no sentía. No había liderado un grupo desde que volvió tras la baja por enfermedad.

—El hombre que encontró el cadáver está en el hospital, pero hay una vecina en la propiedad, una tal Esther de Laurenti. Empezad con ella y así los técnicos pueden ir analizando la escena del crimen mientras tanto.

—¿DeLorean? ¿Como el coche?

Anette eructó discretamente y expulsó el aire por la comisura de los labios.

Jeppe fue al rincón, abrió un armario y cogió su arma reglamentaria, una Heckler & Koch. Mientras se la ajustaba en la cartuchera, oyó el suspiro de la comisaria tras de sí.

—Sí, Werner, como el coche. Exactamente igual.

ESTHER DE LAURENTI alargó la mano buscando el despertador e intentó detener ese infierno que amenazaba con machacarle la cabeza. El paso del sueño a la realidad era como una nebulosa y no identificó el sonido del timbre hasta que sonó tres veces. Sus dos carlinos, *Epistème* y *Dóxa*, ladraban histéricos y ansiosos por proteger su territorio. Se había quedado dormida sobre la manta de la cama y tenía unas profundas marcas de las almohadas en la cara. Desde que se jubiló aproximadamente un año antes, tras trabajar en la Universidad de Copenhague, dejó que su noctámbula interior saliera a flote y rara vez se levantaba antes de las diez. El antiguo reloj de su madre, con una pareja de pastores, marcaba las 8:35. Si el que llamaba era el maldito cartero, le tiraría algo que pesase. Los pastores, por ejemplo.

Se envolvió en la manta y se dirigió a la puerta principal con un intenso dolor de cabeza. ¿Se había bebido la noche anterior todo el tetrabrik de tinto? En todo caso, habían sido más que los dos vasos de vino que se permitía cuando estaba escribiendo. Miró de reojo los montones del manuscrito impreso y sintió el eterno debate del escritor entre la nostalgia y el rechazo por el trabajo. El cuerpo le dolía y resultaba más que evidente durante su rutina matutina: estiramientos, ejercicios de respiración y copos de avena con pasas. Quizá un ibuprofeno. Sacudió el cerebro para ponerlo en su sitio y miró por la mirilla.

En el descansillo había un hombre y una mujer a los que Esther no conocía, pero le costaba recordar a los cientos de alumnos que habían pasado por las aulas de enseñanza en sus treinta y nueve años de docencia. Además, estaba convencida de que esas dos personas no eran antiguos estudiantes de Literatura; no parecían intelectuales. La mujer era baja y de hombros anchos con una diminuta chaqueta de chándal de poliéster y labios delgados pintados de rosa. Tenía el pelo rubio recogido en una coleta y una piel que parecía un tanto ajada por el sol. El hombre era delgado, con el pelo llamativamente dorado y podría haber resultado atractivo de no haber sido por la palidez y la cara de tristeza. ¿Mormones? ¿Testigos de Jehová?

Abrió la puerta y *Epistème* y *Dóxa* se pusieron a ladrar detrás de ella.

—¡Espero que tengáis el mejor motivo del mundo para haberme despertado!

Si se sintieron ofendidos por el recibimiento, no lo demostraron de ninguna manera. El hombre

la miró serio.

—¿Esther de Laurenti? Somos de la Policía de Copenhague. Me llamo Jeppe Kørner y ella es mi colega, Anette Werner. Me temo que tenemos una mala noticia.

Una mala noticia. A Esther le dio un vuelco el estómago. Se echó a un lado para que los agentes pudieran pasar. Los perros percibieron de inmediato el cambio de voz y la siguieron despacio con un gimoteo de desilusión.

—Pasen —dijo con voz empañada mientras se sentaba en el sofá y los invitaba a hacer lo mismo—. Siéntense.

—Gracias —contestó el hombre, dibujando un arco desconfiado alrededor de los perrillos para sentarse en el borde de la butaca. La mujer se quedó de pie junto a la puerta, mirando con curiosidad el salón.

—Hace una hora el propietario de la cafetería de abajo encontró a su vecino Gregers Hermansen en pleno ataque cardíaco. Lo han llevado al hospital y lo están tratando. Por suerte, lo han atajado a tiempo y, hasta donde sabemos, está estable. Cayó al suelo en el apartamento del primer piso.

Esther cogió la jarra del café del día anterior y volvió a dejarla.

—Se veía venir, Gregers llevaba mucho tiempo mal. ¿Qué hacía donde las chicas?

—Mire, en realidad esperábamos que pudiese ayudarnos a arrojar algo de luz sobre el tema.

El policía juntó las manos en el regazo y la miró de un modo neutral.

—Dígame, ¿desde cuándo viene la policía porque un señor mayor ha sufrido un ataque al corazón?

Los policías intercambiaron una mirada que costaba interpretar. El hombre apartó con cuidado una pila de libros y se acomodó en el asiento.

—¿Oyó algo inusual ayer por la tarde o por la noche, señora De Laurenti?

Esther negó con la cabeza. Para empezar, no le gustó que la llamase «señora», y después, no había oído nada que no hubiera sido la cinta de meditación con sonidos de ballenas que era su somnífero cuando el vino no alcanzaba.

—¿A qué hora se fue a la cama ayer? ¿Ha habido alguna actividad inusual en la casa en los últimos días? Cualquier cosa que recuerde —insistió con la mirada tranquila e intensa.

Esther cruzó los brazos.

—¡Me sacan de la cama sin que me haya puesto los putos zapatos! Estoy aquí en pijama y no he hecho café. ¡Quiero saber de qué va todo esto antes de responder a nada! —exclamó presionando los labios.

Jeppe vaciló un momento y luego asintió.

—A primera hora de la mañana, Gregers Hermansen encontró el cadáver de una mujer joven en la cocina del apartamento del primer piso. Todavía estamos identificando a la víctima y determinando la causa de la muerte, pero sabemos que se trata de un asesinato. Su vecino ha sufrido un *shock* grave y aún no puede comunicarse con nosotros. Necesitamos que nos cuente todo lo que sepa sobre los vecinos del inmueble y si ha pasado algo en la escalera en el último par de días.

Esther notó una sensación nerviosa que empezó a subirle desde abajo, por los tobillos, los muslos, la pelvis y el pecho, hasta que le costó trabajo respirar. El escalofrío hizo que se le erizara el vello de la nuca y hasta el cuero cabelludo.

—¿Quién es? ¿Una de las chicas? No puede ser verdad. Nadie se muere en mi casa.

Ella misma oía cómo sonaba: infantil y fuera de control. Sintió que el suelo cedía bajo sus pies y se agarró al reposabrazos para no caerse.

El policía se levantó y la agarró por el brazo.

—¿A que no era una buena idea lo del café, señora De Laurenti?

2

JEPPE KØRNER MIRÓ la fina asa, que desapareció entre las yemas de sus dedos. Esther de Laurenti se había puesto un albornoz y había hecho café, y estaban sentados en las sillas acolchadas esperando a que ella volviera a tomar asiento. El salón estaba lleno de colores, figuritas y desorden, y Jeppe se sentía incómodo en el caos femenino. Le recordaba al piso de su madre, donde intelecto y espíritu lo llenaban todo y la comodidad brillaba por su ausencia. Las paredes estaban cubiertas por estanterías que iban del suelo al techo, con libros de todas las clases: lomos de cuero descoloridos, de bolsillo y de los que se usaban para decorar las mesas de centro. Figuras de madera y cosas polvorientas de todas las partes del mundo llenaban cada espacio libre de las repisas y las paredes, y había montones de papeles de escritura apretada con rayas rojas en cada superficie horizontal.

Desde la calle llegaba el ruido de los primeros equipos de noticias, que se habían reunido ante la fachada ocre. La prensa no podía descifrar la señal encriptada de la radio policial, pero en su lugar observaban las insistentes sirenas y las actualizaciones en las redes sociales. Nunca pasaba mucho tiempo hasta que alguien escribía, tuiteaba, mensajeaba o etiquetaba la presencia policial, y los periodistas, por norma general, llegaban apenas dos minutos después que los primeros coches patrulla. Las agencias ya contaban noticias frescas ante las cámaras, con gran seriedad, mientras enfocaban los rostros de la gente y el hormigueo de los peritos de criminalística.

Esther de Laurenti carraspeó escrutadora.

—Soy la dueña de la propiedad, vivo aquí, en el último piso, y alquilo el resto del edificio. Gregers lleva veinte años viviendo en el piso de abajo, desde que se separó. La tienda de la planta baja cambia de inquilino cada dos años. Actualmente, como saben, hay una cafetería. La llevan dos simpáticos jovencitos...

Las palabras le salían con calma, pero la mirada errante era el testimonio de una persona en *shock*.

—Caroline llevaba año y medio en el primer piso —continuó—. Conozco a sus padres de toda la vida, de antes de que se mudasen al oeste. Formábamos una especie de club artístico.

Hablaba con una dicción clara y frases elegantes que contrastaban con las palabrotas que colaba de vez en cuando. Mitad actriz de teatro, mitad marinera.

—Julie se mudó en primavera. Son viejas amigas, se conocen del colegio. Eran buenas chicas —prosiguió Esther con la mirada fija en un jarrón con dibujos de flores—. ¿Cuál de las dos es?

—Todavía no hay identificación. —Jeppe hizo ruido con los pies contra el suelo buscando concentración y alivio para el dolor de espalda—. Por desgracia, aún es pronto para saber la causa de la muerte.

Esther miró al vacío. Su rostro luminoso estaba desnudo y las muchas arruguitas que tenía alrededor de los ojos y en el cuello fortalecieron su expresión de resignación. Anette se había puesto en cuclillas y estaba rascándole la piel dorada de la tripa a uno de los perros, que gruñía satisfecho.

—¿Ha ocurrido últimamente algo fuera de lo corriente en el edificio? Cualquier cosa. ¿Gente nueva que haya empezado a venir al piso de las chicas, alboroto en la calle, riñas? —preguntó Jeppe.

—¡Qué rara suena esa pregunta en la vida real! Me siento como si estuviera en medio de una novela policíaca —dijo Esther mientras miraba hacia el jarrón.

El carlino se cansó de Anette y se fue con pasos cortos hacia su cesta, arañando el parqué con las garras.

—No estábamos pegadas como lapas —aclaró por fin Esther—. Julie y Caroline son chicas jóvenes con una vida ajetreada. Suele haber música alta y jaleo por la noche, pero también sucede de vez en cuando en mi casa. Pobre Gregers, que tiene que soportarnos. Aunque está un poco sordo.

Esther se puso a divagar. Jeppe le dio espacio y maldijo en silencio el irritante sonido que hacía Anette con los dedos a causa de los nervios.

—Caroline tiene un novio o como narices se diga ahora. Se llama... ¡Daniel! Daniel Fusing, un chaval joven, amable; también viene de la región de Herning, pero hace mucho que no lo veo. Parece que Julie está... soltera —dijo saboreando la palabra, como si esta tuviera una superficie rugosa y se sintiera extraña en la boca.

Jeppe tomaba notas en su libreta. En la calle empezó a sonar la alarma de un coche y Anette exhaló un perceptible suspiro desde su sitio en la puerta. Había una buena razón para que su compañero prefiriera hacer el interrogatorio cuando trabajaban juntos: Anette no era conocida precisamente por su diplomacia.

—Por lo visto, Caroline se fue la semana pasada a Suecia con una amiga a montar en canoa —prosiguió Esther—. Creo que aún no ha vuelto a Copenhague. A Julie la vi anteayer. Se pasó por la noche a pedir un fusible. Estaba como es ella, alegre y sonriente. ¡Oh, no, no es posible que estemos teniendo esta conversación!

Jeppe asintió. Los *shocks* dan, automáticamente, una sensación de irrealidad.

—¡No me lo puedo creer! ¿No puede ser una amiga? —Empezaba a sonar desesperada.

—Lamentablemente, aún no sabemos nada —respondió el investigador encogiéndose de hombros—. ¿Tiene los números de teléfono de las chicas?

—En la nevera hay una nota, pueden cogerla.

—Gracias, señora De Laurenti, será de gran ayuda. —Jeppe se levantó dando así por concluida la visita. Anette ya estaba cogiendo el papel con los teléfonos, que estaba sujeto con un imán con forma de carlino. Jeppe oyó que algo caía al suelo, seguido de una irritada queja.

—Probablemente tengamos que volver a hablar con usted. ¿Podemos verla por la tarde? —preguntó mientras intentaba abrirse paso rodeando la mesa de cristal repleta de cosas y tratando de no tirar papeles o tazas al suelo.

—Debería ir al hospital a visitar a Gregers, pero no tengo pensado hacer nada más. Soy escritora... o, mejor dicho, lo intento, así que trabajo en casa —explicó Esther tocando el medallón de oro que llevaba al cuello, como si pudiera protegerla.

—Mandaremos a un técnico para buscar huellas en la escalera y en su puerta. También le tomará las huellas a usted, si no le supone ningún inconveniente. Para descartar.

Ella asintió.

Cuando Jeppe se dio cuenta de que no tenía pensado acompañarlos a la puerta, se retiró hacia el recibidor, donde ya estaba Anette con una mano en el pomo. Se despidieron de la señora menuda del sofá con una punzada de insatisfacción. Esther de Laurenti parecía necesitada de un abrazo.

EN EL DESCANSILLO, Anette no pudo reprimir una profunda queja.

—¡Ay, Dios me libre de las viejas solitarias y sus adornitos!

Había algo de la fachada de aquella mujer que la repelía. Quizá fuera porque, en realidad, Anette quería vivir así: sola con sus perros y un montón de cosas, si no fuera por Svend. Querido Svend, su estupendo marido durante casi veinticinco años, que aparentemente la amaba tal y como era y no parecía cansarse de ella.

—¿Sería mejor si estuviera sola, sin las figuritas? —dijo Jeppe tras cerrar la puerta.

—¡Por supuesto! Lo mínimo que puedes hacer cuando has decidido vivir sola y ser rara es ser ordenada —respondió Anette con una sonrisa torcida para suavizar su afirmación—. Es en el primer piso, ¿verdad?

Se dispusieron a bajar por las escaleras. Jeppe sacó un paquete de toallitas húmedas del bolsillo y se las acercó. Una de las muchas características irritantes de Jeppe era la antipatía hacia los perros, una cualidad que a Anette, dueña de varios, le costaba entender. Para ella, la convivencia con animales lo significaba todo y así había sido desde que iba en bicicleta de pequeña desde su casa de Karlslunde hasta una granja cercana, donde podía acariciar a las vacas, los gatos y los conejos enjaulados. Que alguien no quisiera tener animales domésticos le parecía un serio defecto.

Miró a Jeppe con una ceja levantada y sacudió la cabeza, resignada. Él volvió a acercarle las toallitas.

—¿Te das cuenta de cuántos parásitos y bacterias hay en la piel del mejor amigo del hombre? Por no hablar de que los perros se lamen las nalgas muchísimas veces por hora.

Anette se detuvo y se giró hacia su compañero.

—También está en el límite de ser enfermizo lo del miedo a las bacterias, Jeppe.

—Vamos a entrar en la escena del crimen. ¡Coge una!

Cogió una toallita y se la puso delante a Anette, que se la quitó de la mano y siguió bajando las escaleras lanzando un suspiro.

—Estás como una cabra, Jeppe Kørner, lo sabes, ¿no? Y, por cierto, a lo de los perros también se le llama agujero del culo.

Anette se limpió las manos y, negando con la cabeza, se guardó la toallita enrollada en el bolsillo. Con los dedos libres de bacterias, levantó el precinto de seguridad y abrió la puerta del apartamento del primer piso diciendo «¿qué pasa, cabrones, cómo lo lleváis?».

—Hombre, Werner, ¿has traído panecillos? —dijo alguien alegremente desde dentro del piso.

Se puso las calzas azules y los guantes de látex. La escena del crimen era su territorio, uno de los lugares donde nunca se sentía torpe. Le lanzó un juego de guantes y otro de calzas a Jeppe y entró.

Antes de atravesar la puerta ya empezaba todo. Las paredes y el suelo estaban llenos de salpicaduras de sangre marcadas con flechas blancas sobre pegatinas negras que indicaban la dirección. En una puerta, el fotógrafo de la policía tomaba fotos de un montón de ropa ensangrentada. Anette inhaló el cálido olor metálico e intentó respirar por la boca. Empezó a latirle con fuerza renovada la vena que tenía encima del ojo derecho. Eran solo los primeros minutos, luego se acostumbraba.

Alguien que bajaba por las escaleras con un pastor alemán pasó a su lado. Resistió el impulso de darle una palmadita al perro, aunque le costó. La patrulla canina había terminado y tenían que ir al patio y a la calle a buscar cualquier pista humana que pudiera llevarlos al autor del crimen.

El recibidor se abría después a una habitación que parecía cumplir varias funciones. Había una gran mesa de madera con sillas plegables alrededor, un sofá, una vieja maleta de viaje utilizada como mesa de centro y un ordenador portátil abierto en la esquina del escritorio. A pesar de la tibia mañana veraniega, las tres ventanas que daban a Klosterstræde estaban herméticamente cerradas. El aire era pesado y cortante por el olor a sangre.

Un perito en dactiloscopia, como insistían los expertos en huellas dactilares en que se los llamase, empolvaba de rodillas los paneles con su traje de papel blanco. Anette miró hacia el pincel.

—¿Hay ralladuras?

El perito, aún arrodillado, se echó hacia atrás sin responder. Era uno de los civiles expertos en huellas ligado al Instituto Anatómico Forense y Anette no lo conocía mucho. Normalmente, no mandaban a los civiles a los casos de asesinato, pero en las épocas de vacaciones las reglas se relajaban.

—¿Qué pasa, campeón? ¿Alguna pista? —dijo levantando la voz.

El técnico alzó la vista, visiblemente irritado por la interrupción.

—Huellas en botellas y vasos, en algunos papeles y en el teclado del ordenador. Muchas buenas alrededor del cuerpo, pero aquí llevaban mucho sin hacer limpieza, así que pueden ser de hace tiempo.

Volvió a agacharse sobre el panel, presionó con fuerza lo que parecía una pegatina, tiró de ella y la puso en una bandejita transparente. El ritmo era de caracol, casi meditativo.

Anette se separó y continuó hacia el salón. Junto a una alfombra estaba Clausen, el investigador de la Científica por excelencia, en cuclillas, espolvoreándola con un líquido claro. Aparecieron claramente un montón de manchas de sangre, casi moradas, y comenzó a reunir pruebas con palillos de algodón que colocó con cuidado en bolsas individuales marrones.

Clausen era un hombre bajo, ágil, que rozaba los sesenta años y llevaba casi diez como jefe del Instituto. Había participado en el esclarecimiento del caso de la banda que asesinó policías en los años ochenta, había reunido pistas en las fosas comunes de Kosovo y había estado en Tailandia después del tsunami. A pesar de su apariencia de timidez, iba por el cuarto matrimonio, con una, según decían, bellísima violinista de la Orquesta Real, y al verlo en acción se entendía por qué. Normalmente, su rostro se iluminaba al sonreír con unas animadas arrugas, ya que Clausen era un hombre que atajaba las monstruosidades de su trabajo aplicando un indomable buen humor. Pero ese día no sonreía.

—Hola, Werner, me alegro de verte. Intenta no tocar nada. El piso está lleno de sangre y nos llevará mucho tiempo reunir pistas. Al menos no hay ninguna duda de que el lugar donde se encontró el cadáver es la escena del crimen. —Clausen cortó cuidadosamente con un cúter una

fibra de la alfombra con sangre y la puso en una bolsa marrón—. Va a ser un circo catalogar todo esto cuando lleguemos al laboratorio, vamos a tardar varios días. Solo con las salpicaduras de sangre tenemos ya más de sesenta efectos.

—¡No jodas! —Anette oyó su voz desproporcionadamente alta respecto al ambiente tenso que había en el piso y bajó el volumen—. ¿Tenemos el arma homicida?

—Quizá —respondió Clausen—. Todavía no sabemos con certeza la causa de la muerte, pero se usó un cuchillo y tenemos una buena muestra. La apuñalaron con una hoja afilada y estrecha que a primera vista cuadra con esto. —Clausen levantó despacio una navaja brillante en una bolsa y se la mostró a Anette.

—¿Está limpia? Parece nueva.

—Sí, el asesino la limpió a conciencia, quizá la lavó, pero aquí ha habido sangre. Permíteme que te la enseñe. —Clausen sacó de su ordenado maletín una bolsa esterilizada que contenía un bastoncillo de algodón y frotó la hoja de la navaja con una almohadilla amarilla. Se volvió verde al instante—. Reacciona al contacto con los glóbulos rojos —explicó.

—¿Y por qué no es nuestra arma? —preguntó Anette mientras se agachaba para ver el cuchillo más de cerca.

—Tampoco he dicho que no lo sea, pero los forenses nos han pedido que busquemos un objeto pesado y de punta redonda. Por el momento, no hemos encontrado pistas en el piso.

—A propósito de pistas, le hemos dicho a la vecina de arriba que luego irá alguien a tomarle las huellas.

—Vale, puedo mandar a Bovin.

—¡¿El civil?! —exclamó escéptica Anette mirando de reojo la figura del panel.

Clausen se quitó los guantes de látex y sacó un pañuelo del bolsillo para secarse el sudor de la frente.

—Si tienes alguna queja, llama al Congreso y pídeles una reglamentación mejor. Hasta entonces, creo que tienes que ocuparte de tu trabajo y nosotros del nuestro. —Se puso de pie para que sus ojos estuvieran a la altura de la barbilla de Anette.

—Perdone usted, Clausen —dijo ella mientras hacía gestos con las manos.

Él asintió condescendiente y volvió a ponerse de rodillas con los bastoncillos de algodón listos. Anette siguió recorriendo el apartamento pensando en lo irritados que estaban todos. Sería por el calor.

EN LA COCINA se encontraba el patólogo forense Nyboe. Jeppe lo saludó alzando la cabeza y él le devolvió un lúgubre gesto. El cadáver tenía la cabeza pegada a la pared, solitario, como un objeto perdido en una alfombra multicolor. Llevaba vaqueros rotos y un sujetador blanco, playeras y tenía los brazos desnudos. El largo cabello rubio dividido en mechones viscosos formaba un halo dorado sobre su cabeza, como un sol dibujado por un niño.

De pronto, el aire se volvió asfixiante. Jeppe se puso de pie apoyándose en la pared, miró al suelo e intentó hacer que pensaba. Solo un momento, tomar aire hasta que se le pasara la indisposición y el corazón se le calmase; no oír el ritmo vertiginoso del pulso, no tenerle miedo al miedo.

Diez años en Homicidios le habían enseñado a manipular cuerpos mutilados, pero nunca estaba relajado en las escenas de los crímenes. Quizá se debiera a la sensibilidad que se le instala

a uno en la cabeza cuando se hace mayor, la conciencia de la muerte como condición de base, o a lo mejor simplemente fuera el cóctel de pastillas que se había tomado de camino en el coche para quitarse los dolores de espalda. Los doctores habían descartado que tuviera una hernia discal y le habían insinuado que sus dolores eran psicósomáticos, pero ¿qué sabían ellos?

Se apartó de la pared y se acercó al cadáver. En el instante en que morimos, nos convertimos en el trabajo de alguien. La escena de un crimen recuerda de alguna manera a una pieza teatral, una red de acuerdos que, en conjunto, conforman el todo en las réplicas y al dar el pie. Jeppe guardaba en total secreto una vergonzosa predilección por la dinámica de la escena del crimen y el ritmo cómplice. Pero aquello era distinto. Peor. ¿Quién era esa joven a la que en ese momento estaban guardando en una bolsa? ¿Por qué justo a ella le habían impedido casarse y tener hijos?

Pensó con disgusto en la familia a la que tendría que informar cuando la identificaran. El miedo que siempre se les encendía en los ojos cuando se presentaba, la esperanza, que venía justo después, y, cuando se demostraba que se trataba de alguien muy cercano, los llantos, los gritos o, aún peor, la calmada resignación. Nunca se había sentido cómodo con esa parte del trabajo.

Jeppe se puso en cuclillas al lado del forense.

—Hola, Nyboe, ¿qué tenemos?

Nyboe era un señor maduro, distinguido, que hablaba con la conformidad amable de los médicos, como para asegurarse de que los profanos, después de un par de frases, no entendieran nada. Era forense del Estado, muy respetado, pero a Jeppe no le caía especialmente bien y tenía la sensación de que el sentimiento era recíproco.

—Esto va mal —dijo Nyboe sin que, por una vez, pareciera estar subido a un pedestal—. La víctima es una mujer de veintipocos años, presenta muchos signos de violencia, diferentes cortes profundos y lesiones en la cabeza a consecuencia de un golpe con algo pesado. La temperatura del oído era de veintiocho grados y el *rigor mortis* estaba avanzado cuando llegué hace una hora, así que la muerte probablemente se ha producido entre las diez de la noche de ayer y las cuatro de la madrugada de hoy. Pero, como ya sabes, aún no puedo decir nada con seguridad. Ningún signo evidente de abuso sexual. Los cortes en las manos y los brazos indican que se defendió, pero he encontrado también algunos... eeh, cortes causados cuando estaba viva.

—¿Estás diciendo que le hicieron cortes antes de morir?

Nyboe asintió serio.

Se hizo el silencio entre ellos. Estaba claro lo que aquello significaría cuando la prensa se enterara y el sentimiento de pánico se extendiera, por no hablar de la reacción de los pobres parientes.

—El rostro está muy deteriorado, pero por fortuna tiene un par de tatuajes que ayudarán a identificarla. Sí, lo siguiente que tienes que ver es el dibujo.

—¿El dibujo? —La mirada de Jeppe se cruzó con la de Nyboe.

—El asesino también le ha rajado el rostro. No soy experto en arte, pero a mí me parece una especie de recortable —dijo el patólogo cansado y suspirando.

—¿Recortable? ¿Qué quiere decir eso? —preguntó Kørner frunciendo el ceño.

Nyboe agarró la barbilla del cadáver y giró lentamente el rostro ensangrentado hacia la nítida luz de la cocina.

—Parece que nuestro asesino nos ha tallado una manualidad.

Lo que Jeppe esperaba: que el día fuera de mal en peor.

3

ESTHER SE ABROCHÓ una americana *vintage* de la marca Halston ante el espejo de cuerpo entero y la alisó con cuidado. Pantalones de lana finos, camisa de seda y chaqueta; se sentía muy bien vestida, demasiado formal, pero tenía la necesidad de ponerse un traje que le levantase el ánimo.

No hacía más que darle vueltas a la cabeza, que le pesaba y le dolía detrás de los ojos. ¿Julie o Caroline? No podía ser Julie, no debía de ser ella. Pero tampoco Caroline, la pequeña Caroline, que era como la llamaba desde que nació. ¿Qué posibilidad había de que se tratase de una desconocida? ¿Una amiga a la que le hubieran prestado el piso para pasar allí la noche y que hubiera llevado a un tipo sospechoso?

Kristoffer estaba haciendo ruido en la cocina y ella lo bendijo en silencio. Había sido su profesor de canto durante casi cuatro años, pero con el tiempo la relación había ido evolucionando. Tenían muchas cosas en común: el gusto por la música, el arte y todo lo bello de la vida. Él le enseñaba técnica de canto; ella a él, cocina, e iban con regularidad a museos y a la ópera. A pesar de que ella le triplicaba la edad, se había convertido, con el tiempo, en un amigo cercano. El hijo que nunca tuvo, aunque ninguno de los dos se sentiría cómodo verbalizándolo de ese modo.

—Kristoffer, ¿has hecho café?

Esther entró en el salón, donde él ya estaba sirviendo las tazas con una pequeña sonrisa. Le devolvió el gesto y, como siempre, se regocijó en esa bella cara que era el testimonio de una historia familiar con antepasados asiáticos. Los ojos marrones y rasgados que se alargaban hacia las sienes, el pelo negro como el carbón y el cuerpo espigado. Llevaba ropa ancha: sudadera con capucha, camisa por fuera, pantalones vaqueros con el tiro casi por las rodillas, gorro de lana y cazadora de cuero. La ropa le hacía parecer aún más joven, un adolescente sin casa.

Kristoffer había dejado una prometedora carrera como cantante para dedicarse a la enseñanza y a pequeños trabajos. Ella no sabía muy bien por qué, pero él parecía estar contento con su empleo de ayudante de vestuario en el Teatro Real, lo cual le permitía estar en casa por la noche para trabajar en su extravagante música electrónica y, además, dar clase a sus pocos pero escogidos alumnos de canto.

Esther se dejó caer en su butaca de orejas color melocotón y colocó las piernas sobre un puf. Lo entendía muy bien. Ahora que se había jubilado, tenía en mente hacer solo cosas que le gustasen de verdad el resto de su vida. Cantar, escribir y cocinar. ¡Exámenes y reuniones de facultad, nunca más! Llevaba mucho tiempo esperando para poder retomar, por fin, su amor de juventud por la novela negra, mal vista en el círculo académico. Si quería convertirse en la

Dorothy L. Sayers de su generación, tenía mucho trabajo que hacer. Echó un vistazo al montón de páginas de su manuscrito recién impresas que ya había revisado y suspiró. No era el día.

Kristoffer entró y se sentó en el suelo sobre el cojín marroquí, enfrente de ella. *Epistème* y *Dóxa* se subieron a su regazo y se dejaron acariciar.

—¿Qué pasa ahí abajo? —preguntó con una inocencia ajena a las espantosas noticias del exterior. A Esther le costó responder.

—Han encontrado un... un cadáver en el primer piso. Una joven, no saben quién es. Pero parece serio. Asesinato. —Se le tensó el cuello y bebió un sorbito de café—. Y Gregers está en el hospital con un ataque de apoplejía o lo que sea. Es como si todo el mundo se hubiese venido abajo hoy.

Kristoffer acariciaba la barriga blanca de *Dóxa* sin alzar la mirada. Cualquiera otro habría hecho preguntas y se habría mostrado sobrecogido. Kristoffer no. Tras un minuto, preguntó:

—¿Qué puedo hacer?

La gratitud se apoderó de ella e hizo que todo fuese más fácil de llevar.

—Hay que sacar a los perros. ¿Y puedes encargarte también de comprar comida para la cena?

Él asintió sin levantar la vista.

—Vale, doy una vuelta con los perros y compro algo para cenar. Quizá pescado. Miraré a ver qué hay.

—Gracias, cielo; coge dinero del monedero, está en el pasillo, ya sabes dónde.

Esther recostó la cabeza en la butaca, cerró los ojos e intentó relajarse con unos ejercicios de respiración.

Oyó el tintineo del collar de los perros y de las llaves, seguido del ruido de la puerta de entrada al abrirse.

Los perros comenzaron a ladrar y se oyó una voz extraña.

—¿Vive aquí la dueña del edificio?

Esther se incorporó y miró hacia la puerta. Kristoffer, con los perros a su alrededor, estaba junto a un hombre vestido de blanco.

—Sí, soy yo.

Se levantó con dificultad de la butaca y salió a recibirlo. Se trataba de uno de los peritos que llevaba viendo toda la mañana entrar y salir del edificio. El hombre se abrió el traje protector blanco. Una raya roja en la frente desvelaba que había llevado algo cubriéndole la cabeza hasta hacía un momento.

—Tengo que tomarle las huellas —dijo al tiempo que pasaba por delante de Kristoffer y avanzaba hacia el pequeño recibidor.

—Ah, sí, me dijeron que vendría alguien. Esther de Laurenti, encantada —dijo mientras le tendía la mano.

El hombre dejó en el suelo un maletín, ajeno a la mano que le tendía. «Debe de ser duro trabajar buscando pistas en un escenario como este.» A Esther se le encogió el estómago al pensar en lo que había en el primer piso de su edificio.

—¿Cómo lo hacemos, qué necesita?

—Una mesa y sus manos, eso es todo. No se tarda nada.

Esther se subió las mangas y le mostró el camino a su escritorio. Para su sorpresa, Kristoffer seguía de pie junto a la puerta. Se detuvo y le sonrió con calidez. Sin duda, estaba tan

impresionado como ella.

La avispa se aleja por fin de los restos de mermelada que hay en el plato y se posa sobre una pila de libros. Un fuerte golpe con el portacelo y el cuerpo machacado del insecto sale volando por la ventana abierta.

Ella inhala el aire veraniego de la ciudad y decide salir a tomar el sol. Baja corriendo por las empinadas escaleras, se sube a la bicicleta y se lanza a toda velocidad hacia el centro. Circula por las calles estrechas y disfruta del viento, que hace que le lloren los ojos. Compra un café que no puede permitirse y se sienta al sol delante de la cafetería.

En la ciudad donde creció no había cafeterías. Recuerda con el corazón encogido las frías noches de su infancia en las que solo llevaba una chaqueta fina, y también los trayectos, que recorría con inquietud, entre la gasolinera y el frontón. Todos estaban allí, en la oscuridad; a nadie le apetecía quedarse en casa, como si sus pasos pudieran llevarlos a algún lugar, como si el vodka polaco con el que llenaban las latas de refrescos y que se bebían con pajita pudiera llenar el vacío. Cuando se cansaban de caminar, se quedaban en la parada y veían los autobuses pasar.

Levanta la cabeza hacia el sol y disfruta de su nueva vida. La vida. No ve al hombre que la observa desde la distancia. No sabe que la vida que está empezando a disfrutar se habrá acabado muy pronto.

4

DE VUELTA A la oficina, Jeppe y Anette se sentaron en su práctico escritorio regulable para trazar un plan. Jeppe fue a la cocina a por café: el suyo, con crema de leche; el de Anette, solo y con azúcar. Tenían el mismo rango, pero cuando trabajaban juntos, siempre era él quien llevaba el café y ella la que conducía. En general, aquello era lo único sobre lo que no discutían nunca: un pequeño refugio, como el de un viejo matrimonio.

—¿Estamos seguros de la identificación? —preguntó Anette.

Se miraron de frente y Jeppe vio, con cierta irritación, lo dispuesta que era ella con respecto a él. Llevaba los ojos pintados con sombra de un vivo color azul y parecía que hubiera disfrutado de un buen desayuno, sexo y ocho horas de sueño tranquilo en el mismo día. Le dieron ganas de rodear la mesa y tirarla de la silla.

Sabía que la pregunta era retórica. Ambos habían comparado el aspecto general del cadáver y los tatuajes (una pluma en el omóplato y dos estrellas y algo escrito en cursiva en la muñeca derecha) con las muchas fotografías que encontraron en el ordenador. La víctima era Julie Stender, una de las jóvenes inquilinas de Esther de Laurenti. Si hubieran tenido que identificar el cadáver solo por el rostro desfigurado, no habrían podido estar seguros.

—Es Julie. ¿Quién se pone en contacto con la familia? —dijo Jeppe hojeando su libreta—. Los padres viven en un pueblecito llamado Sørvad, cerca de Herning. ¿Lo buscas tú?

Anette tecleó en su ordenador y llamó a la Policía de Jutlandia Central y Occidental para ponerlo todo en marcha. No era una llamada agradable de hacer. Jeppe pasó una página de su libreta. Cuando era joven, lo anotaba todo: ideas, pensamientos, planes de futuro. Eran perfectos diarios de viaje. Ahora las guardaba para el trabajo.

A continuación, escribió con pulcras mayúsculas:

MODELO DE CUCHILLO

CONOCIDOS VARONES

CAROLINE, añadió seguido de una exclamación.

INQUILINOS

Oía a Anette ladrándole órdenes al aparato.

—¡Stender, le estoy diciendo! ¡S-T-E-N-D-E-R, hombre! Christian y Ulla Stender. Viven en una granja de Sørvad, junto al vivero. Solo informe, no interrogue, ¿me entiende? Ya vamos nosotros. Vuelva a llamar cuando hayan estado allí.

Y colgó sin despedirse.

—¡Puedes borrarlo de la lista, Jeppesen! —Anette se levantó con los pantalones arrugados en torno a sus anchos muslos—. ¿Nos ponemos con ese informe? Parece que hay poco trabajo que repartir.

Se marchó sin esperar respuesta. ¡Jeppesen! ¡Cómo odiaba que lo llamara así!

En los días siguientes, a Jeppe se le caía el alma a los pies al pensar que este caso haría temblar Copenhague en cuanto la prensa pusiera en marcha la maquinaria. Ya estaba viendo las portadas. Joven maltratada y asesinada. Asesino en libertad. Era uno de esos casos para los que la policía rechazaría la calificación de «exagerado», de los que no pillan al asesino en el lugar del crimen y que se dan en contadas ocasiones.

Pero se dan.

La cafetería estaba inusualmente tranquila cuando él entró. Normalmente, había ruido de charla y un alegre murmullo, pero los casos realmente serios siempre apagaban la voz. Los chistes sobre cabezas cortadas que podían usarse como pelota de fútbol eran parte de la jerga grosera de cada día. Otros casos estaban vetados. Todos los de niños. Casos en los que el asesino estaba claro, pero quedaba en libertad gracias a tecnicismos o lagunas legales. Y casos como este. Los atracadores y los homicidas no solían hacerles cortes a sus víctimas cuando estaban vivas. Era pronto aún para saber si se trataba de un exnovio sádico o algo peor, pero la duda sobre su identidad no impedía que un pesado silencio cayera sobre el personal.

Al lado del asistente Thomas Larsen estaba la comisaria con los brazos cruzados delante del pecho cubierto por el uniforme. Probablemente se lo había puesto para la inminente rueda de prensa. Sin haber hablado de ello, Jeppe sabía que intentaría ocultarle a la opinión pública el mayor tiempo posible el dibujo que había en el rostro del cadáver. Todos los detalles que olieran a asesino enajenado tendrían que manejarse internamente hasta nuevo aviso. ¿Cuánto tiempo les daba eso?

Un día, como mucho dos, pero era mejor que nada. Jeppe estableció contacto visual con ella y se sintió al mismo tiempo tranquilo y nervioso por su presencia. Después de doce años trabajando juntos, se conocían bien. La comisaria conocía sus capacidades, pero también sus debilidades. Ambos sabían que ella había aprovechado la oportunidad para darle un caso tan importante justo en ese momento.

Se fijó en el equipo de la comisaria.

Torben Falck era un detective mayor que, con los años, se había vuelto orondo y comodón. Cuidaba celosamente su barba imponente y canosa, iba siempre con unos tirantes llamativos y le gustaba contar chistes subidos de tono. Era uno de esos agentes que ocupaban la posición indispensable de centrocampistas de homicidios. Quizá no el más rápido, pero sí un detective fiable.

Sara Saidani, que estaba sentada al lado de Falck, era un enigma en el Departamento de Homicidios. La comisaria la había llevado a la jefatura el año anterior desde la comisaría Norte de Helsingør, ya que la habilidad de Saidani para programar y, en definitiva, para moverse por la red, era demasiado buena para dejarla escapar y que la aprovecharan en otros sitios que no fueran Copenhague. Pero no cayó bien entre sus nuevos colegas. Tenía cierto encanto exótico con sus rizos morenos y su nariz arqueada, pero parecía no tener interés alguno en crear vínculos. Hablaba lo mínimo indispensable y nunca sonreía. Por lo general, llevaba el pelo descuidado y recogido en una coleta, y no se maquillaba. Aunque era madre soltera de dos hijas, Anette sostenía que era lesbiana.

A Jeppe le daba igual. Tanto Saidani como Falck eran competentes, dispuestos y encajaban bien. El único con el que tenía un trato tenso era Thomas Larsen. Era joven y parecía el modelo de un anuncio de vaqueros, había estudiado en la Escuela de Negocios de Copenhague y solo llevaba medio año como policía. Era innegable que ascendía a la velocidad del rayo. Había algo desvergonzado en la ambición de Larsen, una provocadora fe en su infalibilidad que a Jeppe le costaba trabajo aceptar. Había intentado con tenacidad endilgarle a Larsen el apodo de «Caramelito», pero ni siquiera sus colegas más fisgones habían picado. Por desgracia, parecía que el caramelo era el sabor preferido de la comisaria.

Anette carraspeó insistente desde su sitio, junto a la pared.

Los ojos de los detectives se posaron sobre Jeppe como si fuera un proyector en una sala a oscuras y notó una punzada de pánico escénico. Le tocaba a él hacer justicia en el brutal asesinato de la joven.

Su tarea era transformar la seriedad del grupo en concentración y energía para que no se hundieran en la desesperanza que rodea toda tragedia. Era cuestión de llegar en el momento oportuno, de obtener resultados antes de las primeras cuarenta y ocho horas. Normalmente se le daba bien, pero en ese momento cargaba con su propia tragedia. Por primera vez en su carrera, no estaba seguro de poder hacerlo.

—Bueno, ya estáis todos al tanto de que el cuerpo encontrado en Klosterstræde, 12 es el de Julie Stender. Estamos buscando a sus familiares. A partir de hoy nos reuniremos a diario en la cafetería justo después del cambio de guardia, a las ocho de la mañana y a las cuatro de la tarde, además de cuando sea necesario para informar sobre los avances. Reuniremos todos los papeles y fotos en nuestro despacho; le diré a una secretaria que nos prepare una mesa. En la videoconferencia de las tres de la tarde pediremos apoyo de otras comisarías para ir puerta por puerta por Klosterstræde y haremos interrogatorios en la calle por la tarde y por la noche para recabar posibles testimonios.

Se oían ruidos de papel, cubiertos de cartón y teclados en la cafetería, y Jeppe alzó la voz.

—Falck, vuelve al hospital a hablar con Gregers Hermansen, si es que se puede, y después con los dueños del café de Klosterstræde, 12. Son dos chavales jóvenes, la secretaria te dará sus respectivos nombres. Ellos encontraron a Hermansen tirado sobre el cadáver de Julie esta mañana y están en el mismo hospital, en observación por el *shock*. Por lo que he podido entender, parece que están bien.

Falck saludó llevándose dos dedos al ala de un sombrero imaginario.

—Larsen investigará a la familia de Julie Stender, amigos, compañeros de trabajo, posibles novios y antiguos compañeros de clase; Saidani se encargará de Facebook y todo lo que tenga que ver con ordenadores, teléfonos y redes sociales.

Sara Saidani miró desde su portátil y asintió haciendo que sus rizos morenos rebotaran en la coleta. Thomas Larsen simplemente lo miró con los brazos cruzados.

—Anette y yo hablaremos con los padres y volveremos a visitar a Esther de Laurenti. La autopsia será mañana temprano, ¡también nos encargamos, Anette! Tenemos agentes en Copenhague y en el sur de Suecia buscando sin descanso a Caroline Boutrup y a su amiga. —Jeppe iba repartiendo el peso de una pierna a otra para descargar la cadera—. Necesitamos que alguien compruebe las cámaras de vigilancia. Bancos, tiendas de 24 horas, farmacias, etcétera. ¿Quién se encarga?

Falck volvió a hacer el mismo saludo.

Una llamada en el móvil de Anette rompió el silencio y ella respondió sin hacer ademán de salir. Jeppe y el equipo guardaron silencio mientras ella contestaba con monosílabos.

Al cabo de medio minuto, terminó la conversación y los miró ansiosa.

—Era de la Policía de Jutlandia, han ido a la casa de la familia en Sørvad, pero no había nadie. Adivinad dónde dicen los vecinos que están.

No era necesario aventurarse.

—¡En Copenhague! ¡Están ahora mismo en Copenhague, joder! En el hotel Phønix. ¡Vamos! Voy a llamar al hotel para ver si están en la habitación. Si no, me han dado el número de móvil del padre.

Se puso la chaqueta mientras hablaba y salía de la cafetería, antes de que Jeppe pudiera decir ni media palabra.

EN LA CALLE Bredgade se oía el ruido del tráfico de la mañana bajo la llovizna cuando Anette aparcó en la puerta del hotel. Un grupo de turistas japoneses se había armado con paraguas y los estrafalarios guantes blancos de las mujeres recordaban a los alegres y eléctricos días de *boogie* de los años ochenta. A lo mejor iban a un festival de baile, pero lo dudaba. Jeppe empujó la manilla dorada de la puerta de cristal y entró.

El vestíbulo del hotel parecía la cara interior de un merengue, con las gotas de diamantes de las lámparas de araña y las pesadas cortinas de brocado.

Anette no sentía mucha simpatía por esos adornos decadentes y se puso a medir con pasos la fuente que había en medio del suelo de mármol blanco. Una mezcla de tensión y aversión luchaba por controlarla. Svend y ella acababan de decidir no tener hijos y, a pesar de ello (o precisamente por ello), llevaban una vida feliz en un espacio amplio y de techos altos. Se referían a los tres border collies de casa como «los niños» y no echaban nada en falta, pero por eso mismo era muy consciente de que no había nada más doloroso que perder a un hijo, y justo en ese momento estaba a punto de introducir a aquellas personas en semejante pesadilla.

El recepcionista, siguiendo sus instrucciones, les pidió al señor y a la señora Stender que se quedasen en la habitación, sin darles más explicaciones. Subieron al segundo piso, llegaron a la habitación 202 y llamaron. Al momento, abrió la puerta una señora bajita y elegante, de pelo corto gris. Los saludó seria, con un gesto de la cabeza y una arruga de preocupación por encima de la montura nacarada de las gafas, y se echó a un lado para que pudieran entrar en la estancia.

Christian Stender estaba sentado en un sillón forrado de seda con las manos en la cabeza. Se había desabrochado los últimos botones de la camisa, por lo que dejaba ver un vello canoso y la parte superior de una considerable barriga. Al lado de la silla había unos zapatos anatómicos que ya necesitaban una limpieza y que daban muestras de que el propietario buscaba más la comodidad que la elegancia. Levantó la cabeza y miró fugazmente a sus invitados antes de volver a bajarla. La cara estaba cubierta de gotas de sudor y tenía unos ojos pequeños con ribetes de sangre. A juzgar por su aspecto, o el hombre estaba asustado o se encontraba en mitad de un horrible dolor de estómago.

—Christian se puso fatal cuando el recepcionista llamó hace un rato y nos dijo que la policía quería hablar con nosotros —dijo la señora Stender, retorciéndose las manos con un exagerado gesto de preocupación—. Está convencido de que le ha pasado algo a Julie, mi... hijastra. No coge el teléfono. He intentado tranquilizarlo, pero no quiere escuchar. Es por el robo, ¿no? ¿Es por el robo en la empresa?

Anette y Jeppe intercambiaron miradas. Ninguno de los dos quería ser quien confirmase la tragedia. Anette se retiró hacia la pared y se colocó discretamente para ver las caras de ambos padres. Jeppe tomó la palabra.

—Lo sentimos mucho, pero no hemos venido para hablar de un robo —explicó Jeppe con una voz inesperadamente inquieta tras un breve carraspeo—. Lo siento, tenemos malas noticias. Efectivamente, se trata de Julie.

Christian Stender alzó la vista desde el sillón con las pupilas tan pequeñas como las de un heroinómano. Todo en él estaba en pausa, esperando inmóvil. Anette intentó analizar sus expresiones buscando guiones ocultos, pero solo encontró el miedo habitual cuando un padre se enfrenta a su peor temor.

—Me duele mucho tener que contarles...

No pudo ir más allá antes de que Christian Stender empezase a bramar como un demente. Se hundió, sacó medio cuerpo por el reposabrazos de seda del sillón y acabó casi de rodillas mientras gritaba. Tenía la cara desfigurada y el pelo le caía como finos cordones por la brillante coronilla. Parecía un cantante de ópera *amateur* en medio de su gran escena de locura.

Anette tomó nota de ello y constató que su capacidad de observación estaba tan intacta como cuando iba al teatro a ver una obra de aficionados. En aquella pareja no había ni un atisbo de empatía. ¿Qué cojones le pasaba a la mujer? ¿Y al hombre?

—Hemos encontrado el cadáver de una joven en el piso de Julie y Caroline —dijo Jeppe intentando continuar entre los gritos del padre—. Lamento tener que comunicarles que se trata de Julie. Aún tenemos que hacer... algunas averiguaciones antes de que la identificación sea oficial, pero lo cierto es que no tenemos dudas.

Buscó la mirada de Anette e intercambiaron un discreto gesto afirmativo con la cabeza. Todavía no había motivos para citar la autopsia y la investigación del dentista.

—No saben cuánto lo siento... —añadió el inspector antes de detenerse.

Christian Stender había caído al suelo. Su esposa estaba tras el sillón, mirándolo, mientras deshilachaba el borde del tapizado.

—¿Podrían dejarnos solos un momento? —dijo Ulla Stender en voz baja, pero con una inesperada autoridad—. Somos conscientes de que tendremos que ir con ustedes a la comisaría, pero ¿serían tan amables de darnos un minuto para estar juntos? Y solos.

Anette buscó a Jeppe con la mirada y se dirigieron a la puerta a la vez, ansiosos por abandonar la sofocante habitación y dejar atrás las sensaciones que había en ella.

—Esperaremos en el vestíbulo. Tómense el tiempo que necesiten.

Ninguna de sus condolencias parecía ser bien recibida, así que no dijeron nada más. Anette dejó salir a su compañero y cerró la puerta. Lo último que vio fue a aquella mujer menuda, que caminaba hacia su marido con los brazos extendidos hacia delante.

5

—¿LE DOY YO al botón? ¿A qué piso va?

La mujer calva con el gotero sonrió con amabilidad mientras mantenía el dedo en el aire delante de los botones del ascensor. Esther le devolvió la sonrisa.

—Al catorce, muchísimas gracias.

Las puertas se deslizaron y se hizo el silencio. Esther tenía ganas de charla (sobre el tiempo, sobre lo que fuera), pero no sabía cuándo había sido la última vez que la mujer había pisado la calle, así que cerró la boca. Se humedeció discretamente la yema de los dedos con saliva e intentó frotar el último resto de tinta con una bola de clínex que tenía en el bolsillo. El hombre de las huellas le había contado que Dinamarca era uno de los pocos países del mundo que seguía usando tinta en vez del moderno sistema de escaneado al que el resto del globo hacía mucho que se había pasado. Incluso la República Centrafricana estaba por delante de Dinamarca en este aspecto, le contó mientras le giraba el dedo por la almohadilla de tinta y el cartón. Tipo extraño. Se había frotado las manos con un cepillo de uñas justo después, pero la mancha, evidentemente, habría que limpiarla.

La UCI del Hospital Universitario de Copenhague no parecía ser el lugar más agradable en el que estar. Alguien había intentado camuflar el sufrimiento omnipresente con carteles de colores en las paredes. Al lado del ascensor había incluso un anuncio de una noche de canto con un exjefe de policía, que prometía ocho piezas musicales de su libro de canciones populares, pianista incluido. «¿Mejorará el humor de los pacientes con un entretenimiento compasivo que ninguna persona sana aguantaría más de cinco minutos?», pensó Esther antes de abrir la puerta de la habitación 3-14-2.

Gregers Hermansen estaba solo en una habitación para dos, con la cara vuelta hacia las vistas de Copenhague que ofrecía la ventana. La mujer llamó a la puerta con delicadeza.

—Hola, Gregers.

Sin volverse, sus hombros comenzaron a temblar por el llanto, como los de un niño que se aguanta el dolor hasta que la madre le sopla la rodilla. Esther se quedó de pie junto a la puerta y luchó contra el impulso de irse del hospital y alejarse de todas las desgracias que allí había. Reflexionó y se acercó a la cama.

—Soy yo.

Gregers dio rienda suelta a las lágrimas. Ella le cogió la mano y se quedó tranquila, de pie, hasta que se calmó. «Pobre, viejo amigo», pensó. Se adueñó de ella la compasión por ese hombre al que conocía desde hacía veinte años y a la vez no conocía en absoluto. No se podía decir que hubieran sido amigos a pesar de llevar una eternidad viviendo bajo el mismo techo. En ese justo instante parecía un desecho.

Esther acercó una silla a la cama, se desabrochó la chaqueta y volvió a coger la mano de Gregers. Tomó impulso para decir algo que lo consolase, pero todo sonaba mal, así que simplemente se sentó y oyó el llanto, escaso y débil. Necesitaba vacaciones, una copa de vino tinto. Para desconectar. Para no tener miles de pensamientos que acabasen en cortocircuitos. Para no recordar aquella vez hacía mil años cuando era ella la que sollozaba en una cama de hospital. Aquella vez no hubo nadie que le cogiera la mano.

Se dio cuenta de que estaba apretando demasiado fuerte esa frágil mano, la soltó y le dio una tosca palmada. El llanto se atenuó lentamente.

—¿Quién...? —La voz titubeaba, rasposa como la de un ermitaño. Esther se acercó a él y afinó los oídos—. ¿Quién es?

Estaba tan ronco que, al principio, Esther no entendió lo que preguntaba. Carraspeó irritado y señaló una lata de plástico con zumo rojo. Llenó un vaso usado, lo dejó beber, volvió a llenarlo y esperó a que estuviera listo.

—Me caí sobre un... cuerpo. Había sangre en las paredes. La policía no quiere contarme nada. —Se le veía hundido, decrepito, y ella se dio cuenta de repente de que aunque a él lo consideraba un viejo, no pensaba que ella también lo fuera.

—No sé quién era, Gregers, la policía no quiere decir nada todavía.

—¿Estaba muerta? Cuando... la encontré, ¿estaba muerta?

¡Claro, de eso tenía miedo! Se preguntaba si podría haberla salvado. Pero ¿es que la policía no se había encargado de él en absoluto?

—Gregers, escúchame. Llevaba mucho tiempo muerta cuando llegaste, no se podía hacer nada, ¿me oyes?

La verdad es que no sabía cuándo había muerto la chica ni los detalles, pero no vio ninguna razón para no tranquilizarlo.

De inmediato tuvo una intuición, una sensación de bajón en el cuerpo. Llevaba todo el día en una burbuja de resaca, pero explotaba en el momento que había cambiado el foco de atención a alguien que no fuera ella. Un asesinato en su casa. ¡Qué horrible era! Demasiado horrible para comprenderlo. ¿De verdad había sucedido? ¿Y por qué?

—¿Por qué? —preguntó mientras miraba implorante y sin saber que sus pensamientos eran el eco de los de Esther.

Ella sintió un pinchazo agudo por la mala conciencia, pero le quitó hierro al asunto. Habría sido casualidad. Una casualidad grotesca y fuera de lugar.

Su padre la llama por teléfono cada dos días. A veces contesta, hoy lo deja sonar. No lo aguanta. Echa de menos a su madre. Su enfermedad y su muerte la dejaron en un estado de permanente nostalgia, la nostalgia por que la acepten tal y como es, por que la abracen; la nostalgia por volver a ser la estrellita de mamá. «Estrellita», así la llamaba siempre su madre. Y esa falta no podían cubrirla las atenciones del padre. Cuanto más lo rechazaba ella, más la buscaba él. Sigue creyéndose que es su niñita inocente.

Pone la toalla y los libros en la cesta de la bici y cruza el puente Knippelsbro. Las calles están desiertas bajo el calor del mediodía. Deja la bici en un anclaje en Amager Strandvej, le pone el candado y camina hacia la zona de baño con la cesta raspándole los muslos desnudos. Se hace una foto en el puente de madera y la cuelga en Instagram.

La zona está llena de cuerpos semidesnudos medio derretidos. Encuentra un rincón

para dejar sus cosas y se desviste despacio, consciente de cada par de ojos que se posan sobre ella. Alarga el proceso hasta que se queda en bikini y gafas de sol, se estira y mira al resto de la gente a través del cristal oscuro.

El calvo de enfrente se ha quedado completamente quieto y el helado se le derrite entre los dedos mientras la devora con la mirada. Viejo verde. Mira hacia el horizonte, lejano e inalcanzable, y se agacha sobre la cesta con las piernas estiradas para echarse crema solar. La extiende despacio y a conciencia, a sabiendas de los muchos ojos que se clavan en ella.

Pero hay unos que no ve. Unos ojos ocultos tras las gafas que miran su cuerpo como si fuese de su propiedad. Su piel como un lienzo. Si pensase bien lo que está haciendo, aún podría llegar a impedirlo.

Pero no lo piensa

6

BIEN SABÍA DIOS que la sala de interrogatorio número seis no era una *suite*, pero, en ese momento, Jeppe encontraba las dependencias municipales infinitamente más cómodas que la cargadísima habitación del hotel Phønix de la que habían salido hacía una hora. Christian Stender se había calmado gracias a las manos de su esposa; había estado moviéndose inconscientemente en la silla y rezando para sí. Anette estaba de pie, apoyada contra la pared, con su habitual pose de Marlowe, y tuvo que echarse a un lado para que pasara un agente que llegaba con dos vasos de plástico blanco llenos de té.

Jeppe le hizo un gesto con la cabeza al matrimonio como señal de que iban a comenzar.

—Entiendo que ha tenido que suponerles un impacto horrible, pero, por desgracia, estamos obligados a informarlos de algunos hechos y a hacerles algunas preguntas, aunque sea difícil para ustedes.

Jeppe estableció contacto visual con Ulla Stender, que parpadeó un par de veces.

—Tenemos lo que consideramos una identificación positiva al cien por cien, así que no tendrán que identificar físicamente... el cuerpo. Por supuesto, si desean verla por última vez, no hay ningún problema, pero yo se lo desaconsejo. No se parece en nada a la persona que conocían.

Ulla Stender hizo una mueca ante esas desagradables palabras; Christian estaba sentado, totalmente inmóvil.

—Tengo que preguntarles su opinión respecto a una autopsia. ¿Tienen alguna objeción?

Ulla miró de reojo a su marido y negó con la cabeza. Se trataba de un mero formalismo, pues iban a hacerle la autopsia al cuerpo aunque se opusieran.

—Gracias. También tenemos que preguntarles si saben dónde se encuentra Caroline Boutrup. Entra dentro de la naturaleza del caso —prosiguió Jeppe.

El desconsolado padre cerró los ojos y siguió con su diálogo interior con los poderes superiores. La mujer respondió.

—Julie no nos cuenta mucho, pero sabemos por los padres de Caroline que esta semana se iba con una amiga a montar en canoa. A no sé qué lugar de Suecia.

—¿Podrían escribir los nombres de los padres aquí, por favor? —dijo Jeppe mientras dejaba un bloc sobre la mesa—. Y también nombres de amigos, compañeros de estudios y otros contactos que Julie tuviera aquí, en Copenhague, y en Sørvad. Quizá tengamos que hablar con todos los que la conocían.

Ulla Stender se lo pensó y escribió un par de nombres.

—Por favor, ¿podrían decirnos dónde estuvieron tanto el martes por la tarde como anoche? Es

pura rutina, se lo preguntaremos a todos los que tengan algo que ver con el caso.

—¿Anoche? —Ulla levantó la mirada del bloc y siguió escribiendo mientras respondía—. Pues estábamos durmiendo en el hotel. Llegamos el martes, ¿de verdad fue ayer?, y quedamos con Julie a mediodía en una cafetería de Kongens Nytorv —dijo remarcando la primera letra de Kongens—. Christian tenía unas reuniones importantes el miércoles y el jueves, pero ya las hemos aplazado.

—¿No salieron a tomar una copa ni nada?

—No, nos habíamos levantado muy temprano y estábamos muertos de cansancio, así que dimos una vueltecilla por Nyhavn, nos volvimos al hotel y cenamos viendo la tele. Creo que nos acostamos a las once.

—¿Cómo estaba Julie cuando la vieron?

—Pues estaba como es ella, alegre y contenta. Habló de los estudios que iba a comenzar. La mayor parte del tiempo estuvo mirando el móvil, pero así son las cosas hoy.

—Sabemos que es difícil hablar ahora, pero tenemos que saber todo lo posible sobre Julie. ¿Podrían hablarnos de ella? ¿Cómo era, qué le gustaba hacer? Ese tipo de cosas —les pidió el inspector con delicadeza.

Ulla Stender miró insegura a su marido, que seguía sentado con los ojos cerrados.

—Pues Julie era una chica alegre —dijo con prudencia—. Totalmente normal; ya sabe, maja... joven. Le gustaba ir a conciertos y al teatro, incluso formó parte de un grupo teatral en el instituto. —La madrastra buscaba las palabras, pero no encontró ninguna más que pudiera servir.

—¿Hay alguien a quien crean que se le pudiera ocurrir hacerle algo malo?

Ulla negó la cabeza, escandalizada.

—¿Alguien a quien se le ocurriera hacerles daño *a ustedes*, ir a por ustedes a través de Julie?

Volvió a negar con la cabeza. Jeppe bajó la mirada hacia la mesa para darle tiempo para limpiarse la nariz.

—Christian ha tenido enemistades entre socios y clientes, pero nunca nada que no pudiera solucionarse jugando al golf. ¿Que a alguien se le pasase por la cabeza hacerle daño a Julie por algo así? ¡Es una locura!

Anette rompió su silencio apoyada en la pared, sin moverse.

—¿Y desde hace cuánto conoce a Julie? ¿Cuándo se casaron?

Jeppe intentó hacerle una señal a Anette para que no interrumpiera, pero ella, aparentemente, no la vio. La mirada de Ulla vagaba intranquila.

—Fue en marzo de 2004. Julie nos hizo una canción con una melodía de los Olsen Brothers. ¡Solo tenía nueve años! Todo el mundo se quedó impresionado.

Christian Stender resopló y se tapó los ojos con las manos. Su mujer, insegura, siguió hablando.

—Pero Julie solo tenía un año cuando me contrataron en la empresa y conozco a la familia desde siempre. Cuando la madre de Julie nos dejó, por desgracia tuvo cáncer, nos unimos mucho, si se puede decir así. Y sí, Christian y yo nos casamos... Espero que Julie me vea como a una madre. O me viera...

A Ulla había comenzado a sudarle el labio superior y siguió manoseando su cadena y el escapulario en el que depositaba su fe y su esperanza.

—¿Cuándo murió la madre de Julie? —Por descontado, Anette no tenía en mente dejar que

Ulla Stender se fuera de rositas todavía.

—Irene murió en 2003, pero llevaba enferma mucho tiempo. Christian estaba consumido por estar en el hospital. Fue una época horrible.

«Sobre todo para Irene», pensó Jeppe. Estaba claro que Ulla Stender estaba acostumbrada a defender su matrimonio. ¿No habría habido mucho cuchicheo en la pequeña Sørvad cuando el señor Stender se casó con su secretaria a los cinco minutos de enterrar a su esposa? Ulla parecía una niña con ganas de meterse a gatas debajo de la mesa y dejar de jugar. Jeppe le envió a Anette una mirada de advertencia y cambió de tema.

—¿Cuánto tiempo llevaba viviendo Julie en Copenhague?

—Medio año. Se mudó en marzo para aclimatarse al piso y encontrar un trabajo antes de empezar las clases.

—¿La... violaron? —La voz del padre cortó la sala de repente. Sonó como un rallador. Violación: lo peor que un padre puede imaginar para su hija.

—Tras una primera exploración, no hay indicios de agresión sexual —dijo Jeppe inquieto mientras observaba a la pareja.

—Pero el asesino ha usado un cuchillo. —El padre soltó aire con pesadez y volvió a bajar la cabeza—. Y tengo miedo de que le haya hecho cortes...

Jeppe notó la mirada punzante de Anette, pero la ignoró.

—Todavía no sabemos por qué, o más bien cómo, pero una parte de los hechos violentos tuvieron lugar antes de que se produjera la muerte. Me duele mucho tener que contarles esto. Si tienen la más remota idea de lo que esto significa, es importante que lo compartan con nosotros.

Ulla se tapó la boca con las manos y negó con la cabeza, en estado de *shock*.

—Tenemos preparado un equipo en el hospital y podemos ofrecerles ayuda especializada para momentos de crisis si... Aquí tengo el número.

Christian levantó la cabeza y abrió los ojos. Tenía la cara del mismo color que la pared que tenía detrás. Luego vomitó.

Debían dar por terminado el interrogatorio. Christian se tumbó en el sofá con un cubo delante, pero cuando perdió el conocimiento entre dos de las veces que vomitó, lo pusieron en el suelo en posición fetal y llamaron a una ambulancia. Su mujer respiraba entrecortadamente, como si hubiese subido corriendo unas escaleras. Antes de que las puertas de la ambulancia se cerrasen, Jeppe consiguió anunciar que era muy probable que tuvieran que volver a hablar con ellos al día siguiente.

—¿A ti qué coño te pasa? —dijo Anette cuando la ambulancia se fue.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué le cuentas a esa pobre gente que el asesino ha rajado a su hija cuando estaba viva? No me jodas, está fuera de lugar. No es propio de ti ser tan insensible.

—Tenemos que averiguar si eso significa algo.

—Sí, pero no ahora, joder. Dales un poco de tiempo; aún tienen que aceptar que está muerta.

—Como jefe de la investigación, no necesito defender cada decisión que tomo, por pequeña que sea.

Irritado, quiso darle una patada a una piedra y falló. Creció en su interior la necesidad de destrozar algo, necesidad que amenazaba con controlar su comportamiento. Tuvo que contenerse para no coger una piedra y tirársela al parabrisas del primer coche que viera. Anette lo miró como

si hubiera cometido un error repugnante.

—Me la suda que seas tú quien toma las decisiones. Eso no era necesario, hostias.

—¿Qué intentas decir?

—¡Que te relajes! Que ya no eres como antes. ¡Olvidalo!

Anette se dio la vuelta y entró en el edificio. Él se quedó mirando la ambulancia hasta que la furia remitió.

JEPPE SUBIÓ EL escalón del gigantesco patio interior de la jefatura, cuya lúgubre columnata protegía del sol incluso en los días más calurosos. Necesitaba un poco de aire antes de volver arriba con los compañeros de Homicidios. La hierba entre las baldosas se iluminaba con el sol del mediodía y le restaba sobriedad al suelo. Hacía mucho que tendrían que haber cortado el césped, ¿no podía buscar recursos el Ayuntamiento para solucionarlo?

Anette tenía razón, estaba de un humor de perros. Le dolía la cadera y se recordó a sí mismo que tenía que llamar al médico y mendigarle otra receta más de oxicodona.

Pero el mal humor no se debía solo a los dolores. Tenía que reconocer que las infidelidades ajenas influían en él. La evidente aventura de Christian Stender con su secretaria mientras la mujer estaba al borde de la muerte le resultaba tan abominable que casi lo sentía como un ataque personal.

«You're simply the best. Better than all the rest.»

La canción homenaje de Tina Turner le resonaba bajo las sienes y lo mandaba de vuelta a Nochevieja, aunque podría haber sido cualquier otra. Therese estaba más guapa que nunca. Así lo recordaba, sin rememorar con detalle lo que se había puesto. No era la ropa lo que la hacía parecer atractiva, sino la distancia y la creciente inseguridad de él, que la hacían inalcanzable. Iban hacia el centro en un taxi, a tiempo para el discurso de Año Nuevo, mirando cada uno por su ventanilla la nieve que caía. La había desatendido, ya lo sabía; había estado demasiado lejos y demasiado ocupado en su carrera. Había evitado las peleas y las complicaciones en casa. A partir de ese momento tendría que ser de otro modo. Le cogió la mano a su mujer. «Tienes que saber que el año nuevo está reservado para nuestra futura familia; pondré todas mis fuerzas en ello. ¡Lo lograré! ¡No hay nada más importante en mi vida que nosotros!»

Ella retiró la mano y le pidió al conductor que subiera la música antes de volver a girarse para mirar por la ventanilla. Él también se giró y vio las gotas contra el cristal mientras Tina Turner llenaba el coche de psicología positiva.

La fiesta de Nochevieja fue kafkiana desde el primer minuto. Estuvo bebiendo cava, mirando a la mujer que amaba, que estaba allí y que era su esposa. O quizá ya no. Habían comido y bebido, y él ya no recordaba cómo había transcurrido la noche, pero cuando el reloj dio las doce, no la había tocado una sola vez. El beso que ella le dio sabía a obligación. Él supo que se había terminado.

Ni siquiera se sorprendió cuando se dirigió hacia él y le contó la historia de una amiga que estaba sola en Nochevieja y que le daba lástima. Iría a consolarla, volvería pronto. La gente sí se sorprendió cuando se fue, pero estaban demasiado borrachos para preocuparse incluso cuando él también cogió la chaqueta y la siguió.

Fue detrás de su esbelta figura por las calles del centro, y se sintió como el actor de un melodrama mientras se rompía en pedazos y a la vez tenía un subidón de adrenalina. Cuando ella

entró en un portal que él sabía que no era de ninguna amiga, contó hasta diez y llamó. «Niels», ponía en el timbre. Niels. Ella abrió la puerta sin la menor muestra de pesar y le pidió que se fuera. Eso fue lo peor. Que no se avergonzó ni se arrepintió ni, para colmo, se preocupó por él. «¡Vete, Jeppe! ¡Lárgate!» Y cerró la puerta.

Llamó en mitad de la noche a Johannes y Rodrigo, que vivían en la calle Skydebanegade. Incomprendido, repudiado, destruido. Estuvo dos semanas viviendo en su sofá, dijo en el trabajo que estaba enfermo y se metió bajo una cueva de mantas de lana y pena. Johannes y Rodrigo lo cuidaron como a un niño y lloraron lo que él no lloró por estar petrificado. Escucharon la historia miles de veces y lo apoyaron hasta que fue capaz de ponerse en pie de nuevo y salir al mundo.

Cuando por fin volvió a casa, las cosas de Therese y la mayoría de los muebles comunes no estaban en el chalé. Las paredes se encontraban vacías, con la marca que señalaba dónde habían estado las estanterías; en el salón solo quedaba su desgastado y viejo sofá. Se echó en él y se quedó allí hecho un ovillo.

Hasta que llegó Johannes y llamó a la puerta. Como Jeppe no abría, rompió la ventana del sótano, le obligó a levantarse y lo metió a empujones en el baño.

Ya era agosto y Jeppe había vuelto a trabajar. Acababa de recibir por correo la demanda de divorcio. Estaba sobre la mesa, junto al sofá, como un humillante recuerdo de que él estaba solo y ella seguía adelante.

7

ESTHER DE LAURENTI se quitó los zapatos con la punta de los pies y se sirvió una copa de vino tinto mientras los perros correteaban a su alrededor. Una botella de syrah, no estaba de humor para vino de cartón. De pie en la cocina, aún con la chaqueta puesta, dio un gran trago, cerró los ojos y dejó que esa gloriosa sensación se le extendiese por todo el cuerpo. ¡Ah!

Kristoffer estaba pelando verduras junto al fregadero. Saludó a Esther con señas cuando llegó a casa, pero no le preguntó por la visita al hospital; la conocía, todavía tenía que aterrizar.

En el salón, se dejó caer sobre el sofá. Los perros enseguida saltaron, le lamieron la cara y le dejaron pelos en la chaqueta de cachemira. El piso olía a pan recién hecho; seguro que era uno de esos panes hechos en olla con los que Kristoffer estaba experimentando en aquel momento. El aroma estaba tan lleno de consuelo que Esther se echó a llorar. «Sentir un peso en el corazón es la expresión más acertada —pensó—, es justo como me siento. Una tumba en el pecho.» Dio otro trago, acarició a *Epistème* y echó la cabeza hacia atrás.

En el taxi de camino a casa, las noticias de la radio hablaban del asesinato de una joven en el centro y le fue imposible entender que se trataba de su casa, su propiedad. Su Julie. Porque era a Julie a la que habían matado. Nadie lo había dicho aún en voz alta, pero Esther lo sabía con la misma seguridad con que se sabe que un tren alemán sale a su hora. El conductor bajó el volumen y negó con la cabeza mientras ella se sentía culpable en el asiento trasero.

—Vamos a comer chuletitas de cordero y una ensalada templada de habas. ¿Te parece bien? —preguntó Kristoffer desde la puerta que había entre la cocina y el salón mientras se secaba las manos con un paño viejo. Desvió la mirada con timidez, como solía hacer cada vez que hablaba.

—Suenan estupendo, cielo. ¡Gracias!

Volvió a la cocina, ella lo oía trajinando con las sartenes y las fuentes. El bienestar era casi inoportuno. No debería estar en casa envuelta por el olor de la comida y el pan y sintiéndose a sus anchas cuando acababa de haber un asesinato dos pisos más abajo. Justo ese día habría preferido nadar en la soledad, beber más de la cuenta, llorar y estar despierta toda la noche. Habría sido más adecuado.

Julie era una inquilina simpática, más tranquila y seria que Caroline. Quizá no tan guapa, pero atractiva de una manera que no pegaba con su juventud. En la sinuosidad de su joven sonrisa acechaban la rebelión y una sensualidad oculta. Era una rebelde cohibida, un mar en calma lleno de secretos y extrañas criaturas. Esther lo vio de inmediato y sintió el impulso de acogerla entre los brazos y ayudarla más y mejor de lo que la habían ayudado a ella. No como una madre sustituta, sino como compañera de infortunios: alguien que se había llevado muchos golpes en la vida y había salido adelante.

A menudo, Julie se sentaba en el alféizar de la ventana de la cocina a hablar o a escuchar cuando Esther practicaba escalas. Alguna vez también la había ayudado a servir y lavar los platos cuando había organizado un banquete.

Kristoffer encendió la batidora y *Epistème* se despertó sobresaltado y se bajó del sofá. Tenía que haber hecho *dukkah* para las chuletas. ¿O quizá pesto? Esther vació la copa y pensó en que Julie y Kristoffer habían estado juntos en la cocina y les habían servido la comida a muchos de sus invitados.

Tenía que preguntarle hasta qué punto la conocía. Quizá tendría que reconsiderar todo el proyecto. Debía decidir si le contaba a la policía que ella había matado a Julie.

Por la noche sale a dar una vuelta. Se divierte mirando a los ojos a los hombres que pasan, sobre todo a los que van acompañados por una mujer. Desconcertar a un hombre es lo más sencillo del mundo, solo tienes que mirarlo sin pestañear. Para un hombre, una mirada directa significa que o quieres follártelo o quieres matarlo. A ella le encanta ver su inquietud. Tiene el control; la diversión le sale gratis, pero también es cierto que se va a casa sola.

Una noche se cruza con un hombre en una acera estrecha. Es ancho de espaldas, lleva gafas y anda solo, con una sonrisa misteriosa. Intenta mirarlo a los ojos, pero él no la ve y sigue caminando tranquilamente. Se contiene para no seguirlo con la mirada.

Al día siguiente vuelve a verlo en la acera contraria. Lo reconoce enseguida, él sigue sin verla. Eso la irrita. Se va a casa; le duelen los pies por las sandalias de tacón alto. A su alrededor pasean parejas alegres, la ciudad está llena de enamorados. Nota una mano cálida en el hombro, se gira y ahí está él, cerca de ella, sonriendo. Se vuelve tímida, baja la mirada.

—¡Toma! —le dice. Le da un trocito de papel antes de seguir adelante. En el papel pone: «ESTRELLITA».

Nada más, solo eso. Escrito con mayúsculas y tinta negra. Lee la palabra en alto en medio de la calle y nota que algo se desprende de su cuerpo. Cuando levanta la mirada del papel, él ya se ha ido.

8

—DICHO CON OTRAS palabras, ¿Julie Stender no tenía amigos de su edad?

Jeppe se balanceaba en la endeble banqueta alta de la cocina de Esther de Laurenti mirando de reojo el reloj. Eran más de las ocho de la tarde. Había sido un día lleno de informaciones, algunas de ellas vitales, otras, pistas falsas, y le estaba costando discernir. Le había pedido un informe a Anette en la comisaría y habían quedado en el bar Oscar después para hacer balance.

En ese preciso instante estaba contento de estar a solas con Esther de Laurenti. Mientras hablaba, la mujer, de baja estatura, lavaba los platos con un cepillo rosa. Su reacción a la identificación de la víctima había sido triste pero controlada, como si confirmase algo que ella ya sabía. Pensándolo bien, Jeppe tenía la sensación de que la mujer estaba reprimiendo algo que le gustaría contarle, pero no se atrevía a hacerlo.

Esther rellenó una copa de vino, que parecía tener su sitio fijo en la mesa de la cocina, y se la ofreció a Jeppe levantando las cejas. Él movió los dedos de lado a lado para decir que no y esperó con paciencia. Ella bebió de la copa, se tomó su tiempo.

—Julie era el tipo de chica que prefiere el contacto con adultos. No porque no le interesase la gente de su edad, sino porque creo que la aburrían un poco. —Esther había empezado a arrastrar las eses, disimulaba bien su borrachera—. Por supuesto que era uña y carne con Caroline y su novio, pero no podía evitar ser la tercera rueda de ese carro... ¿La han encontrado? A Caroline.

Jeppe sopesó un momento cuánta información podía compartir.

—Su teléfono está fuera de cobertura, pero a ella y a su amiga las han identificado en un camping de Bromölla esta mañana. Han usado la tarjeta de Caroline, así que estamos seguros de que son ellas. La policía sueca está buscándolas para traerlas a Copenhague.

Esther de Laurenti respiró, claramente aliviada, y dio un trago más.

—Yo nací aquí, ¿lo sabía? En esta casa. Mis padres la adquirieron en 1952 y abrieron una taberna abajo. El Pelicano, se llamaba. Mamá estaba detrás de la barra y papá jugaba al billar con los clientes. No me protegieron de adolescente, pero era divertido. Hubo una fiesta de despedida en toda la calle cuando mamá ya fue demasiado mayor y tuvo que cerrar. Para mí es más que una casa...

Jeppe, por no ser descortés, esperó el momento adecuado para cambiar de tema.

—¿Cómo es ese Daniel, el novio de Caroline? Entiendo que también es de Sørvad, así que Julie y él se conocerían...

Jeppe dejó la frase en el aire, a mitad de camino entre la pregunta y la insinuación. Esther lo captó enseguida.

—¡Olvídese, Daniel es un buen chico!

Echó la cabeza hacia atrás y esperó a que la última gota de la copa rodase hacia su lengua. Cuando miró la copa, se enfadó un poco al verla vacía.

Jeppe vaciló. La irritación siempre es una señal de que uno se acerca a algo que le hace daño. ¿Estaban acercándose a algo que ella no quería contar?

—Quién es... —dijo mirando inútilmente a su libreta— ... ¿quién es Kristoffer? —Observó que Esther se ponía un poco tensa.

—Es... mi profesor de canto. Y mi amigo. Lo conozco desde hace cuatro años. Es...

Se detuvo y se miró los dedos arrugados, como si estuviera buscando una puerta que cerrar ante más preguntas.

—¿Julie y él se conocían?

Ella tenía un agujero en la media que ambos se quedaron mirando. Se hizo el silencio en la cocina y Jeppe notó que Esther estaba buscando las palabras adecuadas. Tras un par de dolorosos segundos, se secó las mejillas, irritada por sus propias lágrimas.

—Tiene que entender que Kristoffer es distinto. —De repente las palabras fluían con la misma facilidad que el llanto—. Quiero decir distinto de verdad, un poco autista; un solitario, si lo prefiere. Es introvertido y reservado, pero eso no lo hace peligroso, ¿comprende?

Jeppe asintió sin entender muy bien esa imperiosa necesidad de protegerlo. ¿Era aquello lo que estaba reprimiendo?

—Es un chico complicado pero inteligentísimo, un prodigio artístico. Entró en el conservatorio con nueve años, pero lo dejó porque quería centrarse en su propia música. ¿Es consciente de cuántos solicitantes tienen cada año? Y es responsable, siempre llega a la hora acordada y nos cuida a mí y a los perros. No le haría daño ni a una mosca, ¿me oye? —Cuanto más hablaba, menos segura se la veía.

—¿Julie y él se conocían? —repitió.

Esther contuvo la respiración un momento. Luego escupió las palabras.

—Sí, joder, se conocían. ¡Se conocían bien!

JEPPE LLAMÓ A Therese en el corto paseo desde Klosterstræde hasta el bar donde había quedado con Anette. Ni siquiera sabía muy bien por qué. Tal vez necesitara oír su voz. No lo cogió. La última vez que la llamó, ella le dijo que no la llamase más y colgó. Estuvo meditando cuánto tiempo seguiría haciéndole daño y cuánto tiempo seguiría buscando ese dolor.

A los pies del ayuntamiento de Copenhague habían abierto un sitio pequeño donde gente vestida con ropa de verano charlaba relajadamente en la terraza bajo el calor de la tarde. La estatua de los trompetistas custodiaba imponente la ingesta de vino rosado y cerveza de barril, como si esperasen el momento justo para empezar a tocar. En la entrada del bar Oscar, Jeppe y Anette se saludaron exhaustos; ella se puso a buscar una mesa mientras él iba a por un par de cervezas.

—A ver, amigo, si levantas los codos intentaré que ese anorak tan bonito no se ponga perdido; sería un pecado.

Jeppe levantó los codos y miró con hartazgo a René, que estaba limpiando la barra con una risilla sarcástica. La ironía de René era una parte del placer de ir allí, algo que le hacía sentirse como en casa en el, por otra parte, ruidoso bar de mesitas cursis y espejos en las paredes. Fue

Johannes quien le descubrió el sitio cuando se conocieron hacía mil años en la escuela Fredie-Pedersen. Por aquel entonces, Jeppe creía que las aspiraciones de su madre de ser actriz eran las suyas. Quién sabe, quizá lo eran.

René tiró el trapo y cogió con apatía dos botellas de cerveza de una nevera. Jeppe miró a la colorida y heterogénea clientela del bar. Él se había criado en una casa en la que el arte era una religión y los actores, músicos y escritores, medio dioses. Su madre rara vez mostraba sus sentimientos, pero, cuando ponía *Viaje de invierno* de Schubert o leía en alto pasajes de *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas*, nunca podía contener las lágrimas.

Cuando dejó de estudiar, fue una decepción. Nunca se lo dijo a las claras, pero Jeppe lo notaba. Su sonrisa lánguida cuando le explicaba que uno no podía pasarse la vida soñando. En dos años, se subió a la ola del *fitness* y estuvo a sus anchas con un trabajo de entrenador de *spinning* mientras iba madurando. Cuando uno de sus compañeros entró en la escuela de policías de Brøndbyøster, le sonó bien la mezcla de algo físico y algo serio. No lo pensó con detenimiento, simplemente envió la solicitud.

Lo único que sobrevivía de su época en la Fredie-Pedersen era su amistad con Johannes, el amplio catálogo musical y el Oscar. Como el bar estaba a tiro de piedra de la jefatura y tenían cerveza fría, no vio ningún motivo para ir a otro sitio. Anette y él lo utilizaban de vez en cuando para ir después del trabajo, aunque sus compañeros hacían infinitas bromas con que el dúo de detectives Werner & Kørner frecuentase un bar de gays. ¡Y juntos!

René puso las dos botellas en la barra, Jeppe sacó un billete del bolsillo de su chaqueta y se fue a la mesa del rincón, donde Anette ya estaba lista.

Se sentó, brindaron en silencio y bebieron. La cerveza fría invadió su cuerpo de bienestar, que se sintió vivo por primera vez en todo el día. Cuando dejó la botella en la mesa, ya estaba medio vacía. Se secó los dedos en los pantalones y sacó la libreta.

—Bueno, ¿qué tenemos?

Anette encendió la tableta.

—Julie Stender, veintidós años, asesinada anoche en su vivienda, en Klosterstræde, 12. Ningún signo evidente de abuso sexual, lo cual es notable, pero sí una inquietante obra tallada en el rostro.

—¿Vista por última vez? —dijo Jeppe tras asentir.

Su compañera miró la pantalla, sacó unas gafas de leer mientras decía tacos, se las puso sobre la punta de la nariz y volvió a blasfemar.

—Aquí lo tenemos. Saidani ha revisado sus SMS y sus mensajes en Facebook. Julie estuvo anoche en un concierto en Studenterhuset, a donde fueron muchos jóvenes de su círculo. El grupo se llama algo así como Vutbajns, no los conozco. Y Julie también los buscó por Facebook. El camarero no la recuerda (Falck sigue haciendo llamadas) y se fue, hasta donde sabemos, alrededor de las diez. Dijo que estaba cansada y quería irse a casa.

—A casa llegó, eso lo sabemos. ¿Quieres otra?

—¿Ya?

Jeppe estableció contacto visual con René y le indicó un dos con los dedos, pero este siguió hablando con un chaval con pantalones plateados.

Anette prosiguió infatigable:

—Saidani ha encontrado algunos mensajes de texto de ese día. A Caroline, al padre, a una

vieja amiga. Nada más. Pero volviendo de Studentarhuset les envió mensajes a dos personas, y aquí la cosa se pone interesante. Le escribió a Caroline a las 22:13: «Hola, Caro. Espero que lo estés pasando bien en el fin del mundo. El concierto ha estado flojo, no te has perdido nada. Ninguna novedad del místico Mr. Mox. Te echo de menos. ¡Besos!».

—¿El místico Mr. Mox no es un ilusionista?

Jeppe estaba convencido de que había visto a un Mr. Mox haciendo trucos de cartas en un centro comercial un par de años atrás. ¿O estaría confundándose?

—¿No puede ser el apodo de alguien? Apunta a que es un hombre que conoce, solo tenemos que encontrarlo. —Anette le dio un sorbo rápido a la cerveza—. Pero escucha, que ahora se pone más interesante. El siguiente mensaje era para alguien que conocemos.

—¿Kristoffer?

—¡Vete a tomar por culo, ya lo sabías! —dijo Anette con un gesto sincero de decepción. Jeppe no pudo evitar reírse un poco.

—¿Crees que he estado en la peluquería mientras tú currabas?

—La esperanza nunca se pierde. ¿No vas a cortarte nunca esos pelos de niña? No es serio.

—Venga, ¿qué pone?

—A las 22:15: «Hola, K. Estaba cansada y me piré sin despedirme, no te encontré. *Sorry!*». No respondió. Pero también estaba en el concierto, y Julie y él se conocían.

Jeppe asintió.

—Esther de Laurenti admitió que al parecer se han visto algunas veces. Kristoffer trabaja en el Teatro Real. Cuando acabe la función a las 22:40, lo pillaremos con la guardia baja.

Anette se bebió su cerveza y le hizo un gesto con la mano a René, que de inmediato salió de la barra y sacó dos cervezas de la nevera.

—¿Cómo narices lo haces?

—¿El qué, si solo le he hecho un gesto? —dijo Anette mientras lo miraba sin entender nada.

—Da igual. ¿Qué más?

Jeppe miró de reojo a René, que puso las dos cervezas en la mesa mientras le dedicaba a la policía una sonrisa cómplice.

—Ningún signo de allanamiento en el piso. Todas las ventanas estaban cerradas cuando encontraron a Gregers; la puerta principal estaba cerrada y la de la cocina, que da a la escalera de servicio, intacta. Así que, a no ser que se fuera a la cama con una de las puertas entreabiertas, ella misma dejó entrar a su asesino.

—Y como la probabilidad de que pidiera pizza o dejase entrar al repartidor de periódicos a las diez de la noche es bastante baja, casi podemos concluir que lo conocía. ¿No?

Anette dio un trago a la cerveza e hizo una reflexión.

—Creo que sí. Era una chica alta y no era flaca; haría falta cierta fuerza para someterla, pero veamos qué nos dice Nyboe mañana.

Jeppe miró hacia fuera; en esa calurosa noche de verano había gente bebiendo cerveza y hablando en alto sin prendas de abrigo. La noche anterior a esa hora Julie Stender volvió a casa dando un paseo por el centro, se metió en casa, cerró la puerta y ¿luego? No volvió a usar el teléfono después de escribir a Kristoffer, no hizo ni recibió llamadas y tampoco había actividad en las redes sociales. ¿La siguió alguien por la calle?

Anette movía nerviosa las manos, como si echase de menos un cigarrillo. Repentinamente, a

Jeppe también le entraron ganas de fumar; la necesidad rara vez se presentaba poco a poco. Lo había dejado cuando Therese y él empezaron con el tratamiento de fertilidad y no lo había echado de menos. Es que sentaba de narices, sobre todo con la cerveza. Y, la verdad, en ese momento no había nada que le impidiese volver al vicio.

—¿Has consultado con el hotel la coartada del señor y la señora Stender?

Anette leyó en alto sus notas.

—Servicio de habitaciones a las 21:30. Dos entrecots y una botella de Amarone. Nadie los vio salir del hotel después de esa hora, pero se puede pasar por delante de la recepción sin ser visto. Hemos pedido las cintas de las cámaras de vigilancia del vestíbulo, pero también existe una salida trasera si se coge el ascensor hasta el sótano, y ahí no hay cámaras. Vamos, que no es una coartada perfecta.

—Tenemos que hablar cuanto antes con alguien que conozca a la familia. Y con Christian Stender. A solas.

Anette asintió con la cabeza y pulsó su teclado silencioso; Jeppe miró la hora.

—¿Nos pasamos de camino por el Shawarma House, que no he cenado?

Anette apagó la pantalla y se terminó la cerveza.

—¡Joder, es la primera cosa inteligente que has dicho en todo el día!

UN SHAWARMA CON cuatro cucharadas de chili y luego una vuelta rápida por Strøget, la calle peatonal del centro. La boca de Jeppe rezumaba aceite de chili, aunque no le pareció desagradable. Anette y él esperaron a Kristoffer en la entrada de artistas del Teatro Real, en la calle Tordenskjoldgade. El vigilante, un negro sonriente con gafas engarzadas en acero y camisa azul, les había asegurado, con su cantarín acento antillano, que ningún empleado saldría del teatro sin pasar por delante de él o sin llamar al timbre para que pudiera abrirle una de las grandes puertas. En tal caso, lo vería por las cámaras de vigilancia. Una pared llena de rostros sepia recordaba a los distinguidos artistas que, con el paso de los años, habían pisado el suelo de ese teatro, el más bonito del país. No parecían personas reales que se quitaban los disfraces y se iban a casa a discutir con su pareja y comer salchichón. Sí lo parecían, en cambio, las primeras personas que salieron por el pasillo del guardarropa y corrieron hacia la puerta de hierro gritándole «¡hasta luego!» al guardia por encima del hombro. Se las veía bastante normales: altas, bajas, viejas y jóvenes, con pañuelos pintorescos, sandalias y chaquetas vaqueras. Pronto salieron más, algunos con caras recién desmaquilladas, otros con fundas de instrumentos grandes o pequeños, solo uno con flores envueltas en plástico y un grupo de amigos alrededor riéndose.

Jeppe se arrimó al guardia para tener una mejor panorámica de la multitud. Solo había visto a Kristoffer en una fotografía en casa de Esther de Laurenti y tenía miedo de que se le escapase.

Tras diez minutos, el hombre apareció solo. Llevaba la mochila agarrada por las asas, igual que los niños cuando les pesa la cartera del colegio. Cuando estuvo a la altura de Jeppe, se paró en seco.

—Aquí no —dijo antes de que el policía abriese la boca—, vivo aquí al lado, en Fortunstræde; vamos a mi casa.

Kristoffer iba por delante, encorvado y flaco, cruzando el paso de cebra de los almacenes Magasin, y Jeppe y Anette lo seguían sin protestar. Estaba fuera del protocolo seguir a un testigo a casa de aquella manera, pero él lo había propuesto. Estaría más tranquilo en su territorio.

El centro. A Jeppe le parecía increíblemente exótica esa gente que vivía en el meollo. ¿Dónde iban a comprar cuando querían algo que no fuera velas aromáticas y sushi?

Enfrente de la iglesia de San Nicolás, Kristoffer giró, se metió en un patio y se dirigió a una modesta puerta metálica en la parte de atrás.

—Es arriba del todo.

Sujetó la puerta hasta que Jeppe la agarró y empezó la subida por las estrechas y empinadas escaleras con barandillas de madera descascarilladas y pintura amarilla brillante con manchas en las paredes. Subía los escalones de dos en dos.

Jeppe oía a Anette resoplando por detrás ya desde el segundo piso. En el cuarto piso, que en el pasado debió de ser donde ponían a secar la ropa, Kristoffer metió la llave y abrió la puerta. Encima del hueco para las cartas había un trozo de cartón con el nombre «Kristoffer Suk Gravggaard» escrito con buena caligrafía.

«¿Suk? Será una especie de nombre artístico.» Quedaba demasiado bien como para ser el original.¹

Un zumbido en el bolsillo interior de la chaqueta frenó a Jeppe delante de la puerta. La pantalla mostraba el número de Falck. Descolgó, escuchó un momento y terminó la llamada diciendo: «¡Vale, gracias!».

Anette lo miró inquisitiva desde el descansillo inferior, donde estaba intentando controlar la respiración.

—La policía sueca ha encontrado a Caroline y a la amiga. Están volviendo a Copenhague, impactadas pero en buen estado. Las interrogaremos mañana antes del mediodía.

Anette asintió; parecía estar más preocupada por cuánto podía dilatar el momento de subir el último tramo de escaleras.

Jeppe empujó la puerta y entró en la casa, que era tan pequeña que tuvo que entornar la puerta antes de avanzar. Anette iba detrás de él maldiciendo. El piso incluía un somier para persona y media, una mesa redonda con sillas plegables y una pequeña cocina. No había plantas ni fotos en las blancas paredes curvadas, ni desorden. Parecía la habitación de un adolescente, salvo porque estaba todo limpio. Al lado de la cocina se veía otra pequeña habitación, que ya estaba completa con un escritorio grande, dos ordenadores y un teclado. Las paredes estaban cubiertas de placas aislantes, y por el suelo había instrumentos musicales. Jeppe reconoció un sitar, un ukelele, tambores y panderetas, pero también había recipientes y platos que presintió que pertenecían a la colección de instrumentos.

Kristoffer no estaba. Junto a la cocina había una puerta que parecía dar a una escalera; junto a la cama había otra. Ambas estaban cerradas.

—¿Dónde coño se ha metido? —dijo Anette susurrando. Metió la mano en la chaqueta y sacó su pistola reglamentaria.

—¿Quizá en el baño?

Jeppe fue hacia la puerta que estaba junto a la cama, se pegó al quicio y llamó. Ninguna reacción.

Anette abrió despacio la puerta de la cocina y miró hacia la escalera; negó con la cabeza. Le quitó el seguro a su arma y la levantó, luego apuntó a la puerta del baño y le hizo una señal con la cabeza a Jeppe. Este volvió a llamar. No hubo respuesta.

—¿Kristoffer?! —Silencio—. ¡Respóndenos, joder!

Jepe puso la mano en el pomo y le hizo una seña a Anette. El pulso rápido le palpitaba en el oído. Un segundo después, le dio un golpe a la puerta y al mismo tiempo se echó hacia atrás para caer en la cama y quedar fuera de la línea de tiro. La puerta se estampó contra una estantería de la que cayeron dos libros. Y se hizo el silencio.

Sobre las baldosas blancas del baño, con medio cuerpo debajo del lavabo, estaba Kristoffer tumbado, contemplando el techo con la mirada vacía.

Jepe se quedó de pie, irritado por el drama innecesario.

—¿Qué coño haces, tío?! ¿Por qué no respondes?

Kristoffer se quedó tumbado en el suelo sin decir una palabra. Jepe le gritó, pero tampoco hubo reacción. Hasta que no empezó a creer que los agentes se verían obligados a usar la fuerza, no se levantó. Se frotó la cara con el dorso de las manos. Sin previo aviso, comenzó a hablar desde el lugar donde estaba. Ninguna explicación, ninguna disculpa.

—Julie dijo que yo era un pesado y que la agotaba. Ella no entendía...

Jepe lo interrumpió con rapidez.

—Tienes que saber que, antes de que hablemos, no estás obligado a hacerlo. No hay que descartar que lo que digas pueda implicarte en el caso. ¿Lo entiendes?

Estaban obligados a proporcionarle esa información legal por si después querían usar su declaración.

Sonaba alucinado, como si hasta ese momento no hubiera percibido la presencia de los policías.

—Solo diré lo que quiera. Siempre lo hago.

—¿Quieres decir que Julie y tú manteníais una relación? —dijo Anette con un tono cortante.

—¿Relación? Nos acostamos tres veces. La última, hace un mes. Aquí. Yo estaba enamorado de ella. Cuando se fue, dijo que a lo mejor solo debíamos ser amigos.

El pulso de Jepe se aceleró.

—Kristoffer, ¿dónde estuviste ayer por la noche?

—Estuve en un concierto en Studenterhuset con Julie. —No se tomó ni un segundo para pensar, hablaba sin reservas y, aparentemente, no se paró a pensar qué debía contar y qué no—. Aún éramos amigos. Nos tomamos unas cervezas y se fue pronto a casa; dijo que estaba cansada.

—¿Y qué hiciste después?

Kristoffer levantó la vista del punto en el que había estado concentrado y le habló al hombro izquierdo de Jepe.

—La seguí.

Jepe se hundió. El pulso le machacaba los oídos.

—Kristoffer, creo que será mejor que nos acompañes a la comisaría.

9

—¿PUEDO FUMAR?

De todas las preguntas que Anette había oído en sus muchos años en la jefatura, quizá esa fuera la más frecuente. Le faltó poco para darle permiso a Kristoffer y así gorronearle una calada.

—Y qué más, ¿no te jode? Tampoco vas a comer, dormir o mear hasta que acabemos —dijo refunfuñando, cansada, mientras se liaba con el cable que conectaba la cámara con el ordenador.

De repente, Kristoffer sonrió. Era la primera vez que mostraba algo que no fuera su cara de palo, lo cual pareció alarmante e inquietante. Anette se inclinó hacia el ordenador, cogió uno de los cables que colgaban y lo enchufó sin vacilar. La cámara hizo una señal de estar preparada para grabar y apareció una imagen de la sala en la pantalla. Anette giró el ordenador y se sentó al lado de Jeppe, enfrente de Kristoffer, que seguía sonriendo.

—Bueno —comenzó diciendo Anette mientras se recogía las mangas y se inclinaba hacia la mesa—, son las 23:46 del miércoles 8 de agosto. Reanudamos el interrogatorio a Kristoffer Suk Gravgaard relacionado con el número de registro 2815. Están presentes los detectives Jeppe Kørner y Anette Werner. Kristoffer, cuéntenos por qué seguiste a Julie Stender anoche cuando se fue de Studenterhuset.

El joven apartó la mirada como si no le gustase el contacto visual.

—Estuvimos allí juntos escuchando a Woodbines, pero Julie se fue en el descanso, mientras yo subía a por dos cervezas. Se fue sin más. Parecía ausente la última semana, como si tuviera miedo de que yo no hubiese captado el mensaje... Así que fui a su casa. Vive al lado.

Anette cambió de posición sobre la silla; de repente, ya no se la veía cansada. ¿Adónde llevaba todo aquello? ¿De camino a una confesión?

—¿Qué hora era cuando te fuiste del local?

—No llevo reloj. —Se echó lentamente hacia delante y puso la cabeza sobre la mesa. Siguió hablando con la boca a dos centímetros del tablero—. Pero alrededor de las diez y media, once menos cuarto. A los dos minutos estaba delante de su puerta.

—¿Y luego...?

—Había luz en el piso. Caroline está en Suecia, así que supe que debía de ser Julie. Estuve un rato en la calle mirando. Le canté una canción.

—¿Una canción? Ponte recto, no es... —Anette contuvo la necesidad de darle una colleja.

—«Love will save you». Va de la fuerza que tiene el amor para salvar o matar —interrumpió Kristoffer, para quien estar en Klosterstræde cantándole una canción a unas ventanas cerradas era lo más natural del mundo y que, evidentemente, no era consciente de que estaba en el

interrogatorio de un caso de asesinato—. Vi sombras moviéndose tras las cortinas. No estaba sola. Me sentí tonto. Traicionado. —De repente, se incorporó, se palpó el bolsillo del pecho y recordó la prohibición de fumar—. Sí, y luego me fui.

—¿Qué quieres decir? ¿Te fuiste? ¿Adónde? —preguntó Anette tras enderezarse.

—Al canal. Me fumé un cigarro, quizá dos. Y luego volví.

—¿A casa de Julie?

Se hizo el silencio. Kristoffer alzó la mirada hacia una esquina, como si estuviera buscando algo. Anette contó hasta diez mentalmente.

—¿Volviste al piso de Julie? —repitió.

—No, me fui a escuchar el resto del concierto.

Kristoffer hablaba con apatía, como si el asunto en el fondo no fuera con él.

—¿Cuándo volviste a Studenterhuset tras tu pequeña huida?

—Ni idea. Pero la banda seguía tocando, así que no pude estar fuera más de media hora.

—Y después, ¿qué?

—¿Cómo que después qué?

—Venga, coño, que qué hiciste después del concierto —dijo Anette con la paciencia a punto de agotársele.

—Me emborraché con mis amigos.

La investigadora suspiró ostensiblemente.

—¿Tus amigos pueden confirmarlo?

—Sí, salimos por ahí juntos. El novio de Caroline, Daniel, estaba con nosotros. Es el guitarrista del grupo.

—Necesitamos los números de teléfono —dijo Jeppe mientras ponía un bloc en la mesa.

La mirada de Kristoffer brillaba como la de un niño. Anette estaba irritada por el extraño comportamiento del chico. Cuando de pronto Kristoffer bostezó con disimulo y se estiró, fue demasiado.

—Eres consciente de que la han asesinado, ¿no? ¿No te dice nada eso? Porque, dicho con franqueza, ¡te portas como si no te importara nada!

Kristoffer volvió a sonreír. Inquietante. Puso las palmas de la mano encima de la mesa y se miró el dorso.

—¿Como si no me importara? ¿Porque no doy gritos ni lloro ni le doy puñetazos a la pared? No es que lo sienta, es que estoy machacado. No espero que lo entiendan.

Dejaron a Kristoffer solo en la sala de interrogatorios mientras llamaban por teléfono a los amigos, uno por uno. De manera independiente, confirmaron que Kristoffer estuvo en el local durante la pausa y al final del concierto, lo que significaba que se había ausentado como mucho los cuarenta y cinco minutos que duró la segunda parte. Con toda probabilidad, no daba tiempo a buscar a Julie, asesinarla y desfigurarla, cambiarse la ropa llena de sangre, deshacerse del arma homicida y volver impassible.

—Pero es un tipo raro de cojones. —Anette se frotó los ojos y echó la cabeza a un lado, lo cual hizo que le crujiera el cuello.

—Imposible que lo hiciera él —dijo Jeppe con una sonrisa de cansancio.

—Quizá están encubriéndolo.

—Tomaremos muestras de ADN y huellas, y comprobaremos los tiempos después de hablar mañana con otros testigos del bar. Pero ¿por qué mentirían? Tenemos que soltarlo y lo sabes.

Anette le dio una patada a una papelera, que patinó por el suelo produciendo un ruido metálico. En las últimas dos horas había llegado a creer que habían resuelto el crimen de la década en menos de un día. Ahora habían vuelto a la casilla de salida.

LA CASA ESTABA a oscuras y resultaba inaccesible tras los árboles bajos de la calle de los chalés. Jeppe se quitó los zapatos sin encender la luz, vieja costumbre de cuando aún podía despertar a alguien cuando llegaba tarde. Preparó una taza de té en un hervidor que Therese había insistido en comprar, algo a lo que él nunca se adaptó. Chisporroteaba y se quemaba los dedos, la bolsa de té se escaldaba y flotaba en la superficie del agua turbia. ¡Ni siquiera era capaz de tener un problema con el alcohol!

Dejó el té en la isla de la cocina y se llevó el ordenador a la cama. En el dormitorio, se puso de espaldas al lado de la cama donde dormía Therese y se fue directo a su sitio. En su antigua mesilla de noche había un libro del *Kamasutra* que habían comprado en un viaje de fin de semana a París cuando aún estaban enamorados. Antes de los tratamientos de fertilidad. Antes de Niels. Ahora el libro estaba en el cajón como una burla de su fe en el amor, y hacía que todo ese lado de la habitación fuera un campo de minas.

Jeppe reflexionó durante un momento; luego cogió el edredón, se dio la vuelta y volvió al salón. Colocó dos cojines en el respaldo del sofá, se puso recto y abrió el portátil.

Kristoffer había estado con Julie justo antes de que la matasen y reconoció que había tenido una relación con ella y estaba furioso y celoso. Tenía motivos, estaba en el lugar de los hechos en el momento justo y se había ganado a pulso ser el primero en la lista de sospechosos. Aun así, Jeppe se inclinaba a creer su explicación. Quizá su honradez sin filtros era una manera astuta de despistarlos, pero, en tal caso, funcionaba. A Jeppe le costaba imaginarse a Kristoffer actuando de una manera violenta. Solía verlo en los ojos de la gente. Pero bien, Kristoffer se había sentido menospreciado y los hombres se enajenan con los celos. ¿Qué era lo que había cantado bajo la ventana de Julie?

Comprobó sus notas, abrió el ordenador y buscó «Love will save you». ¿Swans? No le dijo nada.

La canción era oscura y lúgubre, y la cantaba lentamente una voz masculina y áspera. «Love will save you from the misery, then tie you to the bloody post.» Siguió buscando y dio con un debate sobre la canción en una página de seguidores de Swans en inglés. Discutían sobre el texto; debían de ser chicos jóvenes con mucho tiempo libre. ¿El estilo era más gótico-industrial que solo gótico? ¿La canción era más o menos depresiva que, por ejemplo, «Failure», que debía de ser otra del mismo disco? Algunos opinaban que expresaba esperanza; otros, que era la rendición final. Se citaba el suicidio varias veces. A Jeppe se le caían los párpados y cerró el ordenador. Una estrofa de la canción lo persiguió durante la noche.

«Love will save all you people, but it will never save... me.».

JUEVES, 9 DE AGOSTO

10

CADA VEZ QUE los pies alcanzaban el suelo, el crujido de la grava acompañaba la pesada respiración de Jeppe en el aire húmedo de la mañana. Sobre el cielo del parque Søndermark lucían nubes rosas contra el azul matutino, como el sueño en tinte de un director de cine. Salir a correr suele ser una reacción clásica a la separación, no solo para volver a ponerse en forma a fin de resultarle atractivo a una nueva persona, sino como eslabón de un proceso terapéutico. Jeppe pensaba más bien que le recordaba a cuando era pequeño y se pellizcaba el brazo para que la herida de la pierna no le doliese demasiado.

Puso rumbo hacia el cerro. En la cabeza le martilleaba la canción de Ascot de *My fair lady*; con ella, los pensamientos fluían libremente. ¿Qué llevaba a una persona a tallarle la cara a otra? El impulso de hacer el mal está presente en todo el mundo, pero el de causar dolor, como había hecho el asesino de Julie, no lo entendía; no podía encontrar otra calificación que maldad.

Corrió a toda velocidad por la zona de los trampolines y continuó hacia casa. Esprintó al lado de las vías del tren para dejar atrás esa triste arquitectura lo más rápido posible.

El chalé de Valby daba a las vías; si no, no habrían podido permitírselo. La barrera acústica amortiguaba casi todo el ruido y uno se acostumbraba rápido; de hecho, Jeppe pensaba que era muy agradable ver pasar los trenes cuando estaba en el baño del primer piso. Por el contrario, Therese hacía cuanto podía por ignorar las vías: cegar las ventanas y plantar lilas en lo alto del seto para olvidar que la casa estaba a pocos metros de la vía y darle la espalda como una adolescente enfadada. Desde fuera, el chalé de piedra roja parecía casi un refugio con la luz de la mañana, pero en cuanto Jeppe entraba lo golpeaba con gran fuerza un clima de abandono.

En la ducha, como de costumbre, evitó tocársela demasiado. Llevaba sin follar desde el mes de diciembre, no había tenido ganas ni una sola vez y parecía que el miembro se le había encogido, quizá un efecto secundario de los antidepresivos que estuvo tomando al principio. Las cinco veces que la dirección lo obligó (le recomendó es la expresión oficial, al parecer) a hablar con un psicólogo de la policía, la palabra impotencia había sobrevolado las demás: ira, celos, pero no salió a relucir.

Se vistió con sus habituales vaqueros y camiseta, se quitó de la cabeza la idea de desayunar y metió la libreta en el bolsillo de la chaqueta. La autopsia estaba fijada para las ocho en el Instituto Anatómico Forense, junto al Hospital Universitario, y, si salía de casa con tiempo, evitaría el tráfico.

Aparcó el coche en la calle Frederik V, delante del edificio Teilum, que, irónicamente, parecía una tumba sobredimensionada y siempre verde con gravilla. En el vestíbulo, los azulejos negros de las paredes se encargaban de que la sensación no fuera suave y luminosa, tampoco en el

interior. A mano izquierda, una puerta de cristal deslustrada llevaba a la sala de proyecciones, que se usaba cuando no se podía confirmar la identidad de la víctima de otro modo. «Solo familiares citados», ponía en muchos idiomas. No había gran peligro de que la gente fuera hasta allí por voluntad propia.

Anette llevó consigo una corriente de aire fresco cuando entró corriendo por la puerta un minuto después, seguida del mismo fotógrafo que había estado en el escenario del crimen.

—Buenos días —les dijo Jeppe a ambos.

—¡Buenos días! —Anette le guiñó un ojo con osadía—. Caroline Boutrup ya está en su casa de Copenhague, en buen estado. Su madre ha venido desde Jutlandia para estar con ella. Iremos a verla cuando acabemos aquí.

—¿Y Daniel, el novio?

—Va Falck, está de camino.

Anette se puso brillo de labios y lo repartió con un chasquido mientras jugaba con el botón del ascensor.

La sala de autopsias se alargaba en cinco espacios contiguos y abiertos, cada uno de ellos equipado con un gran lavadero de acero y un puesto de trabajo al que podían acoplarse las mesas de autopsia. Cada una de las secciones contaba con tubos fluorescentes potentes. Primero llevaron a cabo el típico ritual de desinfección y se pusieron batas, calzas y gorros de cirujano. Luego pasaron delante de filas de botas de goma blancas y bajaron hasta la habitación que estaba más al fondo, donde siempre se hacían las autopsias de los casos de asesinato. Las mesas estaban vacías. Aun así, el olor era, como siempre, penetrante; no desagradable, solo dulzón, y había una higiene algo deficiente.

Nyboe estaba preparado al final de la habitación con la correspondiente bata verde y el gorro. Estaba colocándose los guantes de látex y hablando tranquilamente con el forense que iba a asistirlo durante la autopsia.

—Bienvenidos, espero que estéis despiertos y hayáis descansado bien.

Nyboe le hizo un gesto al asistente, que abandonó la sala.

—Os advierto que lo de hoy no va a ser divertido. Como ya sabéis, quedó claro en el escenario del crimen que a la víctima le dieron unas cuantas cuchilladas que sangraron y que, por tanto, le asestaron *antes* de la muerte —explicó Nyboe mirando a su público a los ojos uno por uno, como para recalcar la seriedad de la situación—. Además, el cráneo de Julie Stender está hecho pedazos encima de la sien izquierda sin que la piel presente perforación. Es digno de mencionar, pues la piel que cubre la sien es rígida y se rompe con facilidad. Hicimos un TAC ayer, cuando llegó el cuerpo. Tiene una fractura por compresión que ha llegado hasta la piamadre. —Se detuvo y lo reformuló—. Es la meninge interna. Ha causado un derrame y un hematoma intracraneal. Naturalmente, vamos a analizarlo todo antes de concluir, pero todo apunta a que la causa de la muerte es un golpe en la sien izquierda con un objeto redondeado. Como siempre, os contaré si encuentro algo durante el examen.

El perito forense entró empujando una mesa de autopsia sobre la que yacía el cadáver de Julie bajo un paño esterilizado. Cuando acoplaron la mesa al puesto de trabajo, lo levantó con cuidado y quitó las bolsas que le cubrían las manos. Estaba exactamente igual que el día anterior, cuando Jeppe la vio en el apartamento, parcialmente vestida y cubierta de sangre seca y costras, como una muñeca arrojada desde lo alto de un rascacielos. Un cuerpo que, un día antes, era un ser humano vivo, pensante, con sueños, sentimientos y necesidades, y que en ese momento no era más que un

montón de ADN.

LA AUTOPSIA COMENZÓ con una exploración superficial del cadáver. El perito, el fotógrafo y Nyboe daban vueltas alrededor de la mesa como buitres concentrados que buscan el mejor punto para atacar.

Nyboe se detenía de vez en cuando y le contaba a su grabadora las pistas que encontraba en la ropa, los lugares por donde había entrado el cuchillo, señalaba y describía la mugre y las secreciones antes de repetir el procedimiento con una lámpara ultravioleta. Quitaba cabellos y minipartículas, y los ponía en bolsitas esterilizadas y numeradas; cortaba las uñas del cadáver y las archivaba.

Los dos forenses colaboraron para quitarle la ropa a Julie para que quedase desnuda ante los cinco testigos. El fotógrafo tomó varias imágenes y Nyboe empezó a buscar minuciosamente lesiones externas con una lupa y pinzas de acero mientras le murmuraba a su grabadora. Heridas, manos, uñas, orejas y tatuajes. Frotó los pezones con bastoncillos, le levantó los párpados e inspeccionó los globos oculares para buscar puntos rojos. De vez en cuando, paraba y compartía una observación.

—Los tatuajes son bastante recientes. La pluma del omóplato tiene como mucho medio año, todavía no se ha formado tejido cicatrizante. Los de las dos estrellas y las palabras de la muñeca derecha están muy frescos y apenas han acabado de formar costra. Como muchísimo, un par de semanas.

—¿A lo mejor se los hizo cuando se mudó a Copenhague? —le preguntó Jeppe a Anette—. A ver si Caroline sabe algo.

Nyboe señaló el brazo de Julie.

—Tiene entre veinticinco y treinta rajaduras superficiales en las palmas de las manos y los brazos, la mayoría de pocos milímetros de profundidad; algunas son más profundas. Puso los brazos por delante para protegerse del cuchillo. Aquí, en la clavícula y en el esternón, la hoja entró más. No encuentro en la piel signos de inmovilización, así que no la habría atado. También explica que hubiera tantas salpicaduras por todo el piso. En el recibidor, en el salón, en el baño.

—¿Cómo? —apostilló Jeppe.

—Muchas puñaladas las asestaron desde atrás, así que también la apuñaló mientras estaba en movimiento, alejándose de él. Ninguna de ellas es mortal. Podría haberla matado fácilmente con el cuchillo, pero escogió darle un golpe en la cabeza con algo pesado.

—¿Quizá fue todo muy rápido? —propuso Jeppe.

—Sí, quizá. Al mismo tiempo, debió de ponerle algo sobre la sien, porque, si no, la piel se habría hecho pedazos por la fuerza del golpe. Tampoco hay rastro del arma homicida en la piel.

—Intentó protegerle la cara porque tenía que usar la piel para tallar el dibujo —afirmó Jeppe mientras lo recorría un escalofrío.

—Los motivos que tuviera el asesino os los dejo a vosotros.

Nyboe apartó un montón de pelo sangriento y enmarañado del rostro del cadáver y señaló cuidadosamente con un dedo cubierto de látex.

—En primer lugar, los cortes en la cara se hicieron después de la muerte, pero, si os fijáis en este corte de la frente, ha sangrado muchísimo. Creo que intentó hacérselos mientras estaba viva, pero ella luchó tanto que tuvo que matarla para trabajar tranquilo. De ahí el duro golpe en la sien.

Se hizo el silencio en la sala.

Anette se quedó inmóvil e inquieta.

—¿Tranquilo? ¿Podemos estar seguros de que es un hombre?

—Hace falta mucha fuerza para tener agarrada a una persona viva mientras se le hacen cortes con un cuchillo.

—Pero ¿no hay una motivación sexual? —insistió.

—Las motivaciones son cosa vuestra. Pero no, no ha habido penetración vaginal ni anal, y, de momento, no hay restos de semen en el cuerpo. —Nyboe se inclinó hacia el rostro y le habló a la grabadora—. Cortes superficiales, como máximo de dos milímetros de profundidad, aparentemente provocadas con el mismo cuchillo. Hoja estrecha, menos de dos milímetros de grosor, muy afilada y probablemente no más de ocho o nueve centímetros de largo. A primera vista, se ajusta al que se encontró en el escenario. ¿Tenemos primeros planos del rostro?

El fotógrafo asintió, pero aun así hizo un par más.

Nyboe continuó hablando alternativamente con la grabadora y con ellos.

—Líneas largas, continuas, cortes paralelos alrededor del ojo derecho, sobre la piel entre la nariz y la boca, bajando por la barbilla, comenzando en una espiral en la mejilla derecha. ¿A qué creéis que se parece?

—¿Un tatuaje maorí? —dijo Anette—. También tiene líneas como esas en el resto de la cara.

—Sí, es posible. Yo creo que recuerda más a un recortable o algo así. Lo ha hecho una mano experimentada. Pensad lo difícil que es dibujar solamente un círculo a mano alzada e imaginaos cómo debe de ser con un cuchillo sobre piel suave.

Anette y Jeppe cruzaron miradas, cada uno a un lado de la mesa. En tal caso, Kristoffer se quedaba fuera de escena, por supuesto siempre que su coartada no tuviera lagunas. ¿Qué clase de motivación podía hacer que un asesino corriera el riesgo de permanecer tanto tiempo en el lugar del crimen después de que la víctima estuviera muerta? ¿Grabar un dibujo?

—¿Por qué no la oyeron gritar? —preguntó Jeppe.

Nyboe le clavó la mirada. No le gustaban las preguntas espontáneas en sus autopsias.

—Justo ahora iba a examinar la cavidad bucal.

Echó la cabeza del cadáver hacia atrás y le abrió la boca, se colocó una lupa binocular sobre los ojos y estuvo observando detenidamente durante varios minutos.

—Aquí tenemos algo. En la parte interior de las muelas del lado derecho. Parece un hilillo. Aproximadamente siete milímetros de largo, de un material de color violeta o rosa. Lo mandaremos a criminalística y sabremos qué es, pero a lo mejor quiere decir que le tapó la boca con algo para que no gritase. Alguna tela, que en tal caso debe de estar llena de sangre.

Jeppe negó con la cabeza.

—Si fue así, el asesino la ha hecho desaparecer, porque los de la Científica no han encontrado nada en el escenario que se corresponda con esa descripción.

—Puede que hubiera ADN del asesino en la tela; por lo demás, debería estar llena de sangre, sois conscientes de eso, ¿no? Sangre de ella, vaya. Interesante. ¿Cómo es que nadie lo vio caminando por el centro, cubierto de salpicaduras de sangre en una cálida noche de verano?

Los forenses lavaron el cadáver, lo midieron y lo pesaron, de modo que ya estaba listo para la inspección interna. Los grandes y afilados cuchillos, que podían confundirse fácilmente con los de los mataderos de una cocina industrial, estaban preparados junto a la mesa. Nyboe cogió un par de

guantes de malla del gancho de la pared, eligió un cuchillo pesado y abrió el cuerpo de Julie Stender desde el cuello hasta el pubis.

11

—¿DE HUEVO O de jamón?

Anette asomó la cabeza entre los estudiantes que hacían cola ante la caravana de comida rápida de la plazoleta interior del hospital. Le rugía el estómago del hambre que tenía.

—Solo café, gracias.

Anette apartó la mirada de su escuchimizado compañero. Jeppe, en realidad, no comía nada y empezaba a parecer un músico *punk* enclenque con ese pelo oxigenado. Anette le envió un pensamiento cariñoso a su sano y barrigón marido, que había prometido hacer filetes con salsa bearnesa para cenar.

Acababan de salir de la sala de autopsia y la plazoleta parecía explosivamente ruidosa después de la silenciosa concentración de las últimas horas. Nyboe había serrado la caja torácica y había sacado los órganos del cadáver de Julie Stender, los había medido y pesado, y había tomado muestras de sangre y tejidos para que los del laboratorio pudieran examinarlos y buscar sustancias tóxicas, alcohol y narcóticos. Luego le había hecho un corte en el cuero cabelludo para poder abrir el cráneo con la sierra y examinar el cerebro y el daño que había ocasionado el golpe en la sien izquierda. El examen apoyó la conclusión anterior: Julie Stender murió por un fuerte golpe en la cabeza, en apariencia causado por un hombre que probablemente fuera diestro. La muerte se produjo entre las once de la noche y las dos de la madrugada del martes al miércoles.

Se sentaron en unos taburetes e hicieron una pequeña pausa antes de volver a la jefatura. Jeppe sacó su libreta de notas. Anette quitó el envoltorio de su sándwich de jamón, le dio un gran bocado y se limpió la mayonesa que le chorreaba por la barbilla con el dorso de la mano.

Jeppe la miró con gesto de desaprobación.

—¿Eres consciente de cuántos números con E y conservantes hay en ese sándwich? Si lo dejaras encima de una mesa un año, seguiría sin enmohecerse de lo lleno de veneno que está.

—A mí me viene bien. —Bebió contenta de la botella de plástico llena de refresco de color naranja chillón y miró impaciente la libreta de Jeppe—. A ver, ¿qué tenemos?

Él negó con la cabeza y pasó las páginas del bloc de notas.

—Julie vuelve a casa de un concierto el martes por la noche en compañía de su asesino, o lo metió en casa poco después. No importa, lo conocía lo suficiente para dejarlo entrar a esas horas de la noche aunque estuviera sola en casa. ¿Qué hombres hay en la vida de Julie?

—¡Su padre! Hoy vamos a por él —dijo su compañera con una bola de ensalada en el carrillo.

—Estoy de acuerdo, Christian Stender tiene algo que contarnos, pero ¿se le puede ocurrir a un padre hacerle esos cortes a su hija de esa manera? —objetó Jeppe.

—Si está pirado...

—Gracias, siempre está bien contar con un perfil psicológico detallado —le dijo tras suspirar.

—Tendrá que ser otro día.

El inspector se sacó un paquete de toallitas húmedas del bolsillo.

—Luego está el joven amigo de Esther de Laurenti, Kristoffer. Julie y él tuvieron una relación y estuvo en el lugar de los hechos, pero la pregunta es si puede haber sido él. Nyboe cree que murió, como pronto, a las once de la noche, y tenemos testigos que estuvieron hablando con Kristoffer en Studenterhuset a las once y media.

Anette rechazó la toallita que sobresalía del paquete y respondió a la llamada de su móvil.

—Werner.

—Soy Saidani, tenemos un problema. ¿Seguís en el Anatómico Forense?

—Acabamos de salir, en cinco minutos vamos para allá.

—Ha habido actividad en el Instagram de Julie Stender. Hace diez minutos han subido una foto en primer plano de Julie muerta, del dibujo que hizo el asesino con el cuchillo. Alguien se ha conectado como Julie. La prensa ya está llamándonos.

A Anette se le desencajó la mandíbula.

—¡No me jodas!

Jeppe la miró con gesto interrogativo.

—Parece que es de la noche del asesinato —prosiguió Saidani al otro lado del teléfono—. La imagen es oscura y granulada, y hay sangre.

—¡Mierda! ¿No podéis quitarla?

Anette se levantó y le hizo una seña a Jeppe para que la siguiera.

—Estamos intentándolo, pero cada vez que la borro, vuelve a aparecer a los dos minutos. He intentado cerrar su perfil, pero no es fácil y también tengo que cerciorarme de que no se pierda información importante.

Dejaron los restos del almuerzo y se fueron corriendo al coche. Cuando llegaron al Gården, todo el Departamento de Homicidios se encontraba en estado de alerta. A la búsqueda del asesino acababa de sumársele el problema de la foto, y tenían que utilizar recursos para responder preguntas y procurar que no cundiera el pánico. La prensa lo llamaba el Monstruo del Cuchillo. ¡Qué ingenioso!

Anette tiró la chaqueta sobre la mesa y se fue directa a la oficina de Saidani con Jeppe pisándole los talones. Las suelas se agarraban al pegajoso suelo de linóleo, por lo que los pasos sonaban como ventosas.

La investigadora irrumpió sin llamar.

—¿Lo has conseguido?

—Aún no —respondió la experta informática sin apartar la vista de la pantalla—. Tenemos acceso al perfil, pero no puedo controlarlo mientras haya alguien que esté conectado como Julie. Espero que los de Instagram nos digan algo pronto. Solo es posible contactar con ellos por mail, aunque sea la Policía.

Anette se inclinó junto a ella y miró la foto oscura, que revelaba la macabra obra y entre cuyas sombras se distinguía el color blanco de la piel. Justo al lado del rostro desfigurado había imágenes de una sonriente Julie. Su sonrisa juvenil y alegre hacía insoportable el contraste.

—Tiene que ser cosa del asesino —añadió Saidani mientras señalaba a la pantalla—. ¡Mira la

alfombra! La foto la han hecho en Kloterstræde, así que a menos que alguien la haya hecho tras el asesinato y antes de que Gregers Hermansen la encontrase, y me permito decir que lo considero impensable, es él.

—¿Puedes rastrear de dónde viene la foto?

—No, porque la han subido con un servidor móvil. ¿Cómo podríamos rastrearla? No entiendo por qué Instagram no ha cerrado el perfil hace mucho —dijo Saidani frustrada.

—Pero ¿por qué poner una foto de la víctima en su propio perfil? ¿Qué consigue con eso? —interrumpió Jeppe.

Saidani se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Es una manera de envanecerse de su hazaña.

Anette se frotó la cara con las manos. El caso se ponía cada vez peor. Intercambió una mirada con Jeppe, que parecía compartir sus pensamientos.

—¿Ahora qué hacemos, Jeppesen? —Sabía que sus posibilidades estaban muy limitadas y, en ese momento, no envidiaba el papel de Jeppe como jefe de la investigación.

Este miró al suelo y suspiró.

—Dividámonos. Llama a Clausen, a ver si han avanzado con los de criminalística, y yo me encargo de interrogar a Caroline.

—Ella y la madre están esperando en la cafetería —informó Saidani apartando la vista del ordenador.

—Estupendo, yo me quedo con Saidani. —Miró a Anette apremiándola—. ¡Venga, tú ponte a llamar!

—Vale, ¡que se os dé bien!

Se marchó haciéndole a su compañero un pequeño guiño. Si Saidani no fuera tan coñazo, Anette habría jurado que Jeppe le había echado el ojo. A fin de cuentas, le daba igual, solo pensaba que era irritante que Saidani siempre pareciera cabreada. Cogió una taza de cacao caliente y llamó a Clausen, que respondió después del primer tono.

—Werner, ¿qué tripa se te ha roto?

A juzgar por la voz, parecía que a Clausen tampoco le sobraba el tiempo.

—El arma homicida. ¿Estado?

—Negativo. Sea lo que sea con lo que le hayan golpeado en la cabeza, ya no está en el apartamento. Estamos ahora con el cuchillo. Calculo que más tarde tendremos algo. Cuando tengáis tiempo, pasaos por aquí.

Anette bebió demasiado rápido y se abrasó la lengua.

—¿Qué más?

—Hay rastro de todas las personas que viven en el piso. Cabellos de las chicas en el desagüe de la ducha, saliva de Julie en una taza de café, etcétera, pero no mucho que tenga que ver con el asesinato. De hecho, sorprende que haya pocos restos del asesino, sobre todo si se piensa en lo violento que debió de ser. Ni un cabello que no sea de las chicas, ni sangre, ni secreciones, y hasta el momento no hay muchas huellas. Ha actuado con un cuidado extremo. Hemos encontrado una buena huella de un pie en un montón de papeles del salón y algunas pisadas en la sangre de alrededor del cadáver. Son muy evidentes, así que algo nos darán.

—¿Qué hay de las huellas dactilares?

—Bovin está a todo trapo, pero hasta ahora no hemos encontrado nada relacionado con el

asesinato. No hay ninguna huella extraña.

Anette tanteó el cacao antes de beber.

—Dime, ¿nuestro hombre llevaba guantes?

—Ya que me lo preguntas, usó algo más que guantes. Creo que llevaba algún tipo de traje de protección.

EN LA CAFETERÍA de Homicidios, Caroline Boutrup cogía de la mano a su madre. Iba envuelta en una gran rebeca de lana y un pañuelo que le cubría la parte inferior de la cara. Su pelo moreno estaba despeinado y grasiento, y su cara estaba hinchada de llorar, y, aun así, era una de las personas más bellas que Jeppe había visto. No solo era guapa o atractiva, sino de una belleza espectacular, como la de una estrella de cine. Su madre, que al parecer se llamaba Jutta, era una versión mayor y más refinada, con el pelo elegantemente cortado estilo bob y una americana sobre los hombros erguidos.

Jeppe les tendió la mano a las dos y le ofreció a Caroline que lo acompañara a una sala de interrogatorios. Junto a la máquina de café había un puñado de agentes inquietos que le dedicaban largas miradas a la bella joven.

Se puso a llorar en cuanto Jeppe cerró la puerta, sollozos desgarradores de desesperación, con la consiguiente limpieza de mocos y lágrimas con las mangas de lana. El policía depositó una caja de clínex sobre la mesa antes de ponerse en marcha con delicadeza.

—Caroline, ya sé que esto es difícil y que estás muy apenada, pero tengo que pedirte que nos ayudes. Tenemos un asesino campando a sus anchas y necesitamos saberlo todo sobre Julie para atraparlo antes de que se escape o, peor aún, de que ataque a otras personas.

Se limpió las lágrimas con los dedos, se colocó erguida en la silla e intentó recuperarse.

—¿Qué quiere saber? —dijo con un tono franco y acento jutlandés.

—¿Tienes idea de quién ha podido hacer esto? ¿Quién podría tener motivos para hacerle daño a Julie?

—¡No! —dijo moviendo la cabeza trágicamente—. Julie era... un ángel. Bueno, no, quizá un ángel no, pero era, ya sabe, ¡buena! Tenía un corazón enorme.

—¿Qué hay de los tíos? ¿Tenía algún novio?

Caroline empezó a enredar los flecos de su pañuelo formando rastas.

—Nada que durase. Casi coleccionaba novios rechazados, siempre tenían que ser *amigos* cuando se cansaba de ellos...

—¿Algún novio rechazado podría tener motivos para vengarse de ella?

Caroline se echó a llorar de nuevo.

—Julie y yo nos conocemos de toda la vida. Esto es totalmente irreal. —Se puso las manos en la cara y se acomodó un poco antes de contestar—. Pero no, Julie siempre ha salido con vegetarianos flojuchos que no matarían ni una mosca.

Jeppe se levantó para ir a buscarle un vaso de agua de la jarra, que estaba en un rincón de la sala.

—¿Tú sabías algo de la relación de Julie y Kristoffer?

Caroline lo miró con las cejas levantadas.

—¡El friki ese estaba desquiciado! Le componía canciones y la llamaba en mitad de la noche. Julie no aguantaba eso. Daniel intentó liarla con uno del grupo.

—¿Tu novio?

—Sí. Los tres crecimos y fuimos juntos al colegio. —Se le quebró un poco la voz, pero carraspeó y siguió hablando—. Daniel también viene de una familia jodida y Julie y él mantenían largos debates regados con vino sobre los padres y las madrastras.

—¿Julie venía de una familia jodida?

Otra vez levantó las cejas. Caroline quería decir «pues claro» con esa expresión.

—Su madre murió de cáncer cuando éramos pequeñas y al padre ya lo habrá visto.

—¿Me estás diciendo que el padre quería a Julie? —dijo Jeppe vacilando.

—¡Joder, la idolatraba! Y Julie no podía con ello —exclamó enfadada.

El móvil de Jeppe comenzó a vibrarle en el bolsillo. Periodistas, quizá, o el señor Stender, que habría conseguido su teléfono. Tendrían que esperar.

—Los tatuajes de Julie, ¿qué sabes de ellos?

—Estaba con ella cuando se hizo la pluma en Tipper, un sitio que está en Nyhavn. Era una pluma de escribir antigua... —inclinó la cabeza y volvió a acomodarse antes de seguir—, pero también es un símbolo de libertad. Por aquello de volar.

—Y las estrellas de la mano, ¿qué simbolizaban?

Se mordió los labios y respondió.

—No lo sé. Empezó a ocultar cosas desde que conoció al tío ese hace tres semanas. Las estrellas tenían algo que ver con él.

Jeppe notó que se le erizaba el vello de las piernas.

—¿El místico Mr. Mox?

Lo miró sorprendida y dijo:

—Sí, yo lo llamaba así porque no quería contarme nada de él. ¿De qué lo conoce?

—¡Cuéntame todo lo que sepas de él! —ordenó Jeppe mientras se echaba hacia delante.

—Pues era uno que conoció en la calle, un tío del que se enamoró de un día para otro, pero se negó a contarme quién era; decía que gafaría la relación. Nunca lo conocí.

—Tiene que haber dicho algo de él. Lo que sea. Es importante, Caroline.

Bebió un trago de agua.

—Mmm, dijo que era un hombre de verdad y que por una vez yo estaría orgullosa de ella.

Jeppe no pudo contener una sonrisilla.

—¿Porque no era un vegetariano flojucho?

Caroline puso la cara entre las manos y sollozó.

12

JEPPE CLAVÓ EL tenedor de plástico en un trozo de pollo seco y media hoja de lechuga e intentó llevárselo a la boca sin que se le cayese. Anette y él se llevaron la comida al jardincillo de la gliptoteca para aclararse la cabeza bajo el sol. Esa era la explicación oficial. En realidad, se trataba más de escapar del ánimo de mierda que había en la jefatura. Alrededor de ellos había gente de Copenhague medio en pelotas tumbados en el césped disfrutando de uno de los últimos días de calor del verano. De los únicos, de hecho. Anette estaba con un pie en la silla, inhalando el humo de tabaco con los ojos cerrados.

—Falck acaba de contarme que le ha apretado las tuercas a Daniel Fusing en el interrogatorio de esta mañana y que hay lagunas en la explicación de los chicos sobre la noche del asesinato. Daniel confirma con toda seguridad que habló con Kristoffer justo después de que acabase el concierto, pero otros dos miembros del grupo y el camarero, con los que hemos hablado hasta ahora, creen que el concierto acabó más cerca de medianoche de lo que dijo Kristoffer. Hicieron tres bises. Si Kristoffer se fue a las diez y media, que es la última hora confirmada en la que alguien lo vio en Studentarhuset, y no volvió hasta casi las doce, podría haberle dado tiempo a todo.

—Pero no tiene sentido, Anette. Entonces debería haberse llevado la ropa y el cuchillo al concierto y haber ido directo desde allí a asesinar a Julie, haberse tomado su tiempo para hacer el dibujo en el cadáver y sacarle una foto, encontrar la clave de acceso al perfil de Instagram, deshacerse del arma homicida y de la ropa llena de sangre para luego volver y emborracharse con los chicos. ¡En media hora! Y eso sin dejar una sola pista en el lugar de los hechos.

Ella apretó los labios con el cigarro en ellos.

—Tenía motivos y estuvo allí, Jeppe. ESTUVO. ¿Con qué frecuencia el asesino es justo alguien a quien la víctima conoce y que casualmente estaba en las cercanías? Mmm, a ver... ah, sí, ¡siempre!

—Kristoffer no tiene fuerza en absoluto. ¿Has visto lo flaco que está?

—Con estar lo bastante furioso basta.

Jeppe cerró la tapa de plástico sobre los restos de su ensalada y la tiró en el primer cubo que vio. Si seguía así, pronto se quedaría sin fuerzas. Lo único bueno de un divorcio era que, a fuerza de ser infeliz, uno acababa hecho un figurín.

Anette se sentó a su lado.

—¿Saidani ha conseguido cerrar el perfil de Instagram?

—Sí, pero el mal ya está hecho. Todos los tabloides han copiado la imagen y la han publicado.

Anette miró la colilla y decidió que aún daba para la última calada.

—Cuando nos fuimos, Falck tenía al padre de Julie al teléfono. Parece que no estaba muy tranquilo.

—No, es un hombre enfadado, eso se entiende. —El teléfono de Jeppe vibró, era su madre. Rechazó la llamada—. Les he pedido a Falck y Saidani que le hagan un seguimiento. ¿Qué piensas tú del místico Mr. Mox?

—¿Quién dice que no es más que una fantasía? No es oro todo lo que reluce. Ni siquiera Caroline lo conocía.

—Las chicas de veintiún años no se inventan relaciones. Quizá haya sido algo platónico e inocente, pero hay un hombre que la impresionó mucho, tanto como para hacerse un tatuaje que tuviera que ver con él.

Anette tiró la colilla al suelo. Estuvieron un momento sentados uno junto al otro sin decir nada. Aspiraron la luz del sol y los sonidos de vida y normalidad les atravesaron la piel antes de volver al lúgubre mundo paralelo del Departamento de Homicidios. Jeppe miró hacia los pétalos caídos y las cagadas de paloma en la arena. Le parecía una imagen apropiada para Copenhague: un mosaico de flores y porquería.

EN LA ÚLTIMA oficina del oscuro y largo pasillo de Homicidios, Torben Falck estaba inclinado sobre el escritorio con los ojos tan cerca de la pantalla del ordenador que parecía la imagen del *antes* de un anuncio de una óptica. Sara Saidani lo observaba tímidamente desde la puerta mientras esperaba a que se diera cuenta de que estaba allí. Su prominente tripa chocaba contra el escritorio, y un par de tirantes de color verde chillón parecían tener trabajo extra a la hora de mantener los pantalones en su sitio. La oficina olía al sándwich de cerdo asado que, según desvelaba una bola de envoltorio grasiento que había sobre la mesa, había tomado para almorzar.

Cuando Sara dio dos toques en la puerta sin que hubiera reacción, entró.

—Hola, Falck, ¿puedo molestarte un minuto?

Cogió una silla de oficina y se sentó a su lado. Él olía levemente a humo de asado.

—Anda, hola, ¿vienes a verme? —murmuró Falck sorprendido, pero con calidez en la voz.

Sara pensó, y no era la primera vez, que Falck era el que más le gustaba de sus nuevos colegas. Los demás la evitaban, como si rompiera alguna regla no escrita que ella ni siquiera conocía, como si estorbaba por ser una extraña. Que conste que no era por ser culturalmente diferente, pues los nuevos colegas de Homicidios parecían tan tolerantes como los de Helsingør respecto a su origen tunecino. Era más su personalidad, que, como era de esperar, era radicalmente distinta. No bebía café y rara vez comía tarta ni golosinas. No se reía con los chistes verdes y no le gustaba discutir de política. Se negaba a encajar y a hacerse la simpática, y se iba pronto a casa para estar con sus dos hijas. El único que no parecía molesto con sus costumbres era Falck.

Le hizo un gesto con la cabeza.

—He pensado que podríamos acordar quién hace qué. ¿Le has echado un vistazo a Christian Stender?

Él sonrió y el bigote se le arqueó de un modo cómico.

—He escarbado un poco. Por el momento, he investigado sobre todo su economía y su vida laboral. Stender parece ser un hombre de negocios activo que pone huevos en muchas cestas. Está

en las administraciones e invierte en todo, desde molinos de viento hasta restaurantes de autopista. La mayor parte de su dinero lo ha ganado importando piezas de recambio para BMW. Y es una especie de mecenas; ha donado, entre otras cosas, muchas obras al Museo de Arte Contemporáneo de Herning.

—¿Arte contemporáneo? ¿En Herning? —preguntó Sara escéptica.

—Debe de haberlo. Ha abierto y cerrado diferentes empresas y también ha tenido quiebras. De esa manera te haces popular. Estoy analizándolo minuciosamente, pero es material pesado para revisarlo, así que se tarda un poco.

Falck pulsó un botón del teclado y blasfemó en voz baja cuando la imagen de la pantalla desapareció.

—Restaurantes de carretera y museos de arte. ¿Qué relación hay?

—¿Cómo hago que vuelva la imagen? —preguntó mirando a Sara desvalido. Ella pulsó una tecla y el escritorio virtual de Falck volvió a su sitio—. ¡Ah, sí, así, gracias! ¿Quizá Stender gana dinero con una cosa y obtiene prestigio con la otra? Parece un procedimiento bastante normal. Todo bonito en la primera planta y tétrico en el sótano.

Sara se mordió el labio pensativa.

—Pero ¿en realidad se puede pensar que hay relación entre sus negocios y la muerte de la hija? ¡¿Una venganza financiera que toma forma de asesinato con cortes místicos en el rostro del cadáver?! No me lo trago.

Falck la miró y Sara se dio la vuelta. Thomas Larsen estaba justo detrás de ella en la puerta, sonriendo pícaro.

—¿Qué quieres? —preguntó ella con una ceja levantada.

—He estado investigando a Kristoffer Gravgaard. Es bastante interesante.

Se separó de la puerta, fue a la mesa y se sentó en ella para mirarlos por encima del hombro mientras hablaba.

—Creció en las afueras de Copenhague, en Brøndbyøster, con una madre que sufría trastornos mentales y que lo tuvo con cuarenta y tres años. Sabe Dios cómo ha salido la cosa. Régimen de acogida abierto en fines de semana alternos, pensión de invalidez, regalos de Navidad del Ejército de Salvación, etcétera; ya sabéis de qué va. La familia de acogida informó al ayuntamiento cuando Kristoffer tenía tres años. El nuevo novio de la madre le pegaba y aparecía los fines de semana con marcas por todo el cuerpo. Había desatención desde el principio.

—Pero ¿no la suficiente como para sacarlo de esa casa? —dijo Sara mirándolo sin pestañear.

Larsen prosiguió impertérrito. Si le importaba que lo interrumpieran, no lo hizo visible de ninguna manera.

—No, pero ya que lo preguntas, sí la suficiente para que se volviera raro. Hay dos observaciones de la época escolar: en la primera, destrozó un vestuario; en la segunda, le dio una paliza a un compañero de clase porque le tomaba el pelo. Tenía diez años.

—¿Y? —preguntó Sara.

—¡¿Cómo que y?! Es claramente inestable y tenía motivos para matar a Julie. Creo que tiene que ser interrogado de nuevo.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó Sara mientras se giraba de nuevo hacia Falck. No iba a invertir tiempo en recordarle a Larsen que los interrogatorios eran decisión del jefe de la investigación. Falck fue más diplomático.

—Eso es cosa de Kørner, háblalo con él. Creo que Werner y él están de camino al hotel para hablar con los padres, pero llámalo.

Larsen se quedó sentado mientras Sara se inclinaba hacia el ordenador de Falck y se ponía a teclear. Sabía que Larsen había ido para obtener un poco de reconocimiento y respaldo, pero no estaba de humor para dárselo. Después de un minuto, él se levantó y se fue de la oficina sin despedirse.

Falck carraspeó.

—¿Qué nombre le pondrías a un gato alegre?

Sara lo miró a la cara, redonda y amable, y no pudo reprimir una sonrisa.

Falck le guiñó un ojo con aire socarrón.

—Descontento.

EN EL HOTEL Phønix, Ulla Stender accedió a regañadientes a sentarse con Anette en el vestíbulo para hablar a solas mientras Jeppe interrogaba a Christian en la habitación. Jeppe estaba sentado en un sofá de seda moviendo las piernas y observando que Stender caminaba inquieto de un lado a otro sobre la gruesa moqueta de la habitación 202. Ese día iba bien vestido: chaqueta de traje gris oscuro que le sentaba bastante bien a su corpulenta figura, pero cuyo desgaste brillaba en codos y rodillas; zapatos a juego y el cabello fino peinado con algún tipo de fijador hasta la coronilla. No era la ruina de hombre que habían conocido el día anterior, pero conservaba la misma mirada de pánico.

—¿Cuánto tiempo consideran que tendremos que quedarnos en Copenhague? No soporto estar en esta maldita habitación esperando y esperando. Tenemos que preparar el entierro de Julie. Y encima ahora aparece esa foto por todas partes. ¿Cómo coño puede suceder eso? Dígame, ¿qué están haciendo para encontrar al asesino?

Stender se bebió un líquido claro con burbujas y miró a Jeppe furioso, como si estuviera acostumbrado a recibir respuestas cuando hacía preguntas.

—Me alegro de que esté un poco mejor hoy, señor Stender. Siéntese.

Este se sentó en el borde de una butaca, preparado para dar un salto y marcharse en cuanto pudiera.

El inspector habló con toda la autoridad que pudo.

—En casos de asesinato no se puede entregar el cuerpo hasta que no se ha redactado el informe de la autopsia, y puede llevar un par de días. Después se les permitirá llevarse a su hija a casa y enterrarla. Entiendo que tiene que ser desagradable verse obligado a vivir en un hotel en estas circunstancias, pero los necesitamos aquí. No deseamos otra cosa que encontrar al asesino de su hija y cerrar el caso lo más rápido posible.

—Me necesitan a mí —dijo Christian Stender sin mirar y remarcando la última palabra.

—¿Perdón?

—Me necesitan a mí. Julie era hija mía, no de Ulla.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Jeppe apoyando los codos sobre las rodillas, con la cadera dolorida de intentar estar recto en ese sofá hundido.

—Cuando Irene, mi primera mujer, falleció, le prometí que cuidaría de nuestra hija. Ulla ha sido un buen apoyo para mí y para Julie, pero nunca ha sido una madre para ella, ha sido más... una amiga. ¿Tiene usted hijos?

Jeppe negó con la cabeza mientras el corazón le daba el pinchazo habitual.

—Entonces no sabe de lo que hablo. El amor de un padre por un hijo no tiene igual. Es el único amor incondicional que un ser humano puede sentir. Para un padrastro o una madrastra nunca es lo mismo —añadió con la voz empañada.

Kørner sintió que tenían que cambiar de tema si quería sacar algo del interrogatorio antes de que Christian Stender se viniese abajo.

—¿Julie tenía novio o amistades masculinas?

—¡Ya está bien! —exclamó ofendido—. ¡No voy a consentir que esto se reduzca a que mi Julie era promiscua o cosas así! Mi hija no era perfecta, pero era una chica inteligente y tenía ambiciones. No se mudó a Copenhague para beber ni nada de eso, aunque desde luego forma parte de ser joven. Quería recibir una educación, ser algo en la vida.

Jeppe asintió neutral.

—¿Y antes de venir a Copenhague? ¿Novios o amigos cercanos en el instituto o en su tiempo libre? ¿O del grupo de teatro?

El rostro de Christian se estiró como si le hicieran un *lifting* a cámara lenta.

—¿Qué quiere decir?

—Solo intento saber cómo era la vida de Julie. Tenemos que explorar todas las posibilidades. ¿Había algún hombre en su vida antes de que se viniera a Copenhague?

—¿Con quién ha estado hablando? —Se le arrugó el cuello mientras intentaba contener la furia—. ¿Ha sido la vieja cotilla esa de la casera? ¿O Ulla no ha sido capaz de cerrar la boca?

Jeppe notó que había conseguido algo y aprovechó.

—¡Hábleme de él! Puede ser importante.

Christian respiró profundamente y pareció tener dificultades para tragar saliva, y Jeppe vio algo que no había visto nunca en la vida real: se llevó el puño a la boca y se mordió con fuerza los nudillos.

Jeppe esperó un momento y volvió a preguntar.

—En este preciso momento todas las relaciones que pudiera tener Julie son potencialmente decisivas. ¿De quién se trata?

Stender tomó aliento y se recompuso.

—Era el profesor de Arte de Julie cuando tenía catorce o quince años, Hjalte no sé qué, ¡un feroés de mierda! Formó un grupo de teatro como actividad extraescolar, llevaba a escena todas las representaciones *hippies* posibles y, claro, Julie tenía que participar. Ella ayudaba con todo y también escribió alguna canción y textos cortos para distintos montajes. Él tenía veinticinco años más que ella, pero eso no le impidió seducirla. Ilegal de cojones, por supuesto; hice que lo despidieran.

—¿Eso cuándo fue?

—Hace seis o siete años. No hubo nada, absolutamente nada; Julie era una niña dulce e impresionable y él se aprovechó. Más que enamorada, estaba entusiasmada. Se olvidó pronto de él.

—¿Se fue de allí?

—Hasta donde yo sé, se volvió a las islas Feroe e hizo bien. Si se hubiera quedado, le habría arrancado los cojones. —Christian, de repente, recordó con quién estaba hablando y le dedicó a Jeppe una mirada aplacada que señalaba que los dos sabían que había sido solo una manera de

hablar.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba? —preguntó Jeppe mientras sacaba la libreta.

—No me acuerdo. Hjalte, como ya he dicho, y un apellido más feroés aún. Seguro que está sin hacer nada, cuidando ovejas ahí arriba, ya sabe, con chaleco de punto y filantropía barata.

Jeppe anotó con rapidez y le sonrió.

—Hemos dado con un par de asuntos y algunas bancarrotas en su historial. ¿Algún cambio de divisas del que no se tomara nota en sus libros de contabilidad?

No hubo ninguna reacción.

—Se imaginará que se ha ganado enemigos en su vida profesional, ¿verdad? —dijo Jeppe apretando el bolígrafo.

En los ojos de Stender brilló un destello de ira que le hizo parecer un Ulises que solo se hacía más fuerte navegando a contraviento. Pero la fuerza dio paso a una tristeza tan profunda que Jeppe casi sintió la misma presión en el pecho, aunque volvió a intentarlo.

—Tuvo un juicio por estafa en 2008...

Stender, resignado, negó con la cabeza. El globo se había desinflado y su mirada parecía cansada y vacía.

—No fue nada, se lo aseguro. No puede tener nada que ver. Está buscando en el sitio equivocado.

Comenzaron a caerle lágrimas por la carnosa mejilla. Jeppe lo observó impaciente; ocultaba algo que no era capaz de sonsacarle.

—¿Los camaradas de la logia?

Stender levantó las cejas como respuesta y miró sin disimulo su reloj. Evidentemente, ese asunto no le concernía a Jeppe, que se levantó y le tendió la mano.

—Llámeme si recuerda algo que pudiera ayudarnos en la investigación. Estamos haciendo todo lo que podemos para encontrar al asesino. Todo.

Anette estaba lista en el vestíbulo. Parecía que acababa de estar en una conferencia de media hora sobre la relación de los tipos de interés y la renta efectiva. A lo mejor habría sido más inteligente haberse intercambiado los papeles. Anette no era compatible con secretarias cursis de provincia.

—¿Dónde está Ulla Stender?

Anette señaló con la cabeza en dirección al baño del vestíbulo.

—Lleva ahí diez minutos. Si no nos vamos, creo que no saldrá en la vida.

Jeppe estuvo riéndose hasta que llegaron al coche. La risa fue beneficiosa para ambos y Anette hizo lo posible por alargar la diversión. Una vez que maldijo Holstebro, al gremio de secretarias y a las señoras de pueblo, estuvo lista para intercambiar información.

—No hay ninguna duda de quién manda en casa de los Stender. Ella hace todo lo que él le pide y él parece aprovecharse plenamente de su poder. ¡Sabe Dios que yo también lo haría si fuera el marido!

—Si es duro con ella, también podría serlo con Julie. Incluso violento, ¿no?

Anette frenó de golpe ante un ciclista que cruzaba en rojo y le gritó una sarta de improperios con la cabeza por fuera de la ventanilla.

—No es imposible, pero creo que Julie vivía al sol de sus atenciones y Ulla a la sombra. Si alguno hubiera tenido ganas de matar a Julie, habría sido Ulla, no Christian.

Mientras pasaban por los canales, Jeppe habló de los anteriores amantes de Julie. La gente estaba sentada en las escaleras de piedra que custodiaban el canal, mirando al sol con los ojos medio cerrados, tomando cerveza y sin planes para lo que quedaba de día, a años luz del ambiente cargado del Ford. Jeppe se giró hacia su compañera.

—Tenemos que averiguar quién es Hjalte y dónde está. Fue profesor de Arte en el colegio Vinding hasta hace cinco años. Creo que tenemos que llamar a alguien que conozca a la familia Stender y que a lo mejor haya vivido de cerca el asunto. Caroline. O quizá su madre, Jutta.

—La llamo yo, ¿me das su número? —dijo Anette tras asentir.

El semáforo en rojo delante del Museo Nacional los detuvo. Jeppe sacó el móvil y le mandó el contacto. Justo cuando iba a guardarse el teléfono, este sonó. Esa vez respondió.

—Kørner. Hola, Esther... No entiendo... —Jeppe escuchaba la confusa explicación de la señora, pero no entendía qué era tan urgente—. ¡Voy ahora mismo!

Se quitó el cinturón con prisa y alcanzó a gritar «¡me voy, hay novedades en Klosterstræde, nos vemos en el Gården en una hora!» antes de dar un portazo y correr por la calle Stormgade. Anette vio por el retrovisor su largo cuerpo desaparecer tras la esquina.

13

ESTHER DE LAURENTI estaba sentada en el suelo del salón con el ordenador delante, las gafas en la punta de la nariz y montones de papeles repartidos por la alfombra. Los perros roncaban uno encima de otro en la cesta; se respiraba paz en el piso con la idílica luz de mediodía. Se despertó al amanecer por un sueño desagradable. Estaba en un agua turbia que cubría su cuerpo hasta las rodillas, miraba hacia abajo y se daba cuenta de que le caía sangre por las piernas. Estuvo largo rato agarrada al colchón hasta que se despertó y se calmó.

Era una pesadilla recurrente que, con el tiempo, se había vuelto fácil de reprimir, pero ese día se había despertado en una realidad que parecía más un mal sueño. Se había negado a aceptar que hubiera relación entre su libro y la muerte de Julie, pero ya no podía seguir evitándolo. Los periódicos hablaban su propio idioma, y la atroz imagen de la cara de Julie era la prueba.

Hurgó en uno de los montones de papeles y cogió una página.

A la semana siguiente, vuelve a encontrárselo, esta vez está justo detrás de ella cuando cierra la puerta y se da la vuelta. Solo un poco más alto que ella, pero con hombros fuertes y espaldas anchas. Los ojos sonríen burlones tras las gafas de sol. Le tiende la mano y ella la toma sin vacilar.

Dan una vuelta bajo la noche veraniega, por el canal, cogidos de la mano. No hablan, solo sonríen y se ríen de vez en cuando de lo absurdo de la situación. Ella le pregunta cómo se llama, pero él le pone el dedo índice en los labios con dulzura y le sonrío. «Hoy no, guapa, todavía no. Tenemos todo el tiempo del mundo.»

Es mayor que ella, pero le da igual. Ya sabe que están unidos por algo que es más fuerte que el espacio y el tiempo. Él la sigue hasta la puerta y le manda un beso con el dedo. En el espacio y en el tiempo no hay promesas vacías ni almas gemelas. A la mañana siguiente, ella empieza a dudar. ¿Volverá a tener noticias tuyas? ¿Es solo ella la que siente por dentro que se muere si no vuelve a verlo?

Pasan siete días. Siete largos días en los que cada noche pasea con fe ciega por las calles. Está perdiendo la esperanza. La noche del séptimo día, gira la esquina y lo ve ante su puerta.

Sonriente.

Esther eligió a Julie porque le recordaba a sí misma, la mató sobre el papel porque encajaba con una idea. ¿Quién podía saber que el libro trataba justo sobre ella? Respiró con dificultad. En la última hora había tenido muchas veces la sensación de que no le entraba todo el aire, de tener

algo oprimiéndole el pecho. Reconocía esa reacción de su época más estresante en el instituto.

Alejó el texto y vació el bolsillo del albornoz en busca de un pañuelo de papel. No podía estar así todo el día, tenía que vestirse e ir al hospital a ver al pobre Gregers. ¿Fue Víctor Hugo el que le ordenó a su mayordomo que le escondiera la ropa cuando escribía para tener que ir en bata hasta que el libro estuviera listo? ¿Qué podía hacer ella con su manuscrito?

Cogió otra hoja.

La chica y el hombre suben al piso sin decirse una palabra. Justo esto es lo que somos, piensa ella: una chiquilla y un hombre adulto. Coge las llaves torpemente, insegura y nerviosa; él está tranquilo detrás de ella, mirándola hasta que consigue abrir. Se arrepiente del desorden, pero no se disculpa por ello porque siente que sonaría infantil. Él no mira alrededor, solo la mira a ella. A una parte de ella le gustaría que él se fuera, pero en cierto modo no desea que se vaya nunca.

¿Café? ¿Vino? Dice que no, se sienta en el amplio reposabrazos de la silla.

—¡Quítate la blusa!

La voz es suave y fuerte. «Tiemblo. ¿El amor te hace sentir así? ¿Como la gripe, las mariposas en el estómago y una montaña rusa, todo al mismo tiempo?»

La blusa se le enreda en el pelo. Nota que se ruboriza mientras se deshace de la prenda y le dan ganas de morir. «Nunca me he sentido así. Nunca.» Cuando por fin consigue sacarse la blusa por la cabeza, él la espera con el cuchillo en la mano.

Sonriendo.

Esther fue a la cocina, apartó un par de platos sucios y quitó del fregadero el poso de café. Le había pedido a Kristoffer que se distanciase por el momento, así que los cacharros se amontonaban. ¿Cómo era posible que el escenario que había descrito hacía un mes se hubiera hecho realidad? Alguien lo había leído y había decidido hacerlo realidad. ¿Podría ser eso? Aún le costaba creerlo.

La respuesta lógica estaba justo delante de ella, en el fregadero. Kristoffer.

Conocía a Julie, a lo mejor estaba enamorado de ella y tenía acceso ilimitado a todos los papeles del piso. ¿Habría leído la historia? ¿Tendría motivos para hacerle daño a Julie? ¿Quizá ella lo rechazó?

Pero el asesinato era una locura cometida por una persona enferma, no por Kristoffer. No el Kristoffer que ella conocía.

Cuando vació su despacho de la Universidad de Copenhague en enero y dio la fiesta de despedida más extravagante de la década, se sintió aliviada. Los amigos le preguntaron si no sentía un vacío, puesto que ya no tenía un trabajo por el que levantarse cada mañana, pero Esther nunca había estado mejor. Escaparse de las peleas de instituto y de estudiantes mimados no era ninguna pérdida. Por fin podría dedicarse al libro que siempre había querido escribir, no más artículos académicos. Había empezado a idear la trama y a dibujar los personajes con el placer de una niña. Cuando Julie se mudó, reconoció a su víctima casi al instante. Una chica mona de campo con un pasado complicado casi evidente, más algo indefinible que la hacía interesante. La madre muerta y el padre dominante, el fuerte deseo tras la sonrisa tranquila y la melancolía en los ojos. Era compleja. Y ahora estaba muerta.

Esther volvió al salón y buscó su teléfono. ¡No podía ser una casualidad! Tenía que hablar con

la policía.

14

EL HOMBRE DE las gafas retrocede y observa a la joven que yace delante de él con el pelo suelto. Ya no se resiste y gime solo un poco. No lleva maquillaje, el rostro se muestra limpio y desnudo de una manera infantil. Lista para él. Su musa, el lienzo en blanco; Nota presión en el escroto, vértigo en el diafragma. El cuchillo es puntiagudo y afilado, con un mango sólido desgastado por el contacto con sus manos. El momento en que la punta del cuchillo penetra en esa piel lechosa es lo mejor. Un segundo después, la piel cede y se rompe, se separa bajo el pequeño cuchillo, en sus poderosas manos. Línea tras línea, corte a corte.

—¡La madre que me parió! ¿Quién escribe esta depravación? ¡Qué porquería! —exclamó Thomas Larsen sin poder reprimir su indignación.

—Naturalmente, es una pregunta relevante —dijo Jeppe y levantó la vista del papel—. El texto es parte de una novela negra que estaba escribiendo Esther de Laurenti, la dueña del edificio donde vivía nuestra víctima y donde la mataron.

—Pero ¿qué tiene que ver con el caso? —dijo Larsen con los brazos cruzados—. Ha dejado que la inspire un caso como miles de escritores prometedores de novelas negras. ¡Buena suerte!

Las reacciones se propagaron entre los colegas. Saidani movió la cabeza en un gesto de desaprobación y Falck elevó las cejas incómodo.

—Pero lo interesante en primera instancia no es tanto quién lo ha *escrito* sino quién lo ha *leído* —dijo Jeppe e hizo una ligera pausa hasta que la sala se calmó—. Mirad, esto se escribió hace tres semanas. Tenemos un esbozo de alrededor de cuarenta páginas de una novela que describe detalladamente el asesinato de Julie Stender, que tuvo lugar anteayer. —Los asientos crujían y los pies traqueteaban intranquilos—. Acabo de recibir el manuscrito hace una hora, así que no lo he leído con atención, pero Esther de Laurenti me ha contado que construyó el personaje de su víctima basándose en Julie y que el asesinato real, hasta donde ella sabe, es una copia del asesinato en la ficción, incluso el dibujo en la cara hecho con el cuchillo. En el texto, el asesino es un hombre del que la víctima se ha enamorado y al que conoce en la calle. Es un traslado a la ficción de algo que Julie experimentó en la realidad y que le había contado a Esther. Por desgracia, Julie no le reveló nada concreto del hombre, así que no puede ayudarnos a dar con su identidad; solo sabemos que es bastante mayor que Julie, de mediana edad, y que lleva gafas.

—¿Quién ha tenido acceso al manuscrito? —preguntó Saidani.

—Había una versión impresa en el apartamento de Esther, es con lo que estoy ahora. Todos los que hayan tenido acceso al piso han podido tener contacto con el manuscrito.

—¡Kristoffer Gravgaard! —Larsen no tardó en advertir lo evidente—. Tiene llaves del piso y entra y sale como le viene en gana. ¡Ha leído la historia y ha decidido hacerla real! —La energía de la indignación de Larsen se extendió por la habitación.

Jeppe levantó una mano para frenarlo.

—Aún no lo habéis oído todo. Esther pertenece a un grupo de escritura *online* de tres personas. —Comprobó los nombres en su libreta—. Erik Kingo, Anna Harlov y Esther de Laurenti. A través de una página de Google Docs han ido colgando textos y comentando los trabajos de los tres. Funciona como una especie de motivación, según me explicó Esther. Subió el esbozo de su novela en dos tandas. La primera fue el 5 de julio, es la parte en la que describe a la víctima, Julie Stender, que se muda a la ciudad y conoce a un hombre. Las siguientes quince páginas, en las que tiene lugar el asesinato, las subió el 30 de julio; eso quiere decir que la descripción del asesinato estuvo colgada una semana antes del horrible suceso.

—¿Hay alguien, además del grupo de escritura, que lo conociera? —preguntó Anette apoyada en la pared.

—Eso es lo que tenemos que averiguar.

—Todo lo que está en la red puede abrirse y leerse si se sabe cómo hacerlo. —Saidani suspiró resignada—. La pregunta es más bien quién sabe que trata sobre Julie Stender. Estoy viendo que la chica del libro no tiene nombre.

—¡Bien visto, Saidani! Tenemos el ordenador de Esther de Laurenti. Encuentra todo lo que puedas sobre el grupo de escritura y los mensajes que se mandaron.

Sara Saidani asintió y los rizos de su coleta se mecieron. Jeppe pensó que estaría guapa si se soltase el pelo.

—Ahora lo más importante es centrarnos en las personas que nos consta que han tenido acceso al texto y, al mismo tiempo, descubrir si alguien ajeno al grupo ha podido conseguir acceder a su Google Docs. Los miembros de los grupos de escritura son activos en las páginas de debate de la web de la unión de escritores y, además, ha habido una entrevista con Erik Kingo en números anteriores de la revista *Escritores*, en la que cita al grupo.

—Entonces, ¿todo el mundo puede leer acerca del grupo y acceder a la página de Google Docs, aunque no tengan maña con los ordenadores? —preguntó Anette—. Christian Stender también visitó a Julie, y quizá pudo tener acceso al manuscrito...

Jeppe se levantó y señaló la pizarra que había detrás de él.

—En principio, sí, pero vamos a centrarnos en las dos personas que sabemos con seguridad que han leído el texto...

—¿Qué tal si nos centramos en la única persona que sabemos con seguridad que tenía un motivo, la oportunidad, una relación con la víctima y acceso al manuscrito? —interrumpió Larsen colérico.

Jeppe se dio la vuelta y lo miró sorprendido.

—No estoy interesado en descartar a Kristoffer Gravgaard como sospechoso. Tú sigue investigándolo a él y a su entorno, y así Falck puede leer el manuscrito y compararlo con el asesinato, lo que nos proporcionará una visión completa de los detalles. Ahora le doy a Saidani el ordenador de Esther de Laurenti, y Anette y yo nos vamos a Criminalística a ver si hay nuevas pistas. ¿Alguna pregunta?

—¿Son cosas más o estáis pasando por alto un detalle importante? —dijo Falck con los

dedos entrelazados sobre la barriga, que sobresalía alegremente entre los tirantes a rayas.

—¿Qué quieres decir, Falck?

—Sí, a lo mejor soy un antiguo, pero, a mi modo de ver, el sospechoso más evidente va a quedar absuelto de antemano.

—¡Al grano, Falck! —ordenó Jeppe irritado y apartó la mirada.

—¡Esther de Laurenti, caray! ¿Qué coño os pasa? El asesinato se cometió en su edificio, según su novela y mientras estaba en casa. ¿Por qué no estamos interrogándola ya?

—Porque tiene cien años y pesa cuarenta kilos —contestó Larsen sarcástico.

—Tiene sesenta y ocho años y está en mejor forma que muchos de nosotros. ¿Qué cojones es esa absurda discriminación por edad?

Anette no pudo reprimir la risa.

—Dicho de otra forma, ¿ha desfigurado a una chica joven fuerte que le saca una cabeza y ha podido con ella? ¿Con un cuchillo pequeño?

La risa se extendió y Falck golpeó la mesa furioso.

—¡Ya basta! ¿Creéis que se pierde la fuerza cuando se pasa de los sesenta? Ha podido usar éter o yo qué coño sé. Es una gilipollez descartarla de buenas a primeras.

Jeppe sabía que la idea de su compañero no era descabellada.

—Tienes razón, Falck, la vigilaremos. Tú empieza a leer el manuscrito.

—¡De acuerdo!

El ambiente se tranquilizó, pero del mismo modo en que pasan los segundos entre un relámpago y el consiguiente estrépito del trueno. La falta de pistas y las teorías divergentes no eran una combinación óptima a la hora de resolver el crimen. Jeppe tenía la intensa sensación de estar perdiendo el control de su equipo y dio un golpe tremendo con el manuscrito en la mesa que tenía delante.

—¡¿Nos ponemos en marcha o qué?! A no ser que haya otras teorías que airear antes de ponernos a trabajar.

Falck agachó la cabeza y Jeppe se arrepintió al instante. Buscó una frase que pudiera suavizar el ambiente, pero no la encontró. ¡Qué fastidio! Tiró a la mesa el manuscrito, delante de Falck, y se fue de la sala sin cerrar la puerta.

JEPPE Y ANETTE hicieron el camino hasta el aparcamiento en silencio. Ella estaba callada, a él no le apetecía preguntar por qué. Se abrochó la chaqueta y se sentó en el asiento del copiloto. Cuando ya llevaban un par de minutos de camino, Anette arrastró la palanca de cambios y el coche dio un salto.

—¡Oye, no es que te hayas vuelto muy sociable tras el divorcio, Jeppesen! Ya sé que es difícil, pero ¿no puedes dejar tus problemas personales en casa, que es donde tienen que estar, y empezar a comportarte de nuevo como un adulto?

¡Como si fuera un adolescente irreflexivo que deja la ropa sucia tirada en el suelo y se bebe la última botella de leche! Jeppe se mordió el labio. Sabía que Anette llevaba razón. Le costaba mantener la mente fría, dejarse llevar por su intuición, en la que siempre confiaba. Sentía el cerebro acorchado y era como si le hubieran arrancado la piel de alrededor de sus órganos vitales. Estaba confuso e hipersensible a la vez. A lo mejor era la oxicodona, quizá los efectos de la tristeza, pero, fuese lo que fuese, discutir con Anette no era algo que tuviera en mente.

—¿Llamaste a la madre de Caroline?

Anette parecía sopesar si le dejaba librarse de una manera tan sencilla, pero decidió mostrar clemencia.

—Sí, he tenido una charla con ella mientras estabas con De Laurenti. Lo sabía todo sobre el *affaire* de Julie con el profesor y estaba feliz de compartirlo. En la familia Boutrup fueron muy buenos amigos de los Stender, pero el cariño parece haberse enfriado —dijo Anette ansiosa por contar la historia y olvidándose del enfado—. Parece que Christian Stender te suavizó muchísimo el asunto cuando te lo contó. No fue un escándalo pequeño en un sitio como Sørvad. El profesor del colegio seduce a la inocente hija del mandamás, el mismo que se casó con su secretaria justo después del entierro de su primera esposa. Esa familia lleva más de diez años siendo la comidilla en las conversaciones de la peluquería del pueblo.

Cambiaron de carril en el bulevar H. C. Andersen y Jeppe intentó acordarse de cuándo fue la última vez que había visto la plaza del ayuntamiento sin las obras del metro. Anette golpeaba los dedos en la palanca con las uñas rosas mientras hablaba.

—El profesor se llama Hjalti Patursson, no Hjalte, y es de las Feroe. Estudió en el seminario en Copenhague y se mudó a Aarhus porque conoció a una mujer, con la que se casó. La relación se rompió y Hjalti entró de profesor en el colegio municipal de Sørvad, donde, según afirma Jutta, se enamoró perdidamente de Julie Stender, que solo tenía quince años. Él ya rondaba los cuarenta, pero no pudo ocultar sus sentimientos por la muchacha. Jutta me habló de una incómoda reunión en el club de teatro en la que él miraba fijamente y con total descaro a Julie. Intentó tocarla cuando repartía los papeles y cosas así. Empezaron las habladurías y Christian Stender hizo que lo despidieran.

Jeppe bajó la ventanilla e inhaló el aire del verano y el humo de los coches.

—Pero suena relativamente inocente, ¿no?

—¡Fue todo lo contrario a inocente! ¡El puto viejo verde ese se la llevó a la cama! Llegaron a consumir la relación antes de que el papi se enterase y lo echara de la ciudad.

—Vale; escándalo, dices. Chica joven, viejo verde, padre cabreado, etc. Pero de eso hace seis años y difícilmente puede tener algo que ver con el asesinato. ¿Puede haber decidido vengarse el exnovio feroés de Julie?

Anette tomó impulso para el gran final.

—Pues aún no has oído lo mejor.

Jeppe miró de reojo a su compañera; ella lo contemplaba con las cejas levantadas.

—Oh, no... ¿no irás a decirme que...?

Anette asintió satisfecha estirando los morros.

—Sí, es muy bueno. Julie Stender, quince añitos, se quedó embarazada de su profesor del instituto y abortó de extranjis en el hospital de Aarhus. Oficialmente estuvo sin ir al colegio una buena temporada, por depresión, pero después se lo confesó a Caroline. Esto empieza a tomar forma, ¿no?

Jeppe notó una inesperada inyección de energía.

—Creo que vamos a llamar a la policía de Tórshavn y tener una charlita con Hjalti Patursson.

15

EL BARRIO DE Ydre Nørrebro se convirtió en la extraña tierra de nadie que conforma la zona que hay entre los distritos de Brønshøj y Vanløse; un gueto de clase media lleno de bloques de apartamentos con ventanas sin parteluz y supermercados con descuentos. En el 113 de Slotsherrensvej, giraron delante de un complejo de construcciones de dos plantas de ladrillo rojo y aparcaron. La primera muestra de que estaba acabando la jornada laboral estaba a la entrada del edificio, donde la gente charlaba alegremente apoyada en los coches. Se iban ya a casa para hacer la cena en su parrilla de gas, beber cerveza fría y tener agradables conversaciones sobre qué kétchup deberían poner en la mesa y si los niños podían quedarse despiertos media hora más. Jeppe y Anette iban a contracorriente.

Clausen, el perito de Criminalística, estaba al final de las escaleras hablando por teléfono cuando llegaron. Los hizo entrar con un guiño y se fue por un largo pasillo, aún enfrascado en su conversación. Al final del pasillo, les sujetó la puerta de un gran despacho y les hizo una seña para que entrasen. Junto a una de las paredes, había una fila de pantallas de ordenador en una larga mesa de trabajo y muchas caras mirando desde su mundo virtual de luz blanca. El aire era cálido y pesado. Jeppe se aflojó el cuello y se secó las palmas de las manos en los pantalones.

Clausen culminó la conversación telefónica refunfuñando, los llevó hasta su sitio y sacó un montón de fotos brillantes de un sobre marrón.

—Qué bien que hayáis venido. Hemos encontrado muchas cosas interesantes en el transcurso del día.

Puso en fila doce imágenes del interior del piso y señaló con un bolígrafo las salpicaduras de sangre.

—Como ya sabéis, encontramos salpicaduras en las paredes del salón, de la cocina y en el pasillo de la cocina, donde la encontramos. Reunimos más de ochenta muestras de las alfombras, paredes y muebles. Es difícil decir dónde empezaron los actos violentos, pero, debido a las muchas salpicaduras con forma elíptica que hay alrededor del sofá del salón, creo que la primera cuchillada se la asestaron allí. Vemos, por la forma de las manchas de sangre cuando llegaron a la pared, que vienen desde arriba. Además, la longitud de las salpicaduras nos indica que la alcanzaron a gran velocidad. Debía de estar echada en el sofá, ya que hay dos cuchilladas profundas en la tapicería del respaldo. Encontramos una huella de la mano izquierda de Julie en el charco de sangre junto al sofá. Está marcada tres veces en el suelo en dirección a la puerta de la cocina. Eso explica las cuchilladas que Nyboe encontró en la espalda; el asesino la apuñaló mientras huía de él gateando.

Se hizo un corto silencio en la sala. Un pequeño y espontáneo gesto de respeto por los

horribles últimos minutos de Julie Stender.

Jeppe lo rompió con una débil tos.

—¿El arma sigue sin aparecer? El objeto con el que la golpeó en la cabeza.

Clausen negó con la cabeza, fastidiado.

—Debió de llevársela. No hay una sola cosa en el piso que pueda levantarse y pese más de doscientos gramos que no hayamos investigado a fondo. —Se echó sobre su gran mesa de linóleo para buscar otro sobre de papel y sacó de él un objeto blando—. A cambio encontramos ese forro polar en la cocina, al lado del cadáver. Estaba lleno de sangre, suponemos que es de la víctima. Lo recogieron los forenses. Cuadra con la tesis de que el asesino le cubrió la cara antes de golpearla.

—¿Qué hay de las huellas? ¿El asesino dejó alguna pista? —Jeppe se secó la frente con la manga de la camisa.

—Disculpad el calor, el aire acondicionado ha vuelto a estropearse —dijo Clausen con las palmas de las manos juntas—. Hemos encontrado muchas huellas de los zapatos del asesino en la sangre y también las hemos cotejado en la base de datos. Hay coincidencias. Por desgracia, las huellas de los zapatos no son únicas, como las de los dedos, así que lo único que hemos sacado es la marca de los zapatos y la talla.

Un investigador se despegó de su pantalla y giró la silla hacia ellos. Tenía una cara amable, de osito de peluche, con barba poblada. Balanceaba la rodilla bajo la mesa con una cadencia nerviosa, tan interiorizada que ya ni siquiera la notaba.

—Deportivas Nike Free, talla 43, una de las mejores huellas que he visto en mucho tiempo. Justo en medio de una mancha de sangre que había en el suelo. Casi creería que la plantó ahí a propósito.

—La zapatilla es nueva —dijo Clausen tomándole el relevo—. No hay una sola marca de desgaste en la suela y no había ni piedrecillas ni impurezas en ella cuando entró en el piso. Esa zapatilla no había pisado la calle.

Clausen y el investigador asintieron en conformidad antes de que Clausen continuase.

—El asesino habría despertado bastante curiosidad si hubiera ido paseando por la calle lleno de sangre tras el asesinato, y tampoco había muestras de sangre en la escalera. Se cambiaría de ropa antes de salir del piso.

—Suena minuciosamente planeado —interrumpió Jeppe.

Clausen se giró y lo miró con gesto lúgubre.

—¿Planeado? Os puedo asegurar que sí.

ANETTE SE LLEVÓ las manos a la cabeza. Todo lo que rodeaba a ese caso era complicado. Hasta que ocho años atrás la trasladaron a Homicidios, había formado parte de la División de Crimen Organizado, que se encargaba de los delitos de bandas. Venta de drogas, amenazas y violencia; todo giraba en torno al dinero y el poder. No siempre agradable, pero al menos era fácil de entender por la simple brutalidad. Un dibujo tallado en la cara, cambios de ropa y el manuscrito de una novela eran como baratijas que le golpeaban la cabeza cada vez que intentaba orientarse. ¿De qué iba la muerte de Julie si no era de dinero y poder?

Le tocó en el hombro a Clausen.

—¿Y no podría llevar ropa deportiva encima de la ropa que llevaba? Como una especie de

traje de protección. ¿Quizá un chándal? Así podría llamar a la puerta sin levantar sospechas y volver a quitárselo fácilmente y meterlo en una bolsa al terminar.

—Bueno, suena plausible. Pudo haberse cambiado de calzado antes de tocar el timbre. Qué sé yo, quizá entonces ya llevaba los guantes puestos. Un par de guantes de látex. A fin de cuentas, solo tenía que sacar el cuchillo dentro del piso.

Anette frunció el ceño. ¡¿Un asesino con guantes de látex?!

—¿Qué me dices del cuchillo? ¿Estamos seguros de que el asesino lo llevaba consigo? ¿No era de las chicas?

—Caroline Boutrup asegura que no lo ha visto nunca.

—Así que el asesino mata a Julie, talla su carta de presentación y luego guarda la ropa, el arma y el calzado de repuesto en una bolsa y sale a la calle. Entonces, ¿por qué coño se deja el cuchillo? Es que no tiene sentido. Oye, ¿podemos abrir una ventana o algo? ¡Me estoy cociendo!

Anette estaba empezando a sentirse como una pieza de un juego que no podía controlar y esa sensación la ponía de mal humor.

—Tomamos una muestra tanto de la costilla alcanzada por el cuchillo como de la hoja del cuchillo que encontramos en el piso. —Clausen fue a abrir una ventana que daba al aparcamiento mientras hablaba. El aire caliente entró en el despacho cerrado como si prometiera unas buenas vacaciones y tiempos mejores—. El cuchillo ha dado positivo en sangre, aunque estaba muy limpio. Las marcas coinciden con la superficie rasgada del cartílago de la costilla. Es el cuchillo que utilizó.

—¡Esa es buena! Así podemos mirar en el sistema y ver si lo tenemos —dijo Anette intentando parecer optimista.

Clausen dejó caer los brazos a modo de lamento.

—Ya lo hemos hecho. Es un cuchillo de caza normal y corriente que se puede comprar en incontables tiendas de internet por unos veinte euros. Y este cuchillo es nuevo. No hay una sola irregularidad en la hoja, ni una muesca.

—Calzado nuevo, cuchillo nuevo, guantes de látex —dijo Anette riendo con sarcasmo. Lo mismo tenía que ir a la comisaria a pedirle que la trasladasen a un departamento donde los criminales no fueran tan astutos como para que no se necesitaran siete fases para descifrar todas y cada una de sus acciones.

Uno de los investigadores del escenario se levantó y fue hacia ellos con un papel entre las manos. Anette lo reconoció, era David Bovin, el perito de huellas dactilares. Cada diez segundos cerraba los ojos involuntariamente durante un largo rato.

—¡He encontrado algo! En la parte interna del quicio de la puerta de la cocina he encontrado una huella clarísima de la muñeca y el pulgar de una mano derecha. Parece que la persona se apoyó ahí. —Bovin hizo el gesto de asomarse por un quicio imaginario.

—¿Como cuando se quiere mantener el equilibrio al quitarse y ponerse los zapatos? —preguntó Anette. Bovin asintió y volvió a cerrar los ojos.

—Pero ¿eso no es algo habitual? ¿Esa huella no puede ser de cualquiera? —prosiguió Anette—. No tiene que estar relacionada necesariamente con el asesinato.

—La huella contiene rastros de almidón de maíz —dijo Bovin mientras mostraba el papel—. De hecho, hay una buena capa de partículas en todas las crestas papilares, así que sería más correcto decir que la huella está confitada en él.

—¿Y qué quiere decir? Partículas en las crestas, ¿qué puede ser?
Bovin gesticuló y el papel se agitó en el aire.

—En principio, hay muchos artículos de uso diario, como las cremas y los cosméticos, que contienen harina de maíz, pero siempre en pequeñas cantidades. Mucho menos que en esta huella. Pero también se usa para lubricar el interior de los guantes de látex esterilizados. Puedo afirmar con relativa seguridad que la persona que ha dejado esta huella en el quicio llevaba guantes de látex hasta inmediatamente antes de apoyarse en él y dejar su firma.

—¿Así que nuestro asesino se quitó los guantes llenos de sangre junto al marco de la puerta y fue tan imprudente como para apoyarse en el quicio con la mano cuando iba a cambiarse de calzado? —Anette notaba que le latía el corazón cerca del esternón. Una gota de sudor le bajaba por la columna vertebral.

—Hay algo que apunta a ello —respondió Bovin—. Estoy intentando compararla con las huellas que he tomado de la familia y los amigos de Julie Stender y de los inquilinos del edificio. Si no sale nada, miraré también en la base central de datos e iremos por ahí.

Clausen respiró por la nariz, luego dibujó un arco con la mano izquierda, se recogió un poco la manga y miró su reloj.

—Bueno, confiemos en que Bovin encuentre alguna coincidencia. Si no, esperaremos a ver qué dicen los de genética forense de las muestras de sangre y tejido que les hemos mandado. Pueden sacar perfiles de ADN casi de la nada con esa nueva técnica RT-PCR, pero tarda unos días. Y ahora, si me disculpáis, hay otros efectos en mi mesa que también tengo que analizar hoy, o ayer. Sabéis dónde está la salida, ¿no?

El templado aire vespertino del aparcamiento parecía frío comparado con la sauna del Anatómico Forense. Anette abrió la puerta del coche y liberó una ola de calor sintético. Dudaron en entrar y se decidieron por reposar las nalgas sobre el capó ardiente. Una bandada de pájaros negros aleteaba entre las copas de los árboles con una coreografía arbitraria que parecía ser importante para ellos.

El sonido de un teléfono asustó a los pájaros, que volvieron a reunirse en los árboles. Jeppe contestó y Anette cerró los ojos ante el sol bajo, y escuchó las respuestas de su compañero, que consistían en sonidos neutrales, lo cual hacía imposible deducir si eran buenas o malas noticias. Kørner acabó la conversación y se guardó el móvil en el bolsillo.

—Era Falck, ha estado hablando con las Feroe. Hjalti Patursson se suicidó el verano pasado. Se tiró de un acantilado en un lugar llamado Sumba mientras estaba haciendo una caminata. Pasaron varios días hasta que lo encontraron. Dejó la mochila bien puesta y se quitó las botas, pero no hubo ninguna carta de despedida ni nada por el estilo.

Anette, desilusionada, negó con la cabeza.

—Ya, así que él no se ha cargado a Julie.

—¿Por qué tendría que haberlo hecho?

—¡Es que no puede ser casualidad! Un tío con el que Julie ha tenido un lío se suicida menos de un año antes de que la maten.

—¿Y qué relación tiene? —preguntó Jeppe mirando al sol con los ojos cerrados.

—Por Christian Stender.

—¿Cómo?

—¡Aún no lo sé!

Le dio una patada a la puerta del coche, pero el mecanismo hidráulico hizo que se cerrase lentamente.

—¿Quieres chocolate o qué? —dijo Jeppe riéndose.

—Sí, gracias, y si también te apetece preguntarme si tengo la regla, ya sería perfecto —respondió mirándolo de reojo. De vez en cuando esa altivez de su compañero era más de lo que podía aguantar.

Kørner borró la sonrisa de la cara.

—Falck está intentando contactar con la madre de Hjalti Patursson, que, por lo visto, sigue viva. Tiene que decirnos si sabe por qué se suicidó y si conocía a Julie y lo de su embarazo.

Anette asintió sin ganas. Guantes de látex, compañeros arrogantes y sospechosos que se suicidan... era la gota que colmaba el vaso. Se metió en el coche y tiró de la puerta, que se vengó de la patada de antes dando un fuerte golpe. Jeppe rodeó el vehículo y se sentó a su lado. Se tomó su tiempo para ponerse el cinturón.

—¿De verdad crees que a Christian Stender se le pasaría por la cabeza matar a su hija?

Anette calentó el motor pisando el acelerador enfadada.

—Te lo diré así: ¡quiero saber si usa más de un 43 de zapato!

Metió primera y arrancó con tanta rapidez que su compañero se echó hacia atrás. Se lo podía haber ahorrado.

EN LA JEFATURA, Jeppe, como siempre, se hizo cargo de las llaves del coche para devolverlas al tablón después de que Anette aparcase. Subió corriendo las escaleras sin esperarla. Parecía un buen momento para interpretar su papel de jefe de equipo y delegar algunas tareas en su compañera, que estaba llena de energía.

El equipo seguía en sus puestos con ordenadores y teléfonos, aunque en un día normal se habrían ido a casa mucho antes. Falck estaba hablando por teléfono y Jeppe le indicó con un dedo levantado que quería hablar con él después. Le hizo una seña distraído y siguió hablando. Kørner puso rumbo a su oficina, pero los atléticos pasos de Thomas Larsen lo alcanzaron antes de que llegase muy lejos. Irritado, se quitó una legaña del raballo del ojo.

—¿Algo definitivo de criminalística?

Jeppe negó con la cabeza y añadió:

—La huella de una pisada, pero nada que pueda utilizarse, solo que el asesino usa un 43. También la huella de una mano que parece prometedora.

—Pues vayamos a por Kristoffer. Sabemos que es él. Los chicos se cubren unos a otros y se aprovechan de que la gente de Studentarhuset estaba borracha y no se acuerda con exactitud de las horas. Si lo metemos en la celda una noche, Falck y yo podremos sacarle una confesión.

—Te digo que vamos a esperar, Larsen.

—¡Y yo te digo que vamos a por él, Kørner!

De pronto, se apoderó de Jeppe una repentina necesidad de romperle esa nariz fina y romana. Le palpitaba en las sienes y le presionaba el cuello. Contuvo esa necesidad, pero no lo consiguió con la ira de su voz.

—Mientras yo sea el jefe de este equipo, vas a seguir mis órdenes. Si me entero de que has hecho algo sin mi permiso, puedes ir preparándote para un traslado a Langeland. ¿Entendido?

El otro giró sobre los talones y se marchó dejando una nube de rabia y loción cara para

después del afeitado. Jeppe, que de ninguna manera tenía la competencia para trasladar a nadie y que podría estar en serias dificultades si se supiera que había amenazado a un colega, entró en su oficina con las palmas de las manos sudando y el corazón latiéndole a mil por hora.

En las primeras horas de la noche, la calma llegó al Departamento de Homicidios. Confrontaron los testimonios de Gregers Hermansen, Caroline Boutrup y la familia de la víctima para ver si había alguna contradicción. Contactaron con el encargado de Studentarhuset para volver a comprobar los horarios de los empleados y analizar la ruta por la ciudad de Daniel Fusing y su grupo. Dieron buena cuenta tranquilamente de una pila de cajas de pizza en una mesa de la cafetería y el olor a pepperoni se extendió por la oficina.

Saidani estaba inclinada ante el portátil de Esther de Laurenti intentando comprobar cuándo había colgado los capítulos en el grupo de escritura. Anette entró en la sala de reuniones para tener una conversación telefónica en paz con Christian Stender acerca del lío de Julie con Hjalti Patursson, del embarazo y del consiguiente aborto. Jeppe se sentó en su despacho para responder por fin a los tres preocupantes mensajes que su madre le había mandado a lo largo del día. Fue un asunto breve, bastó con hacer que supiera que estaba vivo.

Falck le dio un par de golpecitos a la puerta abierta. Llevaba en la mano el manuscrito de Esther, en un montón desordenado. Jeppe le hizo una seña para que se sentase y le ofreció una bolsa de chucherías abierta, una compensación insignificante por llevar trabajando desde las ocho de la mañana.

—¿Qué tal fue el interrogatorio de Esther?

Falck cogió una gominola y se la metió en la boca.

—Mmm, pues... tengo que admitir que no es la candidata ideal. No porque sea una vieja decrepita, sino porque no me pega con el tipo de persona que puede ponerse violenta. Académica clásica, de las que opina que los conflictos hay que resolverlos hablando. Además, me cuesta percibir un posible motivo.

Jeppe echó la cabeza hacia un lado y lo miró interrogante.

—Pero con esto no digo que no tengamos que vigilarla —dijo Falck con el dedo índice levantado a modo de advertencia.

—Creo que no corremos el riesgo de perderla de vista en este caso —suspiró Jeppe—. Parece que es el eje del asesinato. O, más bien, su novela. ¿Le has echado un vistazo?

—Sí, es un esbozo detallado de una novela negra, incluido el crimen, unas cuarenta páginas en total.

—¿Hay más coincidencias entre el borrador y el asesinato de Julie? —preguntó Jeppe mientras hojeaba el texto.

Falck cogió otra gominola.

—Es difícil decirlo a primera vista. Hay detalles del asesinato real que no figuran en el manuscrito. La chica del libro no vive con nadie y el concierto tampoco aparece, pero conoce al asesino en la calle y se lo sube a casa, como quizá también pasó en realidad. O al menos llama al timbre justo después de que ella entre en casa. En cualquier caso, lo conocía. Una chica joven no deja pasar al primer extraño que se le presenta.

—¿Qué hay del asesinato en sí?

—¡Terrorífico! El texto no menciona prendas de repuesto ni guantes, pero, por lo demás, lo refleja siniestramente bien. —Falck se ajustó los tirantes mientras daba su explicación—. El

asesino saca un cuchillo después de entrar en el piso. En el libro, ella está enamorada de él, lo cual cuadra con los testimonios que nos han dado Caroline Boutrup y Esther de Laurenti. La sujeta con las manos al descubierto y le talla el rostro mientras está viva, y ella se desangra en sus brazos.

A Jeppe se le revolvió el estómago.

—¡Uf! Pero gracias a Dios no pudo hacer eso.

—No, pero es lo que intentó.

Falck bajó la mirada a su redonda barriga y Jeppe recordó que tenía una hija más o menos de la edad de Julie.

—¿Qué pasa con el final, cómo acaba el manuscrito?

—En el último pasaje es cuando le talla el rostro. ¿Lo leo en alto?

Jeppe negó con un gesto.

—No, gracias, ya es suficiente. ¿Ninguna descripción de cómo se va el asesino o quién es?

—No, pero si nos tomamos en serio las afirmaciones de Esther, ella tampoco lo sabe. Julie solo le contó que era mayor que ella y que llevaba gafas. Ni siquiera estamos seguros de que el hombre al que Julie conoció en la calle sea el asesino. Si leyó el manuscrito y decidió copiarlo, puede ser cualquiera.

—A ver si lo entiendo —dijo Jeppe y se frotó las sienes—. Esther subió la historia en dos partes: la primera, la parte de la chica joven que llega a la ciudad y conoce a un hombre... ¿Y tres semanas después la descripción del asesinato?

—Exactamente.

—Así que el asesino pudo haber inspirado a Esther para la primera parte, a través de lo que le contó Julie, y luego dejarse inspirar por la segunda parte para cometer el asesinato. Realidad, libro; libro, realidad. —Jeppe suspiró—. Esto empieza a complicarse. En el mundo real no hay nadie que piense así. Es tan astuto...

Jeppe sabía que no cuadraba, que el asesino removería cielo y tierra para cubrirse, pero le irritaba que no hubiera puntos fijos de apoyo. Este caso era como trepar un glaciar en pleno deshielo. Le dolía la espalda y se compadecía un poco de sí mismo.

—¡Jeppesen!

Anette le dio una palmada en el hombro que le hizo dar un salto en la silla y atragantarse con la gominola.

—Me cago en la leche, vaya pieza el Stender ese. Ha flipado cuando le he preguntado por el aborto de Julie, y ha amenazado con abogados. Quería saber quién se había ido de la lengua. Así, con esas palabras. Por lo demás, tenía una versión muy distinta del caso. Solo hizo lo que habría hecho cualquier padre preocupado por cuidar a su niña y niega haber tenido contacto con Hjalti Patursson después de que este volviera a las islas Feroe.

Jeppe se levantó y le hizo un gesto con la cabeza para indicarle que habían terminado por el momento. Falck birló una última golosina y se fue resoplando.

—Será difícil verificarlo.

—Sigo intentando localizar a la madre de Hjalti, que según la policía local está perfectamente de salud y vive en un sitio de por ahí arriba. A lo mejor tiene algo que añadir. —Anette se apoderó de la bolsa de chucherías y siguió donde Falck lo había dejado—. Y, por otra parte, la familia Stender se vuelve a Sørvad el lunes. Nyboe ha dado permiso para que se lleven el cuerpo;

la enterrarán el martes en la iglesia de Sørvad.

El móvil de Jeppe vibró en el escritorio. Reconoció el número del Instituto Anatómico Forense. Clausen habló jadeando.

—Hola, Kørner. Bovin ha encontrado una coincidencia de la huella del quicio, la del rastro de almidón.

—¿Ya? Qué rápido.

Jeppe cogió una libreta y abrió el cajón para buscar un bolígrafo.

—Sí, no tiene autoridad para tomar una decisión de esta envergadura, pero otro forense y yo hemos analizado el material con él, así que es correcto. Hemos encontrado catorce detalles de la huella y, como bien sabes, solo hacen falta diez para tener la certeza absoluta, así que no hay ninguna duda. Tenemos un nombre.

—¿Y quién es? —preguntó Jeppe. Levantó la vista y se encontró la atenta mirada de Anette. Ambos contuvieron el aire.

—No hay ninguna duda. La huella de la puerta es de Kristoffer Gravgaard.

16

—ES AQUÍ DONDE el tritón de Agneta y sus siete hijos esperan que ella vuelva. Pero nunca vuelve.²

Esther de Laurenti señaló el agua verde del canal, donde Ved Stranden se junta con la plaza Højbro.

—Está muy bien lo de una escultura submarina, en cierta manera es muy danés poner el arte bajo el agua. Por la tarde suelo pasear por aquí con los perros y les doy las buenas tardes. ¿Ve que uno de los hijos se ha caído al fondo? Lo golpeó un barco de los que hacen circuitos por el canal.

Jeppe miró con desgana el agua turbia. El sol estaba bajo sobre el palacio de Christiansborg, sede del Parlamento, y transformaba las fachadas de Gammel Strand en una pintura de la Edad de Oro danesa. Era una de esas tardes de verano en las que la gente estaba exaltada y sonreía tontamente a los transeúntes. Si Jeppe estaba exaltado, era meramente por la frustración. Hacía poco que Thomas Larsen y el resto del equipo habían salido a detener a Kristoffer en su lugar de trabajo. La huella dactilar lo situaba en el piso e indicaba que había llevado guantes, lo cual, dada la naturaleza del caso, era profundamente sospechoso, pero no decisivo. En principio, podía haber ayudado a Julie, con toda la inocencia del mundo, a pintar. Seguían necesitando una confesión para cerrar el caso.

La mirada triunfal de Larsen cuando Jeppe contó lo de la huella se le quedó grabada en la retina como una herida que no podía rascarse. Le había pedido que se encargase de detener a Kristoffer mientras Jeppe le devolvía el ordenador a Esther de Laurenti y le hacía algunas preguntas comprometedoras. Pero todos sabían que, como jefe del equipo, tenía que estar presente en la detención de un sospechoso y que era completamente antirreglamentario que no estuviera. Podría acarrearle consecuencias, pero a Jeppe le daba igual. O mejor dicho, le daba más que igual. Estaba avergonzado por haberse equivocado y sentía que era un desastre. Además, seguía pensando que ir a por Kristoffer de ese modo era la peor idea del mundo. Estaba convencido de que el joven se cerraría más en banda, como un adolescente malhumorado.

Dejó sus pensamientos a un lado e intentó concentrarse en las preguntas que tenía para Esther.

—¿Por qué Julie? No ha llegado a conocerla tan bien. ¿Qué la hizo lo suficientemente interesante para escribir un libro sobre ella?

Esther apartó de un tirón a los perros para alejarlos de un par de chicas que hablaban francés y que llevaban acariciándolos por turnos unos minutos, y miró hacia un banco que acababa de quedarse libre. Se sentaron. Estaba pálida, parecía que no había dormido muy bien las últimas dos noches y que no se había lavado el pelo.

—Pero no estaba escribiendo un libro sobre Julie, estaba escribiendo una novela negra en la

que la víctima estaba fielmente inspirada en Julie. No era una biografía. Pero bueno, había muchas razones. La esencial es que tenía ese inexplicable «je ne sais quoi» que me trajo imágenes a la cabeza y puse en marcha la historia. Secretos, quizá. Las personas que cargan con una tristeza o que han vivido cosas violentas son más interesantes que las personas felices.

Jeppe miró el reloj, repentinamente impaciente por apartarse de este caso y de los múltiples pensamientos que le rondaban, por irse a casa a tomarse un somnífero para poder estar tranquilo.

—¿Qué cosas violentas? ¿Se refiere al embarazo?

Esther de Laurenti lo miró afligida.

—Una debería tener permiso para llevarse ciertas cosas a la tumba.

El detective frunció el ceño.

—Tengo que hacer hincapié en lo importante que es que nos cuente lo que sabe de Julie. Ahora mismo no tenemos muchas pistas que seguir, así que todo puede tener un significado para la investigación.

Jeppe vio, para su sorpresa, que los ojos de Esther se humedecieron. Miró confuso al agua y esperó a que se secase discretamente los ojos y la nariz con la manga de la chaqueta. Ella carraspeó un par de veces, asintió y se alisó los pliegues de la falda color melocotón.

—Como ya sabe, Julie se quedó embarazada de su profesor de teatro cuando tenía quince años. Fue un accidente, por supuesto, y las circunstancias no eran óptimas, si se puede decir así, pero a Julie le gustaba. Hjalti, se llamaba, y él estaba muy enamorado de ella. Ella quería tener el niño, pero sabía que su padre estaría en contra, así que esperó a contarle lo del embarazo hasta el momento en que ya no pudo ocultarlo. Estaba de más de tres meses cuando su padre se enteró. —Buscó las palabras adecuadas, se secó las mejillas y carraspeó de nuevo—. Se volvió loco. Amenazó con matar a Hjalti si tenía el bebé. Julie me contó que arrasó el salón, tiró las estanterías al suelo y lanzó cosas por la ventana. Estaba aterrorizada. Se encerró en su habitación y se quedó allí dos días sin abrir la puerta. Me contó que tenía que ir a hurtadillas al baño por la noche, cuando los demás estaban durmiendo. Al tercer día abrió la puerta y fueron a un hospital privado de Aarhus, donde el padre tenía contactos. Julie abortó. Con anestesia general. Cuando se despertó, el bebé ya no estaba y ella estaba tumbada con un gotero en el brazo. Tardó muchos meses en ir al instituto, recibió clases en casa y estuvo convaleciente en casa de unos familiares en Suiza. La excusa oficial fue que tenía una depresión severa, aunque eso resultara algo deshonesto para la familia. Cuando Julie volvió al instituto, Hjalti ya no estaba. Nunca volvió a saber de él.

A Jeppe no se le ocurrió nada que decir. Intentó imaginarse lo que ocurrió entre la Julie de quince años embarazada y su padre. Seguro que se puso furioso, fuera de sí, pero, sobre todo, eso le daba un motivo para matar al feroés.

—El aborto destrozó a Julie —prosiguió Esther—. Fue desgraciada durante mucho tiempo, pero se repuso. Cuando se es joven se puede superar casi todo. Se distanció emocionalmente de su padre por completo, pero siguió viviendo en casa para que pudiera notar su odio. Era su castigo. Y funcionó. Iba detrás de ella como un cachorro herido. En cambio, la ira fue a parar a su mujer y a sus empleados. Y Julie hizo que su desprecio se dirigiera a todos los chicos que estaban interesados en ella. Era una chica preciosa y encantadora, y no tengo dudas de que podía manipular a los hombres.

—Entonces, ¿era esa dualidad la que le interesaba a usted? —preguntó Jeppe intentando captar la esencia de lo que ella decía. Había algo importante en ello, pero ¿qué era?

—Sí... al menos era una parte importante. —Hizo una larga pausa y tomó impulso—. Yo pasé una vez por, cómo decirlo, un proceso parecido.

Jeppe afinó el oído.

—Cuando era muy joven, pasé por algo similar. Un embarazo no deseado, un final obligado, una tristeza. La época era distinta, pero la experiencia, aunque no sea la palabra exacta, fue de muchas maneras paralela. Así que, sí, encontré a Julie fascinante porque cargaba con una gran cruz, pero también, y esto es algo bastante banal, porque me veía reflejada en ella. ¿Caminamos un poco?

Se levantaron del banco y fueron por Gammel Strand, pasando por el Krogs Fiskerestaurant y las obras del metro.

Los perros daban saltos a lo loco por la acera.

—¿Qué le contó Julie del hombre al que había conocido recientemente?

—¿Al que convertí en asesino en mi libro? No mucho. Podía ser muy sincera cuando le apetecía, pero no con respecto a ese hombre. Quizá significaba más de lo habitual; en todo caso, así fue. —Esther atrajo los perros hacia ella para que un grupo de turistas japoneses con cámaras de fotos pudiera pasar—. A ver, ahora tengo que tener cuidado de no mezclar la realidad y la ficción... Lo he convertido a él en mi personaje, así que puede ser difícil recordar qué información viene de Julie y qué he inventado yo. Mmm, como ya he dicho, era mayor que ella, tenía una cara «agradable», y usaba gafas. Lo conoció en la calle, igual que en el libro. Eso no me lo he inventado. Le dio una nota en la que ponía «Estrellita», y eso la impresionó. Era como solía llamarla su madre. La puso en el frigorífico, la vi con mis propios ojos.

Jeppe se echó a un lado para que pasase una bicicleta que iba dando bandazos por la acera con dos niños a bordo riéndose. La nota ya no estaba en la nevera, quizá se la hubiera llevado el asesino. «¿Estrellita?»

—Qué más... ah, sí, lo llamaba *friki*. Y sí, dijo que tenía alma de artista y que se sentía unida a él.

—Alma de artista, ¿qué querría decir con eso?

—¿Sensible, creativo, emocional? ¿No se refiere a eso la gente cuando usa esa expresión?

—¿Cree usted que era... artista? —Jeppe percibió el tono escéptico con el que había pronunciado la palabra.

—Julie creció en un ambiente artístico, así que es posible que se sintiera atraída por ese entorno.

Uno de los perros se puso a hacer sus necesidades en medio de la acera y Jeppe caminó un par de pasos más adelante con la esperanza de poder desentenderse de ese espectáculo. Esther de Laurenti sacó una bolsita de plástico enrollada. Mientras estaba agachada recogiendo los excrementos, le preguntó a media voz:

—¿Creen que la mató Kristoffer?

Jeppe se volvió rápidamente hacia ella y respondió devolviéndole la pregunta. La mujer ponderó sus palabras, pero Kørner pudo adivinar que lo había pensado mil veces en el último día.

—No, no creo que Kristoffer tenga nada que ver con el asesinato. No porque lo conozca y le tenga cariño, sino porque, por lo general, no le interesan otras personas tanto como para matarlas. ¿Tiene sentido? A grandes rasgos, solo está ligado a mí. Probablemente estaba embelesado con Julie, pero, por lo que sé, estaba más fascinado con sus propios sentimientos que con su

destinataria. Es excepcionalmente cabal.

Jeppe no vio ninguna razón para comunicarle a la mujer que, en ese mismo momento, la policía estaba yendo a por Kristoffer. La acompañó hasta la esquina de Klosterstræde, se despidió y siguió hasta el Tivoli, cerca de donde había aparcado.

Hacía demasiado calor en el coche, así que bajó todas las ventanillas, giró por la calle Tietgensgade y siguió por la Ingerslevgade en paralelo a las vías del tren. Se paró en el semáforo en rojo de Dybbølsbro cuando sonó el teléfono y la voz de Anette resonó por los altavoces del coche.

—¿Dónde estás? —preguntó agitada.

—De camino a casa. ¿Todo bien?

—Hemos encontrado a Kristoffer. Será mejor que vengas al teatro ahora mismo.

—¿Qué ha pasado?

El semáforo se puso en verde. Jeppe puso los intermitentes de emergencia e ignoró a un coche que pitaba detrás.

—Entró a trabajar a las seis de la tarde de hoy, pero cuando empezó la función, dos horas después, había desaparecido. Ninguno de sus compañeros tenía idea de dónde podía estar, así que pusimos el teatro patas arriba. Es un sitio grande. Lo hemos encontrado hace nada. En la lámpara de araña.

Jeppe puso la sirena en el techo del coche y giró.

17

KØRNER CONDUJO EN dirección contraria por Tordenskjoldgade y aparcó bajo el techo de mosaico que hay en el acceso privado de la Casa Real al teatro. Salían invitados bien vestidos de todas las puertas del edificio, como si se hubiera roto una fuente de chocolate que esparciera su fluido sobre las aceras y el carril bici. Un cortejo mayor de coches de agencias de noticias ya bloqueaba todo el pasaje de August Bournonville; los periodistas corrían como locos entre los asistentes al teatro, con las cámaras colgadas del cuello, para obtener declaraciones de primera mano acerca del drama de la noche. Un asesinato en un teatro siempre será una historia mejor que la que se cuenta sobre el escenario con canciones y sangre de mentira, quizá tan buena que un día se haga una obra de teatro sobre ella.

Jeppe rodeó a los periodistas, subió las escaleras a contracorriente y llegó hasta las lámparas rojas de la entrada principal. El vestíbulo resonaba con los gritos febriles de la gente que buscaba sus chaquetas en el guardarropa, donde no había ningún empleado. Encontró una puerta que daba a la sala. En ella, adosado a los asientos tapizados de terciopelo, estaba Falck mirando al techo.

—¿Por qué no habéis cerrado el teatro? ¡Estáis dejando que el asesino se escape! —gritó Jeppe.

Falck le puso su enorme mano de obrero en el hombro.

—Kørner, no podemos hacer nada. Había mil trescientas personas dentro para ver el ballet. Le hemos pedido al público que se dirija a nosotros si han visto u oído algo inusual, pero no lo veo probable. Este teatro es casi dos teatros en uno; lo que el público ve, más el enorme *backstage* detrás. El asesinato ha sucedido detrás del escenario. Hemos retenido al personal, pero no somos optimistas. Todos han estado ocupados con la función, y aquí hay más salidas traseras que en el Palacio Real.

Jeppe reflexionó. Por supuesto, Anette y el resto del equipo valoraron las circunstancias y hallaron la solución correcta.

—¿Dónde está?

Falck señaló hacia arriba. Jeppe siguió el dedo con la mirada hacia el techo elegantemente decorado, lleno de escenas de la ascensión y adornos dorados. Un débil tintineo rompió el silencio. Jeppe fijó la vista en la enorme lámpara de araña, que iluminaba la sala desde el medio de un círculo dorado. Vio que la lámpara oscilaba y miró a su colega a modo de pregunta.

—Parece que el equipo de Nyboe también ha venido. Te enseño lo que hay ahí arriba —dijo Falck tras asentir.

Falck iba por delante y cruzaron una pequeña puerta al lado del escenario. En sus días de la escuela musical, cuando Jeppe y Johannes iban al teatro todas las semanas, Kørner fantaseaba a

menudo con una vida al otro lado de esa puerta. Una vida sobre el escenario. Allí había un grupo de técnicos reunidos alrededor del puente de mando del regidor. Todos iban vestidos de negro, algunos con grandes barrigas y pelo canoso, otros jóvenes y flacos. El ambiente estaba apagado, se pasaban una bolsa de regaliz. Evidentemente, hacía falta algo más que un cadáver para derrotar a los técnicos de artes escénicas. Thomas Larsen estaba un poco apartado, fuera de alcance, listo para interrogar a uno de los canosos.

Jeppe asintió a uno de los técnicos y miró al escenario, donde dominaba un decorado de una cueva oscura. Un adulto sacó del escenario a un grupo de ballet infantil con moños tirantes y grandes bolsas de deporte al hombro. Una de ellas lloriqueaba un poco y Jeppe miró su reloj. Estaban tardando en subir.

—Mi compañero tiene que ir a donde están los demás —dijo Falck señalando a Jeppe.

Uno de los hombres con el logotipo del Teatro Real en el pecho y un *walkie-talkie* le hizo una señal con la cabeza a Kørner y ambos se dirigieron al escenario. Lo siguió con lentitud. Era tal la veneración que sentía por aquellas tablas que tuvo que dejarla a un lado para poder pisarlas con sus zapatos sucios de policía. Allí vio a Jerome Robbins y Bournonville, se enamoró de Kirsten Olesen y visualizó su propio futuro. Allí aplaudió a Johannes cuando ganó su primer premio Reumert y se dio cuenta de la diferencia que había entre «¡ojalá fuera yo!» y «¡ojalá no fueras tú!».

—¡Quítate la chaqueta! —gritó uno de los técnicos que había detrás de él.

Jeppe se dio la vuelta y vio que el grito iba dirigido a él. Miró a su acompañante, que solo negó con la cabeza y siguió caminando por el escenario, pasó entre bastidores y salió por una puerta de hierro pintada de negro a un luminoso pasillo lateral.

—¿De qué iba eso?

—Una vieja superstición. Trae mala suerte subir al escenario con la chaqueta puesta. Tampoco se puede silbar. Pero creo que esta noche hemos cubierto el cupo de desgracias. Venga, subimos por aquí.

El guarda abrió una puerta que daba a una escalera y le mostró el camino hacia el cuarto piso. Pasaron por delante de las máquinas de coser de la sastrería y entraron en una sala de ensayos de techo alto, donde toda una pared era un espejo. Jeppe iba a preguntarle al guarda qué hacían allí cuando este se dirigió al espejo y lo empujó. Se abrió una puerta y el hombre desapareció cruzando el espejo mientras miraba rápidamente a Jeppe para cerciorarse de que seguía allí.

El policía lo siguió por una escalera trasera empinada que no parecía estar incluida en el calendario de limpieza. El ágil guarda subía las escaleras de dos en dos y Jeppe lo seguía con la mano agarrada a la bamboleante barandilla. «Everything old is new again, everything old is new again» le sonaba en bucle bajo el lóbulo frontal. En lo alto de la escalera, el guarda abrió una puerta que daba a un desván sucio con escaleras viejas de madera y ventanas redondas que reflejaban la luz azul de la tarde sobre Kongens Nytorv.

—Bienvenido.

El guarda abrió los brazos con un gesto de bienvenida que no se correspondía con la ocasión y desapareció escaleras abajo. Jeppe extrajo un par de calzas azules de una caja que había junto a la puerta mientras miraba a su alrededor. El espacio era enorme y estaba prácticamente vacío, a excepción de algunas antiguallas aquí y allá. Había una pila de maletas de turné ordenadas que formaban una bella imagen; unas mesas con virutas de madera, escaleras tiradas y botes de fresco vacíos daban muestra de que de vez en cuando seguía pasando gente por allí.

Los rincones estaban teñidos de una oscuridad que intensificaba la sensación de trastero abandonado, pero los haces de luz de las potentes lámparas de los forenses iluminaban el crepúsculo. Estaban acordonando y marcando los sitios que había que analizar. Las voces sonaban altas y toscas a causa del ruido del generador que habían llevado. Jeppe se dirigió al centro del lugar, donde había una gran caja metálica que iba del suelo al techo. Había dos puertas antiincendios abiertas para que pudiera verse el hueco del suelo. Tenía cuatro o cinco metros de diámetro y estaba rodeado de una barandilla baja. La luz venía de abajo y alumbraba a los colegas que estaban alrededor del hueco.

La coleta rubia de Anette brillaba en la oscuridad. Vio a su compañero y le hizo una seña para que se acercase más. Este se puso a su lado y se asomó con cuidado por la barandilla. Quince metros los separaban del patio de butacas y en el centro colgaba la gigantesca lámpara de araña. Jeppe sintió que succionaban su cuerpo hacia la profundidad de la felpa roja, que parecía una gran boca situada en el fondo. Qué bonito descenso. Se echó hacia atrás instintivamente; se imaginó la lámpara soltándose y cayéndoles en la cabeza a los inocentes espectadores. Al parecer, había una obra escrita sobre eso. «Everything old is new again».

En lo alto de la lámpara, a pocos metros debajo de él, había un cuerpo sin vida. La luz de la linterna que apuntaba al cuerpo se reflejaba en los cristales, que emitían destellos de bola de discoteca sobre la cara de los concentrados agentes. Kristoffer Gravgaard estaba desnudo de cintura para arriba, desmadejado y flácido, atrapado en tiras de cristal brillante. No había ninguna duda de que estaba muerto. En su estrecha caja torácica, justo encima del corazón, habían escrito con tinta la palabra «SUK» con letras estrechas y altas. Jeppe entrecerró los ojos para fijarse bien. Si el tatuaje debía expresar lo que Kristoffer esperaba de la vida, era una trágica consumación de que todo había acabado allí, en la lámpara del Teatro Real.

Nyboe estaba al otro lado del hueco discutiendo con Clausen cómo iban a subirlo y si podían examinar el cadáver de algún modo antes de que nadie lo moviese.

Jeppe agarró del brazo a Anette y se la llevó a una de las ventanas redondas que daban al cielo nocturno de Copenhague, para charlar tranquilos.

—¿Crees que se ha cometido un asesinato o que ha subido hasta aquí en mitad de su turno, se ha quitado la chaqueta y se ha lanzado hacia la lámpara?

Anette se encogió de hombros.

—Nyboe se inclina por un suicidio. Al menos, no quiere descartarlo hasta que haga la autopsia.

Jeppe no estaba convencido de que Nyboe estuviera en lo cierto.

—Resumiendo, ¿podría morir alguien por tirarse contra una lámpara que está a cinco metros?

—¡Combinado con una sobredosis de algo, sí!

—¿Qué nos dicen las horas?

Anette sacó su libreta del bolsillo y la alumbró mientras pasaba las hojas torpemente con una mano.

—Kristoffer tenía que entrar a las seis de la tarde de hoy y no hay motivos para pensar que no lo hiciera. El vigilante de la entrada no recuerda el momento exacto, pero el jefe se lo encontró en la cafetería a las seis y cuarto, cuando fue a por una taza de café. Desde ese momento, no hay nadie que lo haya visto, pero sus compañeros dicen que ha recogido de la lavandería las medias y los trajes. No se dieron cuenta de que no estaba hasta que un bailarín tuvo que ponerse la ropa y

no había nada preparado en el vestuario. El primer timbrazo lo dan alrededor de las siete y media —explicó y se quedó mirando a su compañero como queriendo aleccionarlo—. En el Teatro Real se avisa tres veces tanto al público como a los participantes para que entren a la función; media hora, un cuarto y cinco minutos antes del comienzo.

—Ya lo sabía —dijo chascando la lengua—. Todo el mundo lo sabe.

—A la gente le sorprendió que no estuviera —continuó Anette sin inmutarse—, pero como no cogía el teléfono, tuvieron que hacerse cargo del bailarín. De pronto, tuvieron que ocuparse de que estuviera listo para la representación. Todos estaban cabreadísimos por el hecho de que se hubiera largado sin decir palabra.

—¿Cómo os disteis cuenta de que pasaba algo?

—Llegamos sobre las ocho y media, y ya había desaparecido. Larsen y Falck fueron a su piso y forzaron la puerta, pero claro, no había nadie. Mientras, el resto buscamos por el teatro. Yo creía que estaba escondiéndose de nosotros. Estábamos a punto de dejarlo cuando un acomodador salió y nos dijo que había algo en la lámpara. Un espectador de un balcón del segundo piso lo vio y avisó al personal. Al principio creyeron que se trataba de una broma. Larsen fue corriendo con un guarda a mirar y suspendimos la función en mitad del segundo acto. Eran las nueve y cuarto.

Anette apagó la linterna de bolsillo, se guardó la libreta y caminó hacia la lámpara. Jeppe se quedó parado.

—Si lo hubiéramos interrogado antes, como habíais dicho...

Su compañera se dio la vuelta, en medio del resplandor de la luz de las lamparitas.

—Sí, quizá seguiría vivo.

SE QUEDÓ QUIETA observándolo. Luego fue hacia él y lo cogió por los hombros.

—No es culpa tuya que esté muerto, y lo sabes.

Jeppe asintió, conmovido por la inesperada preocupación por parte de su compañera. Podía ser irritante hasta el extremo, pero era muy buena cuando había que serlo.

Él miró a su alrededor.

—Dime, ¿cómo ha huido el asesino? ¿No habrá tenido la sangre fría de marcharse entre los espectadores?

—Los guardas nos han mostrado cómo se puede salir del teatro por algo llamado *peine*. Es un pasillo donde se quedan los técnicos durante la representación —dijo Anette mientras señalaba a la esquina oscura más lejana—. Se puede ir corriendo al edificio anexo en dirección a la escuela de ballet y salir desde ahí. Hay algo que indica que el asesino, o asesina, podría haberse escapado por ahí. Bueno, eso si ha habido un asesino.

»La tarjeta de Kristoffer no estaba, así que alguien podría haberla cogido para abrir la puerta. Es una tarjeta normal y corriente con banda magnética, sin código, así que, en tal caso, le ha resultado facilísimo salir.

Desde el hueco se oían las voces febriles, el tintineo y los crujidos. Estaban izando la lámpara con el cuerpo de Kristoffer. Bajaron al escenario.

—Antiguamente se izaba cada noche, cuando empezaba la función. Ahora, simplemente, se apaga. Solo se sube o se descuelga cuando hay que lustrarla o hacer mantenimiento. Se tarda cuatro horas en bajarla hasta el suelo de lo despacio que va. Ya sabes, para que los colgantes no se enreden entre sí —comentó Anette antes de apreciar la mirada interrogadora de Jeppe—. Me lo

contó el guarda mientras subíamos por las escaleras. Es apasionante.

«¡Como si la tarde no fuera ya lo bastante apasionante!»

Jeppe miró hacia abajo.

—¿Y cómo habrá llegado hasta ahí? ¿Lo habrán descolgado o lo habrán tirado?

—No hay nada que indique que lo hayan descolgado. Desde luego, un posible asesino podría haber quitado la cuerda, etcétera, pero habría sido un proceso mucho más farragoso, así que más bien lo habrán tirado, pero eso lo verá Nyboe cuando tenga el cuerpo delante.

—Pero ¿la lámpara no se desplomaría por el peso de un cuerpo humano que cae cinco metros?

Jeppe miró de reojo la lámpara, que subía hacia ellos lentamente, y volvió a notar que se le encogía el estómago.

—No necesariamente. El soporte debe de ser bastante fuerte. Pesa casi una tonelada. Y, además, tampoco es que Kristoffer estuviera hecho un toro.

Jeppe notó que le temblaban las rodillas y se echó un poco hacia atrás, lejos del hueco.

—Pero si lo han lanzado, habrá producido un gran estruendo al caer. ¿Por qué no lo ha oído nadie?

—Larsen está interrogando a los técnicos, a ver qué sacamos en claro.

A medida que el cadáver se acercaba, la gente que estaba alrededor del hueco se quedaba en silencio. Nyboe, con su bata blanca, le sacaba casi una cabeza a Bovin, que entretanto se unió al grupo y estaba esperando poder añadir algo. El único ruido que se mezclaba con el zumbido del mecanismo de la cuerda era el *flash* del fotógrafo de la policía. Ver a ese chico pálido de pelo moreno entre miles de cristales era sobrecogedor. No podría haber sido más espectacular.

«Esto es lo que quiere —pensó Jeppe—. Es una representación teatral, en nuestro honor.»

Cuando la lámpara llegó a su posición más alta, el mecanismo se paró y se hizo el silencio. Los ojos de Kristoffer miraban hacia un lado, como si su última acción hubiera sido buscar fantasmas en los ganchos.

—Bueno, señores —dijo Nyboe rompiendo el silencio—, se acabó el espectáculo. Vamos a echarle un vistazo, nos lo llevamos y luego nos vamos a casa a dormir.

VIERNES, 10 DE AGOSTO

18

TRAS SOÑAR CON caídas, sangre y ojos vueltos, Jeppe se despertó confuso en su sofá el viernes por la mañana. El hormigueo de pensamientos acudió al instante. Por el rabillo del ojo vio que aún no había luz. Se quedó tumbado con los ojos cerrados e intentó obligar a su cerebro a relajarse. Los dos cojines del sofá le provocaban picor en los hombros.

¿Por qué habían matado a Kristoffer Gravgaard menos de dos días después que a Julie Stender? Sus huellas dactilares estaban en el piso, ¿cuál era su implicación en el asesinato? Jeppe tomó aire lentamente por la nariz y lo expulsó por la boca; intentó liberar sus pensamientos. ¿Qué tenía que ver el aborto de Julie con su muerte? ¿Estaba el profesor feroés implicado? Y, en tal caso, ¿cómo?

Echó un vistazo a su reloj; todavía era temprano para levantarse y se fijó en una foto de Therese, que había dejado generosamente allí cuando se largó con todo lo demás. Había estado a punto de tirarla mil veces, pero no había podido; también eran sus recuerdos, su vida. La imagen era de un día en el Tivoli, el parque de atracciones, después de otro tratamiento de fertilidad con resultado negativo. La mayor parte del tiempo reñían por eso; Therese miraba a los niños alegres del jardín y Jeppe tenía mala conciencia por la poca calidad de su semen: un contrasentido que, al mismo tiempo, lo ponía furioso.

Pero la imagen era bonita. Ella miraba a la cámara con los ojos semicerrados por el sol y una sonrisa triste que a él le rompía el corazón. Cuando se ama, la piel dura del corazón se muda a las palmas de la mano; eso solía decir su madre cuando lo acariciaba con sus manos ásperas.

Se levantó. El reloj marcaba las 05:12 y no podía dormir, pero sí podía ponerse en marcha. Una ducha fría siempre ayudaba un poco, y cuando se sentaba en la cocina con una jarra de café cargado, estaba más o menos listo para empezar el día. Tomó sus notas y las hojeó al azar.

Ya en el análisis superficial que hicieron del cadáver en el teatro, Nyboe tuvo que hacer constar a regañadientes que Kristoffer no se había suicidado; eso lo libraba de la muerte de Julie. Pero ¿por qué dejó una huella grande y grasienta con restos de guantes de látex en la puerta de Julie? ¿Y por qué lo habían asesinado dos horas después de que identificasen la huella? Kristoffer debía de saber algo.

Jeppe apuró el café, se le quedaron posos amargos entre los dientes. Cuando uno no puede interpretar un patrón, tiene que centrarse en las semejanzas. Lo que relacionaba los asesinatos de Julie y Kristoffer era Esther de Laurenti. Ella escribió el guion de un asesinato cometido en su propio edificio y, además, no tenía coartada para la noche del asesinato. ¿Podría haberse compinchado con algún hombre fuerte? Pero, de nuevo, surgía la pregunta: ¿por qué?

EL AMBIENTE EN la reunión matutina era apático. Habían llamado a más personal y en la cafetería no cabía un alfiler. Thomas Larsen estaba sentado solo, Falck estaba apoyado en la pared, bastante cansado, y Saidani estaba enfrascada en su teléfono. La única que parecía estar en plena forma era Anette. Llevaba un chándal con rayas naranjas y bebía café a sorbos con una sonrisa complacida. «Esta y Svend se han dado una buena mañana», pensó Jeppe enfadado. Justo cuando iba a empezar con la reunión, apareció la comisaria, que se puso delante de la puerta. No saludó a nadie, pero tampoco necesitaba decir nada. Todo el mundo sabía que su presencia quería decir algo. Había ido para recordarle a todo el equipo lo tensa que era la situación.

Jeppe golpeó la mesa con los nudillos.

—Buenos días a todos. Como ya sabéis, anoche perdimos a nuestro principal sospechoso, Kristoffer Gravgaard. Lo encontraron en la lámpara del Teatro Real durante el segundo acto del ballet Napoli. Nyboe va a comenzar la autopsia a las nueve. Larsen, asistirás, y después me informas.

Jeppe miró a Larsen, que no movió una pestaña. Kørner tenía razón en cuanto a que Kristoffer no era el culpable, pero si hubiera hecho caso antes, quizá en ese momento Kristoffer seguiría vivo. Los dos lo sabían, todos lo sabían.

—Vamos a ver, ¿qué sacamos de lo que nos dijo anoche el personal del teatro?

Larsen se enderezó despacio, como un adolescente al que le dicen que no puede apoyar los codos en la mesa.

—Kristoffer entró, saludó al cocinero de la cafetería a las seis y cuarto y fue a la lavandería a recoger la ropa, pero nunca la dejó en el guardarropa de los bailarines, así que debió de interrumpir su trabajo poco después. Por desgracia, no hay nadie que lo viera antes de que lo descubrieran en la lámpara.

—¿Cómo acabó allí sin que nadie viera u oyera nada? —preguntó Jeppe aguantando las ganas de meterle prisa a Larsen, que se rascó el cuello con pereza antes de seguir hablando.

—El procedimiento habitual es limpiar el suelo del escenario entre las siete y las siete y media, antes de que la sala se abra al público. Se hace con una máquina que mete mucho ruido, así que a esa hora los técnicos bajan a la cafetería a cenar o a tomarse un café. Los bailarines calientan y la orquesta todavía no se ha puesto a afinar los instrumentos. El único que estaba ayer en la sala en ese momento era el técnico que manejaba la máquina, y llevaba los cascos puestos.

—Eso le da al asesino una hora para subir a Kristoffer al desván, matarlo y lanzarlo a la lámpara. Plausible. ¿Sabemos cómo salió de allí?

Saidani tomó la palabra mientras se colocaba un par de rizos tras la oreja. Ese gesto hizo sonreír a Jeppe.

—El Teatro Real utiliza un sistema electrónico de acceso que guarda la información cuarenta y ocho horas. Kristoffer entró a la lavandería a las 18:22 y salió a las 18:25 —explicó mientras retiraba de nuevo los rizos rebeldes—. La siguiente y última actividad fue en la salida de incendios de la Heibergsgade, a las 20:47. Se supone que nuestro asesino salió por el edificio anexo con la tarjeta de Kristoffer.

—Querrás decir a las 19:47 —objetó Jeppe.

—No —replicó Saidani, que se quedó mirándolo fijamente—. La última vez que se usó la tarjeta fue en la salida de incendios a las 20:47.

—¿Más de una hora después de lanzar a Kristoffer a la lámpara? ¿Y qué coño hizo en todo ese

tiempo?

—Se quedó a mirar —intervino Anette. Se bebió el café y se secó discretamente la comisura de los labios con el pulgar y el índice—. Apostaría a que estuvo disfrutando de su trabajo desde encima de la lámpara. Me lo imagino observando a todo el público con el cadáver encima de sus cabezas. En el descanso, cuando los técnicos no estaban en el desván, se fue bailando el vals tranquilamente y salió por el edificio contiguo. ¡Toma ya!

—¿Quién se queda en el lugar del crimen cuando hay mil personas que pueden verte en cualquier momento? —protestó Larsen.

—¿Tienes una explicación mejor?

Larsen agitó las manos en el aire y gruñó algo inaudible. Anette le hizo un gesto con los ojos y los demás bajaron la vista en silencio. Excepto la comisaria, que le lanzó a Jeppe una mirada acusatoria para echarle la culpa por el desaliento del equipo.

Jeppe repartió las tareas y dio por terminada la reunión. Cuando el equipo salió de la cafetería, se quedó a solas con la comisaria. Pudo leer en sus arrugas de preocupación que iba a caerle una regañina.

Se acercó a la mesa y se puso delante de él con las manos en las caderas. A pesar de su corta estatura y sus modales educados, infundía respeto.

—¿Qué quieres que le diga al jefe de policía? ¿Y a la prensa?

—Que estamos analizando todas las pistas y que estamos recabando testimonios y dejándonos la piel.

—¡No tenemos ninguna pista! —exclamó—. La única prueba que se encontró apuntaba a un hombre al que también han asesinado. ¿Qué tenemos, en realidad? ¿Hay algún sospechoso?

Jeppe se encogió de hombros y la comisaria suspiró, dándose por vencida, y se dirigió hacia la puerta.

—Le he pedido a Mosbæk que venga hoy a las tres para que os ayude con la investigación.

—¿Mosbæk?! ¿Ahora?

El humor de Jeppe cayó un par de grados solo con la idea de pasar la tarde con el psicólogo. No porque no fuera bueno (Jeppe le había hecho consultas personales y sabía que era un gran profesional), sino porque le parecía una pérdida de tiempo precioso hablar sobre la psicología del asesino en vez de buscar pistas concretas.

La comisaria se detuvo en la puerta.

—¿Estás preparado para esto, Kørner? Porque todo el mundo entendería que después de... tu enfermedad y todo eso...

Asintió concentrado y dejó que la comisaria se fuera de la cafetería sin hacer ningún comentario más. La compasión que venía tras un colapso nervioso provocado por un divorcio era casi tan terrible como la propia separación. Kørner juntó sus papeles y revisó la agenda del día. Había que interrogar a los otros dos miembros del grupo de escritura: primero a Erik Kingo y luego a Anna Harlov. Y después había que avisar a los familiares de Kristoffer. Anette ya había ido con un agente a casa de su madre para darle la mala noticia y, al mismo tiempo, ver si ella podía arrojar algo de luz acerca de los últimos días de Kristoffer. No parecía haber tenido una relación cercana con su madre, pero podría proporcionarles datos importantes. Y, de todas formas, había que informarla de lo sucedido.

Jeppe decidió mandarle también un par de agentes a Esther de Laurenti. Tenía la sensación de

que su reacción a la muerte de Kristoffer sería peor que la de la madre.

LA CALLE P. Knudsen es una de esas vías de acceso a Copenhague que la mayoría de la gente suele usar para entrar y salir de la ciudad, pero a la que pocos le prestan atención. Jeppe anotó la dirección de Erik Kingo, uno de los colegas escritores de Esther de Laurenti, como «H/F Frem 4, calle P. Knudsen» en la breve conversación telefónica en la que acordaron verse, y le resultó extraño. *H/F* normalmente significaba *haveforening*.³ ¿De verdad había uno junto a una carretera de dos carriles por sentido? ¿Y por qué vivía un escritor de éxito en una arteria principal de tráfico en Sydhavn? Cuando Jeppe estuvo cerca del colegio Ellebjerg, pisó el acelerador y aparcó en la calle Gustav Bang, junto a un seto verde que había delimitado por una valla de alambre.

Caminó junto al seto hasta que llegó a una verja con un cartel azul esmaltado en el que las letras «H/F Frem» luchaban contra los elementos por conservar su color blanco. Al otro lado de la verja había casitas de madera pintadas con construcciones anexas pegadas al camino. El olor a hierba recién cortada competía con el zumbido de las abejas a la hora de despertar recuerdos de verano de la infancia. Pasó por delante de los jardines, en los que había gente descalza en pantalón corto disfrutando del sol de mediodía con una cerveza en la mesa. A un lado, jubilados jugando a las cartas; al otro, una familia con niños llenando una piscina hinchable. El padre levantó la cabeza cuando oyó pasos y miró desconfiado a Jeppe con los ojos entrecerrados por la luz del sol.

El camino acababa entre dos casas construidas sobre pilotes que daban a un lago. Alrededor de las cuestas del lago había casas de madera de todos los tamaños, formas y colores. Los árboles volcaban las coronas de color verde oscuro sobre el reflejo del agua, las terrazas de madera estaban rebosantes de sombrillas y había botes pequeños amarrados entre los nenúfares. Jeppe tuvo que recordarse que estaba en medio de un barrio al suroeste de Copenhague. Apenas se oía el ruido del tráfico de la carretera, que estaba a menos de cien metros.

—Usted debe de ser el madero.

Jeppe se giró y vio a un hombre alto de unos sesenta años, que estaba secándose las manos con un trapo de algodón manchado. A juzgar por su desgastada camisa blanca, que llevaba remangada sobre unos brazos fibrosos, había estado pintando algo de azul. Erik Kingo era ancho de espaldas, con una cabellera muy blanca y una mandíbula pronunciada con la que parecía estar satisfecho. Miró a Jeppe sin sonreír y siguió secándose las manos con tranquilidad.

—Sí, también pinto —explicó anticipándose a la pregunta de Jeppe. Luego se giró y fue hacia una casa pintada de rojo en el lado izquierdo del camino sin invitar a Jeppe a que lo acompañara. «Otro macho alfa», pensó Jeppe cansado antes de ir tras él.

—¿Querrá un café?

Jeppe lo rechazó con un simple gesto de la cabeza y se sentó en un banco de madera sin esperar a que le ofreciera tomar asiento.

—Me gustaría que me permitiera hacerle unas preguntas acerca del grupo de escritura que usted, Esther de Laurenti y... —dijo mientras buscaba su libreta. Erik Kingo se adelantó.

—Anna Harlov, se llama. Está muy buena. No sabe escribir cinco frases sin que al menos tres sean banalidades, pero ninguna mujer sabe, si me lo pregunta. ¿Qué quiere saber?

Jeppe apoyó los codos en las rodillas para quitarles algo de peso a los glúteos, que le dolían a causa del duro banco de madera. El banco-cama era lo único típico de un *haveforening* que había en un hogar acondicionado de una manera más bien espartana. Ni cojines ni adornos, a excepción

de dos pequeñas esculturas de bronce en una estantería. Un robusto escritorio llenaba la mayor parte de la pequeña habitación y señalaba que allí se priorizaba el trabajo a las reuniones sociales. Abrió la libreta.

—Me gustaría saber cosas de su grupo de escritura. ¿Hace cuánto que lo fundaron?

Erik Kingo cruzó los brazos y, pensativo, se llevó un dedo hacia la barbilla. Era delicado y masculino a la vez.

—Ay, Dios mío, déjeme pensar. Conocí a Anna en San Cataldo hace cinco o seis años, y hemos mantenido contacto desde entonces. Está casada con John Harlov, un hombre magnífico, presidente de la junta directiva de la Fundación Estatal de las Artes. El grupo nació sobre la marcha; nos enseñamos borradores y comentamos ideas. La escritura es un proceso solitario. Es agradable tener opiniones competentes de gente que no sea tu editor.

—Creo que ha dicho que Anna no sabe escribir.

—Sabe Dios que no, pero tiene cualidades para ser una buena editora. Mirada crítica. Esther entró en el grupo hace menos de un año; de hecho, fue John quien la propuso, más bien como un favor de amigo. Aún no ha publicado nada. Está escribiendo un histérico intento de novela negra, como tantos otros, pero su conocimiento sobre historia de la literatura no puede quitárselo nadie.

Erik Kingo ya se había quitado la pintura de las manos y se echó café de una jarra turca, de esas que contienen un mejuenge con posos espeso como el alquitrán.

—Subimos los textos que nos interesa comentar a un Google Docs común que Anna creó y controla. Para esas cosas es muy hábil. Solo nosotros tres tenemos la contraseña y hemos firmado un contrato en el que nos comprometemos a no enseñarle a nadie la página ni compartir información sobre ella. Sería un desastre que alguno de mis materiales se filtrase.

Kingo echó el cuello hacia atrás y vació el contenido de su taza de café. Luego se estiró para tomar la jarra, llenó la taza con esmero y se sentó en la silla, enfrente de Jeppe.

—Escuche, soy consciente de que Esther ha estado envuelta en un caso de asesinato, pero ¿qué tiene que ver con nosotros?

Kørner esperó un momento antes de contestar. El hombre que tenía delante irradiaba autoridad y estaba acostumbrado a que la gente lo complaciera sin más.

—No puedo entrar en detalles, pero hay una conexión entre el asesinato de la inquilina de Esther y el manuscrito que colgó en la página de Google Docs.

—¿Conexión?

Jeppe sostuvo la mirada sin responder, Kingo miró tranquilo hacia su taza de café.

—Que descanse en paz la chica. Era simpática.

—¿La chica?

El artista bebió y carraspeó.

—La inquilina de Esther. Julie, ¿no? La conocí la última vez que estuve en una de las fiestas étlicas que hacía Esther. Servía los platos con el joven anoréxico ese, el profesor de canto.

Kristoffer. Jeppe se quedó tieso. Kingo conocía a las dos víctimas.

—¿Cuándo fue?

—Hace unos meses. Sería a últimos de marzo, porque estuve hasta el quince en una residencia de escritores en Jutlandia.

—¿Habló usted con Julie? ¿O con Kristoffer, el profesor de canto?

Kingo se rascó un poco de pintura azul de la uña del pulgar.

—Ni una palabra. Éramos diez o doce a la mesa y la charla estuvo animada toda la noche, así que no hubo hueco para hablar con el personal. Quizá le pedí a ella una taza de café en algún momento.

Jeppe sintió que tenía que interrogar a Esther de Laurenti sobre esas compañías y volvió a cruzarse con la mirada de Kingo.

—Volviendo al manuscrito, ¿cuándo lo leyó?

—Hace unas semanas. Ha tomado como punto de partida de la historia su propio edificio, está muy claro.

—¿Es consciente de que la chica del libro está inspirada en Julie Stender?

—No —respondió Kingo mientras se encogió de hombros—. Podría haber sido cualquier chica joven de provincia; de hecho, fue una de las críticas que tenía con el texto de Esther, que la víctima fuera el cliché más viejo del mundo. ¿Por qué no matar a un hombre mayor o a un sintecho? Pero hay que resaltar que a la chica aún no la han asesinado en el texto que yo he leído.

—Entonces, ¿no ha leído las páginas que subió Esther hace una semana? —preguntó el inspector y escudriñó la cara con ojos oscuros del otro lado de la mesa, que estaba ardiendo por el sol, pero solo vio una leve indiferencia.

—No he abierto el ordenador desde que me mudé aquí hace tres semanas, esta es mi residencia de verano. También tengo un piso en Christianshavn, donde vivo en invierno. Pero aquí no hay internet. Llevo el móvil, pero solo lo enciendo una vez al día y lo apago enseguida si no hay algo de vital necesidad. Ni siquiera llevo reloj.

Kingo le enseñó las manos a Jeppe. Los brazos estaban morenos y las venas serpenteaban entre las manchas de pintura debajo de la piel. En el dedo meñique de la mano derecha brillaba un anillo tipo sello.

—Vengo aquí a trabajar. Unos días, pinto; otros, escribo. Y escribo a mano. La única razón por la que sé que Julie ha muerto es porque me han llamado ustedes —dijo Kingo, que cruzó los brazos y se llevó una mano al pelo canoso.

—¿Dónde estuvo el martes? —preguntó Jeppe. Creyó ver a Erik Kingo sonreír fugazmente antes de responder.

—El martes por la tarde y por la noche estuve en una fiesta de la editorial; me dieron un premio, di un discurso y estuve de bares hasta por la mañana con mi editor y más gente de la editorial. ¿A lo mejor se puede usar como coartada?

Podía valer. Jeppe lo anotó. Kingo se dio la vuelta y miró pensativo al lago.

—Es uno de los lagos más profundos de Copenhague, ¿lo sabía? No lo parece, pero llega a medir trece metros de profundidad y está lleno de peces. Incluso hay tortugas. Calcita antigua, desde luego. Lo llamamos Kirkesøen, «el lago de la iglesia», porque está al lado de una. Ingenio danés en su máxima expresión. Mire, si quisiera matar a alguien, lo cual no se me ocurriría hacer ni por escrito ni en la vida real, arrojaría el cuerpo al lago con algo pesado atado a los pies y dejaría que las anguilas devorasen el cadáver.

Erik Kingo se rio bruscamente un segundo de su propia imagen enfermiza. Jeppe miró sus dedos anchos y sintió el comienzo de un escalofrío en el cuello.

19

EN EL EDIFICIO de Klosterstræde 12 reinaba la calma. El apartamento del primer piso estaba vacío porque lo había alcanzado la desgracia. El del segundo piso estaba abandonado porque su inquilino estaba en el hospital luchando por intentar volver a la vida. En el tercero había calma porque Esther de Laurenti era incapaz de emitir un solo ruido. El ruido es vida, salvo cuando ese ruido es un timbre con malas noticias; ahí el ruido es muerte. Los pensamientos le daban vueltas y vueltas como un tornado que nunca debería haber empezado.

Esther estaba sentada en el reposabrazos del sofá, justo donde se encontraba cuando aquellos dos agentes le dieron la noticia. Solo el hecho de ponerse de pie o de acomodarse le parecía mal. El mundo debería pararse.

«Sé que habrá un próximo paso, pero no puedo darlo. —Incluso respirar le parecía una traición. Para asombro suyo, observó que no lloraba—. Incluso las lágrimas me han abandonado —pensó e inmediatamente se censuró—. Esto no es un libro. Es algo serio.»

Se obligó a ponerse de pie, respirar profundamente y notar la sangre fluir. Tenía que sacar a los perros, bajar la basura. Revisar su manuscrito, reflexionar e intentar averiguar qué había ocurrido.

Tenía que intentar comprender que Kristoffer ya no estaba.

En el baño, bajo los chorros de agua fresca, se dio cuenta de la realidad. Kristoffer no iba a volver, nunca volvería a verlo. La muerte de Julie había sido una desgracia, sobre todo porque sentía un cierto grado de responsabilidad, pero perder a Kristoffer era como perder a su hijo. Esther apretó la alcachofa de la ducha contra su pecho y lloró. Largos y sentidos sollozos resonaban contra los azulejos brillantes hasta que la fuerza la abandonó y se dejó caer.

Estuvo tirada en el plato de la ducha hasta que le dieron calambres por el frío. Se levantó despacio, giró el grifo hasta la posición de agua caliente, puso la alcachofa en el soporte de la pared y comenzó a entrar en calor. Se secó con una toalla gruesa y se embadurnó de crema, como solía hacer. La vida seguía adelante, aunque la suya se había parado. Cuando se puso la ropa, hizo café y se sentó ante su escritorio, junto a la ventana.

Esther se arrepintió amargamente de haberse alejado de Kristoffer y de haber malgastado sus últimos días poniendo distancia entre ellos. Era imperdonable no haberse despedido de él. Especuló con quién se haría cargo del entierro y dudó mucho de que la madre de Kristoffer fuera capaz de hacerlo. Tenía que ofrecer su ayuda.

Mientras los pensamientos de Esther pululaban sin parar entre el horror y la practicidad, sus manos clasificaron unos papeles sobre la mesa en diferentes montones. Uno con todas las notas y borradores de la novela, que iba a cederle a Jeppe Kørner en la primera ocasión que tuviera; otro

con cuentas y otro con referencias bibliográficas de un libro sobre Oscar Wilde que pensó en escribir hacía dos años. Los ejemplares doblados de *Vagant*, la revista literaria, los puso en un cuarto montón, y las tazas de café usadas las colocó en el suelo. Encontró su ópalo, que hacía mucho que echaba de menos, debajo de una edición en inglés de *El mejor médico también es filósofo* y se alegró francamente un corto espacio de tiempo, antes de acordarse de que el mundo volvía a ser insoportable.

Cuando el día anterior fue a visitar a Gregers al hospital, este le preguntó medio en broma qué había hecho para invocar esas plagas sobre la casa de Klosterstræde. No sabía lo bien que había dado en el clavo. «De todas las novelas negras del mundo, ¿por qué la mía?»

Esther dejó un montón de papeles de Hacienda en el cajón del escritorio y descubrió un plato hondo y un portacelo negro. Puso el plato debajo de las tazas de café y el portacelo encima de los papeles. Pesaba tanto que tuvo que usar las dos manos. Siguió organizando hojas del Instituto Anatómico Forense con una sensación de intranquilidad en el estómago.

Había algo que no cuadraba.

Miró hacia la mesa. El portacelo, tosco y funcional; de hecho, no estaba segura de que fuera suyo. ¿Se lo pidió prestado a alguien y olvidó devolverlo? Ella nunca usaba celo. Si lo hubiera cogido en el trabajo, tendría las siglas de la universidad por algún lado. Lo giró hacia la luz de la ventana para encontrar alguna marca.

La base estaba forrada de fieltro gris claro, pero en uno de los extremos el fieltro no era gris. Una mancha oscura se extendía desde una esquina y, a partir de ahí, había pequeñas salpicaduras por toda la superficie.

Las manos de Esther flojearon y el portacelo cayó al suelo con estrépito.

Tenía salpicaduras de sangre en las pestañas rubias, filigranas que contrastaban con la piel pálida. Llevaba mi marca en la mejilla como una joya.

A ella le he regalado la belleza eterna. Y a su amigo un vuelo desde las alturas.

Regalos generosos.

¿Podéis verme?

La ausencia de seres tranquilizadores en la fábrica de pesadillas me ha hecho ser quien soy. Pero ahora soy yo el que manda, el que lleva el cuchillo. Escribo historias. Mi propia historia.

No estoy loco, soy uno de los vuestros.

Tiene que haber un equilibrio en las cosas. Entre los vivos y los muertos, la aceptación y el rechazo, si fue antes el huevo o la gallina. También hay límites para lo que se debe tolerar. Cuando los guardianes que deben proteger fallan y el mundo mira sin intervenir, surgen nuevas reglas. Una nueva justicia.

Os preguntaréis si esto no deja un regusto amargo en la boca, y solo puedo responder que me gusta. Porque es amargo y porque es el mío.

20

AL COCHE HABÍA estado dándole el sol delante del *haveforening* y el volante estaba tan caliente que Jeppe tuvo que coger un trapo de la guantera para poder soportarlo. Cuando bajó las ventanillas y salió al tráfico, llamó Anette. Su voz clara cortaba el ruido de los coches.

—¡Tenemos el arma homicida! Un portacelo que ha encontrado Esther de Laurenti en su escritorio hace una hora. Con sangre. Clausen sostiene que la sangre, con toda probabilidad, proviene de Julie. El asesino debió de ponerlo sobre un charco de sangre.

Jeppe aceleró y llegó justo al semáforo en verde del centro comercial Fisketorvet.

—¿Qué hacía el arma homicida en el escritorio de Esther de Laurenti?

—¡Buena pregunta! Le he mandado una foto a Caroline Boutrup. Es el portacelo que suele estar en la estantería del piso de las chicas. Ni se dio cuenta de que no estaba.

—¿Huellas?

—Ni una. Pero lo interesante es cómo ha acabado en el escritorio de Esther de Laurenti. Y, sobre todo, por qué.

Jeppe se paró en el semáforo en rojo y miró la fila de edificios de hormigón que había allí, a donde tendrían que haber dado las vistas de su jardín.

—O alguien ha intentado incriminarla... o quizá ella ha intentado proteger a alguien. A Kristoffer, en este caso.

—¡Me estoy volviendo loca con este caso! —se quejó Anette—. ¿Adónde vas?

—Al barrio de Østerbro. El otro miembro del grupo de escritura, Anna Harlov, vive allí. Por cierto, ¿serías tan amable de pedirle a Saidani que hiciera unas averiguaciones sobre Erik Kingo?

—¿Hay algo interesante? —preguntó esperanzada.

—No a primera vista, parece que tiene una coartada. —Jeppe conducía muy despacio entre el Tivoli y la estación central a causa de los muchos turistas que cruzaban y que solo tenían ojos para el parque de atracciones y no para la calzada—. Pero conoció tanto a Julie como a Kristoffer en casa de Esther.

—Ajá —dijo Anette con la voz apagada—. Le pediré a Saidani que eche un ojo. Lo mismo descubre que es un apasionado del celo, y así tendríamos una pista que seguir.

Cortó la comunicación y Jeppe aparcó debajo de un castaño de la calle Farimagsgade, al lado de los pequeños adosados, que en los últimos años se habían vuelto tan comunes como un chalé en la costa. Todo era bonito y elegante, renovado con creatividad y grandes sumas de dinero.

La casa de Anna Harlov no era una excepción. La verja de hierro forjado se cerró con un discreto *clic* tras Jeppe, que dio los cuatro pasos necesarios para cruzar el jardín empedrado y

subir hasta la puerta principal, de color negro brillante. El mayor deseo de Therese era vivir allí, y él siempre le hacía bromas diciendo que era una esnob incorregible que estaba dispuesta a pagar un precio desorbitado por vivir en viejas viviendas para trabajadores solo porque se habían puesto de moda en la élite cultural. Ahora podía mudarse allí con Niels e instalarse entre muebles de madera envejecida, como todos los demás.

La puerta se abrió antes de que pudiese tocar el timbre de latón, y una mujer con una bolsa de basura en la mano lo miró aterrada.

—Ah, qué susto me ha dado. Creía que vendría más tarde. El agente Kørner, ¿no? Disculpe que no le dé la mano.

Pasó a su lado para ir al cubo de basura que había en el jardín. Llevaba el pelo recogido en un desaliñado moño color miel a la altura de la coronilla y olía igual que la fruta caliente bajo el sol. Jeppe la observó mientras levantaba la tapa del cubo y metía la bolsa. Iba descalza y llevaba puesto un mono que tenía pinta de costar lo mismo que un coche pequeño. La tela se levantaba y le acariciaba los muslos cada vez que empujaba la basura hacia abajo. Tenía los glúteos pequeños y redondos; los brazos, esbeltos y dorados como el Mediterráneo.

A Jeppe empezó a picarle la ingle. Veía que sus pechos colgaban libres bajo la tela de seda, e imágenes de su piel desnuda y caliente brotaron ante sus ojos. Cuando ella se dio la vuelta y le sonrió con una expresión abierta y despreocupada y los dientes blancos como la nieve, notó que tenía una erección, despacio pero con seguridad, la primera del año.

—Gracias a Dios, vienen a recogerla mañana. Ayer comimos anguila, y no hay nada más desagradable que el olor de las espinas de pescado al sol.

Volvió a pasar por delante de él y lo rozó al subir el escalón de la puerta, con lo cual, durante una milésima de segundo, la había tocado.

—Ya sé que no se debería comer anguila, pero son de piscifactoría y son legales. Y están muy ricas. Bueno, pase. Me lavo las manos en un momentito y estoy con usted.

Ocho meses sin una erección ni algo que se le pareciera y le ocurría de repente en un jardín de Østerbro. El alivio se adueñó del cuerpo de Jeppe y lo sustituyó la vergüenza. Maldijo los vaqueros ceñidos que Johannes le había convencido de que se pusiera para celebrar su nuevo y delgado cuerpo, y caminó por detrás de Anna Harlov.

La casa era, como esperaba, cara y estaba amueblada con buen gusto de un modo informal e intelectual. Estanterías empotradas con libros de tapa dura, suelo de tarima luminosa y mantas de lana boliviana sobre el sofá Mogesen. «Diez contra uno a que tienen una casa en Tisvilde pegada al Báltico donde comen gambas de fiordo y beben vino natural con sus amigos guais», pensó Jeppe para intentar que le bajara la erección, despreciando a la destinataria de su deseo, que en ese momento estaba en la cocina americana lavándose las manos en el fregadero de diseño.

Anna Harlov miró hacia una mesa de madera redonda y le pidió que se sentase. En la mesa había un termo de cobre, tazas de porcelana y un pequeño cuenco con galletas. Al lado de la puerta de cristal que daba a la terraza había una foto en blanco y negro de Anna sentada en un banco con un hombre significativamente mayor. El hombre gesticulaba animado y ella lo miraba con cariño.

—Esperaba que vinieran. De hecho, me extraña no haber tenido noticias tuyas hasta ahora.

Sirvió café para ambos y se sentó. Su voz era profunda y algo ronca, y le recordaba a la de una actriz. Cruzó las piernas y se obligó a actuar de una manera profesional.

—Entonces, ¿tiene algo que contarnos?

Se apartó un mechón de pelo de los ojos.

—Pues no sé más que lo que he podido leer en los periódicos, pero hay una notable coincidencia entre el asesinato de Julie Stender y el manuscrito en el que está trabajando Esther. Erik y yo llevamos muchas semanas teniendo acceso a él. Yo lo consideraría inicialmente sospechoso si fuera quien investigara el caso.

Jeppe notó su mirada crítica. Por desgracia, no tuvo ninguna influencia en su inoportuna libido.

—¿Cuándo fue la primera vez que lo leyó?

—La descripción del carácter de la víctima, justo después de que la subiese la primera vez, a principios de julio, y el asesinato en sí, hace una semana.

—¿Usted sabía sobre quién estaba escribiendo?

Ella sopló el café.

—Pensaba que se había inspirado en las dos chicas del primero, pero no fue algo en lo que me fijase especialmente. Se toman cosas de la realidad cuando se escribe ficción.

—¿Conocía a Julie Stender?

—Sí, la vi una sola vez. Estaba sirviendo en un banquete que ofreció Esther, sería allá por marzo.

¡Anna Harlov también estuvo en ese banquete! Jeppe anotó «CENA» en su libreta.

—Erik Kingo también estuvo esa noche, ¿no?

—Sí, y más gente. Mi marido, por ejemplo.

¿Eran cosas tuyas o se había resistido un poco a nombrar a su marido? Se humedeció los labios, pensativa, con la punta de la lengua y los rozó con el índice. ¿En su honor?

Jeppe se recompuso.

—¿Recuerda algo en concreto de la cena?

—Salimos mucho, así que justo de esa noche no tengo recuerdos claros. Recuerdo que fue agradable. ¿Hay algo en concreto que quiera saber?

—Por ejemplo, ¿hubo alguna desavenencia?

—No, nada en especial.

Parpadeó despacio y mantuvo el contacto visual. Jeppe bajó la mirada.

—¿Julie Stender tuvo contacto con alguno de los invitados?

—La verdad es que yo hablé un poco con ella. Le pregunté si se había aclimatado a la ciudad y si ya había decidido qué quería estudiar. La mayoría fueron frases de cortesía cuando ella y el otro joven sirvieron y quitaron la mesa. Pero, ahora que lo pienso, vi a Erik hablando con ella en la cocina en algún momento de la noche. Lo recuerdo porque él le gritó.

Jeppe volvió a levantar la mirada. Erik Kingo afirmó no haber tenido contacto con Julie.

—¿Sabe por qué?

Negó con la cabeza y se le soltó otro mechón del moño. ¿Eran imaginaciones tuyas o se movía de una forma sensualmente provocativa?

—Dijo antes que hay una cierta coincidencia entre el manuscrito de Esther de Laurenti y el asesinato de Julie Stender. ¿Puede profundizar?

—No sé más que lo que he leído en la prensa. De hecho, no hemos estado en casa a principios de semana. Mi marido tenía la apertura de una galería en Aarhus el martes y yo fui con él, pero es

evidente que el asesino ha leído el manuscrito.

—¿Y usted no se lo ha enseñado ni le ha hablado de él a nadie?

—No. En el grupo de escritura tenemos unas normas claras. Todo el material es cien por cien confidencial entre nosotros tres. —Una sonrisilla bailaba en sus suaves labios. Parecía una invitación—. Pero creo que nos estamos yendo por las ramas.

Jeppe alargó el brazo para coger la taza de café, pero se sentía tan inseguro que la arrastró hacia sí. Su cerebro lo bombardeó con las imágenes de Anna Harlov desnuda, tumbada sobre la mesa del salón con ese mono caro rasgado y la boca de Jeppe en sus pechos. En ese momento, solo con que le dijera que sí con la cabeza, no respondería de sus actos.

—Una cosa es que alguien haya leído el texto de Esther en nuestro Google Docs y haya hecho un mal uso de él, pero ¿quién sigue escribiendo? Esther nunca haría algo de tan mal gusto.

Jeppe se tragó la decepción con una taza de café y secó con la mano las gotas que había derramado sobre la mesa antes de hablar.

—¿Sigue escribiendo? No entiendo.

—¿No lo saben? —Se levantó y fue al salón de al lado a por un portátil. Tras teclear, giró la pantalla.

Tenía salpicaduras de sangre en las pestañas rubias, filigranas que contrastaban con la piel pálida. Llevaba mi marca en la mejilla como una joya.

A ella le he regalado la belleza eterna. Y a su amigo un vuelo desde las alturas.

Regalos generosos.

—Y así sigue. Lo subieron ayer por la tarde. ¿Quién lo escribe?

Jeppe maldijo, se sacó el teléfono de los pantalones ajustados y llamó a Saidani, que respondió de inmediato.

—Iba a llamarte ahora mismo. Acabo de darme cuenta de que hay un texto nuevo. No lo ha escrito Esther de Laurenti, acabo de contrastarlo con ella. Estoy intentando averiguar cuándo y cómo se ha conectado quien haya sido.

—Bien. Voy de camino. Reúne al equipo, nos vemos en la cafetería en cuanto llegue.

Jeppe devolvió el teléfono al bolsillo. ¿Quién empezaría a escribir en la página de Google Docs de los escritores si no el asesino? Esto reforzaba el hecho de que los asesinatos y el manuscrito estaban indisolublemente conectados.

Se levantó y le hizo un gesto con la cabeza a Anna.

—Quizá tengamos que volver a hablar con usted. Hasta entonces, no dude en ponerse en contacto conmigo si recuerda algo que pueda ser significativo para la investigación.

Le dio una tarjeta de visita y se dirigió hacia el estrecho recibidor de la puerta principal. Lo desconcertó la impresionante colección de cerrojos de la puerta y, por un momento, dudó a cuál debía darle la vuelta para salir.

—Tranquilo, no hay nadie que sepa abrir la puerta hasta que no ha estado aquí siete u ocho veces.

Anna Harlov lo había acompañado por el pasillo y estaba justo detrás de él. Se echó a un lado para dejarla pasar. Cuando se puso de puntillas para abrir el cerrojo superior, dejó que sus suaves pechos le rozasen el brazo y se detuvo en esa postura.

«¿A lo mejor es una señal de que tienes que quedarte?» Lo miró burlesca durante un largo segundo y abrió la puerta. Antes de que pudiera reaccionar, estaba en el jardín oyendo la puerta cerrarse tras de sí.

Confuso, jadeando y con la polla más dura del norte de Europa.

JEPPE TARDÓ LA mayor parte del camino de vuelta a la jefatura en controlar su cuerpo. Hacía mucho tiempo que no había sentido tal deseo. El precio por tener un día a día seguro era una vida sexual segura, en el mejor de los casos. En algún momento entre el segundo y el tercer intento de inseminación, el sexo que una vez fue juguetón con Therese se convirtió en cópula obligada con un solo objetivo. Y en ese momento se encontraba en su coche temblando como un adolescente. Anna Harlov. ¿Lo manipulaba solo por diversión o intentaba lanzar una cortina de humo porque tenía algo que ocultar?

De vuelta al Gården, fue a toda prisa al baño. Por suerte, no había nadie dentro. Se lavó las manos y sacó del bolsillo su pequeño pastillero. Antes contuvo caramelos de espliego franceses, costaba más un gramo que el uranio enriquecido, pero ahora guardaba en él panadol y oxicodona. Las pastillas tenían un olor algo perfumado que disimulaba en parte el desagradable sabor a tiza.

Separó una de un tipo y dos de otro, y se miró en el espejo convexo mientras se secaba el agua de la barbilla. La piel de la cara se veía cerúlea y sabía que no solo se debía al desacertado color de pelo y a la luz de los tubos de neón.

De vuelta al pasillo, le llegó un mensaje de Johannes.

Ahora que tu mejor amigo te ha invitado a su cumpleaños esta noche, ¿también vas a quedarte en casa? Siempre puedes ir a la fiesta y bailar. O quizá prefieras ver una bazofia en la tele y quedarte dormido en el sofá mientras puedas :)

Jeppe, para variar, se había olvidado de responder a la invitación, que había llegado por correo postal hacía muchas semanas, con la esperanza de que desapareciese, pero ahora sería difícil arreglárselas para no ir. Debía usar el caso como excusa; eso Johannes lo entendería, a pesar de todo.

Abrió la puerta de la cafetería, donde ya estaban Larsen, Falck y Anette Werner diciendo chorradas. Sara Saidani estaba junto a una ventana abierta dando la espalda a la sala; parecía estar en su propio mundo.

—¡Bueno, Saidani, cuéntanos!

Se dio la vuelta y fue hacia la mesa donde estaba su ordenador ya listo. A su estela le siguió un aire suave, casi alegre, que contrastaba con la seria expresión de su rostro.

—Un desconocido subió ayer a las doce menos diez un texto de una página a la carpeta de Google Docs del grupo de escritores. Había pensado cerrar la página. Creía que era lo más conveniente con todo lo que sale en la prensa, etcétera, pero ahora es mejor que la dejemos abierta.

—Bien pensado, Saidani —dijo Jeppe—. Por lo que entiendo de la primera parte del texto, el escritor asume la responsabilidad de los dos asesinatos. Habla del dibujo en la cara y menciona el vuelo de Kristoffer. Por supuesto, puede que solo sea que algún chiflado ha leído los periódicos y conseguido acceder al Google Docs de los escritores.

—Está protegido —dijo Saidani abriendo los ojos escéptica—. Hay tres perfiles de usuario

que se conectan individualmente, cada uno con su nombre de usuario y su contraseña. Tengo un *log* con el uso de la página que han hecho los tres en los últimos tres meses, en el que se desglosa quién se ha conectado y cuándo. La persona que subió el texto anoche estaba conectada como Erik Kingo.

—¿Kingo? Afirma estar totalmente incomunicado y no tener conexión de red en su casa del *haveforening*. —Jeppe estaba satisfecho de que las pastillas hubieran empezado a funcionar. La espalda se le había relajado y le picaban los labios.

—Puede ser mentira —replicó Saidani con un leve encogimiento de hombros—. Es verdad que llevaba sin conectarse a la página desde julio, cuando dejó una serie de comentarios sobre el texto de Esther de Laurenti, pero alguien que conoce su nombre de usuario y su contraseña subió este texto ayer antes de medianoche.

—Voy a hablar con él. Su teléfono está apagado la mayor parte del día, así que quizá tenga que ir a verlo. —Jeppe se retorció solo con pensar en hacer otra visita a ese lugar tan poco hospitalario.

—¿Qué hay de la imagen del Instagram de Julie? —preguntó Anette con la boca llena de algo. De regaliz, quizá—. ¿Sabemos algo más?

Saidani, molesta, negó con la cabeza.

—No puedo ver quién la ha subido, pero estoy viendo quién consiguió darle a «me gusta» y comentar la foto antes de que se borrara el perfil. Tenía casi doscientos «me gusta», así que es un hueso duro de roer. La gente debió de creer que era una broma o algo así.

Las mejillas de Saidani se habían puesto rosas. Jeppe la observó y reprimió una sonrisa. ¿A lo mejor simplemente era tímida? Se giró hacia Larsen, que estaba recostado y llevaba una camisa azul celeste recién planchada.

—Bien, ¿un resumen de la autopsia?!

Larsen tomó la palabra con la autoconfianza habitual. Si le había afectado la metedura de pata que tuvo al creer que Kristoffer era el culpable, ya se le había pasado.

—Kristoffer Gravgaard falleció ayer, 9 de agosto, entre las seis y media y las siete y media. Nyboe determina como causa de la muerte un paro cardíaco...

—¿Un paro cardíaco?

—... como resultado de un estrangulamiento con las manos. Es la prueba definitiva de que se trata de un asesinato. Ningún signo externo en el cuerpo ni marcas de dedos o de uñas en la piel del cuello, y es relativamente extraño ver víctimas de estrangulamiento que no las tengan. Nyboe opina que estamos ante lo que se llama *choke hold* o llave al cuello. El asesino agarró a Kristoffer desde atrás con el brazo derecho y presionó la arteria carótida hasta provocar la parada cardíaca. No tardó más de un minuto. No era un aficionado.

—*Shime-wasa!* —gritó Anette diciendo algo que en su mente seguro sonaba con acento japonés.

—Vale, gracias —prosiguió Larsen—. Es una llave clásica de judo que también se usa para reducir a un sujeto violento. Voy a ahorrarnos los detalles técnicos de Nyboe sobre la arritmia cardíaca y os cuento lo esencial —prosiguió y miró a sus colegas, como si quisiera crear tensión—. Kristoffer Gravgaard murió como resultado de una presión manual en un punto reflejo aquí, delante del cuello. Una llave muy precisa, aplicada por una persona que sabía exactamente lo que hacía. Hablamos de gente que practica deportes de lucha, personal militar especialmente

entrenado, etcétera. Nyboe utilizó específicamente la palabra «ejecución».

—¿El mismo asesino que el de Julie Stender? —preguntó Jeppe mirando de pasada a Larsen. No le apetecía ver esa cara arrogante.

—Difícil decirlo —respondió este mientras comenzaba a remangarse la camisa. Sus movimientos parecían extrañamente estudiados, como los de un conferenciante estrafalario que pretende estar por encima de los demás—. Pero ¿el mismo asesino no habría tallado también el dibujo en esta víctima, como si fuera su firma?

—A Julie la golpearon en la cabeza con un portacelo y a Kristoffer lo han estrangulado —dijo Jeppe—. Por lo tanto, sí puede tratarse del mismo asesino. Todos sabemos lo improbable que es que de pronto aparezca un nuevo asesino. Un posible acto de venganza por la muerte de Julie no incluiría lámparas de araña ni llaves de judo, no me lo creo. Pero si es el mismo, ¿por qué utiliza dos métodos distintos? ¿Alguna idea?

Falck carraspeó con cuidado, como si se hubiera tragado una mosca y quisiera cerciorarse de que seguiría viva cuando la expulsara de la garganta.

—Sí, Falck, ¿qué piensas? ¡Dime! —Jeppe no tenía paciencia para ese ritmo tranquilo.

—Creo que el asesino tenía diferentes motivos para las dos muertes. La primera, la de Julie Stender fue en gran medida... porque lo deseaba. El asesino intentó tallar un dibujo en el rostro de Julie, igual que en el manuscrito. Nyboe confirma que no estaba narcotizada ni borracha cuando murió, así que debió de luchar como una loca...

Jeppe asintió con impaciencia a Falck, que continuó con tranquilidad.

—Kristoffer, en cambio, fue ajusticiado y luego lanzado a la lámpara. El asesino debió de subirlo al desván con algún pretexto, atacarlo por detrás y matarlo en un segundo.

—¿Y la lámpara?

Falck metió los pulgares bajo los tirantes.

—Tú mismo lo has dicho, Kørner. Le gusta el teatro. Aprovecha la oportunidad de causar el máximo impacto.

—Pero ¿por qué iba a matarlo?

—Porque sabía algo. Kristoffer debió de ver o descubrir algo y, ya sé que suena absurdo, pero estaba tras la pista del asesino; quizá se enfrentó a él diciéndole lo que sabía. No encuentro una explicación mejor. También él era un poco raro, ¿no?

Kørner miró hacia el fondo de su taza de café medio vacía e intentó atrapar un resto de Nescafé que había quedado sin disolver en el líquido frío.

—Pero de ser como Falck dice, y yo me inclino por darle la razón, nuestro asesino tendría que haber sabido que estábamos yendo de camino a pillar a Kristoffer.

Los cinco investigadores se miraron. Todas las comunicaciones de la policía por radio estaban encriptadas y era imposible hackearlas.

—Quizá alguien se chivó —propuso Larsen.

Se hizo el silencio. Los asesinos rarísima vez usaban guantes y trajes de protección, y era todavía más raro que dejaran pistas en el lugar del crimen. O que supieran dónde iba a estar la policía en media hora.

A no ser que...

21

—¡TÚ LLÁMAME, AMIGA mía! Sea de día o de noche. ¿Me lo prometes?

Esther asintió cansada y se miró las manos, que Lisbeth tenía cogidas. Por un momento no entendió de quién eran esas manos. La carne flácida, las venas evidentes bajo la piel delgada, ¿de verdad eran sus propias manos? Lisbeth y Frank, sus viejos amigos, hacía una hora que habían llegado sin avisar con tarta de La Glace para ofrecerle consuelo. Esther tenía la necesidad de que se fueran para poder tomarse la copa de vino que llevaba apeteciéndole todo el día. ¡La gente tiene mucho tiempo libre cuando se jubila! Estaba conmovida por sus cuidados, pero en ese momento no podía más.

—Te lo prometo. Ahora solo necesito descansar un poco.

—¡Sí, claro! Si hay cualquier cosa que podamos hacer, dínoslo —dijo Lisbeth—. Podemos venir y sacar a los perros, y tú también puedes visitarnos cuando quieras en Espergærde.

Lisbeth atrajo hacia sí a Esther para darle un prolongado abrazo seguido de una mirada intensa antes de, por fin, empezar a bajar las escaleras. Frank, por suerte, se limitó a hacer un guiño.

Esther metió en casa a los perros, echó el cerrojo y volvió a llorar. ¡Con la atención que le dedicaban a todas horas, no iba a reprimirse ahora! Se secó las mejillas, y estaba yendo a por el cartón de vino cuando llamaron a la puerta. ¿Qué se habían olvidado?

Esther abrió con pereza solo de pensar en Frank y Lisbeth volviendo para abrazarla un poco más, pero ante la puerta estaban Caroline y su madre, Jutta, a quien llevaba muchos años sin ver. Le dio tiempo a pensar en lo bien que se las veía a las dos, guapas como siempre habían sido, antes de que Caroline se echase a sus brazos y se pusiera a llorar sin control. Jutta fue detrás, así que estuvieron en la puerta abrazadas llorando juntas varios minutos. «No puedo con todo este cariño —pensó Esther—, pronto tendré que insistir en que necesito estar sola.»

—¿Podemos pasar un momento? —preguntó Jutta tras recobrar el sosiego—. Solo hemos venido al piso a recoger unas cosas de Caroline. Hay un policía, pero nos ha dicho que puede esperar un rato abajo.

—Por supuesto, pasad —murmuró Esther—. Está todo desordenado, soy un desastre, pero es estupendo veros.

Las hizo pasar al salón, quitó una pila de libros de la butaca y los puso en el suelo.

—¿Queréis una copa de vino?

—Es muy temprano para un vino. ¿Tienes café?

—Creo que queda un poco en la jarra, no sé si seguirá caliente. Voy a por las tazas.

Esther cogió un par de tazas del soporte y miró el cartón de vino de la mesa de la cocina de

una manera nostálgica.

Cuando volvió al salón, Caroline estaba sentada en el sofá con las piernas cruzadas y la cabeza sobre el hombro de su madre. Jutta le acariciaba con cariño la mejilla, como a un niño que tiene que echarse la siesta. Esther sirvió el café y se sentó en el suelo sobre el cojín marroquí.

—¿Qué tal lo estáis llevando?

—Caro lo está pasando muy mal. Aunque como todos. Es como si no fuera real, ¿verdad?

Esther asintió. Más irreal no podía ser.

—Y, desde luego, tampoco ayuda que... —dijo Jutta bajando la voz— ... que Daniel haya decidido romper.

—¡Mamá! —gritó Caroline. Miró furiosa a su madre, pero volvió a echarse sobre ella inmediatamente.

—Oh, lamento oír eso, cariño. —Esther asintió compasiva, deseando que se le pasase pronto.

—¿Y tú, Esther? ¿Cómo lo llevas?

Estuvo tentada de contar una patraña para evitar mostrar sus sentimientos, pero no pudo hacerlo.

—No lo sé, sinceramente... Ahora mismo solo puedo con las cosas de una en una. Si no, sería demasiado.

Jutta le tomó la mano y le dio un toquecito cariñoso.

—¿Y Gregers?

—Sigue en el hospital; están haciéndole pruebas, pero creo que se pondrá bien. Lo visito todos los días.

—Oh, vaya lío. Es que es una tragedia horrible todo esto —dijo Jutta. Bebió una gota de café, dejó la taza y la apartó discretamente—. ¿La policía no tiene aún ningún sospechoso? No quieren contarnos nada.

—Que yo sepa, no —contestó Esther, que por un segundo pensó en contarles lo de su manuscrito, pero no fue capaz. No sabía por dónde empezar.

—Pienso en si investigarán a Christian... —dijo Jutta levantando las cejas, perfectamente depiladas.

—¿Te refieres al padre de Julie?

—A mi modo de verlo, la manera de ocuparse de su hija siempre ha sido enfermiza. La ha idealizado de una manera insana.

—¿No es eso lo que hacen los padres? —replicó Esther sonriéndole a Caroline.

—Eso era demasiado —respondió Jutta mientras rodeaba a su hija con el brazo de forma protectora—. De verdad, me lo imaginaba poniéndose celoso si Julie se echaba novio. Es terco como una mula.

—¡Vale ya, mamá! —la increpó Caroline abriendo los ojos sin levantar la cabeza del hombro de su madre—. ¡No te metas donde no te llaman!

—Le he aconsejado a Caroline que busque ayuda profesional —dijo Jutta mirando a Esther con seriedad—, pero ya sabes lo cabezones que son los jóvenes...

—¡Para ya! —exclamó su hija y se levantó del sofá—. ¿Por una vez podrías... cerrar la boca? He perdido... —dijo mientras empezaba a sollozar de nuevo— ... a mi mejor amiga y tú te pones a decir que debería ir al psicólogo. La han asesinado, joder, ASESINADO. Voy abajo a recoger cosas.

Se levantó para salir del salón, pero a la altura de la puerta volvió para darle a Esther un beso en la mejilla. Cuando se retiró, había restos de lágrimas en la piel de Esther. Esperó a que se fuera para limpiárselas.

—Ay, mi pobre niña. Ella es la que peor está —afirmó Jutta, que se secó los ojos y se dio una palmada en el muslo—. Bueno, será mejor que baje a cuidarla un poco.

Esther la frenó poniéndole la mano en el hombro.

—¿Lo del padre de Julie lo decías en serio?

—Tal cual —dijo Jutta sorprendida.

—¿Se lo has contado a la policía?

—Le di a conocer mi opinión al policía que nos interrogó, así que depende de si escuchan. Antes nos veíamos con la familia Stender, pero en realidad nunca me gustó ese hombre. Un paleta con aires de grandeza y métodos brutales. Él y su panda de niñatos que se han hecho viejos y han ganado demasiado dinero y demasiado poder. ¡Qué mal gusto!

—¿Niñatos?

Jutta adoptó un gesto de indignación.

—Sí, ya sabes el círculo de relaciones comerciales que cultiva; se van de caza, a comer a sitios caros, de putas y a saber qué más. Siempre he creído que había algo moralmente sucio en ese hombre y toda esa morralla. También está el Kingo ese, aunque, oh, es tan famoso, y todos los críticos lo adoran.

—¿Te refieres a mi Kingo? ¿Erik Kingo? —preguntó Esther con la mandíbula desencajada.

—Oh, perdona, Esther, se me había olvidado que lo conocías. Da igual, seguro que es un buen tipo; es a Christian al que no trago. Bueno, tengo que irme...

Jutta se levantó y fue hacia el pasillo. Esther la acompañó y se dejó dar otro abrazo de despedida más.

—¡Cúdate! Estaré un tiempo en la ciudad con Caroline, viviremos en casa de mi hermana. Llámame si necesitas hablar, ¿de acuerdo?

Esther le guiñó un ojo y cerró la puerta con la cabeza zumbando. «¡Erik Kingo y Christian Stender se conocen!» El vino tendría que esperar otro minuto. Cogió el teléfono, buscó el número de Jeppe Kørner y llamó.

JEPPE SE ENCONTRÓ a Mosbæk, el psicólogo de la policía, sentado en su despacho, con las manos detrás de la cabeza y las piernas cruzadas relajadamente. Era de esa clase de hombres que siempre van con el mismo tipo de camisas de leñador y que compensan la calvicie propia de la edad con una barba espesa. A Jeppe le caía bien porque, al contrario que muchos de sus compañeros, tenía la capacidad de escuchar. A él lo escuchó en muchas ocasiones cuando le tocó volver al trabajo después de la ruptura con Therese. Sus conversaciones se diluían en la neblina que conformaban los recuerdos de Jeppe en el último medio año, pero tenía una buena opinión acerca de él.

Mosbæk le sonrió.

—Hombre, Jeppe, ¿qué tal te va? ¿Has vuelto a encontrar la melodía?

No había estado a solas con el psicólogo desde la última sesión y sintió de repente una intensa timidez por estarlo.

—Va bien, Mosbæk, siempre hacia delante. ¿Café?

Jeppe ignoró el «no» de Mosbæk y se fue corriendo a la máquina de la cafetería. El viejo monstruo que antes ofrecía moca y salchichas variadas le había dejado su sitio a una máquina de expreso aerodinámica y totalmente automática. Tardaba el doble y sabía igual de mal. Jeppe pulsó la opción de «cortado». Hubiera deseado ser una de esas personas a las que les daba igual lo que pensara la gente.

Cuando volvió con el café, Mosbæk estaba preparado con sus notas repartidas por la mesa.

—¿Esperamos a Anette?

—Vendrá ahora, empecemos.

—Estupendo.

Mosbæk miró las notas pegando los ojos a ellas mientras estiraba la boca como un payaso triste. Los papeles tendrían que haber estado medio metro más lejos.

—Teniendo como punto de partida el asesinato de Julie, ¿qué tal si para empezar hacemos constar lo evidente?: que se trata más de un asesinato planeado, metódico e inteligente que de uno espontáneo. Un asesino que piensa con lógica, planea su crimen y, a grandes rasgos, lleva el control en el momento del asesinato. Lleva a cabo lo que se ha propuesto sin entrar en pánico. Hace falta sangre fría y una cierta inteligencia.

Jeppe puso las tazas en la mesa y se sentó enfrente del psicólogo.

—No se trata de un drogadicto que va buscando un radiocasete.

—Exacto —dijo Mosbæk rascándose la barba—. La pregunta es qué saca una persona, que además es inteligente y controlada, de un asesinato como este. Si nos vamos a los siete motivos básicos de asesinato y usamos el método de eliminación, podemos seguir hablando después de la conducta del asesino, ver posibles candidatos y, de esa manera, valorar opciones.

Jeppe asintió.

—Empecemos descartando beneficio económico, fanatismo y exclusión social. ¿De acuerdo?

Jeppe volvió a asentir.

Mosbæk alcanzó un papel, como si de verdad tuviera los motivos escritos en un montón.

—Hay elementos definidos de conducta motivada por la pasión en ambos asesinatos, pero como ninguna de las dos víctimas parece haber sido atacada sexualmente, también podríamos descartar la motivación sexual, lo cual nos deja con tres motivos principales: los celos, la ira y la venganza. Mi sensación inmediata es que la ira cuadra con nuestro asesino. Toda la puesta en escena, el dibujo de la cara, incluso lo de llevar a la realidad una novela es demasiado teatral. Yo creo que estamos ante una persona acostumbrada a remarcar su creatividad, alguien que no es ajeno a la creación artística. El estilo de este texto que ha escrito tampoco es que sea torpe.

Mosbæk cogió el texto y lo ojeó.

—Y al revés, una persona que ha dejado constancia de su expresión artística quizá no tendría la necesidad de experimentarla en un asesinato. No creo que estemos ante un artista profesional, de éxito. Y déjame remarcar que la ira, en sí misma, no puede ser el motivo principal. Aquí hay grandes sentimientos en juego.

—¿Celos?

—Mmm —murmuró Mosbæk mientras tiraba pensativo de su barba—, quizá. Hasta cierto punto, los celos son un motor poderoso. Pero, por lo que sé, Kristoffer era el único que tenía un sentimiento fuerte de celos. La gran mayoría de los asesinatos por celos se dan en familias en las que hay niños de por medio y, por tanto, mucho en juego. No quiere decir que no pueda haber

celos entre los motivos de nuestro asesino, solo que no es lo principal.

—Entonces nos queda la venganza.

Jeppe recordó las largas semanas, no, meses en que la necesidad de venganza era el único sentimiento que había en su interior. En que cada día que no iba al piso de Niels y les disparaba a ambos era una victoria. Le parecía irreal ahora, pero esto le había ocurrido hasta no hacía mucho.

Mosbæk levantó un dedo.

—La venganza, la madre de todas las emociones violentas. El resultado de la ira y el agravio contenidos y reprimidos largo tiempo. En el texto, el escritor se refiere a sí mismo como una persona que escribe su propia historia. Antes ha dependido de otros, pero al final ha ganado el control de su existencia.

—¿Matando a Julie y a Kristoffer?

—Sí. Sin embargo, creo que Falck tenía algo de razón en relación con el asesinato de Kristoffer: que probablemente venga motivado por una necesidad, porque Kristoffer sabía algo del asesino. Por lo demás, en circunstancias normales, indicaría una relación de confianza entre Kristoffer y el asesino; si no, habría acudido a nosotros.

—No necesariamente. Kristoffer Gravgaard era un joven especial y no confiaba en la policía. Con seguridad, podría haber encontrado razones para ir directamente a por la persona de la que sospechaba.

Jeppe se imaginó que el joven, con su peculiar inocencia, subía las empinadas escaleras del desván para enfrentarse a un asesino. Su asesino. Podría haber compartido sus sospechas con la policía, pero algo le hizo decantarse por la elección incorrecta.

¿Quién estaba esperándolo al final de la escalera?

—PERDÓN POR EL retraso, acabo de recibir una llamada de las Feroe. ¿Por dónde vais?

Anette miró a Mosbæk y a Jeppe, que estaban recostados cada uno a un lado del escritorio. En la oficina flotaba un ambiente tranquilo, casi reflexivo, que la cabreaba por instinto. Era típico de los dos hombres divagar y simplemente no había tiempo para eso.

—Estábamos hablando de que probablemente Kristoffer conociera a su asesino —dijo Jeppe.

—¿Hasta ahí habéis llegado? —dijo Anette poco impresionada—. Eso ya lo habíamos supuesto. ¡Creía que ibais a hablar de perfiles para encontrar al asesino!

Cogió una silla y se sentó haciendo ruido.

—No hemos roto el código en los cinco minutos que hemos conseguido hablar —respondió Mosbæk de una manera seca—, pero está bien que tú estés aquí.

—¡Eso es justo lo que estoy diciendo! —exclamó Anette sin poder evitar una sonrisa. «Pues es bueno el Mosbæk este.»

El psicólogo movió con alegría las cejas y enderezó la conversación.

—Vamos a esperar para lo de los perfiles y empezaremos por los sospechosos. ¿A quién tenéis entre ceja y ceja?

—Nyboe y Clausen están de acuerdo en que se trata de un hombre —contestó Jeppe y miró cansado a Anette—. Entre los hombres que había en la vida de Julie y que podrían haber cometido el asesinato está su padre, Christian Stender, que por casualidad estaba en Copenhague cuando sucedió todo. Stender, según su mujer, estuvo toda la noche en la habitación del hotel. Está respaldado por los del servicio de habitaciones, que les subieron vino y comida a la habitación a

las nueve y media.

—Aun así, podría haberlo hecho. Y no podemos estar seguros de que en el transcurso de la noche no saliera del hotel —protestó Anette.

—¿Y los motivos? —preguntó Jeppe mirándola de reojo. Sin embargo, era increíble los pasos tan cortos que daba—. ¿Cuál pudo ser la razón para que un hombre que ama a su hija sobre todas las cosas la torturara y la matara brutalmente?

—¡Pero relájate! Aún no lo sé, ¿no estamos aquí con Mosbæk para eso? —exclamó Anette mientras apartaba los ojos de su compañero.

Mosbæk se sujetaba las dos manos como un mediador en un caso de divorcio.

—Vale, no podemos descartar al padre, lo dejamos ahí. ¿A quién más tenemos?

—Daniel. Viejo amigo de Sørvad y novio de la compañera de piso de Julie —dijo Jeppe casi sin abrir la boca. Se le veía cansado. Cansado y enfadado. Anette estaba empezando a hartarse de su mal humor—. De nuevo ningún motivo. Además, estaba en el concierto de Studentarhuset mientras se cometía el asesinato y tiene una coartada segura.

Mosbæk golpeó su bolígrafo contra la mesa con impaciencia.

—¿Quién más?

—Erik Kingo tenía acceso al manuscrito —añadió Jeppe mientras se frotaba los ojos.

—¿Erik Kingo? ¿El escritor? —preguntó Mosbæk impresionado.

—El mismo. Pero salvo por estar en el grupo de escritura de Esther de Laurenti y en un banquete en el que Julie sirvió la comida, no podemos relacionarlo ni con Julie ni con Kristoffer.

—A lo mejor porque todavía no sabemos lo suficiente sobre él —apostilló Anette.

—El hombre tenía una coartada sólida para la tarde y la noche del martes, así que no está entre nuestros candidatos.

Jeppe dio un ligero golpe en la mesa para evitar que hiciera más comentarios. Anette cruzó los brazos a la altura del pecho; odiaba que le pusieran un bozal. Mosbæk hizo un tirabuzón en su barba con una mano y puso la otra en la tripa en una clásica postura de meditación.

—En todo caso, lo esencial aquí es preguntarnos a quién podría ir dirigido el sentimiento de venganza del asesino. ¿Julie Stender? ¿Alguno de los hombres que hemos citado podía sentir la necesidad de vengarse de ella?

—En realidad, no puedo en absoluto imaginarme que nadie tuviera la necesidad de vengarse de una mujer tan joven —dijo Anette, cuya mirada se cruzó con la de Jeppe—. La única persona, además de Kristoffer, a la que sabemos que Julie hizo daño, es el profesor de instituto con el que estuvo liada. Hjalti Patursson. Según dicen, se quedó machacado con la ruptura y el aborto, pero, primero, tendría más motivos para vengarse de Christian Stender; segundo, está muerto.

El psicólogo miró de un lado a otro intentando juntar las piezas.

—Quizá debemos mirar justo en esa dirección, que alguien haya querido vengarse de Christian Stender matando a la niña de sus ojos. ¿Es plausible?

—Es lo mejor que tenemos hasta ahora —contestó Anette mientras echaba la cabeza hacia la izquierda hasta oír el crujido del cuello—. Acabo de hablar con el jefe de policía de Tórshavn. Recuerda claramente la caída de Hjalti Patursson desde el acantilado de Sumba en agosto del año pasado. La policía tuvo que cerrar el caso como si hubiera sido un suicidio porque no tenían nada más, pero él no se quedó satisfecho. Pensaba que había muchas cosas que no indicaban que hubiera sido una muerte voluntaria.

—¿Como qué? —preguntó Jeppe con interés.

—Primero, no había carta de despedida. Según la madre, Hjalti ya no estaba deprimido. Al contrario, estaba muy ocupado con algún asunto que le encantaba y con una correspondencia importante. El jefe de policía no recuerda de qué se trataba, pero la madre rechaza categóricamente que su hijo se quitara la vida. Y, además, había sacado las cosas para un pícnic.

—¿Pícnic?

Anette notó que se despertaba el interés de su compañero y le sonrió.

—Antes de saltar. ¡Es extraño de cojones dejar la comida muy bien puesta, quitarse las botas y tirarse al mar!

—¿Has hablado con la madre? —preguntó Jeppe mientras se ponía derecho en la silla.

—Es una señora mayor que no tiene teléfono ni internet. Ni siquiera sé si me entenderá. Ahí arriba todo funciona a la antigua. La policía propone, por ejemplo, ¡que mande un fax! —exclamó Anette abriendo los ojos como platos para mostrar su desaprobación.

Jeppe asintió y luego la miró.

—Sube a ver a la comisaria y saca un billete a las Feroe para mañana. Vamos a tener que apañárnoslas aquí sin ti.

Anette hizo un gesto con el pulgar hacia arriba; era divertido volver a ver vida en sus ojos. Mosbæk asintió en un gesto de aprobación, como si el objetivo primordial de estar allí hubiera sido siempre hacer que los dos agentes hicieran las paces.

Una llamada a la puerta rompió la armonía; Falck asomó la cabeza.

—Perdonad que os moleste, pero los de Criminalística han encontrado algo en el piso de Kristoffer, una blusa rosa guardada en el fondo de un armario. Con sangre. Parece que es la que utilizó el asesino para teparle la boca a Julie Stender. Están examinándola. La traerán luego.

Se hizo el silencio en el despacho. Casi se podía notar la energía escapándose como el aire de una pelota pinchada.

—Muy bien, Falck. Gracias.

Estuvieron callados un largo minuto después de que Falck se fuera. Anette no sabía qué decir. Estaba harta de que no parasen de mandarla a la casilla de salida.

Jeppe se puso de pie y fue a la pizarra donde estaban las fotos de los sospechosos.

—¡Tenemos un problema!

—Ya, eso ya lo sabemos. ¿A qué te refieres exactamente?

—Las pistas que hemos encontrado en el escenario del crimen señalan en miles de direcciones. Todas erróneas. Es como estar en el lado incorrecto del espejo.

Mosbæk frunció el ceño extrañado y miró a uno y a otro.

Jeppe se dio la vuelta y habló directamente con Anette. Tenía algo de color en las mejillas.

—Si las pistas no son auténticas, están puestas adrede, y si están puestas adrede, estamos ante un enfermo que está tomándonos el pelo.

Anette se quedó mirándolo.

—Y ante un asesino que consigue acceder al lugar del crimen y coloca el portacelo con el que mató a Julie Stender en el escritorio de Esther de Laurenti.

Otra vez silencio, salvo por Mosbæk, que hojeaba intranquilo sus papeles.

—Requiere una cierta dosis de valentía —dijo Jeppe mientras se pasaba la mano por la

barbilla—. Por no decir temeridad. No nos tiene miedo, Anette. No nos tiene el menor miedo.

Ella asintió. Por fin estaban en sintonía.

Acompañaron al psicólogo por las escaleras hasta la puerta de la calle Otto Mønsted. Bajo el sol de la tarde, la barba de Mosbæk lucía roja como la de un vikingo. Cuando ya se habían dado la mano, este carraspeó.

—Por cierto, el asesino usa la expresión «fábrica de pesadillas» en su texto. ¿Os dice algo?

—Nada concreto, no —dijo Anette encogiéndose de hombros.

Mosbæk chasqueó los labios satisfecho.

—Puede significar muchas cosas, pero me he encontrado con esa expresión antes en un contexto definido. Los niños que han crecido en orfanatos e instituciones a veces se refieren a los sitios donde viven como una fábrica de pesadillas.

—¿Un asesino que ha estado en un orfanato? —preguntó Anette sin poder evitar poner énfasis en la palabra.

—Quizá.

—Un niño criado en un orfanato crece y se convierte en asesino. Dime, ¿estamos en medio de una maldita novela negra? —protestó Anette.

—No lo sé, Werner, ¿lo estamos?

22

LA GALERÍA KINGO era tan discreta que Jeppe pasó por delante dos veces sin dar con ella, escondida tras una fachada de cristal anónima. Tras el cristal brillaban unas paredes blancas lisas. El lugar estaba aparentemente vacío. Comprobó su libreta. Bredgade, 19, estaba bien. El coche estaba mal aparcado delante de una tienda de muebles clásicos daneses; alguna ventaja tenía que tener trabajar en la policía.

Unas horas antes, cuando por fin cogió el teléfono, Erik Kingo informó de que en ese momento se dirigía a su galería para supervisar una exposición. Si Jeppe quería gastar más dinero de los contribuyentes en hablar con él, tenía que mover su culo hasta Bredgade. Anette estaba preparando su viaje del día siguiente a las Feroe, así que Jeppe estaba solo viendo su reflejo en los cristales recién limpios. Una visita a «los finos», como decía siempre su fallecido padre cada vez que tenía que hacer un recado en los alrededores de Kongens Nytorv.

La puerta estaba abierta y no provocó ningún ruido. Jeppe entró en el espacio vacío, consciente de pronto del ruido de sus pisadas. ¿Por qué el silencio nos hace instintivamente andar con cuidado?

El gran local se dividía en dos niveles. Jeppe aguzó el oído y fue hacia un ruido lejano de voces que venía del nivel inferior; pasó por delante de un montón de cajas de madera y bajó otro tramo de escaleras. Los escalones acababan en una habitación de la que salía una luz brillante. Las voces se hicieron más claras.

En un despacho del sótano, decorado de forma espartana, estaba Erik Kingo con un joven, contemplando dos imágenes que estaban en el escritorio. Los dos llevaban la misma prenda vaquera negra ceñida, algo sorprendente teniendo en cuenta la edad de Kingo. El joven miró a Jeppe con una expresión ausente.

—¿Es el poli?

Jeppe comprendió que estaba dirigiéndose a Kingo, no a él. Este apartó la mirada de las imágenes.

—Ah, hola. Estábamos ordenando unos monotipos nuevos de Raben Davidsen que tenemos que colgar. Venga a verlos.

Jeppe fue hacia ellos y prestó atención a las imágenes. Rostros renacentistas sobre fondo oscuro. No sabía qué tenía que decir, simplemente se quedó en silencio observando las imágenes durante la cantidad de segundos apropiada.

—¿Podemos hablar en privado?

La voz de Jeppe retumbó en la pésima acústica del sótano.

—Munir, vete a por café, por favor. Así el poli puede hacerme sus preguntas privadas.

De nuevo esa parsimonia que no era abiertamente descortés, solo estaba ocupado con algo más importante y, además, jugaba en casa.

El asistente tomó la chaqueta y pasó por delante de Jeppe con una mirada irritada que señalaba claramente que la interrupción no solo no había sido bien recibida, sino que le había parecido inadmisibles. Cuando el ruido de sus pasos desapareció escaleras arriba y Kingo se sentó en una silla detrás del escritorio, Jeppe sacó su libreta.

—Poco antes de la medianoche de ayer alguien escribió un texto en el Google Docs de su grupo de escritores. ¿Sabe algo de eso?

—Oh, otra vez el grupo; no tendría que haberme apuntado nunca. Sabía que solo me daría dolores de cabeza —dijo suspirando con los ojos mirando hacia arriba—. Y no, no sé nada de ningún texto. Como le dije, no miro internet cuando estoy en el *haveforening* o trabajando. A decir verdad, me extraña que haya actividad, teniendo en cuenta las circunstancias.

—A nosotros también. Sobre todo porque la persona que subió ese texto estaba conectada con su cuenta.

Erik Kingo se levantó y empezó a buscar algo en un estante que tenía detrás, pero Jeppe alcanzó a verle el susto en la mirada. Cuando se giró con un par de gafas en la mano, se le veía tranquilo e indiferente.

—¡Ah, estaban aquí! No puedo ver nada en una pantalla sin ellas. Pero, en fin, debe tratarse de una equivocación; anoche no me conecté a nada. Si lo desean, pueden comprobar mi ordenador para...

Se puso las gafas y movió el ratón para activar el ordenador de su escritorio.

—Gracias, lo haremos. La conexión se hizo con su nombre de usuario y su contraseña, pero desde una dirección IP distinta de la suya. Por supuesto, estamos investigándolo. ¿Quién podría conocer su nombre de usuario y su contraseña? Por lo que me dijo, entendí que eran muy escrupulosos con la seguridad del grupo.

Kingo se colocó las gafas y ajustó la pantalla.

—No lo sé, yo no se los he dado absolutamente a nadie, ni siquiera mi agente ni mis redactores los conocen. Pero mi asistente personal está cerca de mis papeles y mis *mails*.

—¿El que acaba de irse a por café?

—Munir, sí, pero acaba de empezar a trabajar conmigo, no veo...

Jeppe levantó una mano.

—Está bien, voy a esperarle y le pregunto cuando vuelva.

—De acuerdo, hágalo. Déjeme mirar... sí, aquí está el texto. —Lo leyó un momento—. Ya, entiendo que quieran saber de dónde ha salido.

Los ojos de Kingo eran pequeños tras las gafas. Jeppe lo observó mientras leía. Se le veía descontento, quizá porque la policía estaba fastidiándole, o por algo más importante. Kingo aporreaba las teclas y Jeppe se fijó en el anillo que brillaba bajo la lámpara del escritorio.

—¿La logia?

Kingo lo miró confuso y frunció el ceño.

—El anillo. Me suena. ¿Qué significa?

Kingo se recostó en la silla.

—Lo llevamos un grupo de amigos. Puede llamarlo logia, si quiere, aunque no tiene nada que

ver con la masonería ni chorradas de esas.

—¿Christian Stender está en esa logia? Creo que se conocen.

Jeppe intentó descifrar la expresión de Kingo. En ese momento parecía que estuviera divirtiéndose.

—Y otro buen puñado de hombres influyentes, sí.

—¿Por qué no nos ha contado que se conocían?

—No me lo han preguntado —contestó, esta vez sonriendo de verdad.

Jeppe ocultó su enfado y le devolvió la sonrisa.

—¿No cree que es una información relevante que usted sea amigo del padre de la víctima?

Cruzó las manos sobre la tripa con un gesto tranquilo que estaba muy cerca de ser directamente una provocación.

—Son ustedes los que deben valorar qué información es relevante para su investigación. Los demás no podemos adivinarlo.

—¿A lo mejor también conocía a la víctima mejor de lo que nos dijo? ¿La hija de su buen amigo?

—Conocía, conocía... Quizá la haya visto un par de veces —respondió Kingo encogiéndose de hombros.

—¿Y tampoco creyó que fuera algo digno de contarnos?

Jeppe miró de reojo su libreta; al final de la página había escrito «¿ESTÁ MINTIENDO?».

—No veo qué significado puede tener que conozca a la familia Stender. Se ha cometido un horrible asesinato y, tal y como yo lo veo, el trabajo de la policía es encontrar sospechosos y comprobar sus coartadas. Han comprobado la mía y han visto que es a prueba de balas —dijo frotando el anillo mientras hablaba; parecía una costumbre—. Además, mis conexiones privadas no vienen al caso, a no ser que puedan arrojar luz para encontrar nuevos sospechosos. Y el hecho de que haya visto a la hija de Stender un puñado de veces en diferentes reuniones no lo hace, ¿verdad?

—¿Habló con ella en la cena de primavera en casa de Esther de Laurenti?

—Como le he dicho, estaba ocupado con conversaciones interesantes como para hablar con el servicio. Pero la saludé amablemente, creo que ya se lo dije la última vez...

—No, no me lo dijo. —Jeppe se encontró con una mirada oscura tras el cristal de las gafas—. ¿Hay alguna otra información sin importancia sobre la fallecida y su familia que se haya guardado? Porque pienso que deberíamos dar una vuelta hasta la comisaría y aclararlo con un interrogatorio formal.

Erik Kingo echó la cabeza para atrás y se rio.

—Oh, vaya, me encanta este tipo de charlas. Pura meada para marcar territorio. ¡Testosterona sin paliativos!

El sofocado asistente bajó por las escaleras con dos vasos de cartón humeantes que salpicaban peligrosamente. Kingo se puso de pie.

—Bueno, Munir y yo tendríamos que dejar lista la exposición, la verdad es que tenemos bastante lío. Debe decirme si tengo que ir a la comisaría para que me refresquen la memoria. Si pudiera esperar un par de horas para que podamos poner todo esto en su sitio... Quería preguntarle algo a Munir, ¿no? Yo tengo una llamada de Londres de la que puedo encargarme mientras tanto. Gracias por su visita.

Kingo dobló la esquina y desapareció en lo que debía de ser una habitación contigua que no se veía desde el despacho. Jeppe tenía unas ganas enormes de esposarlo y ponerlo bajo custodia de inmediato por obstruir el trabajo de la policía con su arrogancia. En lugar de eso, interrogó a Munir, que respondió malhumorado y con los brazos cruzados que él no sabía nada de ningún club de escritura y que no tenía conocimiento alguno de ningún nombre de usuario ni de contraseñas.

Otro callejón sin salida. Jeppe se fue de la galería con una sensación de desánimo en el cuerpo. Antes de arrancar el coche, miró el teléfono y vio que Johannes había vuelto a escribirle. «¡Imagino que vendrás! Es a las 19:00!»

Se le había olvidado decir que no iría al cumpleaños. Ya estaba obligado a ir hasta allí si no quería enemistarse con Johannes, así que no tenía otra elección que planchar una camisa y poner una sonrisa.

A no ser que apareciera otro cadáver antes. La esperanza es lo último que se pierde.

—¡MECACHIS!

La máquina de zumos hacía un ruido peligroso y manifestó con una luz parpadeante que algo se había atascado. Sara Saidani abrió la tapa y hurgó en la verdura con una cuchara hasta que deshizo la bola de jengibre, que era la culpable del problema. Cuando la máquina volvió a funcionar como debía, siguió echándole col y trocitos de manzana hasta que obtuvo una jarra con líquido espumoso verde. Los colegas de homicidios, como era de esperar, habían protestado contra el armatoste y el dogma de salud que representaba, pero Sara se mantuvo en su sitio y dijo que si ellos querían su máquina de café, que pesaba toneladas, ella, que nunca tocaba una bebida que contuviera cafeína, podía aparcar su máquina de zumo en una esquina de la cocina de la cafetería.

Estaba limpiando la máquina cuando alguien llamó a la puerta. En un primer momento no reconoció al hombre que estaba allí y luego recordó haberlo visto en alguna fiesta de verano jugando al fútbol con los niños. Uno de los chicos de huellas del Anatómico Forense; ¿David, se llamaba?

El hombre llevaba uno de esos sobres de papel marrones que usan los de criminalística.

—Le prometí a Clausen que le entregaría esto a Kørner. Es uno de los efectos del caso de Julie Stender. Una blusa.

—Kørner no está ahora y Werner también está fuera, pero puedes entregármelo a mí.

Le tendió el sobre y asintió desde la máquina de zumo; parecía que aún no tenía ganas de irse.

—¿Está todo bien? —dijo Sara mientras dejaba el sobre en la mesa de la cocina y le daba un trago al zumo—. Todos podemos morir de arterioesclerosis, ¿verdad?

Cerró los ojos dos veces, como si estuvieran secos.

—¿Me darías un vaso, por favor?

Sara tenía trabajo. Lo último en lo que le apetecía perder tiempo era en un científico forense torpe con necesidad de contacto.

—Lleva col. Y espinacas. ¡Estás advertido! —dijo mientras sacaba un vaso del armario y lo llenaba.

Él lo cogió con una gran sonrisa; estaba un poco cerca de ella.

—Mmm, qué rico está. ¿También lleva manzana?

Sara asintió comedida. «Los frikis nunca entienden qué es eso de invadir el espacio», pensó molesta. Se echó un par de pasos hacia atrás, tomó el sobre de la mesa y se lo mostró.

—Gracias por esto. Creí entenderle a Kørner que es la blusa que usó el asesino para tapanle la boca a Julie Stender.

—La encontramos en el piso de Kristoffer —dijo con la comisura de los labios manchada de zumo verde.

Sara abrió el sobre y miró la tela rosa. Al ver las manchas marrones, un escalofrío le recorrió la nuca.

—Qué putada que no consiguiéramos interrogarlo de nuevo antes de que lo tirasen a la lámpara. Lo que me gustaría saber es cómo ha llegado la blusa a su casa.

—¿A lo mejor se la quedó como recuerdo?

—¿Intentas decir que sigues creyendo que fue Kristoffer el que mató a Julie?! —dijo Sara casi gritando la pregunta por la sorpresa.

David Bovin se encogió de hombros como para indicar que esa parte del trabajo de esclarecimiento no le correspondía a él. Fue hacia el fregadero y dejó allí el vaso.

—Me lavo las manos, que también tengo que irme.

—¿No vas a contarme por qué crees que Kristoffer estaba implicado en la muerte de Julie? —le preguntó Sara a la espalda del científico.

—¿Sabías que las bacterias que tenemos en las manos son igual de únicas que las huellas dactilares? —Parecía que no había escuchado la pregunta. Amable, pero en otro planeta—. No hay dos personas que tengan la misma combinación de bacterias. Cuando nos lavamos o nos desinfectamos las manos, solo pasan dos horas hasta que vuelven a formarse por completo.

—Vale, apasionante. Vuelvo al trabajo. Sabes dónde está la salida, ¿verdad?

Sin esperar respuesta, Sara salió de la cafetería y se metió en su despacho. Pasó su adolescencia en cafés con internet y pensaba que ya había agotado el cupo vital de conversaciones con cerebritos torpes. Además, tenía media hora como máximo antes de tener que salir pitando al barrio de Christianshavn para ir a buscar a sus hijas a la guardería. Se sentó delante del ordenador.

Hacía media hora había recibido de la compañía telefónica la lista de llamadas de Kristoffer Gravgaard y estaba descifrándola a toda velocidad. Había una llamada entrante de un número desconocido que Kristoffer recibió el día anterior a las 16:08, pocas horas antes de su muerte. El número resultó ser de una tarjeta prepago y, por tanto, no podían rastrearlo. Era sospechoso de por sí; Sara se había puesto a revisar la lista de llamadas para ver si lo habían llamado antes desde ese número. Si no, tal vez hubiera relación entre la llamada y el asesinato: una conversación que era preciso investigar.

Vio a David Bovin por el rabillo del ojo pasar despacio por delante de su puerta de camino hacia la escalera. Se detuvo y cerró los ojos un par de veces, pero Sara hizo como que estaba profundamente concentrada en la imagen de la pantalla.

EL CARTÓN DE cabernet sauvignon estaba vacío. Esther lo volcó hacia delante, hacia atrás y sobre su cabeza sin conseguir más que un par de gotas. Al final lo rompió y lo estrujó para vaciarlo. Acabó sacando una única gota; tendría que beber agua. La dejó correr y bebió directamente del grifo, pero eso no cambió la necesidad de tomar vino.

Se puso en cuclillas y miró al fondo del armarito al que ella llamaba bodega. Excepto por una bolsa enrollada de supermercado, estaba vacío.

Se puso de pie y abrió el mueble bar. Tras la puerta de caoba había botellas, llenas de polvo, de licores que usaba para el café y los postres: Crème de Menthe, Drambuie, Kahlúa. Sacó las botellas, pegajosas, y las puso en el suelo hasta que se encontró una maravilla: Douro portugués que había guardado para una ocasión especial. Tomó la botella con cuidado entre ambas manos y reprimió el impulso que tuvo de abrazarla.

La primera copa se la bebió de pie junto a la mesa de la cocina; la segunda se la llevó al salón, donde se echó sobre la butaca color melocotón. Alguien estaba usurpando su vida, incriminándola y destruyendo lo poco que tenía. La continuación de su libro, la muerte de Kristoffer, el portacelo plantado en su mesa. ¡Era difícil no tomárselo como algo personal! Esther se bebió el vaso y se levantó a por otro; disfrutó la ya conocida sensación de exceso que sus vacilantes rodillas todavía eran capaces de soportar.

Era entonces cuando debía quedarse en casa. Se echó otra copa hasta arriba y abrió el ordenador. La carpeta seguía abierta en su navegador, hizo clic en el icono de Google Docs y dio un trago; tuvo que secarse unas gotas de vino de la barbilla con los dedos. Se abrió sin problemas (la policía todavía no lo había eliminado) y el texto ajeno volvió a reírse de ella.

¿De qué se trataba? ¿Podía estar alguien matando a sus amigos porque pensaba que había escrito un libro malo? ¡Pero, narices, si ni siquiera lo había acabado, ni mucho menos publicado!

«¿Qué quieres?», escribió y borró inmediatamente. No se le puede escribir a un loco en mitad de un caso de asesinato. Pero ¿y cuando el loco escribe primero? ¿No sería una tontería no responder?

Se sentó, puso las yemas de los dedos sobre el teclado y observó el cursor parpadeante; notó que la ira iba en aumento, contó hasta veinte, cincuenta, cien.

Y se puso a escribir.

Sabe que ha ido demasiado lejos. Que ha metido la pata. El asesinato de Kristoffer fue una equivocación. Un acto irreflexivo. En un intento de crear confusión, se ha delatado. Sabe que ha dejado huellas y que pronto lo encontrarán. ¡Es tonto! Un piojo insignificante que destruye la vida de otras personas para enriquecer la suya. Pero se acabó. Creía que tenía controlada la situación, que era él quien ganaba la partida, pero ahora está flotando en un barril de madera de camino a las cataratas del Niágara y es el único que aún no se ha dado cuenta.

Esther miró las palabras y sintió un odio estridente tanto por ellas como por su destinatario. Ojalá pudiera echarles veneno para que él se quedara ciego y se muriese cuando las leyera.

Está solo y abandonado, un pobre ser al que nadie quiere y que nunca ha sabido querer, ni siquiera a su propia madre. ¿Quién podría tenerle cariño a un monstruo como él, un enfermo, un alma en pena?

Vació la copa y notó un mareo. Luego apretó los dientes y pulsó la tecla de enviar.

23

ENGHAVE PLADS, UNA plaza del barrio de Vesterbro, era un cráter de árboles derribados y obras del metro. Los jóvenes patinadores y los borrachos en los bancos hacía mucho que se habían resignado al desorden y habían hecho sitio al suyo propio, como las hormigas que, infatigables, encuentran nuevos caminos cuando los antiguos se borran con las pisadas. Jeppe no era una hormiga. Pegó los brazos al cuerpo cuando pasó junto a la estacada provisional de la zona de obras para no mojarse con los paneles húmedos. El pesado calor de la tarde se había convertido en una fina lluvia de verano y los charcos daban a las obras un aspecto triste.

Nunca se acababan. Cada vez que se terminaba un proyecto, los planificadores urbanos encontraban algo nuevo de lo que la ciudad no podía prescindir. «Copenhague es una mujer que nunca sienta la cabeza», pensó Jeppe alegrándose de vivir en su urbanización al otro lado de la colina. En la mano, una botella de champán mediocre de la que seguro que él se bebería la mayor parte. Ya que no había podido librarse de ir, al menos trataría de disfrutar de un par de horas de desconexión.

Istedgade, la calle principal del barrio rojo, vibraba como siempre con las luces de neón, las berenjenas tailandesas y las grandes familias africanas, los veloces coches y los ciclistas con niños en sillitas enormes. Grupos de jóvenes entraban y salían tanto de los cafés como de los pubs. Alguien había volcado un cubo de basura y los papeles grasientos de *shawarma* regaban la acera.

Jeppe se sorprendió cuando Johannes y Rodrigo eligieron mudarse de su ático en Gammel Strand a un bajo de la calle Skydebane, pero ellos parecían estar contentos con el barrio multicolor, los suelos de madera pintada del piso y la pequeña escalera que salía del salón al patio común con plantas donde podían tomar algo con los vecinos. Jeppe pensó en que sus propios vecinos se habían separado, igual que él. Llevaba sin verlos medio año, por lo menos.

Johannes abrió la puerta envuelto en un tufillo de fritura y con buen humor, y le dio un cálido abrazo a Jeppe antes de aceptar el champán.

—Qué alegría verte. Sé bien que no te resulta fácil ahora mismo —dijo con una voz suave y profunda que se había convertido en una de las señas de identidad de Johannes Ledmark y que arropó a Jeppe e hizo que se sintiera en casa, como siempre.

—No me quedaré mucho, este caso me está volviendo loco. No llegamos a ninguna parte, a todas horas aparece un nuevo cadáver y la comisaria está todos los días echándome broncas.

—Lo sé, lo importante es que has venido. —Johannes estudió la etiqueta de la botella—. Champán, te has estirado.

—Eh, algo es algo.

—¡Sí, claro! —dijo Johannes con una risa burlona y le puso un brazo en la espalda—. Venga, pasa y ve con los demás. Ya nos hemos sentado a la mesa.

El espejo del recibidor le devolvió a Jeppe una mirada cansada antes de que Johannes lo llevase al salón, donde se oían vasos y risas en la mesa larga. Comprobó que llevaba el teléfono en el bolsillo, sin sonido pero con vibración, por si había alguna novedad en el caso. Volvió a desear tener la valentía de buscar alguna disculpa para irse, pero Johannes siempre había hecho mucho por él, y aún podía llegar a casa y acostarse a las diez.

La vio al instante. El pelo suelto con suaves rizos sobre los hombros morenos, enfrascada en una conversación con Rodrigo, sin levantar la mirada. Esa visión lo impactó dos veces. La primera, un golpe de derecha directo al diafragma; luego, un calor difuso que se extendió desde el estómago, pasó por la yema de los dedos y acabó en una sonrisa involuntaria.

Anna Harlov, ¡claro que era ella! No podía ser de otro modo, ahora que lo pensaba. Johannes y Rodrigo tenían un desfile constante de artistas, gente del mundo de la moda y del teatro dándose besos en la mejilla por los salones. Solía hacer bromas con el hecho de que él era el único funcionario que tenía permiso para pisar aquel suelo sagrado. En realidad, era un milagro que no se la hubiese encontrado antes.

Ella se inclinó hacia Rodrigo riéndose y Jeppe sintió un ataque de celos totalmente irracional. Fue saludando y sonriendo por toda la hilera de espaldas vestidas de seda y les dio la mano a todos los que quisieron saludar. Encontró su sitio en el extremo más lejano de la mesa, aplastado por un radiador y al lado de un hombre con sobrepeso con las uñas pintadas de negro, que le dio un apretón de manos relajado.

Jeppe se sirvió una copa de Riesling templado y radiografió al resto de los invitados esperando que el marido de Anna Harlov no estuviera. El hombre de al lado le preguntó algo que incluía las palabras «sala de arte» y el resto se perdió en la pésima acústica del salón. Jeppe sonrió esperando que fuese suficiente como respuesta. El hombre se dio la vuelta y se puso a hablar con una mujer de melena morena. Evidentemente, no había valido.

Johannes le dio un toque a su copa.

—Queridos amigos, ¡qué gustazo veros! La verdad es que no pensaba celebrar mi cumpleaños, hace muy poco que hemos inaugurado la casa, pero al mismo tiempo no me habría gustado dejar pasar la oportunidad de que me agasajarais, así que utilizo mi edad como excusa para pillar un pedo impresionante con vosotros. Gorm ha hecho magia en la cocina, así que Rodrigo y yo no hemos tenido que mover un dedo y todo sabe de fábula. Nos saltamos la ronda de presentaciones, ¿no?, que es muy de instituto. Hablad entre vosotros. ¡Salud!

Cuando Jeppe apartó la vista de Johannes, se encontró con la mirada de Anna en el otro extremo de la mesa. Lo observaba sorprendida, claramente asombrada por verlo precisamente a él en aquel contexto. Formó una pistola con los dedos y le apuntó como preguntándole si estaba allí como policía. Él dijo que no con la cabeza, riéndose, y señaló su copa de vino. Tarde libre. Ella le aguantó la mirada varios segundos; después, sonrió.

Jeppe notó un zumbido en los oídos y bajó la vista. Cuando la alzó, ella estaba charlando nuevamente con Rodrigo; se bebió la copa.

El vecino obeso resultó ser un antiguo bailarín, quién lo hubiera dicho. Ahora estaba trabajando de coreógrafo y estaba gratamente sorprendido por el hecho de que Jeppe pudiera hacer preguntas razonables sobre danza y teatro. «Mucha gente piensa que coso trajes.» Jeppe le habló de sus años en la escuela de danza, donde se formó para ser una estrella y además conoció a

Johannes. «Ja, ja, ja, tan joven e ingenuo, pero eso no se lo imagina uno con dieciocho.» Una galleta de arroz con mahonesa de bogavante se convirtió en algodón en su boca. La acompañó con vino (porque la jarra de agua estaba vacía) mientras buscaba los ojos de Anna y de vez en cuando los encontraba.

Su compañero de mesa felicitó a Jeppe por su retirada de los escenarios a cambio de una carrera honrada, un trabajo de verdad, de policía. «Un escenario es un mundo de almas heridas que se reúnen en busca de reconocimiento mutuo.» Jeppe sirvió vino para ambos y asintió ausente. Sabía que debía irse ya a casa, pero estaba acorralado por el radiador y por otros invitados, y no podía salir.

—¿Signo del zodiaco?

Se inclinó hacia el hombre.

—¡Cáncer!

—¿Cáncer? ¡Lo sabía! Sensible con un caparazón, persona familiar, adicto a la seguridad. Es bueno que no seas artista.

Bandejas con verdura fresca y flores comestibles, algo de carne, que desapareció antes de que Jeppe pudiera probarla; después, queso y vino de Oporto, y pausa para fumar. Salió para tomar aire fresco y huir de otra conversación que no podía oír. Se dio en la rodilla con la pata de una mesa y supo lo borracho que iba cuando se dio cuenta de que no le dolía.

En el patio había un puñado de personas con copas de vino y cigarros hablando tan alto que silenciaban el «I feel for you» que salía del aparato de música del salón. Anna estaba tiritando, con una chaqueta sobre los hombros y fumando un cigarro. Su vestido era blanco y las piernas morenas y doradas se veían suaves y tersas. Un tipo alto con los dientes de un blanco fluorescente estaba restregándose contra ella con tanta ansia que se tiró el vino en los zapatos de ante.

Jeppe fue hacia un grupo que se encontraba alrededor del agente de Johannes, al cual había visto un par de veces antes y que aprovechó una pausa aparentemente natural de la conversación para bromear sobre Jacques y Karen, un matrimonio que iba a irse de gira con Prince. Lo contaba tan aturullado que resultó algo totalmente incomprensible y no hubo nadie que se riera.

Circuló un porro, Jeppe dijo que no. Rodrigo asomó la cabeza y gritó algo sobre el postre, y la gente apagó los cigarros y volvió adentro con calma. Excepto Anna, que sonreía y no parecía haber bebido nada.

¡Tenía que ser ilegal ser tan bella!

¿Lo pensó o lo dijo en alto?

Se le nubló la vista y se sintió sofocado. ¿Por qué tenía que beber tanto vino? ¿Solo porque lo tenía delante? ¡No tenía autocontrol!

Anna echó la cabeza hacia atrás y miró al cielo de agosto.

—¿Por qué habrá tantas estrellas fugaces en agosto?

Dicción clara; evidentemente, había controlado su ingesta de alcohol. Él miró su figura borrosa y murmuró algo de un cometa y sus meteoritos sin estar seguro de que esa fuera la explicación. Ella le tendió las dos manos.

«Es ahora cuando tienes que darte la vuelta e irte, Jeppe. Encontrar un coche que te lleve de vuelta a casa. ¡Qué ojos! A la cama para levantarte pronto y resolver ese maldito caso. ¡Sus pechos! ¡Sus suaves y redondos pechos!» Los imaginaba en su mano, pesados y apretados contra su cuerpo.

Hasta ese momento no había notado cómo le palpitaba la entrepierna, ni la erección ni el dolor en la rodilla, ni lo seca que tenía la boca.

—¡Ven! —dijo ella antes de arrastrarlo hacia la oscuridad.

ESTHER MIRÓ EL cielo estrellado desde la ventana de su habitación, llena de una tristeza abrumadora. No es casual que el corazón sea el símbolo del amor; la tristeza se aloja en la caja torácica, a la izquierda, cuando uno ama y pierde. Se llevó las manos al pecho y lo notó vacío, como un agujero negro que atrae a todo lo demás y se convierte en gravedad. Como un marcapasos implantado que puede notarse a todas horas.

Dóxa y *Epistème* gimoteaban intranquilos. Debía sacarlos a la calle antes de que se durmieran. Solo hasta el canal; estaba demasiado borracha como para ir más allá. Les abrochó las correas (estaban muy cansados para estar entusiasmados) y se puso una rebeca de lana encima del chándal. Bajó por los escalones empinados a un ritmo que le permitió ver la línea torcida del horizonte y colocar el felpudo en su sitio. Los perros bajaban ansiosos hacia el canal y ella los seguía. Hubo una época en que el aire de la medianoche era suficiente para hacerla sentir ebria.

Jeppe Kørner la había llamado y le había pedido que recordara quién estuvo en la cena que ofreció a principios de primavera y de qué se habló en ella. Se dirigió hacia *Agneta y el tritón* y dejó que los recuerdos fluyeran. No le costó recordar los preparativos de la cena. Kristoffer y ella fueron al mercado Torvehallerne a por lomos de raya y huevas de barbada. Se sentaron fuera, con una manta encima, y tomaron chocolate caliente bajo el sol; discutieron qué acompañaba mejor, si una salsa *à la nage* o una *blanquette*. En la tarta Pavlova con frutas del bosque y *parfait* de vainilla fue fácil estar de acuerdo. Algo sencillo y fresco.

A Esther se le hizo un nudo en la garganta. No era capaz de derramar más lágrimas. Los perros orinaron y los dejó husmear antes de volver a ponerles la correa para ir a casa. ¿Los invitados? Invitó a los Harlov y a Erik Kingo, que llegó solo con un gran sombrero y se negó a darle la mano. Su antigua compañera de trabajo, Dorte, y la joven de prensa de la editorial que esperaba que publicase su libro, ¿cómo se llamaba? Gerda, quizá. Frank y Lisbeth, ¿y quién más? Bertil, claro; el viejo Bertil con su jovencísimo y guapísimo novio, que justo a la semana siguiente se largó llevándose el visón.

Esther empujó la puerta del portal y volvió a colocar el felpudo con el pie; los perros gimoteaban, pero ella no era capaz de arrastrarlos. La escalera crujía bajo sus pasos y tuvo que parar en el descansillo entre el primero y el segundo para tomar aire. Soltó a los perros y los dejó a su aire. Se quedó escuchando la alegre música de la noche del viernes que venía de fuera. ¿Hablaron de su manuscrito? El tema salió en algún momento en que la mesa estaba llena de botellas vacías, así que no recordaba los detalles.

Oyó un ruido inesperado, fuerte y cercano procedente de la puerta del portal, que dio un golpe dos pisos más abajo.

El corazón se le salió del pecho. ¿Quién podía ser? Ella era la única de todo el edificio que estaba en casa. Se quedó escuchando en silencio. Preguntó con la voz entrecortada, pero no respondió nadie y el silencio reinó de nuevo a su alrededor. ¿Podía ser su imaginación? ¿Había cerrado bien la puerta después de entrar? De pronto se le ocurrió lo estúpido que había sido dejar que la puerta se cerrara sola estando las cosas como estaban. Dio un paso con cuidado y oyó crujir el peldaño. El ruido retumbó por la escalera y la asustó de nuevo. ¡Qué tonta! Se agarró fuerte a la barandilla y deseó no haber soltado a los perros. Dio un paso hacia arriba, pero de

repente se asustó. ¿Seguía ahí? Escuchó, pero solo oía su corazón y los aullidos de los perros. Cerró la mano alrededor de su medallón y contuvo la respiración una eternidad.

La escalera volvió a crujir. Esther estaba quieta, pero el crujido se convirtió en pasos evidentes, pasos pesados hacia arriba, hacia ella.

El grito que salió de ella recordaba al de un animal cuando alguien lo lastima. Tropezó y siguió, ahora llorando, hacia su puerta. Buscó las llaves en los bolsillos, pero las manos le temblaban tanto que el llavero se le cayó al suelo. Los perros se agazaparon contra el suelo, los pasos seguían subiendo, acercándose. Se puso de rodillas a buscar las llaves, sollozando y oyendo su propia voz suplicando ayuda. Los pasos seguían, ya tan cerca que lo llenaban todo.

Esther se detuvo cuando estaba a gatas con el pavor palpitando en la sangre como si fuera veneno, aturdida y débil, y, sin embargo, más que preparada para su encuentro con la muerte. Levantó la vista hacia la escalera y esperó a verlo venir hacia ella. Sonriendo.

SÁBADO, 11 DE AGOSTO

24

—BUEN VIAJE, ANETTE. Llama cuando aterrices, ¿vale?

Jepe cortó la conversación y resistió la tentación de volver a leer el mensaje de Anna antes de guardarse el teléfono en el bolsillo. Tendría que estar pasándolo fatal, si no por la resaca, sí al menos por la vergüenza de su falta de profesionalidad. Pero, a pesar de haber dormido en el sofá, vestido y como una cuba, por una vez no tuvo sueños vergonzosos en los que lo abandonaban y lo rechazaban. Cuando el despertador sonó a las siete, se despertó tras seis horas de sueño ininterrumpido por primera vez desde que su vida se vino abajo hacía medio año. Y con una erección matutina.

«Gracias por lo de ayer. ¿Cuándo repetimos? Anna.»

Quería volver a verlo. Sin emoticonos ni frases ambiguas. Qué determinación, qué maravilla. Jepe echó la nuca hacia atrás y se rio en alto en mitad del pasillo, rebosando buen humor. El deseo no había dejado espacio para el arrepentimiento. Diez metros más adelante había unos compañeros de Narcóticos que dejaron de hablar, asombrados, y Jepe agitó el teléfono para indicar que la causa de su alegría se encontraba en las redes sociales.

Anette estaba a punto de subir al avión que la llevaba a las Feroe. Jepe no estaba convencido de que el viaje valiera la pena, pero no podían permitirse dejar ninguna pista sin investigar. Llenó de café caliente un vaso de plástico, que fue moviendo de camino a su despacho, donde debía encontrarse con Thomas Larsen. Se le veía cansado y malhumorado.

—Ah, estabas aquí, Kørner. Tienes horario de director, por lo que veo.

—Alguna ventaja tenía que tener ser el jefe del equipo. —El sarcasmo de Larsen no estaba ese día cerca de poder molestar a Jepe—. ¿Ya te ibas a casa?

Larsen levantó una ceja.

—Anoche me encargué de la vieja, que tuvo un ataque de nervios. Apenas he dormido un par de horas.

—¿La vieja?

—Sí, Esther. Llamó anoche al 112. Oyó pasos en la escalera y estaba convencida de que el asesino iba tras ella.

Jepe maldijo en silencio. La mala conciencia irrumpió estrepitosa como un tren expreso.

—¿Y era verdad?

—No había signos de que fuera así. No se había forzado la puerta del portal ni encontramos testigos que hubiesen visto ni oído nada. En cambio, ella había vaciado el mueble bar y estaba totalmente histérica.

—¿Qué tal está?

Jeppe intentó darle un trago al café y se abrasó la punta de la lengua. Larsen emitió un suspiro que se transformó en un profundo bostezo.

—Tiene miedo de estar sola en casa. No se le puede reprochar, pero no tenemos recursos suficientes para ponerle vigilancia.

Jeppe asintió pensativo y aspiró aire fresco para que se le calmase la lengua.

—Me pongo en contacto con ella. Gracias, Larsen.

Al abrigo de las paredes protectoras de su despacho, Jeppe se dejó caer sobre la silla y dejó que el café se enfriara. ¿Esther de Laurenti estaba realmente en peligro? Era posible, sí. Su edificio, su inquilina, su manuscrito, su profesor de canto. Debía pedirle a la comisaria autorización para ponerle protección veinticuatro horas durante unos días. Si el motivo del asesinato era de verdad la venganza, tal y como opinaba Mosbæk, quizá se trataba de encontrar a un hombre que tuviera la necesidad de vengarse de una profesora mayor, sola, no adinerada y con ambiciones de ser escritora.

Le escribió un correo rápido a la comisaria y abrió los mensajes de su teléfono antes de poder refrenarse. Aún no le había respondido nada a Anna porque quería disfrutar un poco de su iniciativa en el centro del campo antes de mandarle una respuesta. De pronto, le acudió a la mente un recuerdo muy gráfico de su lengua suave y húmeda, y se retorció intranquilo en la silla. Los dedos teclearon «Esta tarde?» y envió el mensaje antes de meditar bien la jugada. Ahora le tocaba a él esperar.

Sara Saidani llamó con suavidad a la puerta y entró sin esperar respuesta. Jeppe se recompuso con rapidez, con la vergüenza de que justo ella intuyera los pensamientos calenturientos, que debían de ser evidentes. Sin embargo, Saidani no pareció notar nada; llevaba en la mano unos papeles que dejó encima de la mesa.

—Esther de Laurenti le ha escrito al asesino en la página de Google Docs. Anoche. Se dirige a él directamente, se burla de él, lo llama tonto. ¡Mira!

Jeppe le echó un vistazo al texto.

—¿Quizá por eso se metió en el edificio! ¡Lo ha cabreado!

—Creo que Larsen dijo que solo fueron imaginaciones tuyas —protestó Saidani—. Que estaba borracha y se lo inventó.

—Pues lo mismo no, pero está jugando con fuego. Tengo que hablar seriamente con ella.

Estuvieron un rato pensando en paralelo.

—Si él le contesta, quizá podamos utilizarlo. Sacar información, tenderle una trampa —dijo Jeppe despacio, sopesando cada palabra.

—¿Podemos confiar en ella? ¿No es muy peligroso?

—¿Qué opciones tenemos? La pregunta es más bien si podemos atrevernos a dejarlo estar.

Sara Saidani lo miró sin desvelar lo que pensaba. Se levantó y se fue del despacho haciendo un gesto con la cabeza. Jeppe estuvo un rato mirándola, sintiendo el aroma de vainilla y piel cálida que dejó tras de sí. En su actual estado de apremiante deseo, la presencia de Sara lo distraía.

Se sacudió los pensamientos carnales y se puso frente al ordenador.

Buscó los interrogatorios que Falck les hizo a los antiguos compañeros de Esther de Laurenti en la Universidad de Copenhague y los hojeó. Parecía que el mundo académico era más intrigante

de lo que Jeppe pensaba. Pero, de nuevo, ¿quién sentiría un odio tan demencial por una profesora jubilada como para matar solo por hacerle daño? ¿Un alumno suspendido o un compañero perjudicado? Ninguno de los dos encajaba. ¿Y por qué matar a Julie y a Kristoffer si el objetivo era Esther? La mayoría de la gente es muy directa cuando está furiosa por algo. Los casos de venganza suelen ser fáciles de entender a primera vista. En este caso no había nada comprensible.

El teléfono sonó y se obligó a esperar un minuto entero antes de mirarlo. «¡Vente esta noche después de las nueve! Estoy sola en casa.» Los débiles dedos de Jeppe temblaron mientras escribía «ok». Iba a acostarse con ella otra vez esa noche. Esa idea consumía todas las demás; estaba en su silla, reducido a un palpitante órgano sexual.

Dio un trago al café, que ya estaba frío, e intentó recordar qué tenía que hacer. Contactar con Esther de Laurenti y encontrar a un asesino. ¿Había que llevarle un detalle a la anfitriona cuando la visita era sexual? Se recostó en su incómoda silla de oficina, dejó que la sangre hirviera y aplazó con gran culpa toda su responsabilidad para poder darles paso a sus fantasías. Solo dos minutos.

«THANK HEAVEN FOR little girls, for little girls get bigger every day. Thank heaven for little girls, they grow up in the most delightful way...»

El dolor de cabeza estaba en el peor lugar, detrás de los ojos, y martilleaba de una manera insufrible dentro del conducto auditivo. El alcohol es un amante engañoso, dulce por la noche y cruel la mañana siguiente.

Esther intentó sentarse y se dio cuenta de que estaba en el sofá del salón, no en el dormitorio. La luz de Klosterstræde la deslumbró y las paredes se movían; se vio obligada a vomitar en el suelo. El vómito era espeso y maloliente, y vomitó de nuevo al verlo.

«Those little eyes so helpless and appealing, one day will flash and send you crashin' through the ceiling.»

Buscó a tientas su teléfono y apagó la alarma de Maurice Chevalier que había olvidado borrar. Sentía la cabeza vacía y aturdida, como si la borrachera de la noche anterior le hubiera destruido de manera permanente la capacidad de pensar. No era solo desagradable. Si el dolor y la náusea hubieran desaparecido, habría podido quedarse tumbada allí como un vegetal. No posicionarse más, no volver a sentir nada.

Los perros le hicieron volver a la realidad. Sus ladridos le recordaban su responsabilidad: que no estaba sola en el mundo y que estaba en sus manos darles cariño, comida y aire fresco.

Esther, en un estado deplorable, rodó por el sofá y aterrizó a cuatro patas en el montoncito de vómito. El suelo cedió y se balanceó amenazante. Cerró los ojos hasta que pasó. Los perros profirieron gimoteos desgarradores, ella empezó a gatear. Una mano, luego una rodilla, después la otra mano, lenta e insegura hacia el baño. Se medio levantó y abrió el agua fría. No se quitó la ropa, sino que dejó que el agua cayera sobre ella y lavase la peor parte.

Tras la primera impresión de beneficiosa agua fría, la puso un poco templada y se puso de pie. Se agarró al grifo de la ducha con una mano y con la otra se quitó torpemente la ropa mojada. Por fin estaba limpia y, si no estaba mejor, al menos podía tenerse en pie sin caerse y pensar sin vomitar.

Lo había solucionado.

El tiempo se había vuelto elástico la noche anterior y en una mágica milésima de segundo su

viejo y estúpido dedo artrítico había cogido la llave correcta. Pudo levantarse y cerrar la puerta antes de que los pasos la alcanzaran. Dio un fuerte portazo y contuvo la respiración hasta que no pudo más. Luego cogió el teléfono y llamó al 112.

La policía no había sido demasiado comprensiva antes de que le transmitiera a un agente que era la testigo principal de un caso de asesinato y que necesitaba hablar con uno de los investigadores que lo llevaban. Estaba llorando tirada en el recibidor cuando por fin apareció. No era Jeppe Kørner esa vez, sino un chico más joven, guapo, pero cansado y muy atareado. Intentó explicarle lo del portazo de la puerta de abajo y los pasos en la escalera. Lo de su miedo a morir. Él asentía con simpatía y anotaba cosas, pero ella se dio cuenta de que no la creía. Encima, le propuso que se fuera a la cama «a dormirla»; ¿qué diablos había querido decir con eso?

Esther se secó despacio y sin seguridad. No les había pasado nada a *Epistéme* y *Dóxa*, ni tampoco a ella, pero ¿estaba segura en su propia casa? ¿Y adónde podía ir si no? No tenía más lugar en el mundo que ese.

La llantina lastimera de los perros le hizo aumentar la velocidad. Se vistió, aún mareada, y limpió muy por encima el vómito del suelo del salón, con los ojos ardiendo y la respiración contenida. La limpieza a fondo tendría que esperar a que volviera de dar una vuelta. Cogió las correas de los perros y fue a abrir la puerta principal con cautela.

El rellano parecía muy distinto a la luz del día, desde luego que sí. Los monstruos se esconden entre las sombras, no bajo la luz del sol. El miedo de la noche anterior parecía incomprensible en ese momento, casi ridículo. Quizá tenía razón el policía. A lo mejor con la borrachera confundió los ruidos de la calle con sus propias pesadillas y figuras inventadas en la escalera.

Esther tiró de la puerta y de los perros, y fue a agarrarse a la barandilla y bajar por la escalera, y fue entonces cuando lo vio. Sabía que no estaba antes ahí, ya que acababan de pintar los marcos de las puertas en primavera. Estaba junto al picaporte y era imposible pasarlo por alto. En la gruesa pintura gris del marco habían rascado durante la noche una pequeña estrella, como aquellas que en la guerra marcaban los destinos aciagos de los elegidos para ser humillados y deportados. Como un presagio lleno de desgracia.

Bueno, Esther de Laurenti, ya nos estamos escribiendo abiertamente el uno al otro. No era mi intención, pero está bien, aquí va un capitulito para tu «obra»:

Me llamas tonto. Permíteme que te devuelva la acusación. Yo sé quién eres. Tú todavía no tienes ni idea de quién soy yo.

Déjame darte una indicación con las palabras de un poeta más grande que yo:

Mi corazón ama a los niños más imposibles,
Aquellos a los que nadie quiere y a los que nadie entiende,
Los hijos de la mentira y del robo de las promesas rotas,
Los niños con los que todos los adultos están furiosos.

¿Ya te has enterado?

25

SINGHILD PATURSSON ERA la persona más anciana que Anette había visto en su vida, tan encorvada que era más horizontal que vertical y con un rostro arrugado como la corteza de un roble. La recibió amablemente en su casita de madera, situada en una cuesta de las afueras de Tórshavn, entre muebles pesados y café hervido en una cacerola. De vez en cuando, estiraba el cuello y miraba hacia arriba desde el abismo con una dulce sonrisa que parecía generaciones más joven que los ochenta y cinco años que debía de tener.

Anette estiró las piernas bajo la mesa del comedor, que no era muy alta, y se consideró dichosa de haber llegado de una pieza. El aterrizaje en el aeropuerto de Vágur había sido terroríficamente brusco y con mucho viento, y, además, Anette no pudo usar el baño del avión, que estuvo cerrado a causa de las turbulencias. El colega feroés que mandaron al aeropuerto a recogerla tuvo que esperar a que Anette encontrara la paz en el lavabo de señoras de la terminal de llegadas. Cuando por fin se pusieron en camino a través de rocas cubiertas de hierba, Anette ya estaba aliviada en todos los sentidos.

La casa donde se crio el exnovio de Julie estaba en la aldea de Velbastaður, como un borroncillo pintado de rojo en mitad de las casas de madera gris con el tejado cubierto de tela asfáltica. Una única carretera dividía la aldea en colina superior e inferior. Aparte, no había más que hierba y rocas, mar y pájaros. Singhild Patursson heredó la casa de sus padres y llevaba toda la vida viviendo en ella; sus cuatro hijos nacieron allí y había enterrado tanto a su marido como a su hijo pequeño en el cementerio local. No entendía las preguntas de Anette sobre si le era difícil arreglárselas allí, tan lejos de todo, pero se disculpó diciendo que su danés estaba un poco oxidado.

Una vez que hubo puesto café negro y un cuenco con lo que Anette pensaba que eran galletas de chocolate, cruzó las manos sobre el regazo y empezó a hablar espontáneamente. Su acento era suave y cantarín; la afluencia de palabras, lenta y llena de pausas.

—Hjalti era mi ojito derecho, el hijo que vino cuando pensaba que ya no sería posible. Sí, sí, era mi favorito. Lloré cuando quiso estudiar en Dinamarca, porque sabía que se enamoraría y se quedaría allí. Y fue lo que pasó, sí.

—De Julie Stender, ¿verdad?

La anciana señora no pareció oír la pregunta.

—Kirsten, su esposa, era muy estricta, mucho; no lo respetaba en absoluto. Mi niño era como Ferdinando, el toro, bueno y tierno. Demasiado soñador para una danesa. No duró mucho con Kirsten, su esposa; se hartó de él y de sus planes. A Hjalti le daba igual el dinero y ella nunca se lo perdonó.

Anette cogió una galleta y miró indiscretamente su reloj. ¿De verdad había ido hasta las Feroe para aquello?

UNO, DOS, TRES, cuatro, cinco. Jeppe deslizó los dedos sobre los cortes del marco de la puerta de Esther de Laurenti. Una pequeña estrella de cinco trazos tallada de tal manera que el grueso barniz gris había caído a causa de los rasguños. Aquello despejó todas las dudas que tenía en mente. Esther estaba en peligro. Estaba contento de haber conseguido que se pusiera en marcha la vigilancia, sobre todo ahora que Esther tenía que mantener correspondencia con el supuesto asesino. Aún quedaban restos del polvillo que habían dejado los peritos cuando examinaron el marco en busca de huellas. Más huellas, más pistas que no iban a poder usar. Más estrellas.

Estrellas. Julie Stender tenía estrellas tatuadas en la muñeca, pero ¿qué significado tenían? ¿Qué intentaba transmitir el asesino? Esther abrió por fin la puerta, con los perros ladrando alrededor de los pies. Se la veía rota. A cambio, el piso parecía sorprendentemente limpio en comparación con la última vez que estuvo allí.

—Vale, vale, tranquilos, pequeños tiranos. Pase, no hacen nada.

Jeppe pasó por delante de los perros y entró en el salón, inesperadamente ordenado y que olía a parquet recién fregado.

—¿Qué tal? ¿Se ha recuperado un poco del susto de anoche?

Se sentó en la butaca sin tener que apartar pilas de libros o quitar platos usados. Esther se sentó en el sofá, enfrente de él.

—La verdad es que no lo sé. Estaba ansiosa por conseguir que me creyeran. Y ahora que me creen, empiezo a darme cuenta de lo que significa: que no estoy segura aquí.

Aunque estaba cansada, había un nuevo brío en sus ojos. Jeppe ya había visto esto en familiares en otros casos de asesinato. Estaba poniéndose furiosa.

—¿Ha empezado a escribirse con la persona que, suponemos, es el asesino?

Ella levantó una mano y lo frenó.

—Ya sé que fue una imprudencia hacerlo. No lo pensé bien...

—No solo fue una imprudencia, fue peligrosísimo y, potencialmente, obstrucción al trabajo de la policía —dijo Jeppe mirándola con seriedad.

—Soy consciente de ello.

—La relación entre la respuesta al asesino y su presunta visita anoche no puede pasarse por alto. Podría haberla matado fácilmente.

Esther agachó la cabeza por respuesta. Jeppe carraspeó.

—Dicho esto... sí, dicho esto, al mismo tiempo se abren ciertas opciones que pueden llevar la investigación a buen puerto.

—A ver si lo entiendo... —dijo mientras lo miraba escéptica con el ceño fruncido—. ¿He obstruido la investigación o he ayudado?

Jeppe no pudo evitar sonreír; Esther lo miró y también sonrió.

—Vamos a hacer todo lo que podamos para protegerla. Me han concedido la vigilancia ante su puerta veinticuatro horas al día hasta nueva orden. Pero, pase lo que pase, tiene que ser consciente de que está exponiéndose a un peligro. Comenzar a comunicarse con un asesino es una cosa, pero provocarlo como hizo anoche es una estupidez y no es útil para nadie.

Ella levantó ambas manos en un gesto de rechazo.

—Lleva razón, pero ¿está diciendo que si nos ponemos de acuerdo en los mensajes posiblemente sea útil para la investigación que le escriba?

—Posiblemente.

Asintió pensativa, como si se le estuviese ocurriendo algo.

—¿Ha visto su última respuesta?

—¿El poema? Sí, estuve leyéndolo en la comisaría justo cuando usted llamó. ¿Qué le dice? Él sostiene que le está dando una indicación sobre su identidad.

—No sé quién lo ha escrito —admitió Esther con la mirada perdida—, pero hay una evidente temática infantil, un niño abandonado, no deseado. ¿Quizá algo sobre el aborto de Julie?

Jeppe pensó en Anette, que en este momento debía de estar con la madre del profesor. ¿Tenía algo que ver la muerte de Hjalti con el aborto? ¿Con el poema del asesino?

—¿O algo que se le ocurra al leerlo?

Estuvo pensando un poco y negó con la cabeza.

—De acuerdo, vuelva a leerlo después y mire si aparece algo nuevo, y querría pedirle que luego le respondiera. Para serle totalmente honesto, no sé qué hay que hacer para que salga del agujero. Hasta ahora, usted ha tenido suerte, pero ¡nada de provocaciones! ¡Y tenemos que aprobar el texto!

—Tranquilo, no correré riesgos.

Jeppe se inclinó hacia ella para hacerle entender dónde estaban metiéndose. Aguas desconocidas, llenas de tiburones. En la oscuridad y con trozos de carne atados a los tobillos.

—El simple hecho de comunicarse con él no es solo un riesgo, sino un gran riesgo; sobrepasa el límite que normalmente nos permitimos. Espero que lo entienda.

Ella sostuvo la mirada seria del agente.

—¡Lo entiendo! Pero ya estoy implicada hasta el cuello. Mi edificio, mi libro, la muerte de Kristoffer. Y, ahora, la estrella en la puerta. Los dos sabemos que esto va sobre mí.

Ambos asintieron simultáneamente. Sin decir una palabra, llegaron a un acuerdo. Un pacto para nadar en las profundidades y protegerla mientras tanto.

—De acuerdo. Otra cosa: aquella cena en primavera, ¿tiene una lista de los invitados?

Esther sacó un papel y Jeppe lo miró de refilón.

—Gracias. ¿Recuerda de qué hablaron?

—¿De qué hablamos? ¡Pero si fue en marzo!

—¡Inténtelo! Puede ser importante. ¿Julie habló con alguno de los invitados? ¿Con Kingo, por ejemplo? ¿Pasó algo fuera de lo habitual, alguien que se pelease? Todo puede tener un sentido.

Esther, rendida, negó con la cabeza.

—Vale, voy a intentarlo. ¿Por qué ha nombrado a Kingo?

—Nos interesa saber más de él, sobre todo cómo de fuerte es la amistad que lo une con el padre de Julie. ¿Usted lo conoce bien?

—Solo a través de conocidos y luego por el club de escritura, claro. Lo he visto en cenas unas cuantas veces.

Parecía que estuviera guardándose algo, pero Jeppe no pudo intuir de qué podía tratarse.

—¿Qué opinión tiene de él?

Movió la cabeza de un lado a otro.

—Estoy impresionada, como casi todos los demás. Es un experto y tiene encanto, sabe muchísimo de literatura y de arte, pero no es lo que se dice agradable. Cortés y educado, pero no especialmente amable.

Jeppe se puso de pie.

—¿Tiene pensado ir a alguna parte hoy?

—Le debo a Gregers una visita al hospital.

Miró el reloj. La vigilancia debería comenzar en una hora.

—De acuerdo, quédese en zonas donde haya mucha gente. Llámeme o escríbame directamente a mi móvil cuando esté regresando a casa; así me encargaré de que haya un agente que cuide de usted cuando vuelva.

De camino a la puerta, Esther le tomó la mano y la apretó.

—Gracias, Jeppe; gracias por cuidar de mí.

ANETTE SOPLÓ DISCRETAMENTE las migas y cogió una galleta más. Tenían un extraño sabor a moho, pero mojadas en café eran aceptables. Miró de reojo la vieja cocina y sintió que estaba en un viaje al pasado. ¡Vivir de forma tan primitiva a aquellas alturas del nuevo milenio!

Por fortuna, Singhild Patursson no parecía notar el escepticismo de Anette y tampoco tenía la necesidad de que la incitasen a hablar.

—Hjalti me escribía cartas hermosas y me hablaba de su amor por Julie. Para él, era una... una chica de ensueño. No entendía lo peligroso que era cortejar a una chica tan joven. Ella era demasiado joven para enamorarse, solo estaba jugando con él. Y sí, luego vino lo del bebé. Sí, sí; no era así como tendría que haber ido todo. No era en absoluto la intención.

La anciana empezó a moverse de un lado a otro. Su voz no era clara y manipulaba nerviosa el tejido de sus mangas.

—El padre de Julie se enfadó muchísimo. Todo el pueblo se puso furioso con Hjalti y al final tuvo que volverse a las Feroe. Se vino conmigo, vivió aquí hasta su muerte.

La señora se calmó y se quedó con la cabeza agachada.

Anette empezó a sentir algo de dolor en las nalgas debido a aquella silla tan dura. El policía feroés estaba fuera esperándola, preparado para llevarla de vuelta al aeropuerto, pero, con la velocidad a la que iba el interrogatorio, ni siquiera podría pillar el último vuelo. Carraspeó y apoyó los codos en la mesa.

—¿Se imagina a alguien de aquí que tuviera motivos para guardarle rencor a la familia Stender? ¿Los hermanos de Hjalti, por ejemplo? ¿Alguien que pudiera hacerle daño a Julie para vengarse de su padre?

—¡Él mató a mi hijo!

Anette se estremeció con la rabia repentina de Singhild Patursson.

—Eh, bueno, ¿quiere decir que Christian Stender hizo que Hjalti se suicidara al separarlo de Julie y obligarla a abortar?

—En absoluto es eso lo que quiero decir. Lo mató. Vino hasta aquí, encontró a Hjalti y lo empujó por el acantilado. Soy una señora mayor, no tengo pruebas. La gente se ríe de mí, mi propia familia se ríe de mí. La policía nunca ha querido escucharme, pero le aseguro que Hjalti no tenía pensamientos suicidas cuando murió. Al contrario. Acababa de enterarse de que iba a ser padre.

LAS PÁGINAS RAYADAS de la libreta pasaban con un siseo contra su dedo pulgar. Jeppe apretó los ojos e intentó atrapar esa frase, esa palabra que pudiera surgir de entre la bruma y mostrarle cuál era el siguiente paso. Acababa de poner a una testigo a escribirse con un asesino, la había empujado a un peligro que era tan inabarcable como real. Lo cierto es que era totalmente inadmisibile y que estaba en apuros.

El papel estaba fijo todo el rato en el pulgar. Jeppe lo inspeccionó. Una línea parecida a una arruga cortaba en horizontal las pequeñas líneas del dedo. Nunca antes se había fijado en ello, pero debía de haber estado ahí siempre, ya que en las yemas de los dedos no se forman arrugas. Nuestras huellas dactilares no cambian a lo largo de la vida.

Jeppe llamó a Clausen, de Criminalística, sin apartar la vista del dedo.

—¿Sí?

Clausen parecía atareado, como siempre, y amablemente dispuesto.

—Hola, Clausen, aquí Kørner. Una pregunta: supongamos que la huella que tus expertos encontraron en el piso de Julie Stender y que pertenece a Kristoffer Gravgaard...

—Suk Gravgaard, querrás decir —interrumpió Clausen innecesariamente.

—Sí, sí. Si por un casual Kristoffer Suk Gravgaard no hubiera dejado esa huella ni en relación con el asesinato ni en otro contexto...

—... que podría haberlo hecho, por ejemplo, al limpiar o al hacer algún experimento...

Jeppe lo interrumpió.

—Lo cual consideramos relativamente improbable, teniendo en cuenta los hechos. Escucha, Clausen, si él no dejó esa huella, ¿cómo ha llegado hasta ahí?

—Bueno, si no la dejó él, la ha plantado alguien —dijo el perito con voz vacilante. Jeppe oyó los pasos y una puerta que se cerraba.

—Exacto, pero ¿cómo? ¿Cómo planta uno una huella dactilar y quién podría hacerlo?

—No es nada fácil. Primero, haría falta estar en posesión de la huella que se quiere fijar, es decir, la de Kristoffer. Y la verdad es que no sé muy bien cuál es el procedimiento a partir de ahí. ¿Se lo pregunto a los técnicos?

—No, creo que es una mala idea, Clausen.

Se hizo el silencio al otro lado del auricular. Jeppe lo dejó pensar un poco.

—Es imposible, Kørner, ¡totalmente imposible! Tenemos los mejores y más experimentados peritos de Dinamarca, no hay nada que buscar, así que, ¡no vayas por ahí! Kristoffer puso la huella, esto no es una peli de ciencia ficción, joder.

—¿Qué me dices del civil? ¿David Bovin?

—¿Qué pasa con él?

—Relájate, Clausen, estamos en el mismo bando. Solo estoy preguntando. ¿Bovin podría haber plantado la huella? Para mí es nuevo. ¿Tú lo conoces bien?

Clausen suspiró y se quedó callado un par de segundos. Jeppe lo oía teclear.

—Acabo de encontrar su ficha en la intranet. Esto es pasarse, ya lo sabes, ¿no? Vale. David Bovin, calle Knud Lavard, 4, 2.º derecha, 1730 Copenhague. Fecha de nacimiento, 14-08-77. Lo contrataron en primavera como perito civil en dactiloscopia en una convocatoria regular. Realmente fui yo quien lo contrató. Creo que éramos tres en la reunión y los tres lo elegimos. Tranquilo y sencillo, con una doble formación como, ¿qué era...? —Más teclado y la respiración

de Clausen durante unos segundos—. Ah, sí, paisajista del Ayuntamiento de Copenhague, antes en el de Vordinborg, conocimiento de idiomas y carnet de conducir tipo C. Realizó cursos de formación rápido y bien. Sabes que antes de hacerlos fijos, a los civiles les damos formación. Sacó ciento cincuenta respuestas correctas de ciento setenta y nueve en el primer test de identificación de patrones. Solo hay que tener ochenta correctas para aprobar.

—¿Qué más sabes de él?

—¿Qué quieres, su grupo sanguíneo? ¿Su número de empleado? —preguntó Clausen, dando la impresión de que se le estaba acabando la paciencia con las tonterías de Jeppe.

—No, qué diablos. Me gustaría saber cómo es. Como persona.

—¡Como persona! Es callado y tranquilo, amable, profesional y evalúa con calidad cincuenta formularios de huellas dactilares en media hora cuando el resto tarda una. Mucha gente aquí dice que es el perito más prometedor que hemos tenido en años... ¿Es eso lo que querías?

—Clausen, sabes que está justificado que pregunte estas cosas. Las circunstancias que rodean a esa huella huelen muy mal y lo sabes.

—Ya, ya lo sé —admitió tras una larga pausa.

—¿Podrías reunir todo lo posible sobre Bovin y los otros peritos que estuvieron en la escena del crimen? Nos saltamos a los de la unidad canina y al médico; estamos buscando a un forense que sepa colocar una huella.

—¿Y a mí quién me investiga?

Jeppe suspiró.

—De eso no tienes que preocuparte ahora, pero Clausen...

—¿Sí?

—No le cuentes nada de esto a nadie, ¿vale? ¡A nadie!

El perito colgó sin despedirse.

26

—ESCRITOR, ARTISTA VISUAL, participante en debates, etc. Es un señor emprendedor, el bueno de Kingo.

Sara Saidani mordió un trozo de pan y lo masticó concentrada. El estómago de Jeppe rugió y, para su asombro, se dio cuenta de que tenía hambre. Muchísima, de hecho.

—¿Tienes más pan de ese?

—Es pan con nueces y semillas. —Partió un pedazo y se lo dio. Jeppe dio un bocado y señaló la pantalla mientras masticaba.

—¿Qué más? —dijo mientras se acercaba e intentaba abstraerse del olor a vainilla que rodeaba a su compañera, que abrió una nueva imagen en la pantalla.

—Ha invertido en bonos y fondos de capital, y se puede decir que tiene dinero. En la galería vende obras por cantidades de cinco y seis cifras, y recibe abundantes ingresos por derechos y por los libros de las bibliotecas, así que tiene recursos. Posee un gran piso en San Sebastián, la casa del *haveforening* y participación en el restaurante Portulak. Sale a montar en kayak dos veces a la semana en Copenhague, es miembro del consejo de administración de la Fundación de la Ciudad Libre de Christiania y amigo del diseñador Mads Nørgaard y de Steen Jørgensen.

—¿Casado?

Jeppe dejó el pan; de todos modos, había demasiado trabajo. Tendría que coger chocolate de la máquina.

—Una vez, sí, con Helen Bay Kingo, la de la escuela de baile y las gafas de sol grandes, pero no duró. Tuvieron un hijo que ya es adulto.

—¿Antecedentes?

—Directos no, pero he encontrado algo que creo que vale la pena mirar.

Saidani abrió una carpeta con noticias de periódicos y amplió una portada de 2004.

«Asistente de Kingo niega violación.» Miró con sus grandes ojos marrones a Jeppe, que notó un inoportuno vuelco en el estómago; debió de ser porque le recordaba a alguien y apartó la mirada.

—Kingo lleva muchos años teniendo asistentes remunerados, o protegidos, si lo prefieres; chavales que ha tomado bajo su manto protector. Los ha ayudado, les ha enseñado arte y se los ha llevado a todas partes, imagino.

—¿Sexo?

A Saidani se le puso una fugaz sonrisa en el rostro que hizo que el calor subiera hasta las mejillas de Jeppe.

—Quizá, pero parece difícil de saber. El asistente en cuestión, Jake Shami, llevaba con Kingo casi dos años cuando el caso salió a la luz. Hubo algo extraño. A Shami lo denunciaron por asaltar la casa de una mujer, Karen Jensen, con el pretexto de ser recaudador de Cruz Roja, e intentar violarla. Todo esto salió de repente. Shami era artista y tuvo obras, entre otros lugares, en la exposición de primavera de Charlottenborg. Según dicen, tenía mucho talento, pero con este episodio y la posterior condena, desapareció del mundo artístico. Erik Kingo no lo apoyó cuando el caso empezó a investigarse. Después, reveló en su testimonio que siempre había tenido la sensación de que Shami era un perverso.

—¿Perverso? ¿Hizo algo anormal en el intento de violación?

Saidani lo miró seria.

—No, no es eso. Fue él mismo quien paró porque no fue capaz de consumarla. Lo que a lo mejor puede sonar más perverso es que la víctima, Karen Jensen, tenía en aquel momento ochenta y tres años; Jake Shami, veinticuatro.

Jeppe negó con la cabeza. Otra pieza deforme que no encajaba en el puzle. Otra posible pista falsa.

—Cuando se pone más interesante es cuando Shami, después de la condena, le da una entrevista al periódico *Ekstra Bladet*. Afirmó que fue Erik Kingo el que lo indujo a cometer la violación. Kingo negó tener conocimiento de ello y aseguró que Jake era un enfermo. Pero la idea es interesante, ¿no?

El cuello de Jeppe se estiró con un desagrado espontáneo. Kingo como mentor que se aprovecha de su posición. Kingo como instigador. ¿Podía haber presionado a un protegido tanto como para que cometiera una violación? ¿O un asesinato? ¿Entraba eso en la cabeza de alguien?

—¿Me buscas a Jake Shami? Yo voy a Nyhavn a interrogar al tatuador, pero invítalo a que venga en cuanto pueda.

Saidani levantó su dedo pulgar y se giró hacia la pantalla. Jeppe se levantó y les dio la espalda a los ojos marrones y a su desconcertante luz. Qué hartó estaba de sentirse derrotado en todos los ámbitos de la vida, desarraigado y sin rumbo, sin ese impulso en el estómago que antes solía llevarlo adelante. Fue a la cafetería y cogió un Snickers de la máquina. En uno de los trozos de caramelo metió dos ibuprofenos, que crujieron al mismo tiempo que los cacahuets y descendieron sin problema. Le quedaba aún mucho que hacer antes de ir a ver por la noche a Anna y no tenía en mente aparecer molido y dolorido.

Anna. La sangre de Jeppe fluía como un riachuelo en primavera cuando pensaba en ella. ¿Qué coño estaba haciendo? Una testigo y, para más inri, una testigo casada. Pero ella había conseguido que se sintiera vivo de nuevo y en ese momento era lo único que contaba. Eso y el caso, por supuesto.

La vida puede cambiar en un día, una hora, un segundo. Jeppe se puso a fantasear con un *brunch* de domingo con Anna, riendo, jugando, besándose, y luego en casa, poniendo en el fuego una olla de chili, y haciéndolo bajo la ducha.

Se había vuelto tonto, ya lo sabía, pero mejor tonto que machacado.

ESCRIBIR UNA NOVELA negra es como intentar trenzar el hilo de una telaraña; cientos de fibras pegándose a los dedos y quebrándose si uno no se concentra. Esther de Laurenti había desarrollado un ingenioso sistema de papeles de diferentes colores dispuestos en orden

cronológico de izquierda a derecha sobre el escritorio. Ya había dejado muchas veces que los colores parpadearan en un intento por recordar algo importante que se había esfumado antes de conseguir plasmarlo por escrito. Ahora estaba así de nuevo, aunque esa vez sin los dedos sobre el teclado, hojeando mentalmente su historia en un intento invertido de comprender no lo que había detrás de las ideas, sino cómo había podido interpretarlas la persona que las había leído. Por decirlo con suavidad, resultaba inquietante.

El dibujo tallado en la mejilla de la víctima, por ejemplo. En su cabeza sonaba a efecto macabro que debía guiarla hacia la fascinación del asesino por la astronomía y las estrellas, pero el asesino real había elaborado esa propuesta. Esther abrió en su pantalla la imagen del rostro sin vida de Julie Stender (había tenido la sangre fría de guardar la imagen de un periódico digital antes de que desapareciera) e intentó abstraerse del hecho de que la imagen granulada, que mostraba sangre y muerte, era auténtica.

El dibujo no se parecía de ninguna manera a la representación de Orión. Las líneas eran largas y redondeadas, paralelas continuas que rodeaban la mitad de la cara de Julie. Un tornado con el ojo como centro, un remolino. Era un mensaje, percibió Esther, no solo vandalismo abstracto. ¿Qué era lo que trataba de transmitirle el asesino?

Cerró los ojos. Estrellas. Orión. El Cazador. Algo luminoso en la niebla. Intentó relajarse de la manera en que Jeppe Kørner le había pedido, sin fatigarse. Estuvo mirando por la ventana la vida en la calle, que tan bien conocía.

Recordó el momento en el que Julie le había mostrado hacía pocos días el tatuaje que se había hecho en la muñeca. Dos estrellas pequeñas, todavía rojas e inflamadas, y debajo de ellas, dos palabras. Dos nombres que reconoció, pero no pudo poner en contexto. ¿Cómo eran? Con los dedos temblando, buscó Orión en internet y lo encontró de inmediato. Rigel y Betelgeuse, las dos estrellas más potentes de la constelación.

¿Por qué Julie se las había tatuado? ¿Había sido cosa de él?

Esther se limpió la nariz, fue a por un vaso de agua y volvió a sentarse. El inspector le había pedido una relación de los temas de conversación de aquella cena que celebró en marzo. Bebió agua deseando que fuera vino e intentó recordar.

Hizo sol y fue un día templado, típico de principios de primavera. En la cena habían hablado de la escandalosa selección de obras de la exposición de Nolde en el Museo Louisiana, del nuevo Ministerio de Cultura y de lo último de Zadie Smith. ¡Genial! ¡Un coñazo! Poco a poco, la conversación se dividió en grupos más pequeños en la mesa y junto a la ventana, donde Bertil, Anna Harlov y Kristoffer se juntaban para fumar cada media hora. ¿Y luego qué? Se emborracharon, por supuesto. Bertil se quitó la camisa y Erik Kingo hizo lo mismo en protesta por lo que él llamó «monopolio corporal de los gays». Esther y Kristoffer cantaron después del postre y Anna y John se fueron a casa los primeros. El resto de la noche fue fluido y Esther solo recordaba fragmentos de charlas y anécdotas. Que hizo pis con la puerta abierta, que Kristoffer hizo cócteles con angostura y terrones de azúcar, que Erik Kingo se echó encima de Julie en la cocina, el muy viejo verde, y que Bertil cantó asomado a la ventana.

Un recuerdo desagradable, como darte cuenta de que te han robado u olvidarte del cumpleaños de tu mejor amigo.

Hablaron de niños. Madres jóvenes y adopción. Esther no recordaba cómo habían llegado hasta aquel tema. Había consenso en que a muy pocos padres se les retira la patria potestad en Dinamarca y que no pocos niños han de convivir con abusos diarios y padres incompetentes.

Kingo abogaba por las castraciones forzosas, el muy imbécil. Siempre él, el autoproclamado provocador. Esther recordó avergonzada que casi les gritó a sus invitados, demasiado borracha, y se hizo el silencio.

Cerró los ojos por la vergüenza reprimida y oyó su propia voz como un eco desvelado lanzado por toda la habitación. Se oyó contando que tenía solo diecisiete años y él era mayor. La hizo creer que no podía quedarse embarazada si se retiraba a tiempo. Pues podía. Era primavera y consiguió ocultar la barriga bajo jerséis y chaquetas hasta que estuvo de siete meses. Su padre...

Esther podía recordar aún su mirada cuando se descubrió la verdad. ¡Decepción! Cerró los ojos y se obligó a volver a la noche que intentaba recordar. ¿Fue en aquella conversación cuando Bertil volcó su vaso para que tuvieran que recoger el mantel y secarlo? ¿Fue ahí cuando Julie preguntó si podía irse?

Habría querido quedárselo, pero estaba fuera de toda discusión. Había que entregar al bebé en adopción; si no, se quedaría en la calle con la criatura y sin un duro. Al final, estuvo de acuerdo. Cuando rompió aguas y fue al hospital, el parto ya estaba en marcha. Fue a más y dolía. Llamó a su madre, pero esta le dijo que eso era algo que tenía que arreglar ella sola y colgó. La comadrona se fue con el bebé en cuanto salió. Esther pidió verlo, pero le dijeron que era tarde; ya se lo habían llevado. Luego le dieron un tranquilizante. Cuando llegó a casa, su padre le había comprado un reloj de oro. Nunca volvieron a hablar de ello.

Esther jadeó buscando aire mientras sufría una inesperada convulsión. El recuerdo seguía doliéndole casi cincuenta años después. ¿Por qué lo contaría aquella noche? Sus invitados la miraban con los ojos velados por el alcohol y la solidaridad. Frank fue hacia ella y la levantó con un abrazo de oso, como si después de treinta años de amistad la comprendiera por primera vez en ese momento. Pero se arrepintió de su sinceridad. Algunas cargas nunca se vuelven más sencillas de llevar aunque se compartan.

Esther tenía los ojos fijos en la fachada de piedra de enfrente. Cuando era niña, tenía su habitación donde estaba sentada ahora. La misma vista toda la vida. Los padres habían muerto y los hombres entraron y salieron, pero Esther se quedó. Viajó, a veces durante meses, pero no se mudó. Una parte de ella se endureció con diecisiete años y jamás volvió a volar libre. En todos los años que habían pasado, nunca vio a su bebé. Si eso quería decir que no sabía de su existencia o que no había querido conocerla, era una incógnita.

Ella lo había deseado.

Los primeros años después del parto tuvo dolores inexplicables en los pechos, violentos e incapacitantes, pero con el tiempo se fueron. Nunca tuvo más hijos, ya tenía uno.

Se fue a la cocina, preparó café. Jeppe Kørner parecía convencido de que esa cena tenía un significado decisivo para el asesinato, pero ¿de qué modo? ¿Cómo pudo esa noche no ya provocar, sino influir en el desarrollo de la muerte de Julie? ¿Y de la de Kristoffer?

Algunos se habían conocido esa noche y habían formado una alianza desgraciada. ¡La idea era ridícula! Tan ridícula como que la confesión de Esther hubiese despertado algo más que compasión en sus invitados. Se sentó con el café y miró el papel pintado de la pared. Constelaciones y niños no deseados, vidas perdidas. Se secó las mejillas y cogió aire profundamente.

Luego abrió Google Docs y escribió.

Esperas de mí algo que no puedo darte. Reconocimiento, comprensión, quizá

directamente perdón.

No, no sé quién eres. La pregunta es por qué te importa tanto que yo lo sepa. Si quieres ser visto y reconocido, también tienes que salir a la luz, confesar tus fechorías. ¿Crees que tendrás mi aceptación cuando conozca tu identidad? ¿Que todos te abracemos y por fin te entenderemos? ¿Que triunfará la justicia y te pasearán por la ciudad en un trono?

¿Qué te he hecho yo?

¿Qué te he hecho, que has tenido la necesidad de matar a dos jóvenes inocentes solo porque estaban cerca de mí? ¿Porque les tenía cariño? Es por eso, ¿verdad?

Estoy devanándome los sesos buscando cosas imperdonables y las estoy encontrando, bien lo sabe Dios. Por supuesto, me he portado mal, he hecho daño a gente a lo largo de mi vida. Pero ¿tanto? Tienes que ayudarme. Si me ayudas, quizá pueda entenderte. Y podremos saldar deudas de una vez por todas.

27

LA TARDE ACABABA de nacer, pero los irregulares adoquines de Nyhavn ya estaban llenos de vasos de cerveza. Había grupos de jóvenes en el malecón entre las viejas goletas con los pies colgando hacia el agua, turistas inmortalizando el idilio con sus móviles y grandes sonrisas de camino al circuito turístico. Qué bonito y qué caro era todo.

En la planta baja, al doblar la esquina de la Toldbodgade, estaba lo que según el cartel era un *Tattoo parlour*. La puerta de cristal estaba abierta y Jeppe bajó dos escalones hasta el suelo de cuadros blancos y negros. En el local hacía calor y retumbaba *rock and roll* a gran volumen. Las paredes estaban cubiertas de grandes cortinas de terciopelo rojo y fotos de tatuajes sobre pieles pálidas. En un rincón había un viejo bulldog inglés que ni siquiera levantó la vista cuando el inspector entró. Cuando llevaba un minuto allí, apareció una joven delgada de pelo negro de detrás de las cortinas. Tenía el flequillo ondulado y llevaba pendientes dilatadores.

—Hola, ¿eres el que se quiere quitar una cosa celta del hombro? Yo termino en unos quince minutos. Vete a dar una vuelta si quieres...

—Detective Jeppe Kørner. He venido a hablar con... Tipper.

—Está con un cliente, ¿puede esperar?

Vio el no en su mirada antes de que lo dijera con un gesto.

—¡Tipper! —gritó en dirección a una de las cortinas—. ¡Tienes visita, es la policía!

La mujer desapareció sin decir nada. A los pocos segundos, se oyó una voz oscura en la profundidad del terciopelo.

—Hola, no puedo salir, va a tener que entrar.

Jeppe echó a un lado la cortina, despacio, y entró en el diminuto local trasero. Tumbado en un banco acolchado había un cuerpo de mujer con las nalgas al aire y unas piernas que brillaban en la oscuridad gracias a una potente lamparita. Las pantorrillas y lo que se podía ver de la espalda estaban cubiertos de confusos dibujos rojos, azules y verdes. Agachado sobre el muslo izquierdo se encontraba un joven de complexión fuerte, con barba y *piercings* en la nariz, trabajando con una aguja zumbante.

—Estamos a la mitad de una sesión muy larga y no quiero quitarle la aguja a Melissa. Si le parece bien, podemos hablar mientras trabajo. Coja esa silla de ahí.

Jeppe miró al taburete que había al lado del banco y se detuvo.

—Melissa es una tía guay, ella se pone a toda leche a los Foo Fighters y ya está. Siéntese, hombre.

La clienta, que estaba medio dormida con los cascos puestos, le levantó el pulgar a Jeppe, que

se sentó. Las nalgas desnudas de la mujer se movían entre él y el tatuador.

—Es posible que tenga que hablar con usted en privado.

—En ese caso, tendrá que ser cuando acabe aquí.

Jeppe podía obligar a Tipper llegado el momento, pero supo instintivamente que iría mejor si lo dejaba estar. Oía la batería de *rock* saliendo de los cascos de la mujer. Por el momento, era lo bastante privado.

—Vengo para preguntarle por una de sus clientes, Julie Stender, a quien lamentablemente asesinaron hace un par de días.

Tipper estaba agachado, en una postura poco ergonómica, con la cara a diez centímetros del pálido muslo y la aguja reposando tranquilamente entre los guantes de plástico.

—Sí, he leído los periódicos. Lástima, era supermaja, la amiga de Caro.

—¿Caroline Boutrup?

—Caro es una buena amiga mía. Trajo a Julie en cuanto se vino a Copenhague —relató mientras las palabras fluían relajadamente y la aguja se deslizaba con soltura sobre la piel de la clienta.

—¿En primavera? ¿Marzo, abril...?

—Me pega, sí. Luego puedo mirar en el ordenador la fecha exacta. O fechas, porque estuvo aquí dos veces.

Jeppe notó con sorpresa cómo miraba hipnotizado la aguja.

—¿Qué se hizo? ¿Había una historia tras el tatuaje, hablaron? Cuénteme todo lo que recuerde.

Tipper se tomó su tiempo y carraspeó.

—Era maja, pero era una clienta más bien corriente, no quería virguerías. Iba a hacerse una pluma en el omóplato, si no recuerdo mal. Un tatuaje de moda, clásico, una elección conservadora para una virgen con la tinta. Éramos Caro y yo quienes hablábamos, ella estaba echada pidiendo un pañuelo para ponérselo en la boca, por el dolor.

La habitación era sofocante y olía a química y metal caliente. El zumbido rítmico de la aguja le recordó a una canción irritante y comenzó a sudar.

—¿Cuándo fue la segunda vez que vino?

—Hace dos semanas, como mucho.

—¿Y qué se hizo?

Frunció el ceño y respondió:

—Un texto y un par de estrellas. Le hice una foto, está en algún sitio de la pared que hay al lado del mostrador.

Jeppe salió a la luz del otro lado de la cortina y respiró aliviado. Miró de cerca las imágenes de pieles desnudas, rojas bajo blusas levantadas y caras vueltas al otro lado. Había muchas plumas y también muchísimas estrellas, anclas, calaveras, árboles, ángeles y demonios. Algunos dibujos eran a todo color; otros, solo contornos en negro o azul oscuro. Los cuerpos gordos o delgados, con callosidades y calvas, largas trenzas y vello en los brazos.

Encontró el tatuaje justo debajo de una pajarera que llenaba una espalda desde la nuca hasta la rabadilla. «Rigel & Betelgeuse», con una bonita letra y dos estrellas pequeñas en la fina muñeca de una chica joven. Jeppe fotografió el tatuaje y volvió a asomar la cabeza por la cortina de Tipper.

—¿Vino sola?

—Sí, esa vez no vino con Caroline; me pareció bien. De hecho, estuvo más habladora que la primera vez; alegre, casi graciosa. Había como florecido, ¿sabe? Pero también estaba enamorada. Dijo que las dos estrellas eran el símbolo de ella y su novio.

¡El místico Mr. Mox! Un hombre al que conocía de hacía pocas semanas. Un hombre al que aún no habían conocido ni sus amigos ni su familia. Un hombre al que ahora no podían encontrar.

—¿Le contó algo de él? ¡Intente recordar lo que dijo!

—Bah, no contó gran cosa. Ah, sí, contó algo de una exposición que tenía. Fotos, creo. Tampoco contó mucho más. Pero él vino a buscarla.

A Jeppe se le paró el corazón.

—¿A buscarla? ¿Usted lo vio?

—Sí, era uno de esos tíos que van de punta en blanco. Pelo corto, barba suave, con gafas, sin *tatus*. Viejo. Al menos para ella. Solo entró para recogerla, así que no lo vi con mucho detalle. Pero ella lo besó y le enseñó el tatuaje, como para que le diese el visto bueno. Y fue él quien pagó. En efectivo.

Jeppe se apoyó en la pared. ¡Un testigo, un testigo ocular! Aunque el tatuador no tenía videovigilancia, Nyhavn estaba tan lleno de cámaras que con toda garantía podrían encontrar grabaciones de él. Dio un golpe a la pared con el puño cerrado y Tipper se asustó.

¡Lo tenían!

—¡QUÉDATE LA VUELTA, figura!

Anette dio un portazo a la puerta del taxi y comenzó a subir al segundo piso, donde estaba Homicidios. Había dormido la mayor parte del viaje de vuelta desde las Feroe y estaba más o menos en forma, excepto por la nuca rígida y el débil amago de vómito después de las galletas de chocolate rancias. Un sueño en el que cuidaba niños que se iban corriendo de un centro comercial y desaparecían entre las piernas de los adultos persistía como un desagradable fantasma, pero se le daba bien quitarse esas cosas de encima. Con una taza de café y un poco de trabajo, el sueño se iría.

La cafetería era un nido de actividad cuando entró. En una mesa estaba Jeppe rodeado de los compañeros, dando órdenes. Hablaba animado y gesticulaba como un director de orquesta.

—¡Falck, consigue las grabaciones de todas las cámaras de vigilancia de Nyhavn y Toldbodgade del 22 de julio entre la una y las cinco de la tarde, y pon en marcha un equipo para buscar en ellas a Julie Stender con un hombre!

Anette soltó el bolso en el suelo y se unió al grupo.

—¿Qué pasa, señoritas?

Jeppe se giró y le dedicó una gran sonrisa.

—¡Ha vuelto la vikinga! Tenemos buenas noticias, el novio secreto de Julie estuvo con ella cuando se hizo el tatuaje. El tatuador está ahora mismo con un retratista intentando dar con una imagen.

—¿¿Así que el místico Mr. Mox existe?! ¡Guau!

Anette asintió reconociendo el trabajo. Aunque no sacasen nada de las cámaras, era una revelación tener un testigo que había visto al novio de Julie y podía describir su apariencia. Por lo general, los retratos no eran una herramienta muy precisa, pero el motor de búsqueda del registro criminal de la policía, donde figuran con foto todas las personas con antecedentes penales, podría

procesar un simple dibujo que más o menos hiciera honor a la realidad.

—¿Qué tal por las Feroe? No parece que tenga nada que ver con el caso, pero ahora que has pasado unas vacaciones a cargo de los contribuyentes, al menos podrías contarme alguna anécdota —dijo Jeppe riéndose y dándole golpes de boxeo en el hombro.

—Estás de un humor estupendo, Jeppesen, ¿has echado un polvete o qué? —bromeó Anette devolviéndole las risas e intentando ocultar la irritación por no llevar el maillot de líder—. Las Feroe son más apasionantes de lo que creéis. Según la madre de Hjalti Patursson, hace cinco años Julie Stender se convirtió en la madre de su nieto.

Durante el silencio que siguió a sus palabras y mientras Jeppe se quedaba con la boca abierta, Anette se levantó a por una taza de café.

—¿Qué me estás contando?! ¿Tuvo el niño?

Anette dejó el café y cruzó los brazos satisfecha.

—Parece que la historia del aborto de Julie Stender es un cuento chino. Evidentemente, consiguió ocultar el embarazo tanto tiempo que el padre no pudo obligarla a abortar, pero Ulla Stender y él la presionaron muchísimo para que diera al niño en adopción después del parto, y como Julie era menor de dieciocho años y hacía mucho que Hjalti estaba fuera de juego, su postura tuvo gran peso y Julie terminó dando su consentimiento a la adopción y las consiguientes mentiras. Hjalti supo por una breve carta que Julie había abortado; al resto le contaron que tenía depresión y estaba en casa de su tía en Suiza.

—¿Nunca supo nada del bebé? —preguntó Saidani con tristeza.

—La gente hablaría mucho en el pequeño Sørvad —continuó Anette—, pero las habladurías no llegaron a las Feroe. La madre dice que su hijo estuvo con depresión varios años. Estuvo de sustituto en un colegio de Tórshavn, pero dejó de trabajar y pasaba los días dando largas caminatas por las montañas. Hasta el día en que, año y medio más tarde, llegó una carta anónima. Alguien con un conocimiento detallado del asunto le desveló que Julie había tenido su hijo en común y lo había dado en adopción pocos meses después de la huida, llamémoslo así, de Hjalti a las Feroe. La carta contenía información que la hacía absolutamente creíble.

—¿Aún existe? —preguntó Jeppe ya sin rastro de alegría en la cara.

—Hace mucho que no. La madre de Hjalti la leyó entonces, pero no ha vuelto a verla.

—¿Mierda! ¿Y cómo reaccionó el nuevo padre?

Anette iba cambiando el peso de pie a pie, todavía con el trasero dolorido por culpa de la silla de la señora Patterson, y se apoyó contra la pared.

—Se puso furioso. La madre me dijo que nunca habría creído que su hijo pudiera estar tan enfadado. Buscó el paradero del bebé por todos los canales que uno pueda imaginarse. Entre otros sitios, se fue a Copenhague y se reunió con dos funcionarios de asuntos sociales, pero la ley de adopción ante todo tiene en consideración las necesidades de los niños, no las de los padres, y Hjalti no tenía papeles que demostrasen nada. Averiguó que era una niña y que la adoptó una familia danesa, y que vivía en Dinamarca. No pudo avanzar más. Ni siquiera quisieron decirle la fecha de nacimiento, así que empezó a llamar a la familia Stender.

—¿A Julie?

—No solo a ella. —Anette contó con los dedos—. Empezó a bombardear a Julie, a Christian e incluso a Ulla Stender con peticiones en las que exigía sus derechos como padre. Quería que Julie fuese con él a asuntos sociales para poder saber dónde estaba su hija y anular la adopción. Estaba

empeñado en ello.

Jeppe negó con la cabeza.

—No parece el hombre del que hemos oído hablar.

—La madre dijo que estaba casi enloquecido. Se quedaba despierto por la noche buscando en internet archivos de la Convención de Ginebra, escribía cartas a abogados especializados en asuntos de familia. Estaba preocupada por él, decía, pero no tanto como cuando estuvo deprimido. Al menos, entonces estaba en tratamiento.

Anette recordó el rostro suave y arrugado de Singhild Patursson, que brillaba mientras contaba la lucha del hijo como si estuviera orgullosa de su terquedad.

—Suena a batalla perdida de antemano —protestó Saidani—. En ese momento, la hija tenía cuatro años; debió de ser difícil alegar que iría en beneficio del menor que lo alejaran de los padres con los que vivía desde que nació.

—De acuerdo —convino Anette tras encogerse de hombros—, pero Hjalti Patursson estaba claramente convencido de que podía hacerse. Hasta que cayó por el acantilado de Sumba y murió.

—¿Fue en la misma época? —preguntó Jeppe, que se frotó la barbilla concentrado y con los ojos entrecerrados.

Anette asintió.

—Según su madre, es totalmente imposible que se suicidase. Dice que la policía local les echó un vistazo a los antidepressivos del armario del baño y cerraron el caso. Está convencida de que él lo empujó.

—¡No me lo digas, déjame adivinarlo!

Ella y Jeppe se miraron largo rato.

—Acertaste. Christian Stender.

28

CHRISTIAN STENDER HABÍA adelgazado. Solo habían pasado dos días desde que Jeppe lo vio por última vez, pero incluso parecía que hubiera menguado. Llevaba una chaqueta azul oscuro y una camiseta blanca con dobles que indicaba que él y la mujer habían tenido que ir a comprar ropa ahora que su estancia se había alargado contra su voluntad. El apretón de manos seguía siendo firme, pero sin contacto visual; no quiso nada para beber. Anette se apoyó en la pared y miró a Jeppe.

—¿Qué tal están? ¿Volverán pronto a casa?—preguntó Jeppe con su voz más amable.

La comisura de los labios de Stender se levantó mostrando una pequeñísima sonrisa y sus ojos se empañaron. Cuando por fin habló, su voz sonaba extrañamente cálida.

—No sabía que esto fuera a ser así. Uno sabe desde el primer momento que daría su vida por un hijo, que mataría por él si hiciera falta. También cuando se hace adulto y hay conflictos y el hijo lo odia a uno y hay peleas. El sentimiento sigue ahí. Intacto... —confesó con la voz quebrada—. No puedo estar en ninguna parte.

Se quedó callado. Alguien pasó por el pasillo gritándole algo alegre a alguien que estaba bastante lejos. Se oyó un portazo.

—La razón por la que le hemos pedido que venga es porque hay nuevas pistas en el caso —dijo Jeppe con delicadeza, sin que hubiera reacción por parte de Stender—. Sabemos que Julie dio a luz a un bebé y lo dio en adopción hace seis años. Una niña.

Christian Stender puso otra vez aquella sonrisa, desgana y bañada en lágrimas, pero no dijo nada.

—¿Por qué no nos lo contó?

Seguía sin haber reacción y Kørner se aproximó.

—También sabemos que el padre de la niña, Hjalti Patursson, contactó con ustedes cuando se enteró de la existencia del bebé, pero usted impidió que supiera su paradero. ¿Por qué no debía encontrar a su hija?

Stender negó con la cabeza y Jeppe se asustó cuando empezó a reírse, una risa de rendición que acabó en lágrimas tan conmovedoras que Jeppe estuvo a punto de darle una palmadita en el hombro.

—Ahora ya da igual, ¿no lo entienden? —empezó a murmurar Christian entre lágrimas—. Es totalmente irrelevante lo que diga o deje de decir. ¡Se acabó! ¡Basta! Mi hija ha muerto. ¿Qué quieren que diga? ¿Que ese recibió su merecido? ¿Que en realidad es culpa mía que Julie esté muerta? ¡No va a volver, joder! ¡Mi niñita está muerta!

—Comprendemos muy bien su situación, pero si posee cualquier información que pudiera compartir...

Jeppe notó que su huesudo culo chocaba contra el suelo antes de entender lo que estaba pasando. La mesa se volcó sobre él y Stender se puso de pie gritando y desvariando. El coxis de Jeppe le irradiaba a la parte trasera de la cabeza rayos de dolor que hacían que por un momento no pudiera respirar. Tenía la pistola reglamentaria con la funda en el armario de la esquina. Demasiado lejos.

Anette fue hacia la puerta a buscar ayuda, pero Jeppe oía, por los gritos del pasillo, que esta venía en camino. Stender estaba junto a la pared del despacho, que la Administración había decidido decorar con una reproducción enmarcada de Monet. El cristal estaba hecho añicos y la sangre se extendía por los nenúfares al mismo tiempo que él se daba cabezazos contra la imagen una y otra vez.

La puerta se abrió y entraron dos agentes uniformados con las porras en la mano. ¿De dónde habían salido con tanta rapidez? Debían de estar ya en el departamento. Stender agitó los nudillos sangrientos, manchados con la sangre de la frente. Uno de los agentes lo tiró al suelo, le puso la rodilla en la espalda y lo esposó. Estaba llorando con la mejilla aplastada contra los trozos de cristal. Alguien ayudó a Jeppe a levantarse. Salvo por el susto de haber caído al suelo, parecía estar bien. Stender no.

Los agentes se lo llevaron por el pasillo con los trocitos de cristal brillando en la ropa. Mientras se iban, lo informaron de la hora que era y del motivo de su detención. Stender tenía un ojo totalmente cerrado por la inflamación y arrastraba los pies. Había llegado casi a la escalera cuando la procesión que llevaba alrededor se detuvo y hubo un intercambio de palabras. Uno de los agentes le gritó a Jeppe.

—Kørner, quiere decirte algo. Dice que es importante...

Jeppe fue por el pasillo pisando fragmentos de cristal a cada paso. Volvía a dolerle la espalda y el corazón le latía rápido.

—¿Qué quiere? —preguntó reprimiendo las ganas de darle un cabezazo. Había algo infinitamente desdichado en aquel padre cubierto de sangre—. Última oportunidad, va de camino al calabozo; a partir de ahora se encargan los abogados.

Stender levantó la cara magullada, dejó que le saliera de la boca un escupitajo con sangre y que cayera por la barbilla, incapaz de quitárselo. Le hizo un gesto a Jeppe para que se acercase y le susurró al oído:

—¡Fue culpa mía!

—¿Culpa suya? ¿Qué quiere decir?

—La muerte de Julie. Yo podría haber...

Se le doblaron las rodillas y los agentes tuvieron que emplear todas sus fuerzas para levantarlo. Stender hizo un gesto débil con la cabeza para señalar que había acabado y el desfile siguió hacia la puerta, tropezando como borrachos saliendo del bar al amanecer.

NO FUE DEL todo fácil encontrar un lugar para reunirse con Clausen. Después de la conversación que habían tenido, un despacho no era lo bastante privado. Una charla telefónica no entraba en las opciones por los mismos motivos y un café con mesas pegadas entre sí o una vuelta por un parque los exponía a miradas curiosas de las que preferían estar al margen. Fue Clausen el

que propuso verse dentro de la Rundetårn, la Torre Redonda, en un primer momento más bien como una broma, pero, a fin de cuentas, era un lugar de encuentro tan bueno como cualquier otro.

—Así puedo aparcar en el supermercado y comprar algo para llevarme a casa —explicó Clausen como si fuera una razón importante para elegir el lugar.

Jeppe aceptó y colgó. Él no tenía que comprar nada para llevarse a casa, pero a cambio tenía más probabilidades de follar esa noche que si siguiera estando casado. La torre estaba a veinte minutos andando, por lo que podría volver a la oficina y no tendría que explicarle a nadie dónde había estado.

Bajó corriendo las escaleras y pasó por la reja de hierro forjado del Tivoli. ¿Cómo tenía que tomarse el estallido de ira de Stender?

Era increíble cómo la gente se preocupaba por arrogarse la responsabilidad de la muerte de Julie. Primero, Esther de Laurenti; ahora, Christian. Era el mundo al revés. La gente no solía competir para echarse la culpa de un asesinato. Jeppe se metió las manos en los bolsillos y caminó junto a las fachadas de los edificios para no chocarse con las hordas de compradores felices de Strøget, la calle peatonal más larga de Europa. El sol de la tarde todavía daba calor, aunque entre los gruesos muros y los tejados de cobre no le alcanzaba de lleno. Jeppe respiró el olor a parrilla y gofres belgas de camino a la torre.

Los hombros de *tweed* de Clausen destacaron sobre la multitud de turistas. Este lo saludó con las dos entradas.

—¡Aquí estás! ¿Listo para un poquito de ejercicio después del trabajo?

Clausen se puso de inmediato a subir por la rampa de caracol de la torre, obviamente ávido por fingir que el objetivo de la reunión era pasarlo bien y hacer actividad física en vez de mantener una conversación desagradable. Jeppe zigzagueó entre los grupos de turistas que bajaban con las manos y los ojos clavados en los teclados de su teléfono. Le dejó caminar por delante un par de giros y lo alcanzó.

—Clausen, ¿podemos bajar el ritmo o tienes que batir un récord?

—Ja, ja, ja. Sí, tienes razón, perdona, no tenemos prisa. Al menos, no con esto.

Clausen iba a seguir subiendo por el suelo adoquinado, pero Jeppe lo agarró del brazo.

—No es que yo me muera de ganas de tener esta conversación, pero debemos tenerla, así que vamos más despacio y hablamos mientras tanto.

Clausen asintió concentrado y empezó a subir a un ritmo tranquilo. Jeppe resopló y lo siguió.

—He mirado en el archivo de personal. Evidentemente, lo que quería averiguar tenía limitaciones, ya que no podía preguntarle a nadie, pero sí que he encontrado algo.

Clausen levantó una mano y advirtió a Jeppe.

—Me veo obligado a recalcar que no estoy de acuerdo contigo ni con tu teoría de que alguien puso la huella. Me parece que es una locura, por llamarlo por su nombre, y...

—¡Tú dime qué has encontrado, Clausen!

Llegaron a una ventana que daba al parque y se pararon casi automáticamente ante la radiante invasión de luz.

—¿Es Bovin? ¿Qué tienes de él?

—Esto suena importante si lo estudias en cierto contexto, pero te pido por favor que seas prudente... —Suspiró Clausen—. Como te dije, David Bovin es paisajista, pero participó en el grupo 7 de la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad en Afganistán. Base de patrulla

Barakzai, en Helmand, patrulla a pie y eliminación de minas. Fue soldado cinco años.

El estómago de Jeppe se contrajo. *Shime-wasa*. A Kristoffer Gravgaard lo asesinaron con una llave de soldado profesional.

—Pero hay otra cosa... Ven, vamos hasta arriba del todo. Hay mucho más de lo que recordaba.

Se concentraron en caminar un minuto, llegar hasta la plataforma y salir a la luz dorada y veraniega de los tejados. Fueron hasta la verja de hierro y se cercioraron de que no hubiera nadie cerca. Clausen resopló.

—Hace fotos. Hay mucha gente que lo hace, pero esto es en un plan muy serio. Arte. Ha expuesto muchas veces. Entre otros lugares, en la galería de Erik Kingo, en la Bredgade.

A Jeppe le zumbaron los oídos. Se puso las manos sobre ellos, pero seguían zumbando.

No podía ser casualidad. El novio secreto de Julie era artista; el asesino de Kristoffer, soldado, y David Bovin, ambas cosas. Kingo tenía relación con Bovin y a lo mejor estaba implicado. Debía pedirle a Saidani que los investigase a los dos y él tenía que interrogarlos, no podía retrasarlo.

—Deja de remover cielo y tierra —dijo Clausen leyéndole el pensamiento—. Bovin estuvo trabajando ayer, trajo las rosquillas de los viernes, y se tomó una cerveza después del trabajo en la cafetería con los demás. Totalmente normal, ¿me oyes? Ve con cuidado.

Jeppe hizo un gesto con el pulgar señalando a la puerta que daba a la rampa de caracol.

—Mejor será que hagas la compra y te vayas a casa a pasar el fin de semana. Gracias por el *tour*.

Clausen se quedó quieto.

—¡Mantenme informado, Kørner! Lo digo en serio, quiero saber qué ocurre a partir de ahora.

Jeppe asintió, se puso el teléfono en la oreja y bajó la rampa corriendo.

EL PLAN DE sexo en Kartoffelrækkerne cada vez se ponía peor. Jeppe había escrito a Anna para decirle que no le daba tiempo de llegar a las nueve y ella le había respondido que fuera cuando acabase. Si es que acababa. El sábado 11 de agosto parecía el día de nunca acabar.

Larsen había revisado las cintas de vigilancia de los restaurantes de Nyhavn y, como sabían con gran precisión el intervalo de tiempo, encontró rápidamente lo que buscaba. Una Julie Stender sonriente con coleta rubia y el brazo alrededor de un hombre que, sin duda, era David Bovin. Salían de la tienda de tatuajes, donde le inmortalizaron en la muñeca el símbolo de su amor. Larsen imprimió las capturas de pantalla de la pareja: ella, enamorada y optimista; él, calculador y engañoso. Era casi insoportable verlo.

Enviaron lecheras con seis agentes armados al piso de David Bovin en la calle Knud Lavard, al *haveforening* de Erik Kingo y al piso de este en Christianshavn, pero no encontraron a ninguno de los dos y tampoco cogían el teléfono. Falck se puso a desenterrar todas las posibles conexiones: familia, compañeros de trabajo, vecinos. Anette pidió pizza. Cuando se está tan cerca de resolver el caso, no se va nadie a casa. Ni a una cita.

Jeppe cogió un trozo de pizza y lo devoró mientras el aceite rojizo le caía por los dedos. En el despacho cogió un paquete de toallitas húmedas y se limpió las manos ante las carcajadas de Anette.

—¿Qué es lo divertido?

—Tú, Jeppesen, tú eres divertido. O puede que simplemente esté cansada.

Jepe le lanzó una toallita estrujada.

—Vale; cuando termines de pasártelo bien, llama a Helen, la exmujer de Kingo. Falck ha escrito el número en un papel, está por ahí, en la mesa. Llevan separados más de veinte años y tienen un hijo adulto. Mientras llamas, voy a ver a Saidani.

Esto le provocó otro ataque de risa a Anette. Jepe se fue de la oficina negando con la cabeza.

Saidani estaba inclinada sobre el ordenador. Por alguna razón, llevaba el uniforme, y los rizos peinados hacia atrás. Parecía una niña pequeña. La chaqueta estaba colgada en la silla y sus brazos morenos sobresalían de la camisa azul de manga corta.

—¿Por qué el uniforme?

Ella levantó los ojos señalando hacia el pasillo de los jefes sin dar más explicación.

—¿Tienes ya algo de David Bovin? Cualquier cosa que pueda ayudarnos a encontrarlo. ¿Está casado?

—No, vive solo en el domicilio de Vesterbro.

—¿Hijos? —preguntó Jepe frotándose los ojos y evitando bostezar.

—No, pero se le dan bien los niños. ¿Te acuerdas de la fiesta de verano del año pasado? Se jugó un partido con todos los jóvenes. Es futbolista en activo, juega en el primer equipo de la policía; entrenan todos los domingos en el parque de Valby. Si no lo encontramos antes, podemos ir mañana al entrenamiento, lo mismo aparece por allí.

Jepe asintió.

—¿Algo más?

—Nada nuevo, pero sigo buscando.

Él le sonrió y se volvió al despacho, donde Anette hablaba por teléfono con los pies encima de la mesa.

—¿Tienes regalices? —preguntó Anette apartando el auricular y mirándolo llena de expectación.

Jepe sacó una bolsa y vio que Anette se apropiaba de ella. Se llenó la boca y masticó contenta.

—La exmujer de Kingo no sabe dónde se encuentra ahora mismo, pero lo describió con estas palabras: egoísta, machista, manipulador, mal padre. ¡Algo me dice que ese divorcio no fue feliz!

—Los divorcios no son felices, por eso son divorcios.

—Algo de eso puede haber —dijo Anette antes de volver a llenarse la boca de regaliz—. También tiene una opinión acerca del papel de mentor de Kingo, como él lo llama. Escoge a artistas prometedores y deja que lo sigan. Siempre hombres jóvenes. Helen Kingo no estaba entusiasmada con ese papel, lo ha calificado de secuestro psicológico. Dice que siempre encuentra a «los blandos», a los que puede manipular para que hagan cualquier cosa...

—¿Sexo?

Anette lo miró.

—Dime, ¿tú no piensas en otra cosa? —le espetó Anette mientras lo miraba escéptica—. Construye una relación de confianza con los asistentes, se los lleva de viaje y los inicia en los procesos artísticos y de escritura. Rápidamente acaban o endiosándolo o despedidos. La exmujer ha sentido celos de hombres jóvenes cuando Kingo se los llevaba a casa. Decía que aquello era enfermizo y que Erik Kingo solo lo hacía para aumentar su ego.

Jeppe se tocó la barbilla, pensativo.

—¿David Bovin como protegido de Erik Kingo?

—La exmujer no ha tenido un contacto regular con Kingo desde que su hijo se hizo mayor, así que ya no conoce a los asistentes, pero si me preguntas a mí, hay algo que apunta a ello. Aunque él, en tal caso, era mayor que sus predecesores.

Un asfixiado Thomas Larsen abrió la puerta de la oficina.

—Stender acaba de hacer una declaración oficial...

Larsen buscó aire, cansado después de haber subido las escaleras corriendo.

—Acaba de admitir ambos asesinatos. ¡Tenemos una confesión!

29

LAS RUEDAS DE la silla se quedaron atrapadas en la gravilla y Esther ya estaba arrepintiéndose de no haber insistido en que Gregers podía caminar. Los médicos habían confirmado que el aire fresco le haría bien siempre que no se fatigara. Gregers se lo tomó al pie de la letra, por eso insistió en la silla de ruedas. Bien, se las arreglaría siempre y cuando se mantuvieran dentro del camino establecido. Puede que también resultara bueno para ella moverse un poco y pensar en algo que no fuera el asesinato y el asesino, siquiera durante un par de minutos.

—¡Cuidado con el traqueteo! ¿No puedes ir más despacio?

—¡Lo intento, Gregers! Para ser un viejo delgado, pesas mucho.

—¿A quién estás llamando viejo? ¿Solo porque uno está hecho una ruina en el hospital y depende de otros cada cinco minutos tiene que aguantar cualquier cosa o qué?

Esther se mordió el labio y siguió empujando. Pasaron la plaza Tårnlege y anduvieron bajo las copas de los árboles en dirección al quiosco. De vez en cuando, ya que el camino transcurría entre arbustos, aparecían el lago y el surtidor. Entre dos árboles, un grupo de jóvenes descalzos habían estirado una cuerda sobre la que hacían equilibrios por turnos. Uno de ellos les guiñó el ojo cuando pasaron. Gregers giró la cabeza con desprecio.

Cuando llegaron al lago, Esther paró la silla, puso el freno y se dejó caer en un banco al lado de Hermansen, mirando al agua. Había muchos insectos alrededor de los envoltorios de helados del cubo de basura, y junto a la orilla del lago había una garza inquieta mirando su reflejo en el agua. Esther se echó hacia atrás y disfrutó del olor a césped y verano. Era una tarde bonita.

—¿Puedo irme ya a casa? —preguntó Gregers con los labios temblando mientras miraba a los cisnes—. No lo soporto. Nunca en mi vida había estado ingresado. Por la mañana vino otro paciente a la habitación, así que estamos ahí con una cortina de chiste entre ambos, intentando no toser. ¡Es una relación inhumana! ¡Por Dios, qué es esto, llevo toda la vida pagando impuestos!

—Tampoco es que en casa esté la cosa muy divertida —contestó ella con sequedad—. Yo creo que es mejor estar en el hospital; hay menos muertos que en el edificio.

Eso le hizo reírse un poco. Por si acaso, tapó la risa con una tos. No era de los que se dejaban llevar. Esther le tomó la mano y estuvieron un rato en silencio, viendo a la gente correr y a las gaviotas revolotear.

—Mis hijos no han llamado, ¿verdad?

—¿Tus hijos? ¿Tienes hijos? —preguntó Esther francamente asombrada. Nunca había oído nada de hijos.

—Tres.

Esther se giró y lo miró estupefacta.

—¿Tres hijos?! ¡Gregers, viejo truhan, nunca me lo habías contado!

—Aún no soy viejo.

—Pero... ¿tres hijos? ¿Cómo puede ser que nunca los haya visto por casa?

Gregers tragó saliva un par de veces.

—El divorcio con Inger, mi mujer, no fue agradable, por decirlo de una manera suave. Los niños eligieron. Ya está.

—Pero han pasado más de veinte años —protestó Esther—. Ya hace mucho que son adultos, por no decir... sí, adultos. ¿Por qué no lo habéis arreglado en todo este tiempo?

Se encogió de hombros.

—Ellos eligieron y yo conocí a otra con la que estuve un tiempo. Ella pensaba que los niños eran un engorro. Así fue.

Esther no sabía qué decir y Gregers carraspeó inseguro.

—No llaman ni siquiera ahora que estoy en el hospital. No sé si se habrán enterado. No van a arriesgarse a tener que estar pendientes de mí. ¡Pues estamos bien!

—Pero debes de tener nietos, quizá bisnietos. ¿No los ves nunca?

Gregers negó con la cabeza y, enfadado, se secó los ojos con las mangas. Esther buscó algo que decir para consolarlo, pero no encontró nada que sirviera.

—Gregers, he de decir que es demasiado cargar con ese secreto tantos años.

Él hizo un gesto con la mano y se enfadó, aparentemente, por haber sacado el tema él mismo.

—¿Han encontrado al asesino?

—No; al parecer tienen muchos sospechosos, pero aún no han detenido a nadie. Nosotros dos también estamos bajo sospecha. O más bien, yo.

Esther notó una punzada de intranquilidad por decirlo en alto, seguida de una tristeza aguda que casi la hizo caer del banco.

—¿Ahora también soy viejo para ser un asesino? —dijo seriamente ofendido.

—No, Gregers, tú no has escrito el manual de un asesinato como evidentemente he hecho yo, el asesinato no ha ocurrido en tu edificio y no es tu profesor de canto al que han tirado a la lámpara del Teatro Real.

Esther se echó hacia delante, desesperada. Gregers le ofreció unas palmaditas en la espalda, tres toques torpes y un *shhh* tranquilizador. Ella dejó que las lágrimas salieran libremente hasta que no hubo más. Cuando se recompuso, Gregers estaba mirándola preocupado.

—¿Has bebido?

La pregunta fue tan inesperada que se quedó tan impactada como para no poder responder.

—¡Bebido! ¿Qué coño dices?

—Alcohol. ¿Has bebido alcohol hoy? Sueles beber vino tinto, ¿no es verdad?

Esther se puso de pie, quitó los frenos de la silla y la empujó de vuelta al hospital a toda prisa y furiosa. Tenía que estar contento de que fuera demasiado concienzuda como para dejarlo en medio del Fælledparken. ¡Viejo estúpido! Protestó por la fuerza que Esther empleó, pero ella lo ignoró y siguió adelante.

—¡Hey, conduce bien! Vuelvo a traquetear. Dime, no te habrás enfadado, ¿no?

Gregers se giró, pero ella apartó la mirada y siguió empujando la silla de tal manera que los

brazos le temblaban.

—Es solo porque... bueno, querida Esther, odio ser yo el que te lo diga, pero ¡bebes demasiado! Puede que yo sea viejo, pero tú bebes mucho vino, ya lo he dicho. Y tendrías que dejarlo, porque ese sacacuartos no es bueno para ti, así que no hablaremos más de ello.

Gregers puso las manos en el regazo y miró al frente.

Esther estaba furiosa. ¡Ese era el agradecimiento por ser una buena vecina! Había ido a visitarlo todos los días y se había ocupado de él cuando nadie más quería, ¡y tenía que oír esas cosas sobre su abuso del alcohol! Cuando lo dejara en el hospital, podría navegar por su propio mar; tenía muchas cosas de las que preocuparse.

En el hospital, lo metió en la habitación, murmuró una despedida corta y se marchó al ascensor. Entró con la ira bullendo en la sangre, como una desagradable subida de adrenalina. Cuando ya estaba a la altura de los castaños de los lagos, recordó que no podía ir por ahí sola. Miró a su alrededor. En ese momento no veía a nadie, pero estaba en el centro de Copenhague y el camino a casa era bastante corto.

Sacó el teléfono y le escribió un mensaje a Jeppe Kørner, tal y como le prometió. «Ya de camino a casa, llego en media hora. Atentamente, Esther.» Guardó el teléfono en el bolsillo y suspiró. Los dos agentes que le prometieron que vigilarían la escalera eran una precaución que ansiaba no necesitar más.

La oscuridad caía sobre el reflejo del agua y difuminaba la diferencia entre el azul del cielo y el negro de los tejados. Tiritó aunque llevaba la chaqueta color melocotón puesta. «Siempre el maldito frío de Dinamarca por la noche, también en verano.»

Lo reconoció en el mismo momento en que lo vio ir en su dirección. Las luces de la calle le alcanzaban la parte alta de la cabeza cuando pasaba debajo de ellas, así que iba iluminándose como un presagio y desapareciendo en la oscuridad. Las líneas de la mejilla muerta de Julie no eran un mapa de estrellas, sino huellas dactilares. Lo reconoció enseguida. ¡El hombre que le tomó las huellas!

Un lago rodeado de casas y una voz, la suya, que no tenía fuerzas para gritar.

ERAN MÁS DE las once de la noche cuando Jeppe por fin pudo llamar a la puerta del adosado de Anna Harlov. Todo se había dispuesto en contra de la visita, pero aun así ahí estaba, con las expectativas altas, oyendo solo el sonido de su corazón, que intentaba salirse del pecho.

Pudo darse una ducha rápida en la comisaría después del interrogatorio nocturno a Christian Stender, que se negó a hablar hasta que no estuviese presente su abogado. Como este vivía en Herning, a trescientos kilómetros, no aparecería antes de primera hora de la mañana. Lo único que Stender estuvo dispuesto a decir fue que era culpable de ambas muertes, nada más, y nada de lo que intentaron (presión, amenazas o camaradería) lo movió de esa idea.

Normalmente, cuando parecía que iba a resolverse un caso de asesinato, en la jefatura el ánimo estaba por las nubes y se bebían una cerveza y chocaban las manos. Ese día la gente simplemente se fue a casa. Jeppe sentía un desaliento abrumador ante la situación. ¿Por qué David Bovin no les había contado que era el novio de la víctima? Si Stender estaba cubriendo a alguien, por ejemplo, a Bovin, ¿por qué lo hacía? Era su propia hija, ¿por qué proteger a su asesino? Al mismo tiempo, pensaba que el propio Stender la había matado, y también a Kristoffer, lo cual era igual de absurdo.

La confesión le dejó a Jeppe un mal sabor de boca y, cuando se metió en el coche en la calle Otto Mønsted, pensaba declinar la invitación de Anna e irse a casa. Estaba demasiado cansado e indispuerto, directamente fuera de combate.

Pero no podía irse a casa.

Ella abrió la puerta, le sonrió y lo atrajo con ternura, lo abrazó con su piel cálida y su olor a albaricoque, y él casi se olvidó de respirar. En el pequeño y oscuro recibidor, con su lengua en el cuello y la sangre palpitando por el cuerpo, reconoció, en una nube, que el miedo era infundado. Sonaban un bajo profundo y una percusión seca en un lugar que era o la cocina o su cabeza.

Apretó contra ella su erección, disfrutó al notar calor a través de los vaqueros y la respiración entrecortada, que podía ser la de ella o la suya propia. Se volcaron encima de ellos unos abrigos cuando se pusieron de rodillas, los echó a un lado, le levantó la blusa y se puso manos a la obra cuando vio que no llevaba sujetador. Murmuró «perdón», buscó a tientas el botón de sus pantalones, siempre con las manos de ella en algún lugar de su cuerpo, en la boca, en los dedos.

Casi le dio vueltas la cabeza cuando le levantó la falda y vio su sexo desnudo; hiperventiló y tuvo que apoyarse en la pared. Ella gemía, le mordía, lo lamía con los ojos cerrados. Por fin se desabrochó la brageta y se echó sobre ella, todavía con la chaqueta puesta. Ella le entrelazó los dedos tras la nuca y lo sujetó con fuerza.

LA FUNDA GRIS de la almohada se rozaba suavemente contra la mejilla de Jeppe y le transmitía seguridad y un olor a aire fresco y lavanda. Su ropa estaba tirada por el suelo de la planta de abajo; estaba desnudo bajo el edredón, exhausto, cansado y feliz. «Estoy feliz.» Dos palabras que le habían parecido inalcanzables durante mucho tiempo para llenarle el pecho de repente con una euforia calmada.

Anna fue desnuda recogiendo la ropa. La piel de su vientre se doblaba un poco cuando se agachaba, el trasero se redondeaba y se estiraba de forma casi antinatural. El cuerpo de una mujer adulta, firme y flexible al mismo tiempo, que reclamaba morderlo. Jeppe se echó a reír y ella lo acompañó, se soltó la coleta y dejó que los cabellos le cayeran sobre los hombros. Estiró la mano hacia ella, que tiró la ropa al suelo, fue a gatas sobre el edredón y lo besó.

Él le tomó la cara con ambas manos, ¡qué suave era! Jeppe tuvo ganas de decirle muchas cosas, todo. Ella volvió a besarlo.

—Sabes que no puedes quedarte a dormir, ¿no? —dijo, se levantó de la cama y se puso a recoger la ropa de nuevo—. John vuelve a casa mañana temprano y tengo que lavar las sábanas, y demás.

Kørner se puso de pie con lentitud y cogió la ropa que ella le dio. El rechazo escocía y eso lo irritaba. Sabía cómo funcionaba aquello. Al fin y al cabo, ¿qué era capaz de ofrecer él? Policía soltero con espermatozoides vagos, un trabajo a jornada más que completa y cero fe en el amor. Le devolvió la sonrisa y se vistió rápido mientras ella quitaba las sábanas. En la puerta, la besó con suavidad y caminó hasta la verja de hierro.

Ella preguntó primero.

—¿Volveremos a vernos?

¡Gracias a Dios! Miró su silueta en la puerta abierta y en ese momento supo que estaba enamorado.

—¡Sí! Pronto, muy pronto.

Atravesó en coche las calles mojadas por la lluvia, pasó por los lagos, donde colgaban castañas de las hojas verde oscuro y en cuya superficie se reflejaba la luz de la ciudad. El neón de la gallina del supermercado Irma lo hizo reír espontáneamente. ¿Todavía estaba ahí? La gallina le hizo acordarse de una canción de Kim Larsen que empezó a cantar, provocando que los cristales se empañaran.

Por el paso de cebra de Vesterbrogade cruzó un hombre con un vestido blanco, botas de plataforma, sombra de ojos color turquesa y peluca de hada con un adorno en forma de luna brillante. Jeppe lo miró, ya que estaba justo delante del coche, y se sonrieron. Cada uno en su sitio, pero compartiendo un momento bonito.

A los pies de la colina de Valby sonó el teléfono. Jeppe paró en el oscuro Søndermark y comprobó el número. Era de la comisaría central.

—Sí, hola, Kørner; soy Wichmann, de la central.

Se cernió una nube negra sobre el cielo antes despejado de Jeppe. Fue a ellos a quienes les había pedido que protegiesen a Esther de Laurenti.

—Hola, ¿qué tal?

—Oye, que aún no ha llegado a casa. Nuestros hombres llevan allí dos horas. La han llamado por teléfono, pero no responde nadie y la casa está a oscuras. ¿Estás seguro de que iba de camino?

—Hago una llamada y lo compruebo ahora mismo. ¡Pídeles que se queden donde están hasta que tengan noticias mías!

—Recibido.

El teléfono de Esther estaba apagado, saltaba directamente el contestador. Volvió a leer su mensaje. Hacía más de dos horas había escrito que estaría en casa en media hora. Jeppe dejó reposar la frente sobre el volante mientras notaba que la sensación de bienestar se le escapaba. Aquello no pintaba bien.

En Klosterstræde, chicos y chicas en pantalón corto iban corriendo de portal en portal refugiándose de la lluvia de camino al próximo bar, a la siguiente fiesta. Ante el número 12 había dos agentes de paisano intentando mimetizarse con el ambiente. El resultado era bastante malo. Jeppe los saludó y miró hacia la casa a oscuras. ¿Qué cojones tenía que hacer? No sabía dónde se encontraba Esther cuando le escribió y no tenía a nadie a quien llamar para preguntarle.

Técnicamente, una persona que llevaba ausente dos horas no podía clasificarse como desaparecida, pero la coincidencia de un Erik Kingo y un David Bovin ilocalizables, y ahora la desaparición de Esther de Laurenti, como mínimo, hacía pensar mal.

La lluvia arreció. Empezaron a caerle gotitas frías por la nuca y por el cuello. Refugiado en el toldo del café-bar, Jeppe marcó el número de la comisaría, que respondió medio dormida después de cinco tonos.

—¿Lo habéis encontrado?

—No, pero a cambio Esther de Laurenti también ha desaparecido. No lleva mucho tiempo, pero creo que algo va mal.

—¿No puede esperar hasta primera hora de la mañana?

—No, tenemos que buscarla.

—De acuerdo, voy a avisar al jefe de policía. Nos vemos en la oficina en media hora.

Jeppe colgó. Con cada gota que le caía por la nuca y la espalda se percataba de lo mal que pintaba aquello.

DOMINGO, 12 DE AGOSTO

30

EL DOMINGO POR la mañana, a las ocho en punto, un joven con barba y gorro de punto giró la llave de la cerradura y abrió el café Java Junkie, en el edificio ocre de Klosterstræde, 12. Dos minutos después, aparecieron los primeros clientes. Bajaron por la escalera de piedra de la puerta, se sentaron en los taburetes rústicos junto a la ventana y pidieron. El joven se rascó sin disimulo el gorro y se puso a hacer los cafés, uno con leche y el otro con azúcar.

Jeppe y Anette, hundidos, se sentaron uno al lado del otro sin decir una palabra. Lo que más necesitaban era una noche de sueño continuo, pero, a falta de algo mejor, una taza de café normal y corriente tampoco estaba mal.

Esther de Laurenti seguía desaparecida. A la una de la mañana llamaron a un cerrajero, abrieron la puerta de los tres apartamentos de Klosterstræde, 12 y comprobaron que los únicos habitantes que había eran dos carlinos hambrientos e infelices que habían hecho caca en el recibidor y se habían echado a dormir al lado de los excrementos. La búsqueda estaba en todo su apogeo; no podían ayudar, pero tampoco podían hacer nada. Anette propuso ir al campo de entrenamiento del equipo de fútbol de la policía en Valby y ver si David Bovin se presentaba. Jeppe sopesó si merecía la pena ir hasta allí.

El camarero con barba sirvió el café mientras sonaba la canción «Kind of blue», pero tampoco fue de mucha ayuda. Desde luego, conocía a Esther y a los demás inquilinos; «qué tragedia lo de la chica esa, ¿cómo se llamaba?», pero llevaba sin verlos toda la semana, lo que, por otra parte, les había contado a los compañeros policías repetidas veces. Le preguntó con amabilidad sobre el viejo y pareció sinceramente contento de que Gregers estuviera mejorando.

El sol volvió a salir, sus rayos perpendiculares se veían entre las casas. El rostro de Esther de Laurenti, a petición de la policía, iba a salir en la primera página de un tabloide, aderezado con el incendiario titular «Jubilada secuestrada - ¿El monstruo del cuchillo ataca de nuevo?» con el subtítulo «Policía sin pistas - Copenhague en *shock*».

Era difícil estar animado.

La noche anterior, Saidani consiguió encontrar al editor de Erik Kingo, que estaba en una recepción en la embajada islandesa. Resultó que Kingo estaba de viaje pasando el fin de semana en Budapest. El editor accedió a llamar a la editorial húngara que organizaba el viaje y de ese modo, tras una serie de llamadas, pudo verificar que Erik Kingo no solo estaba en Budapest (él solo), sino que en ese mismo momento estaba cenando en casa del mismísimo premio nobel Imre Kertész. Después, volaría de regreso a Dinamarca a última hora de la tarde del domingo, y el editor prometió transmitirle que la policía lo esperaría en la zona de llegadas y se lo llevaría directamente para interrogarlo.

Jeppe mojó un pastelito en la espuma marrón. No le dio tiempo a irse a casa a ducharse y sabía que olía a sexo. Normalmente no tendría nada en contra de mostrar su conquista y fanfarronear, pero en aquel momento se sentía culpable por no parar de acordarse de Anna.

«¡Gracias por cuidar de mí, Jeppe!»

Pensar en los ojos asustados de Esther, su agradecimiento por la ayuda, los horrores que estaría pasando... Todo aquello le daba arcadas. Debería haber sido más rápido, más decidido; había defraudado su confianza y descuidado su trabajo; había pensado más en Anna que en cuidar a una persona que estaba en peligro. Una persona a la que había empujado a los brazos del asesino en vez de protegerla. La culpa lo reconcomía y hacía que se mareara, pero, encima, esa sensación le recordaba imágenes del cuerpo de Anna y del deseo que lo había devuelto a la vida. Estaba avergonzado y cachondo al mismo tiempo, a lo que había que añadir el cansancio de muerte y la habitual intranquilidad. Jeppe había tenido días mejores.

La campanilla del bar sonó y Kørner se echó a un lado para dejar sitio a un grupo de clientes, tres jóvenes con camisetas chillonas y fundas de instrumentos a la espalda. Uno tenía el pelo largo, recogido en un moño en la coronilla, y una guitarra. Le sonaba de algo; no lo había visto en persona, sino en la foto que tenía en la pizarra del despacho. Daniel Fussing, el exnovio de Caroline, estaba con sus amigos pidiendo café, riendo, alegre y achispado. Evidentemente, el período de luto por dos amigos asesinados no era muy largo en aquella pandilla.

Jeppe miró a Anette, que puso los ojos bizcos y siguió bebiendo café. Daniel tenía coartada para el martes por la noche, cuando asesinaron a Julie, y, por tanto, se había olvidado de él; de hecho, Jeppe nunca había hablado con él. Observó a los tres jóvenes, que estaban haciendo el tonto en la barra y le daban puñetazos afectuosos al camarero, al que estaba claro que conocían. La funda de guitarra de Daniel estaba llena de pegatinas de festivales y de frases escritas con diferentes colores.

«Woodbines», leyó Jeppe, «Cph Girls» y «Roskilde Love». Justo al lado de una pegatina de Alis ponía «Satori» en letras verdes y amarillas. Por lo que sabía Jeppe, era japonés y su significado tenía algo que ver con el entendimiento.

Christian Stender seguía afirmando que era culpable sin hacer ningún comentario más. Se le veía abatido e infinitamente triste, pero la única que parecía estar contenta con su arresto era una aliviada comisaria que podía transmitirle el mensaje al jefe de policía. El hecho de que Esther de Laurenti siguiera desaparecida se infravaloraba y su estado mental de depresión se ponía de relieve más de una vez. El asesino había confesado y lo tenían entre rejas. Presuntamente.

Jeppe no daba un duro por esa confesión.

Satori.

No se dio cuenta de lo que iba a hacer hasta que dejó que su mano descansara en el hombro de Daniel Fussing.

LAS VERDES PLANICIES del parque de Valby seguían húmedas tras la lluvia que había caído por la noche. En el césped que había alrededor del estadio entrenaba el equipo de fútbol de la Unión Deportiva de la Policía, como hacía cada domingo a mediodía durante todo el año. Grupos de hombres y mujeres en pantalón corto se daban pases en diferentes grupos de siete o de once, la mayoría con manchas de barro en las piernas.

Anette Werner se detuvo un momento y observó un grupo de cuerpos masculinos musculosos que estaban estirando. Llegó directa desde el bar y disfrutó de los amplios espacios abiertos de la

periferia y del aire fresco. Olía a hierba y más allá del horizonte planeaban cometas de colores bajo la luz del sol. Si había que trabajar un domingo, aquella no era la peor opción. Los domingos por la mañana eran un día sagrado en casa de los Werner, todo lo sagrado que puede ser cuando uno de los dos es policía. Bollos caseros de Svend y lectura prolongada del periódico; lo importante era ser el primero en poner los pies sobre el regazo del otro. Pero no en aquel momento.

Le preguntó por el primer equipo a una persona que pasaba y esta señaló hacia el estadio. Le dio las gracias y se encaminó hacia allí, mirando discretamente una última vez los traseros caídos del cielo del equipo masculino.

Dentro del estadio el ambiente era más serio. En el medio del campo, entre los asientos vacíos de las gradas bajas, había un puñado de hombres corpulentos que discutían en voz alta. Uno se llevaba las manos a la cabeza, otro gesticulaba con los brazos y un tercero se apartó un poco del grupo con el móvil pegado a la oreja. Anette pasó despacio por delante de un cartel que decía «Solo botas de fútbol en el campo» y se dirigió a los futbolistas.

—Perdón, hola.

Un chaval alto de pelo rizado moreno levantó la vista.

—Estoy buscando a David Bovin, del Instituto Anatómico Forense, ¿lo habéis visto?

De repente, todo el equipo la miró. El chaval de rizos intercambió miradas con uno de sus compañeros de equipo y respondió:

—No, no sabemos nada de él. Ni siquiera ha puesto una excusa.

—Oye, ¿tú no eres poli? —gritó un chico paticorto con unas gafas de sol de aviador colocadas en la cabeza—. ¿Para qué necesitas a Bovin un domingo?

Anette se pasó una mano por el pelo y miró hacia otro lado.

—¿Tenéis entrenador?

—Debajo del marcador, el del chándal azul con el escudo de la Unión Deportiva de la Policía que está hablando por teléfono.

Los hombres miraron a Anette cuando se puso a avanzar por el césped embarrado.

El entrenador terminó la llamada, le dio la mano y vaticinó que iban a volver a llamarlo en unos segundos. Anette lo frenó antes de que alcanzara a hablarle de los jugadores que faltaban para el partido.

—Estoy buscando a David Bovin. Me han dicho que juega aquí, en el primer equipo —dijo Anette mirando al campo e intentando abstraerse de los dientes inusualmente amarillos del entrenador—. Hay informaciones que lo relacionan con un caso de asesinato y no sabemos nada de él desde el viernes por la tarde.

—Pues ya sabes más que yo —respondió el entrenador antes de escupir al césped—. No lo echamos en falta hasta hace una hora, cuando vimos que no se había presentado al calentamiento.

—¿Tienes alguna idea de dónde puede estar?

—Si la tuviera, esos diez tíos de ahí no estarían gritando, así que no.

—¿Suele ser serio?

—Eh, sí, viene siempre; es uno de nuestros mejores jugadores. Si no, nunca lo habríamos cogido para el equipo. Es civil y demasiado mayor; de hecho, debería estar en el equipo de veteranos, pero cuando lo vi jugar lo recluté enseguida.

El entrenador sacó un paquete arrugado de cigarrillos sin filtro y se encendió uno. Le ofreció a

Anette, que lo rechazó con un gesto cortés con la cabeza.

—¿Es agradable?

—¡Desde luego! Pasa un montón de tiempo en el club, hace cosas voluntariamente. Entrena a un grupo de niños abandonados una vez a la semana en el norte de Selandia. No gana un duro y se paga el transporte... Es que no entiendo dónde se ha metido.

—¿Niños abandonados?

—Del hogar infantil. En Dinamarca hay muchísimos, aunque nadie lo diga, y también necesitan moverse y divertirse. Es un asunto que le toca de cerca a Bovin. Él también se ha visto en esas circunstancias, si se me permite decirlo.

El teléfono del entrenador comenzó a sonar y levantó un dedo para hacer ver que la conversación se había acabado. Anette lo agarró del brazo antes de que se diera la vuelta.

—¿Qué quieres decir con que también se ha visto en esas circunstancias?

—Lo siento, tengo que responder... —dijo mientras tapaba el micrófono del móvil.

—¿Bovin ha estado en un orfanato o qué?

—No conozco los detalles y no sé durante cuánto tiempo, pero sí, ha contado que creció en uno. —Siguió hablando hacia el auricular mientras se alejaba a toda prisa—. Sí, Michael, te oigo. ¿Qué me dices, puedes venir?

Anette volvió a agarrarlo del brazo y se vio obligada a correr tras él.

—¿Dónde? ¿Sabes dónde?

Se tapó el oído que tenía libre y habló más alto. Anette tuvo que gritar para solapar la conversación telefónica.

—El sitio donde entrena a niños una vez a la semana, ¿sabes dónde está?

El entrenador retiró el teléfono en mitad de una frase y la miró furioso.

—En el norte de Selandia. No sé cómo se llama, pero creo que está en Kokkedal. ¡Y si te quedas aquí un minuto más, te meto en el campo a jugar el partido!

Anette se fue corriendo.

MIENTRAS ANETTE BUSCABA a David Bovin, Jeppe aparcó a un cansado y desmotivado Daniel Fussing en la sala de interrogatorios número seis, fue a por una jarra de agua y un par de vasos, y miró a Thomas Larsen, que seguía buscando a Esther de Laurenti, solo para recibir la triste novedad de que no había novedades. Nada nuevo de las unidades disponibles, nada nuevo de los helicópteros y ningún testigo. Parecía que se la hubiera tragado la tierra.

De vuelta a la sala de interrogatorios, tuvo que despertar a Daniel, que se había echado a dormir sobre la mesa. Cuando levantó los ojos rojos por encima de los brazos, su primer impulso fue preguntar por su guitarra. Jeppe señaló la funda y cruzó los brazos. Le daban ganas de reñir a Daniel Fussing; hacía que se sintiera viejo.

—Bueno, Daniel, ha sido una semana llena de acontecimientos. Dos amigos tuyos han sido asesinados y tú de juerga en juerga, ¿o qué?

Jeppe comprobó que la grabadora estaba funcionando.

—¿Es una pregunta? —dijo Daniel desorientado.

—Podría parecer un poco, cómo decirlo, insensible.

—No es que importe, pero anoche estuvimos tocando. Podría haberlo cancelado, y estuve a punto de hacerlo, pero es que es mi trabajo, ¿sabe? Igual que usted es policía. Exactamente igual.

Al contrario que usted, a mí no me pagan si cancelo. Y, para serle sincero, necesitaba olvidarme de todo un par de horas. Volver a sentirme una persona normal, ¿me entiende?

Jeppe miró su libreta vacía. ¿Cuándo se había convertido en un simple trabajador en vez de en el artista que una vez soñó ser?

—Puede que suene «insensible» —dijo Daniel haciendo unas comillas con los dedos—, pero todos me tratan como a un puto paria, me evitan si pueden. Y si los obligan a estar conmigo, me miran con cara de asco y hablan de mí a mis espaldas en cuanto no estoy. Es como tener el puto ébola.

Jeppe le echó agua en el vaso a Daniel, que se lo bebió de un trago.

—Por lo que sé, has roto con Caroline. ¿Puedo preguntarte por qué?

—Por qué, dice. ¿La conoce? —preguntó Daniel mientras jugueteaba con el vaso.

—Sí, una chica maja.

—Muy maja, sí. Y está buena de cojones. Pero no funcionaba. Estoy jodidísimo ahora mismo. Lo último que necesito es una novia igual de jodida y tan celosa.

—¿Caroline tenía motivos para estar celosa? —Jeppe vio que Daniel sopesaba si la policía tenía derecho a requerir esa información y puntualizó—. Pienso específicamente en Julie Stender. ¿Tenía motivos Caroline para estar celosa de ella?

Daniel se tocó la cabeza. Ahora le tocaba a él bajar la vista hacia la mesa.

—No me muero de ganas de explicarlo. Y no quiero que Caro esté más disgustada de lo que ya está. Pero sí, Julie y yo nos acostamos algunas veces, cuando Caro no estaba. Vivía más o menos en su casa, y ya sabe qué pasa cuando se bebe un poco de vino y se fuma un canuto. Pasó muy pocas veces y no era algo que proclamásemos a los cuatro vientos. Era maja, nos lo pasábamos bien. Ah, joder, es una tragedia.

Daniel puso la cabeza entre las manos, luego se frotó la cara con fuerza y volvió a levantar la vista.

—En realidad, más que follar, hablábamos. Sobre nuestras familias, que están locas.

¡¿Locas?! Jeppe le echó un vistazo a su libreta.

—Caroline mencionó que tú y Julie charlabais sobre vuestros orígenes familiares...

Daniel sonrió como si le doliera.

—Los dos habíamos perdido a nuestras respectivas madres de pequeños, y eso es como un club, o se es miembro o se está fuera. Nadie te prepara para que tu madre te abandone. Yo tenía ocho cuando murió la mía y sigo pensando en ella cada día. Nunca se supera, ni siquiera mejoras. Julie y yo nos entendíamos.

—¿Cuál es tu impresión del padre de Julie?

El padre estaba en ese momento en una sala de interrogatorios del mismo edificio confesando el asesinato de su propia hija. Jeppe mantuvo la voz baja, dejó la pregunta en el aire.

—Mmm... Christian es un macho de la vieja escuela. Ya sabe, fuerte apretón de manos con una mirada de «mantente a cinco pasos de mi hija». Julie contaba unas cosas bastante fuertes de él. —Daniel negó con la cabeza riéndose—. Durante mucho tiempo me creí sus historietas...

—¿Como qué? ¿Qué cosas fuertes?

—Por ejemplo, que pegaba a su madre. Cuando ella era pequeña. También cuando estaba enferma. Julie solía meterse en un armario de su habitación y se quedaba allí cantando para sí cuando oía que lanzaba el gotero contra las baldosas del suelo. Después se dio cuenta de que era

una cosa que había visto en una película. Julie tenía historias de estas por un tubo y no siempre estaban conectadas con la realidad. Eso es lo que pasa cuando uno crece sin madre, uno nunca recibe esa brújula moral con la que navegáis los demás.

Jeppe escribió «brújula moral» en la página en blanco que tenía delante.

—Su padre no era tan malo en realidad, ¿no?

—Christian pone mucho interés en tener los amigos adecuados (políticos, gente de la prensa, artistas) y en que su vida parezca la leche de feliz, pero la verdad es que es un paleta. Del tipo que está mejor en chándal, pero se compra trajes caros para encajar en un mundo que nunca va a aceptarlo. Ese tipo.

—Pero ¿quería a su hija?

Daniel asintió.

—Según Julie, no quería a nadie más que a ella y en eso creo que decía la verdad.

Julie, muerta. Kristoffer, muerto. Esther de Laurenti, desaparecida. A Jeppe le vino una náusea repentina, tuvo que tragar varias veces antes de poder seguir hablando.

—Se enfadó muchísimo cuando se enteró del lío de Julie con su profesor. ¿Sabes algo de eso?

—El feroés aquel, sí. Fue una cagada. Otra cagada. Hizo que lo despidieran y lo amenazó. Su muerte debía tener un motivo.

Daniel miró por la ventana el brillo del sol sobre el patio circular. Parecía que prefiriera estar en otra parte.

—¿Qué quieres decir?

—Los habitantes de la ciudad tenían que creer que ella era virgen, pura como la nieve. El profesor feroés también lo creía, pero Julie iba por delante, la desvirgaron en el cobertizo de las bicis cuando tenía trece años. Así es ser joven en el campo. Follamos porque no hay una mierda que hacer —dijo con una risa vacía.

Jeppe se rio un poco con el chiste; después, carraspeó.

—¿Te contó que estaba embarazada?

—Sí, pero mucho después... Me sonó a coña, solo tenía quince años.

—Exacto, con el feroés...

Daniel lo miró estupefacto y después se rio en alto.

—La cabrona de Julie era un caso aparte, joder, cómo la echo de menos. —Eché agua en el vaso y bebí—. Es demasiado que esté muerta. Ya no hay motivos para seguir guardando el secreto... El feroés estaba loco por ella, así que se fue a la cama con él cuando se dio cuenta de que estaba embarazada. Solo una vez. Ya estaba de muchos meses cuando pasó, pero él nunca tuvo sospechas.

—Pero ¿por qué?

Daniel levantó un hombro y lo dejó caer.

—Para tener un chivo expiatorio, una maniobra de distracción. Así el papá podía desviar su cabreo hacia alguien que no fuera ella. Julie podía ser muy cínica cuando quería.

Evidentemente, también lo bastante cínica para colarle a Esther de Laurenti la versión de la historia que más le convenía. Esther había protegido la historia del aborto de Julie como solo lo haría un amigo fiel cuando le confías algo valioso. Julie le mintió, aunque encontró en Esther una compañera de fatigas poco habitual. Jeppe sintió una gran tristeza al pensar en la joven solitaria que no había confiado en nadie más que en quien acabó matándola.

—Por otra parte, tengo que confesar algo —murmuró Daniel.

—¿Sí?

Jeppe levantó la cabeza y miró al joven. ¡Más confesiones! ¿Cuánta culpa y vergüenza puede contener un caso de asesinato?

—Le mandé una carta al feroés y le conté lo del bebé.

Así que la carta anónima a Hjalti Patursson la había mandado Daniel. Jeppe levantó la mano.

—Pero él no era el padre, ¡acabas de decirlo!

—Eso él no lo sabía. Y en principio podía haberlo sido.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Pues, por extraño que pueda sonar, por ayudar a Julie —dijo Daniel con una sonrisa triste—. Ella tenía dudas con la adopción, nunca lo deseó. La obligó el padre. Fue una pena enorme para ella no conocer a su bebé, pero no se atrevió a hacer nada, no sabía cómo. Yo creía que el feroés la ayudaría si pensaba que había sido padre. Evidentemente, me equivoqué.

Un gesto aparentemente caritativo. Un acto de amor hacia una amiga que, en último extremo, podía haberle costado la vida a Hjalti Patursson. Jeppe frunció el ceño.

—No lo entiendo. Para empezar, ¿por qué hacía falta una maniobra de distracción? ¿Quién la dejó embarazada?

—No puedo decírselo, Julie me hizo jurar que nunca se lo diría a nadie y no lo he hecho...

—¿Fue el padre?

Jeppe se dio cuenta de que estaba agarrando el bolígrafo compulsivamente y lo dejó sobre la mesa.

—¡Uf, no! No hay nadie tan enfermo —dijo Daniel mirando impactado a Jeppe, con una expresión de asco—. Pero aun así era bastante asqueroso. Julie, de vez en cuando, se acostaba con un amigo del padre. O camarada de la logia, no sé lo que eran. El caso es que iba a Sørvad un par de veces al año y se iba de caza y cenaba con el padre, se tiraba a su hija adolescente y se volvía a Copenhague. Y todavía el padre de Julie piensa que es un gran hombre. Mira, probablemente es otra de las historietas de Julie, no lo sé. Quizá era algo con lo que fantaseaba.

Jeppe dejó caer la vista sobre la funda de guitarra.

Satori. Revelación.

—¿Y no sabes si el amigo del padre por un casual es artista?

Daniel pareció un poco impresionado.

—Sí, sí lo es. El padre de Julie tiene la casa llena de cuadros suyos. Es el viejo ese. ¡Kingo! Ya dije que era asqueroso.

«No tienes ni idea de cuánto», pensó Jeppe y apagó la grabadora.

31

SOL EN LOS párpados, el mundo resplandece en rojo. Hace calor en la playa y la arena le araña la espalda. Las olas hacen ruido. Tiene la boca seca, tanto que le hace daño, y ella no puede moverse. ¿Se han acordado de traer agua?

Esther de Laurenti entreabrió los ojos. La luz del sol la cegaba. Tenía náuseas. ¿De dónde venía la luz? ¿No era de noche? Volvió a cerrar los ojos, pero la náusea no desapareció. Se tocó con cuidado la parte inferior del cuerpo; la parálisis se había esfumado con el sueño.

Madera basta, gravilla, ¿a qué olía? ¿Manzanas? ¿Mar? Esther levantó la mano y se la puso ante los ojos, los abrió despacio. Hierba, troncos de árbol a contraluz; estaba sobre la mesa de un jardín o en un parque. Oyó un pájaro cantor justo encima de ella y miró hacia arriba. Un mirlo entre hojas de color verde oscuro y frutos verdes. Intentó levantarse, pero estaba muy débil y volvió a echarse, sintió la superficie de madera contra la mejilla. Y el mundo se apagó.

Cuando volvió a despertar, el sol se había puesto y ella estaba entre sombras. El mareo había disminuido, pero no había desaparecido del todo. Se incorporó despacio y miró a su alrededor mientras movía los pies intentando que se le despertasen las piernas. Sus pantalones de lana blancos estaban manchados y estropeados. Nunca había tenido tanta sed. Si no bebía algo, se moriría.

Volvió a mirar a su alrededor y vio una mesa de madera en un jardín grande junto al agua. Entre el agua y ella había una terraza de piedra con una caja de arena cerrada con llave, y más allá, hacia el seto, una cama elástica rodeada por una red de seguridad. Había árboles por toda la superficie, pero no flores. Detrás de ella, la fachada de una casa cubierta por un andamio. No había ni un alma. Le sobrevino una sensación de irrealidad, quizá seguía soñando. ¿Cómo había llegado hasta allí?

—Debes de tener mucha sed.

Esther se estremeció, la profunda voz masculina sonaba tras ella. Se dio la vuelta con dificultad, le dolía el cuello. El sol le daba directamente en los ojos, levantó el brazo dolorido para darse sombra con la mano. Al lado del banco había un hombre sonriéndole. Esther se sintió momentáneamente tranquila, la presencia de otra persona le daba seguridad.

Le dio un vaso de agua que ella bebió con cautela.

—¿Te ha sentado bien?

Le cogió el vaso. Ella asintió y el cerebro palpitó contra el cráneo, guiñó los ojos y lo observó. Parecía agradable. Joven, pelo corto, entradas pronunciadas, ojos claros, sonrisa amable y gafas.

—¿Dónde estoy?

Él sonrió aún más, haciendo que los dientes formasen dos hileras blancas.

—Ni siquiera me reconoces, ¿verdad?

Esther seguía mareada. Intentó ponerse recta mientras se lo pensaba bien. Sí, lo había visto antes. Le pesaba tanto la cabeza... ¿Dónde había sido?

—Creo que quiero irme a casa. ¿Puedes ayudarme? —dijo mientras estiraba el brazo hacia él; no estaba segura de poder ponerse de pie sin apoyarse en algo.

Él le sostuvo la mano con calidez y con fuerza, le acarició el dorso de la mano. Se acercó mucho, de un modo desagradable. Ella intentó retirar la mano discretamente, pero él la apretó con más fuerza y la siguió acariciando. Se inclinó hacia ella de manera que su boca se quedó a pocos centímetros de la oreja de Esther; cerró los ojos con fuerza. La voz seguía siendo cálida y amable.

—Pero, mamá, si ya estamos en casa.

32

—LA COMISARIA NO va a discutirlo. Oficialmente, la investigación de los asesinatos de Julie Stender y Kristoffer Gravgaard queda en suspenso y se envía al equipo a casa durante un día para que descanse.

Jepe se guardó el teléfono en el bolsillo mientras Anette ponía el intermitente. Seguía sin haber noticias de Esther ni mensajes de Anna. A cambio, su madre lo había llamado dos veces. Iban de camino al aeropuerto para recibir a Erik Kingo, que en media hora aterrizaría procedente de Hungría.

—Pero...

La protesta de Anette se apagó por sí sola y Jepe prosiguió.

—Está de acuerdo en que tú y yo sigamos trabajando para esclarecerlo todo y demos con una explicación sobre cómo sucedió, pero con una confesión entre las manos no puede justificar el uso de recursos. Tenemos un par de días como mucho.

—Pero eso no tiene sentido.

—No, la confesión no se sostiene. La comisaria debe de estar sufriendo mucha presión desde arriba para hacer esto, pero, como ella dice, no es el típico caso en el que alguien confiesa algo que no ha hecho. Christian Stender se enfrenta a cadena perpetua. ¿Por qué iba a inculparse voluntariamente si no ha sido él?

—Pero ¿qué pasa con la huella falsa y la amistad secreta de Bovin y Kingo? ¿Y el lío con Julie Stender? ¿Y el manuscrito, joder! —dijo Anette casi gritando.

—No es a mí a quien tienes que convencer, ya lo sabes.

—¿Y qué vamos a hacer para encontrar a Esther de Laurenti?

—Sigue siendo una prioridad —dijo Jepe mientras miraba por la ventanilla.

—¿Qué pasa con su teléfono? —preguntó Anette impaciente.

—No aparece cuando intentamos rastrearlo vía satélite, así que o está apagado...

—O está en el fondo de un lago —dijo Anette y golpeó el volante furiosa—. Pero ¿qué explicación tiene? ¿Por qué desaparece de repente si el asesino está en prisión preventiva?

—No lo sé —suspiró Jepe—, pero nunca abandonararía a sus perros sin antes dejarles comida, ¿no?

—¿Bien visto! Si intentásemos buscarla, ¿por dónde empezaríamos?

—¿Tú y yo? —exclamó Jepe señalándolos a los dos.

—La comisaria nos ha dado un par de días, ¿no? ¿Y no estamos de acuerdo los dos en que los asesinatos, aunque dudemos del móvil, los cometió David Bovin? ¿Sin importar lo que Stender

pueda afirmar y por qué?

—Lo estamos. ¿Podrías mirar a la carretera mientras conduces, por favor?

—¿Y no crees también que hay una gran probabilidad de que sea el propio Bovin quien ha secuestrado a Esther de Laurenti, si no la ha matado ya?

—Sí, estamos de acuerdo.

Jeppe se llevó las manos a los oídos, que le pitaban. Pasaron por un túnel con hélices en el techo y Anette se subió las gafas de sol a la frente.

—¡Entonces tenemos que encontrarlos!

Jeppe se rio en contra de su voluntad.

—No es que no aprecie tu entusiasmo, pero ¿cómo crees que vamos a encontrarlos nosotros si la investigación oficial no ha sido capaz de hacerlo?

Anette pisó el acelerador y adelantó a un camión poniendo en peligro el parachoques.

—Escucha, Mosbæk tenía razón en cuanto a que nuestro asesino era un niño de orfanato. Parece ser que David Bovin, encima, pasa una tarde cada semana dando clases de fútbol a los huérfanos, o, como dicen ahora, niños abandonados, en un orfanato de Kokkedal. Podríamos pedirles a Larsen y Saidani que fueran e intentaran encontrarlo.

—Mmm, vale la pena. Voy a llamarlos.

No tenían nada mejor que hacer un domingo por la tarde que seguir una pista más en el norte de Selandia.

Jeppe sacó el teléfono. Ningún mensaje. Había empezado a escribirle a Anna como cien mensajes, pero se había frenado todas esas veces, como un niño atolondrado en una montaña rusa de sentimientos, volando en la caída libre del enamoramiento y a la vez sufriendo por la desaparición de Esther. Mientras los dedos tecleaban el número de Saidani, miró por la ventanilla hacia el hormigón que pasaba ante sus ojos y se maldijo. Nunca debió incitar a Esther a seguir comunicándose con el asesino.

Con Bovin.

LA ZONA DE llegadas del aeropuerto de Copenhague estaba repleta de madres, hijos y novios llenos de esperanza que estiraban el cuello entre la multitud para ver a los viajeros acercarse. Erik Kingo apareció entre un grupo de gimnastas con chándales azules y amarillos a los que recibieron entre vítores y banderas al aire. Estaba moreno, llevaba una chaqueta blanca de lino y se le veía relajado; no parecía una persona que acabara de volar durante dos horas y mucho menos alguien que estuviera nervioso por lo que pudiera acarrear su llegada. Su fuerte brazo apartaba un bolso de cuero curtido para que no tocara los pantalones, de color caqui claro. Bajo el otro brazo, Kingo llevaba un unicornio de peluche gigante de color morado. No miró a su alrededor, simplemente giró a la derecha y se encaminó directamente al lugar donde estaban los taxis, justo como esperaban. Fueron a por él en la puerta giratoria.

Anette le quitó el bolso antes de que Kingo pudiera protestar y Jeppe lo agarró fuerte del codo y lo condujo al aparcamiento.

—Bienvenido a casa. Espero que no le sorprenda vernos.

—Mi editor mencionó la posibilidad de que estuvieran aquí. No fue muy discreto por su parte contactar con él.

Anette se colgó a la espalda el bolso de viaje de Kingo.

—La discreción es un lujo que ya no podemos permitirnos. También podría usted coger el teléfono alguna que otra vez.

Kingo la miró con desprecio y se dirigió a Jeppe.

—No tengo tiempo para esto, tengo que ir directamente a una cena en casa de mi hijo; es el cumpleaños de mi nieta.

Jeppe sonrió.

—¿Dónde es? Lo llevamos y así hablamos por el camino.

—Es en el puerto de Tuborg, en la avenida de Philip Heyman. Pueden dejarme donde la botella gigante de Tuborg y hago andando el último tramo. Es este coche oscuro, ¿no?

Abrió la puerta de atrás, entró y dejó el unicornio en el asiento. Jeppe y Anette intercambiaron miradas antes de entrar; Anette, como siempre, al volante y Jeppe en el asiento del copiloto, donde podía girarse y hablar tranquilamente con el pasajero.

—¿Ha tenido un buen viaje?

—Si lo que quieren es charlar, igual puedo coger un taxi. ¿Qué quieren? —dijo Kingo tras resoplar.

Vale, directo al caso, le venía bien a Jeppe.

—¿Sabe dónde se encuentra Esther de Laurenti?

—¿Ha desaparecido? —preguntó Kingo, que parecía sinceramente sorprendido. La comisura de los labios se levantó un poco esbozando una sonrisa, solo un destello que luego desapareció; su cara se veía seria en el reflejo de la ventanilla—. No, no tengo ni la más remota idea de dónde se encuentra Esther. ¿Están seguros de que no se ha ido a que les dé el aire a los perros?

Jeppe apretó los dientes.

—Esto es serio. Lleva casi un día desaparecida.

Miró de reojo su reloj. Tenían menos de veinte minutos de camino para decidir si podían llevarse a Erik Kingo a la comisaría o no.

—¿Cuál es su relación con David Bovin?

Si a Kingo le había sorprendido la pregunta, lo disimulaba muy bien.

—David es mi antiguo asistente. Trabajó para mí hasta hace un año o año y medio, consiguió un trabajo a jornada completa y tuvo que dejarlo. Sí, y también ha expuesto en mi galería.

—Obtuvo un puesto en el Instituto Anatómico Forense. ¿Sabe lo que hacía allí?

Kingo encogió los hombros.

—Algo así como un trabajo con huellas dactilares, ¿verdad? Rollo policial. Pero, ¿no debería saberlo usted mejor que yo?

—Se puede decir que era una cosa muy distinta a... ¿qué hizo él por usted?

Jeppe notó un mareo incipiente, pero no se atrevió a mirar al frente por miedo a perderse las reacciones de Kingo. Por el rabillo del ojo pasaba la calle Amager Strand.

—Lo mismo que hacen todos mis asistentes. Llevan mi agenda, pagan mis facturas, arrastran los moldes, me traen café y papel higiénico. Vienen conmigo a las bienales y a exposiciones a las que nunca se acercarían de otro modo. El sueldo no es excesivo, es la experiencia lo que cuenta.

—Me da que está en el punto más alto de la escala de edad de un asistente. Tendrá ¿treinta y cinco, como mínimo? ¿Cómo lo conoció en aquel momento?

—Envió una solicitud —dijo Kingo sin mover una pestaña—. Escribió página tras página

dónde había visto mis obras, que había leído y releído mis libros y que todo ello le había causado una gran impresión. Cartas de esas recibo unas cuantas, pero iba a reemplazar a mi antiguo asistente en aquel momento, así que lo llamé para una entrevista. Estaba cualificado y lo contraté.

—¿Cualificado? ¿Cómo?

Kingo sonrió. Una risa burlona, le pareció a Jeppe, pero quizá simplemente estaba siendo amable.

—Vino a su hora, sabía leer y hacer café. Humilde. En realidad, todos los que trabajan para mí como asistentes quieren ser artistas, y David no era una excepción. Pero para mí lo más importante es que sean abiertos y escuchen lo que les digo. No hay nada peor que un asistente demasiado ambicioso que olvida cuál es su sitio y cree que soy un billete gratis a Venecia.

—¿Era bueno en su trabajo?

—¿Se refiere a como asistente o como artista? Su talento, por decir las cosas como son, era limitado. Tenía un instinto fino, pero nunca se lo tomó en serio y, por tanto, nunca lo desarrolló. No se puede llegar a ser un buen artista cortando setos.

—Aun así, expuso en su galería hace poco.

Kingo se rio y no había duda de que había sido con burla.

—Cinco obras en una exposición colectiva en primavera. Una vieja promesa de cuando trabajaba para mí.

—¿Han mantenido el contacto o dejó de hablar con usted?

—Esporádicamente.

—¿Cómo era como asistente? —preguntó Jeppe con el tono todavía bajo, como si la pregunta no fuera importante.

—El mejor que he tenido —dijo Kingo sonriendo a su reflejo en la ventanilla—. Sentí mucho que tuviera que irse. Siempre suelo ser yo quien se cansa de ellos, pero David no me decepcionó.

—¿Por qué lo dejó si funcionaba tan bien?

Kingo suspiró, hartado.

—Dígame, ¿por qué solo preguntan por David? ¿Está bajo sospecha por algo?

Jeppe no respondió.

—Pero si ya trabaja con ustedes, ¿por qué cojones tengo que perder la tarde respondiendo por él? —protestó Kingo dedicándole a Jeppe una mirada acusatoria. Parecía que no estaba acostumbrado a que lo obligasen a hablar—. No podía seguir, no iba a ser artista. Tenía que conseguir un trabajo de verdad antes o después —respondió finalmente y, fuera de sí, golpeó con la mano el techo del coche.

Anette carraspeó y miró al cruce que tenían delante. Era en ese momento cuando tenían que decidir si iban hacia la sala de interrogatorios de la jefatura. Jeppe hizo un gesto con la cabeza hacia el lado contrario y Anette giró a la derecha. Rumbo al puerto de Tuborg. No tenían suficiente para retenerlo.

—¿Y cómo es David Bovin?

—¿Qué quiere decir? ¿No acabo de describírselo?

—Sí, pero ¿cómo es como persona?

—Pues nunca hemos sido amigos —respondió Kingo malhumorado y con la cabeza girada hacia la ventanilla—, así que se sobreentiende que no puedo darles nada más que mis sensaciones...

—¿Cuánto tiempo trabajó para usted? —interrumpió Anette.

—Un año, mes arriba, mes abajo.

—Viajaban juntos, trabajaban e iban a exposiciones... ¿seguro que tiene algo más que sensaciones! —exclamó sin ocultar su escepticismo—. ¿Hasta qué punto se conocían?

Se hizo el silencio en el coche. Jeppe se forzó a mantener la mirada fija en la de Kingo; reconocía a un manipulador cuando se cruzaba con uno.

—¡Que responda a la pregunta!

Kingo resopló exageradamente.

—David era amable, callado y centrado, con una rica vida interior. También es un alma herida. Hundido, desilusionado, solitario. Una de esas personas a las que les cuesta hacer que la vida vaya bien después de haber estado en la guerra. Infancia horrible, educación insuficiente, buenísimo para ser soldado, pero no para muchas otras cosas.

Jeppe vio Kongens Nytorv pasar ante la ventanilla y desaparecer tras él.

—¿Qué sabe de su infancia?

Otra vez ese destello de diversión en la mirada, que desapareció tan rápidamente que Jeppe no estuvo seguro de si lo había visto bien.

—David vivió en innumerables instituciones y con familias adoptivas. Eso no es una vida tranquila. —Le tocó a Anette en el hombro—. Por favor, acelere un poco, que llego tarde.

Agarró con fuerza el volante y los nudillos se le pusieron blancos. Kingo continuó hablando.

—David era desafortunado. No sé qué fue mal, pero nunca tuvo una familia buena. Y, como todos los niños huérfanos, fue de un sitio a otro con un vacío dentro. En realidad, ese es su motor como artista y como persona: la soledad, la incertidumbre borrosa que es su pasado. Y luego está esa enorme ira por haber sido rechazado. Deseaba fervientemente encontrar a su madre biológica. Lo ayudé lo mejor que pude. Se convirtió en... un pequeño proyecto.

—¿Lo consiguió?

—No —contestó Kingo mirando a Jeppe a los ojos y sonrió—. Por desgracia, nunca lo conseguí.

33

—¿ESTÁS BIEN?

Esther de Laurenti luchaba contra el llanto. Tenía los tobillos y las muñecas atados con bridas que se le clavaban en la piel. Las olas le chapoteaban en los muslos y las piedras afiladas que había en el agua le hacían cortes en las plantas de los pies. Le costaba mantener el equilibrio en cuclillas en la orilla, pero si cedía y dejaba que las olas se abriesen paso, alcanzaría el cuchillo que apuntaba hacia ella. El sol estaba bajo y proporcionaba un color cálido y dorado, pero le castañeaban los dientes a causa de la ropa empapada.

—Bueno, por fin te has despertado. Me he aburrido, llevabas catorce horas durmiendo como mínimo —dijo y cerró los dos ojos con fuerza, como si le picasen tras los cristales de las gafas—. Te he traído aquí para enseñarte mi casa de la infancia. Pensaba que tenías que venir antes de que todo esto acabara. Yo he visto la tuya y creo que ahora deberías tener permiso para ver la mía. O mejor dicho, una de ellas. Internado Mælkevejen, ¿qué me dices?

David Bovin se enderezó en la silla que había puesto en la orilla sin apartar el cuchillo, cuya punta flotaba en el aire a diez centímetros de la cara de Esther.

—Están gastando millones en acondicionarlo. Habitaciones nuevas, cocina nueva, gimnasio y un bonito jardín con camas elásticas. Cuando viví aquí la cosa era distinta. Dormíamos en una sala enorme, menos los chicos mayores y el pedagogo, que no podían tener las manos quietas.

—Suéltame —suplicó Esther—. No sé quién eres, pero te prometo que no tengo nada que ver con tu infancia.

—¿Ah, no? Con qué elegancia lo has dicho. Pero claro, también puedes permitirte ser elegante. Hija única, ¿verdad? El ojito derecho de tus padres. ¿Cuánto vale hoy un edificio así en el centro?

—Puedes quedártelo, pero suéltame. Te lo ruego.

A Esther la alcanzó una ola y la volcó hacia un lado. La cabeza se le hundió bajo el agua y no era capaz de volver a la superficie con los brazos atados y las piernas dormidas. Luchó un rato largo antes de que se le llenasen los pulmones de agua, y después notó que unas manos la agarraban con fuerza del cuello y volvían a ponerla en cuclillas.

—Créeme, esto tampoco es fácil para mí. Llevo toda la vida deseando otra cosa, pero no podía decidirlo yo.

Esther tosió e intentó ponerse de pie. Le ardían los muslos. El balanceo del cuchillo hizo que volviera a ponerse en cuclillas de inmediato.

—No puedo seguir con esto, duele mucho.

—¿Crees que me interesa oírte hablar de dolor? ¿Crees que yo no siento dolor por tu culpa? ¡Me abandonaste! Tú estabas ahí con tu vida privilegiada y no podías aguantar a un niño —dijo furioso—. ¿Qué crees que se hace con un niño al que no quiere nadie? ¿Entiendes lo que has hecho? ¿Cómo es ir de familia en familia hasta que te abandonan y te meten en un internado con el resto de los chicos a los que nadie quiere?

—Espera, no fui yo...

—Mírame el brazo. Con nueve años mi llamado padre de acogida intentó cortarme la mano con un cuchillo de cocina. Pasó medio año hasta que me sacaron de allí. Nunca hubo nadie que me creyera. ¿Quién crees que se interesaba por mis dibujos? Lloro, *mamá*, que tienes motivos para hacerlo —dijo gritando la palabra *mamá*.

—Yo... no... yo no soy... tu madre.

Los calambres de las piernas de Esther eran tan fuertes que hablaba con hipo y lloraba de dolor. Los mocos le caían hasta la boca y el agua salada le picaba en los ojos.

Así que allí era donde iba a morir. Ya.

—¡Tú ya no eliges! —dijo gritando—. ¡Mírame! Nunca he tenido madre porque no me quisiste. ¡Pero me las he apañado!

Otra ola hizo que Esther se cayera. Esa vez no peleó. Quizá podía volverse tan pesada como para hundirse hasta el fondo; así podría llegar a mar abierto y disolverse. Chapotear y fluir para siempre. Nunca más sentir dolor.

—Todo esto es obra tuya. Tú escribiste el guion, orquestaste la muerte de Julie, los dibujos de su cara, todo. ¡Tú me creaste! Quizá contra tu voluntad, pero lo hiciste.

Le hablaba al oído, mientras Esther flotaba en sus fuertes brazos. Las nubes entraban y salían de su campo visual y le aturdían la cabeza. Ya lo había aceptado. Cerró los ojos.

La voz se volvió dulce, casi cariñosa.

—Cuando Julie abrió la puerta, estaba contentísima de verme. Tendrías que haber visto su cara cuando saqué el cuchillo. Nunca he visto a nadie sorprenderse tanto, excepto, a lo mejor, cuando empecé a tallar su piel de melocotón. Me tomé la libertad de hacer un dibujo propio, mi huella dactilar en su mejilla.

Esther lloró ruidosamente. Él la golpeó y la hizo caer sobre las piedras afiladas, que le perforaron la piel y la carne. Ningún dolor es más fuerte que el físico, ¿no fue eso lo que escribió Orwell? ¡Pero era mentira! Incluso con un cuerpo que gritaba de dolor, lo que más daño le hizo fue pensar en Julie.

—Y tu amigo Kristoffer. El hijo que nunca tuviste. ¿Quieres saber cuánto dolor soportó? ¿Lo asustado que estaba justo antes de morir?

—¡NO! —gritó Esther con una fuerza que no sabía que aún tenía—. ¡No, no, no, no, no!

Él estaba de pie frente a ella, haciéndole sombra.

—El muy idiota quería quedar porque me había reconocido y sospechó. Tuvo buen ojo, pero quizá fue algo ingenuo. ¿Sigues sin reconocerme? ¡Te tomé las huellas hace un par de días, mami!

La agarró del pelo y la levantó para estar a la misma altura.

—¿No te sueno de nada? Dime, joder, ¿soy invisible para ti?

La golpeó y ella cayó con fuerza sobre las piedras. Hubo algo que crujió en su mandíbula.

—Eh, ¿quieres oír algo divertido? —Se puso de pie, echó la pierna hacia atrás y le dio una patada en las costillas—. Acaban de decir en la radio que han detenido al asesino. ¿No es una

historia divertida? —Le dio otra patada—. Qué oportuno. Eso quiere decir que podré trabajar con calma. Puedes convertirte en mi obra final. Mi *Ronda de noche*, mi *Jardín de las Delicias*. ¿Qué me dices? ¿No te parece irónicamente poético?

Le dio más patadas en la espalda y se agachó junto a ella. Tenía la parte inferior de la cara paralizada por el dolor y una mezcla de saliva y sangre le salía de la comisura de los labios y le bajaba por el cuello. Le dolieron mucho las órbitas de los ojos cuando juntó los labios para escupir. Le dio en la barbilla.

Esther cerró los ojos ante su bramido de ira.

34

—AHÍ ESTÁ LA botella de Tuborg. Les doy las gracias por acercarme.

Kingo cogió el peluche y buscó el manillar de la puerta; no tenía más tiempo para sus tonterías.

—Un momento, tenemos un par de preguntas más. Cuéntenos algo de su relación con Julie Stender. Tenemos un testigo que afirma que tuvieron un lío sexual.

Esa frase hizo que se detuviera.

—Tenía más de la edad mínima para mantener relaciones. Y no me venga con moralismos, soy plenamente consciente de que esa clase de relaciones parecen sacar de quicio a las mujeres de más de cuarenta —explicó Erik Kingo y señaló a Anette sin disimulo.

—¿No cree que podía haber sido una información relevante que hubiera tenido relaciones sexuales con la víctima? —preguntó Jeppe sin poder ocultar su desprecio.

—Arggh, vale ya, fue hace años y no significó una mierda. Fue pura diversión. Menudo embrollo si tuviera que ir manteniendo informada a la gente de todas las mujeres con las que me acuesto.

—¿Mujer? ¡La hija de quince años de su hermano de la logia! ¿Cuántos tiene usted? ¿Sesenta? —dijo Anette.

Kingo levantó las cejas con una mirada dirigida a Jeppe que significaba «¿ve lo que le decía?».

—Está lejos de ser la única adolescente a la que me he tirado. También me he follado a putas, chicas de servicio, negras, amarillas y rojas. Y si me preguntaran por qué, la respuesta sería ¡porque puedo! Está claro que usted —dijo señalando de nuevo a Anette— come muchos pastelitos, pero es asunto suyo.

Jeppe le puso la mano en el brazo a su compañera para tranquilizarla.

—¿Qué tal llevaba Christian Stender que usted se acostase con su hija?

Kingo cerró los ojos.

—Pues no era algo de lo que hablásemos en el desayuno. Ella se metía a hurtadillas en mi habitación cuando pasaba la noche allí, y se pueden contar con los dedos de una mano las veces que sucedió. Él no se enteró. ¡Y no tiene por qué saberlo! Por lo demás, yo no era el único, ¡créame! —dijo riéndose sofocado al pensar en la precocidad de Julie Stender.

—¿Sabe que se quedó embarazada en ese periodo?

—No.

Parecía que no había nada que le importase menos.

—Julie tenía muy claro que usted era el padre —continuó Jeppe, aunque solo tenía esa información gracias a Daniel.

Kingo negó con la cabeza y levantó la mano.

—Eso es ridículo. Querría haber oído eso.

Jeppe ardía en deseos de llevarse a Kingo a la comisaría, pero sabía que se metería en un lío si lo hacía.

—¿Cómo es su relación con Christian Stender?

—Es uno de mis pluviales. Todos los artistas tienen varios. Al menos los que tienen éxito.

—Creo que debería profundizar en eso.

Kingo parecía aburrirse.

—Me compra obras de arte, me ayuda a conectar con gente del mundo empresarial. A cambio, yo le doy un brillo estelar a su vida acudiendo a sus fiestas y yendo a cazar con él. Es un trueque normal, provechoso para ambas partes.

—Entonces, ¿no diría que es un amigo cercano?

—¿Qué es la amistad? Nos enriquecemos la vida mutuamente. Mucho más no se puede pedir.

Jeppe lo miró serio.

—¿Le impactaría que Christian Stender tuviera algo que ver con la muerte de su hija?

Le costaba ver la cara de Kingo en la oscuridad del coche. Estaba sentado, inmóvil.

—Sí, por supuesto que me impactaría. ¿Por qué me hace esa pregunta?

Jeppe levantó una mano.

—Lo siento, no puedo decirle más. Pero ¿consideraría inverosímil que hubiera matado a su hija?

—Sí.

Recogió sus cosas y abrió la puerta.

—Y ahora, si me disculpan, llego tarde y mi nieta se va pronto a dormir. Sobra decir que espero que los detalles de mi relación con Julie Stender sigan siendo confidenciales. Si se filtra alguno, les aseguro que primero lo negaré todo y después utilizaré todos los contactos posibles para hacer que los despidan a ambos. Buenas noches.

Kingo salió del coche y dio un portazo. Lo observaron irse hacia el barrio de viviendas de lujo, que estaba desierto. Su modo de andar no parecía tan orgulloso como hacía media hora.

—¿Qué es un pluvial? ¿Lo sabes? —preguntó Anette mientras bajaba la ventanilla. Aspiró profundamente el aire veraniego.

—Un pájaro que vive de los restos de comida que hay en la boca de los cocodrilos. El pluvial come y le limpia la dentadura al cocodrilo, que, por tanto, no se lo zampa. Mientras haga bien su trabajo, todos contentos.

—¿Y si no lo hace?

Jeppe dio una palmada fuerte con las manos.

—Pues es su estrategia, se lo zampa. CAÍA LA OSCURIDAD sobre el estrecho de Øresund. Thomas Larsen y Sara Saidani aparcaron ante los bungalós de ladrillo amarillo y comprobaron el número de nuevo. Bukkeballevj, 14. El internado Mælkevejen lucía dorado con las ventanas sin parteluz de los años setenta. Un discreto cartel municipal que no se hizo evidente hasta que no llegaron a la puerta principal lo confirmaba. Sara miró a su alrededor. Se respiraba paz y era

idílico. Llamó al timbre y al responder le pidieron que mostrase la placa por la videocámara del telefonillo. Evidentemente, había que ser efectivo a la hora de mantener a la gente alejada. O encerrada.

Un joven pedagogo abrió la puerta. Llevaba en los brazos un bebé que lloraba y al que intentaba poner un chupete azul. Se movía de forma mecánica de lado a lado con el niño, que gritaba cerca de su pecho.

—Tenemos a este pequeñín con otitis media —explicó—. ¿En qué podemos ayudarlos?

—Buenas noches. Venimos por un secuestro —dijo Saidani intentando hablar normal, pero terminó casi gritando a causa de los llantos del niño.

—Voy a buscar a la directora; está viendo una película con los mayores. ¡Esperen aquí!

El joven se fue con la cabeza inclinada sobre el bebé. Fue un alivio librarse de los llantos. Al poco rato, apareció una mujer por la puerta.

—¡Hola! Jeanette.

La directora, una mujer robusta con flequillo y pelo corto y una mirada alerta, les dio la mano a ambos.

—Venimos buscando a una persona que ha desaparecido —empezó diciendo Saidani—. No tiene que ver necesariamente con ustedes, pero tenemos la hipótesis de que un sospechoso está vinculado a este lugar. ¿Podría haberse colado alguien y estar escondido aquí?

La mirada escéptica se intensificó.

—¿Aquí? Imposible. Hemos estado en todos los rincones de la casa y el jardín justo hasta ahora que se ha hecho de noche. Ha habido baile en el gimnasio y *rundbold* y escondite en el jardín, y no hay rincones secretos. ¿Por qué se escondería alguien aquí?

Saidani esquivó la pregunta.

—¿Tienen un entrenador de fútbol que se llama David Bovin?

La directora tardó en contestar.

—Sí, es uno de los voluntarios de la fundación de ayuda a los niños. Realizan distintas actividades para nuestros jóvenes, baile y fútbol, entre otras. Es bueno que haya actividad física, en especial para este tipo de niños.

—¿Tiene llaves de aquí?

Se rio brevemente.

—Ni siquiera los pedagogos que están aquí fijos las tienen. Como habrán podido ver, necesitamos tener medidas de seguridad muy estrictas. Los internos rara vez acogen de buen grado las normas. David viene cada jueves por la tarde y entrena a los jóvenes en el gimnasio o en el jardín. Pero no, no tiene llaves.

—¿Se le dan bien los niños?

—Sí, opino que sí. Bastante formal, pero eso a los jóvenes les gusta. Él se los toma en serio. ¿Hay motivos para que estemos intranquilos por algo? —preguntó la directora mientras se llevaba la mano a la barbilla.

—No; de momento, no. Simplemente tenemos que hacer preguntas.

—Sí, no podemos correr riesgos con los niños...

—Si hay algo de lo que preocuparse, la informaremos. ¿Está totalmente segura de que no hay nadie aquí escondido?

—Al cien por cien.

—Entonces, disculpe las molestias y que tenga una buena tarde.

Entraron en el coche y, cuando Saidani ya había encendido el motor y metido primera, alguien llamó por la ventanilla. Se dio un gran susto y esperó que Larsen no se hubiera dado cuenta de ello. Al otro lado estaba la directora agachada. Saidani bajó la ventanilla.

—Acabo de acordarme de una cosa. Esta no es nuestra dirección habitual. Nos han otorgado una gran ayuda y estamos renovando y reformando, así que nos han reubicado aquí durante el año que va a durar la renovación. Nuestra casa está en Strandvejen, en el número 332; está a menos de cinco minutos de aquí. —Se detuvo y continuó—. Bueno, era eso lo que quería decirles, no sé si les servirá. ¡Adiós de nuevo!

Se volvió corriendo, descalza, a la puerta principal.

El 332 de Strandvejen resultó ser un edificio muy distinto a la casa que acababan de visitar, un gran palacio pintado de blanco con tejas vidriadas, que estaba retirado de la carretera y daba al mar. De no saber lo que era, uno se habría imaginado que era la casa de un ricachón. Aparcaron y entraron por la verja del jardín, que, sorprendentemente, estaba abierta. La casa y el terreno estaban a oscuras. Ni siquiera las luces de la entrada, que parecían funcionar con sensor, se activaron a su paso. Caminaron despacio por la gravilla, atentos a cualquier ruido. Cuando se acercaron un poco más, pudieron ver el andamio que rodeaba a la casa y que le daba un aspecto hostil. Hibernación a mitad de agosto. Comprobaron la puerta principal para ver si alguien había forzado la cerradura. Costaba obtener una buena vista con la linterna de bolsillo, pero en un primer momento no lo parecía.

Se oyó un fuerte chasquido detrás de ellos. Ambos se estremecieron y contuvieron la respiración hasta que vieron un trozo de lona suelto que se movía cuando venía un golpe de viento. Se sonrieron de una manera un poco tonta. Saidani sacó la pistola de la funda y le quitó el seguro. Apagaron la linterna y avanzaron despacio, para evitar que el foco de luz revelase su presencia antes de que ellos descubriesen a alguien.

Tenían que ir con cuidado en medio de la oscuridad. Por suerte, el reflejo del mar hacía que pudieran rodear más o menos con seguridad los bancos y los árboles. Saidani se dio con una caja de arena. Se detuvo y le pidió a Larsen que la abriese mientras ella lo cubría. Él se acercó a un costado de la tapa y la levantó con prudencia. La caja estaba vacía, ni siquiera contenía arena. La tapa hizo un pequeño ruido cuando volvió a su sitio. Se quedaron quietos esperando, pero no había más ruido que el del mar y los ocasionales chasquidos de la lona. Siguieron atravesando la vegetación con cautela.

Cuando ya habían zigzagueado todo el terreno, Saidani frenó en seco.

—Hay alguien en la playa —dijo susurrando.

—¿Estás segura? ¿No serán algas?

Empezó a correr con Larsen pisándole los talones.

—¿Qué es? ¡Espérame! ¡Enfoca allí!

Saidani llegó al lugar y encendió la linterna de bolsillo. Miraron a lo que, inconfundiblemente, era un cuerpo humano. Les costó ver la cara a causa de la sangre, pero el pelo corto teñido y el pequeño cuerpo empapado de color pastel despejaron toda duda.

—¡Es ella! —exclamó Sara oyendo el pánico en su voz—. Tú llama a una ambulancia, yo voy a ver si sigue con vida. ¡Y atento! No sabemos si sigue escondido por ahí.

MEDIA HORA DESPUÉS, una ambulancia bajaba a toda velocidad por la rampa de acceso a urgencias del Hospital Universitario y se paraba delante de las puertas deslizantes. El coche patrulla escolta aparcó al lado mientras los médicos de la ambulancia desplegaban la camilla con ruedas y la introducían en el edificio. Sara Saidani había ido en el coche patrulla y fue recibida por el médico de guardia. El hombre, con pantalones verdes y camiseta blanca, se puso una bata de plástico y un gorro protector mientras Saidani le transmitía a la velocidad del rayo lo que sabía, antes de que la dejaran en el pasillo que daba a las salas. Los médicos le cortaron la ropa de inmediato y la pusieron en una gran bolsa de plástico que le entregaron a Saidani para que la custodiase. Cuando se pusieron el delantal plomado rojo y hubieron preparado todo para llevarla a rayos, entraron corriendo Anette y Jeppe. Fue este quien abrió la veda.

—¿Está viva?

—Aún no sabemos nada —dijo Saidani encogiéndose de hombros—, acaban de empezar a tratarla.

—¿Y el asesino?

Se oyó a sí mismo gritando, pero no podía hacer nada para evitarlo.

—Aún no hay pistas. Larsen y los coches patrulla están explorando la zona.

A Jeppe se le subió la sangre a la cabeza y tuvo que ponerse de cuclillas con la cabeza entre las piernas. La línea donde las paredes amarillas se juntaban con el linóleo se balanceaba como si estuviera en un barco. Había faltado a su palabra. En alguna parte encima de su cabeza, Anette y Saidani seguían hablando. Llegó alguien hablando alto, gritando. Jeppe intentó seguir el hilo, pero las palabras se ahogaban. Había prometido cuidar de ella y ahora estaban en un hospital. Y el culpable seguía libre.

El malestar se adueñó de su estómago, del cerebro y de los pulmones como si tuviera una borrachera horrible. Cerró los ojos. Un fracaso, eso es lo que era. ¡Un fracaso irremediable e imperdonable!

Notó una mano suave en el hombro y levantó la vista. Saidani estaba cerca mirándolo preocupada, pero en sus ojos había algo más que atención. ¿Un mensaje? ¿Comprensión? El cerebro nublado de Jeppe no pudo interpretar esa mirada oscura.

—Joder, Jeppesen, ¿qué pasa? ¿Ya estás flojucho otra vez? ¡Tienes que ir al médico! —le recomendó Anette, que apartó a Saidani y agarró a Jeppe.

—Estoy bien, es solo, uf, un bajón de azúcar y... —dijo mientras se ponía recto—. ¿Está muerta?

El corazón se le aceleró de nuevo y Anette lo miró sorprendida.

—¿No has oído nada? Está estable. Unas costillas rotas y la mandíbula dislocada, un montón de heridas, ha perdido mucha sangre y se supone que tiene conmoción cerebral. Le han dado tranquilizantes y la dejarán dormir hasta mañana, pero pinta bien. Es pequeña, pero fuerte; Jeppe, está bien.

—¿Podremos verla esta noche?

—Pero si ahora mismo no puedes ver más que tus rodillas —dijo Anette riéndose—. Aún no está consciente, los médicos dicen que tiene que descansar hasta mañana. Y, a decir verdad, ¡a ti te vendría mejor comer algo y una siestecita en vez de otro interrogatorio!

Kørner se apoyó en la pared hasta que la habitación dejó de dar vueltas. El cuello se le tensó y tuvo que tragar un par de veces. El mundo seguía girando, pero el alivio lo llenó de una energía

renovada.

—Te invito a una cerveza en el Burger Palace.

Esther estaba viva. ¡Todo iba a arreglarse!

—¿POR QUÉ CREES que la dejó con vida?

Jeppe tiró un muslo de pollo en su cesta de plástico, se limpió la salsa barbacoa que tenía en los dedos y le dio un trago a su Budweiser. La cerveza estadounidense siempre le hacía sentirse como un figurante de un anuncio de Levi's, una sensación nada desagradable. Anette ya iba por la mitad de su hamburguesa con beicon y tenía mayonesa en la barbilla. Estaban en el Burger Palace intentando recobrar fuerzas después de los acontecimientos del día, que parecían pesadillas.

La búsqueda de Esther de Laurenti había terminado y para encontrar al perito David Bovin se puso en marcha otro dispositivo, que esa noche constaba de seis coches patrulla que controlaban Kokkedal, la casa de Bovin, el Instituto Anatómico Forense, la galería de Kingo y su apartamento, Klosterstræde y el centro de Copenhague. Se pidió a todos los distritos policiales del área urbana de Copenhague, junto con las diferentes secciones de la Guardia Nacional en Selandia, que formasen parte de la búsqueda, y la prensa difundió una fotografía en la portada de las ediciones digitales. Avisaron al abogado de Christian Stender de que al día siguiente por la tarde procederían a interrogar a su cliente. Probablemente lo tendría difícil para asumir la culpa del secuestro de Esther de Laurenti, pero nada era seguro.

—Mmm, ¿quizá lo interrumpieron Larsen y Saidani?

—Entonces lo habrían visto.

Jeppe se abalanzó sobre una alita de pollo, aunque seguía indispuerto. Las heridas habían empezado a coagular, pero tenía la temperatura muy baja y tendría que quedarse en el hospital un tiempo. Pero ¿por qué la había dejado allí, sin rematar la faena?

Anette se miró los dedos llenos de mayonesa como si fueran de otra persona y empezó a chupárselos para limpiarlos.

—¿Quieres una toallita? —preguntó Jeppe mientras la miraba con reprobación.

—Joder, Jeppesen, eres un caso aparte. ¿No tienes cosas más importantes por las que preocuparte que mi higiene?

—Entonces, ¿no quieres una?

Anette suspiró, cogió una y se puso a limpiarse las manos.

—A lo mejor es que no era lo mismo la piel de una mujer mayor. Quizá no cuadraba con su nivel de ambición.

—Mmm, quizá. Pero ella lo ha visto. Bastante arriesgado por su parte dejarla con vida. No encaja con todas las precauciones que tomó con las dos primeras víctimas. ¿Por qué ahora es tan descuidado?

—Porque es consciente de que sabemos quién es. Y porque no le importa que lo atrapemos.

—Entonces es peligroso. Aún más, quiero decir.

Anette asintió y dio un trago en silencio. Jeppe valoró si Bovin podría ser peligroso también para ellos. Quizá debería llamar a Therese y pedirle que estuviera atenta los próximos días, aunque pudiera parecer que eso era pasarse; pedirle a Niels que cuidara más de su mujer. Mientras los papeles no estuvieran firmados, seguía siendo su esposa.

Excepto por ellos, el Burger Palace estaba vacío. Un domingo por la noche solo había

actividad en la parte de pedidos para llevar. La gente veía la tele y comía en el sofá con la familia reunida y las velas en las ventanas. Jeppe notó una punzada de soledad ya conocida y dio un trago a la cerveza. Sonó el teléfono de Anette. Ella sonrió a la pantalla y respondió rápido. Todo su rostro brillaba, su voz se volvió cariñosa y bajó el volumen. Mi amor por aquí, mi amor por allá. Era Svend, por supuesto. Jeppe observó a su compañera enamorada y se terminó la cerveza.

HAY UN LÍMITE muy difuso entre aprovechar una oportunidad y hacer algo que se sabe de antemano que es una tontería. El camino menos transitado es el que está más vacío, simplemente porque conduce directamente al abismo. Jeppe ya sabía en qué camino se encontraba cuando aparcó de forma incorrecta bajo un árbol de la calle Øster Farimagsgade. Había empezado bien tomando Vesterbrogade en dirección a las afueras después de haberse despedido de Anette con un guiño. A casa a darse un baño y a dormir. Pero, de repente, giró el volante a la derecha en Kingosgade y volvió hacia el centro.

Las pequeñas calles parecían bandejas de tarta de boda en la oscuridad veraniega. Casas de bizcocho con ventanas de azúcar, que brillaban cálidas y acogedoras, pequeñas verjas a través de las cuales se podía hablar libremente, casitas de juguete para niños.

A cada paso, Jeppe se daba de bruces con su estupidez. «Esther está a salvo, ¡vete a casa e intenta dormir! El marido de Anna está en casa, ¿qué quieres conseguir? ¿Una mirada? ¿Así dormirás mejor? A lo mejor te ve y se escabulle, y lo hacéis salvajemente en la terraza mientras John se lava los dientes. Quizá te alcance un relámpago y te encuentre convertido en una estatua chamuscada ante su ventana cuando salga a quitar el candado de la bici por la mañana.»

La casa estaba en mitad del tramo de calle donde los niños pueden jugar en la calzada. Allí podía situarse detrás de una casita de juguete, más o menos escondido, y mirar al interior del salón de la familia Harlov. Si ellos también eligieran mirar por la misma ventana, quedaría delante de ellos, expuesto como un ciervo ante las luces de la carretera.

Había luz tenue en las tres plantas, pero ningún movimiento. En la primera, una tele parpadeaba en azul tras las sutiles cortinas blancas. Ahí estarían los dos, quizá cogidos de la mano, tomando vino o té. Jeppe encontró algo de consuelo en la televisión encendida; tan bien no se lo estarían pasando. En la mesa había una vela que titilaba. ¿Ventana abierta o mal aislada? Alguien tendría que bajar a apagarla en algún momento. Jeppe se estaba helando. Estaba mal sentado en el marco de la diminuta ventana de la casita, pero aun así decidió quedarse hasta que se apagase la luz. Echó la cabeza hacia atrás y esperó.

Therese fue a recogerlo una vez a la cercana estación de Østerport, una noche de verano, hacía mucho tiempo. Acababan de mudarse a la casa de Valby y Johannes y Rodrigo habían ido a cenar. Johannes y él se emborracharon y estuvieron jugando con las pistolas de agua en el jardín, descalzos y con las mangas recogidas; la noche era tan suave como un abrazo. Siguieron con la pelea fuera hasta un espacio natural donde crecía una hierba alta y árboles con flores blancas que olían de una forma maravillosa en junio. ¿Espinos? Llegaron hasta el terraplén que daba a las vías del tren, empapados y riéndose, invencibles bajo las estrellas.

Pasó un tren de mercancías que contribuyó a la magia de la noche de verano. Y sucedió el milagro. El tren se paró justo delante de ellos. No dudaron un momento: subieron a un vagón abierto, exaltados por pensar dónde se arriesgaban a acabar. ¡Berlín! ¡Rotterdam! Sin un duro en el bolsillo. Dos amigos en un tren de mercancías atravesando la noche con destino desconocido. Las casas oscuras y los arbustos aromáticos pasaban ante ellos, renunciaron a hablar debido al rugido del tren. En Østerport se paró y se dirigió a una vía muerta a pasar la noche. Decepción y

alivio a partes iguales.

Jeppe se rio al acordarse. No recordaba cómo habían avisado a Therese, pero Rodrigo y ella fueron en coche a buscarlos. Rodrigo estaba furioso, pero Therese se rio y lo besó, lo quiso un poco más por su osadía juvenil.

El inconveniente de sentirse completo con otra persona es que queda, como mucho, media persona cuando a uno lo abandonan.

La luz se apagó y se encendió la lámpara del techo. ¡Era ella! Miel y romero, oro ardiente y burbujas de espuma de baño. Su cuerpo se encendió como una máquina. Llevaba puesto algo grueso y el pelo recogido. John iba tras ella con una bandeja de copas y una botella. Hablaban de forma animada; mientras ella metía los platos en el lavavajillas, él seguía con la bandeja en las manos, el cuerpo relajado y la cara mudando la expresión. De repente, Anna estalló en carcajadas; debió de ser por algo que había dicho John, ya que él también se rio, pero con la modestia que le corresponde al autor de la broma. Ella se secó los ojos, parecía una niña. No había disimulo alguno en aquella risa.

John dejó la bandeja y le acarició el cuello a su mujer antes de apagar la luz y desaparecer. Ella lo miraba de una forma que Jeppe conocía bien, tal y como una vez lo había mirado a él.

Anna se dirigió hacia la ventana, hacia él y la vela. Jeppe vio que se le iluminaba el rostro como el de un ángel, durante apenas un segundo. Luego ella apagó la vela con un soplo y desapareció.

Se fue a casa. Ni siquiera le apetecía entrar en la habitación a por el edredón, así que se hizo con un cubrecama y un cojín y los tiró al sofá. «¡Si solo te la has tirado dos veces!» Fue a lavarse los dientes, abrió el armario del baño y miró su colección de analgésicos. Botecitos de alivio, qué patético. Como él. Furioso, tomó cuatro pastillas y se fue al sofá. Therese le sonrió desde la foto en el Tivoli que estaba en la estantería.

De las vías llegó un ruido que retumbó. Un tren en la oscuridad hizo que la casa vibrase. Jeppe se dio la vuelta y cerró los ojos con fuerza.

LUNES, 13 DE AGOSTO

35

LOS ÁRBOLES DE la calle Tagensvej colgaban sobre la carretera, con las hojas verde oscuro, el color del fin del verano. Delante de la entrada gris hormigón del Hospital Universitario, las lavandas de los grandes tiestos de cemento lucían casi fluorescentes; una bolsa de chucherías amarilla se quedó, traída por el viento, en el estacionamiento de bicicletas. Jeppe tuvo que beberse tres tazas de café para despertarse y notar que el mundo iba a un ritmo acelerado. Tenía que tener cuidado al mirar el edificio; si no, empezaría a inclinarse sobre él. Ya le había escrito dos mensajes a Anna y ni siquiera eran las ocho. Miró el teléfono; no había respondido. Podría ser que estuviera esperando a tener un par de minutos a solas.

De la bruma del sol desde Blegdamsvej apareció Anette corriendo a pasos cortos y resoplando.

—Mierda de ciudad, no me jodas. He tenido que aparcar a tomar por saco, casi en Trianglen. Estoy machacada.

¡Machacada! Jeppe estaba tan exhausto que podría haber estado durmiendo un siglo. Le dio una palmadita en el hombro a su compañera.

—Buenos días. Vamos a entrar a verla. Está en observación en neurocirugía y van a hacerle un TAC en media hora.

—¿Estás bien? Se te ve raro, tienes los ojos rojos.

—Solo estoy cansado. Vamos, es en la novena planta.

Se detuvieron un segundo a darles los buenos días a los agentes uniformados que custodiaban la habitación y entraron con una enfermera pegada a ellos que iba advirtiéndoles. «¡No mucho tiempo! ¡No sean bruscos! La paciente acaba de despertarse y aún está débil.» Comprobó un gotero y salió de la habitación haciendo ruido.

El cuarto estaba oscuro debido a las persianas eléctricas de metal. En la cama estaba Esther de Laurenti mirándolos con los ojos abiertos como platos. Llevaba una venda en la cabeza y un gran apósito en el mentón, la caja torácica estaba protegida con adhesivos y la mandíbula y la mejilla izquierdas estaban moradas, casi negras. Comenzó a hablar nada más verlos.

—¿Saben cómo va la operación de Gregers? ¿Me harían el favor de comprobarlo? —preguntó incómoda y aún débil debido a la anestesia.

—Voy a preguntarlo ahora mismo, un momento —dijo Anette, que salió de la habitación con pasos enérgicos.

Jeppe cogió una silla y se sentó junto a la cabecera de la cama. Respiró profundamente y se obligó a mirar a la magullada mujer, sus heridas, su dolor y sufrimiento. A poner palabras a su

parte de responsabilidad.

—Yo... perdón por...

Para su espanto, notó que la garganta se le cerraba y que se le quebraba la voz. Esther puso la mano sobre la del policía con cuidado. Jeppe se mordió el labio; ahí estaba, dejándose consolar por la víctima a la que no había conseguido proteger con eficiencia. La había cagado mucho más de lo que creía. Cuando todo aquello acabase, quizá volvería a pedir la baja. Para cuidarse.

Los pasos fuertes de Anette retumbaron a su vuelta. Esther levantó un poco la cabeza.

—Gregers está preparándose para la anestesia en este momento. Todo va bien. Teniendo en cuenta las circunstancias, está bien y lleno de confianza —explicó Anette, que se sentó en una silla baja mientras emitía un quejido de fatiga.

—Gracias. ¿Y mis perros?

—En el refugio para animales —respondió Jeppe mientras le daba una palmadita en la mano a Esther—. Están como reyes, tienen sitio para correr al aire libre y les dan pan con fuagrás de postre.

Esther asintió y se reclinó con cuidado sobre la cama.

—Es un alivio, ¡gracias!

Jeppe liberó su mano y sacó su libreta.

—Es conveniente que le hagamos algunas preguntas. Si no se ve capaz, puede decirnos que no.

Esther asintió y se rascó la cara por el dolor.

—¿Quién es? ¿Lo reconoció?

—¡Sí! —dijo titubeando, pues tenía la mandíbula inmovilizada, pero aun así parecía tranquila y serena—. Es uno de los de las huellas dactilares, el que va afeitado y con gafas.

Jeppe y Anette se miraron confirmando lo que sabían. David Bovin.

—¿Cómo y cuándo la atrapó? Teníamos a dos agentes en el portal de su casa —dijo Jeppe sin poder evitar un leve tono autoexculpatorio en la voz.

—Junto a los lagos, justo antes del puente Fredens Bro. Debió de seguirme desde allí y esperó su oportunidad. —Tragó saliva con dificultad—. Iba caminando hacia mí. Intenté gritar, pero no pude. Me puso algo contra la boca y presionó, olía muy fuerte. Lo siguiente que recuerdo es que me desperté en ese jardín junto al agua. Hacía sol; me desconcertó, porque creía que aún era de noche. Estaba muy mal. Sola. Había un andamio en la fachada de la casa, pero no vi a ningún obrero, aunque también es verdad que era fin de semana. ¿Me da un poco de agua, por favor?

Jeppe echó agua en un vaso que tenía una pajita. Esther bebió, carraspeó y volvió a beber. Casi no parecía que el agua hubiera menguado en el vaso.

—Estaba furioso, fuera de sí. Me ató los brazos a la espalda y me obligó a ponerme de cuclillas en la orilla, y me increpó y me amenazó con un cuchillo. Entonces empezó a golpearme y a darme patadas.

—¡La increpó! Pero ¿por qué?

—Tenía clarísimo que yo era su madre, que lo había dado en adopción al nacer y, por tanto, era culpable de la horrible infancia que había tenido. Me dijo cosas feísimas...

Esther hizo una pausa, se repuso y volvió a encontrar fuerzas, y Jeppe le dio tiempo. Se le humedecieron las mejillas sin haber emitido ningún sonido.

—Me habló de Julie y Kristoffer, de cómo los había torturado y matado. Fanfarroneó con eso, lo llamó «obra de arte». Despreció el miedo que tenían. —Cerró los ojos—. Es difícil hablar de

esto.

Jeppe esperó a que volviera a abrirlos.

—¿Dijo algo sobre el porqué? —preguntó y carraspeó, tenía que quitarse el nudo que tenía en la garganta—. Es decir, de por qué los mató.

—No. Yo tenía que morir porque era su madre y lo había abandonado, pero no dijo nada de Julie y Kristoffer... —emitió un quejido suplicante, como el de un cachorrito que pide ayuda. Intentó disimularlo tosiendo—. Pero nombró a Erik.

—¿A Erik Kingo?

—Sí, habló de su misión común o algo así. Todo es un poco confuso. Fue asistente de Erik, pero ese proyecto tenía algo que ver con... con los asesinatos. Conmigo. Quería abrirme en canal; dijo que sería su última obra artística, su obra maestra.

La puerta se abrió y entró otra enfermera. Tenía las mejillas redondas y una trenza rubia que le caía por la espalda, y se la veía sana de una manera grotesca al lado del grupo que rodeaba la cama.

—Esther, vamos a prepararla para el TAC en un par de minutos, así que tiene que despedirse de sus visitas.

Le guiñó el ojo con alegría a Jeppe y salió de la habitación. En los hospitales, el contraste entre la vida y la muerte es afilado como un cuchillo, pero el paso de un lado a otro fluye inexorablemente. Miró a Esther. A pesar de las evidentes marcas tras el encuentro con la muerte, parecía más viva que nunca. Probablemente tuvo que defenderse.

Jeppe dejó que la puerta se cerrase por completo antes de hacer una pregunta.

—¿Por qué no la mató? ¿Cómo se libró?

—Le expliqué que yo no era su madre.

—Pero ¿cómo...?

Esther contuvo la respiración. Jeppe tuvo la sensación de que estaba tomando impulso para contar un relato que hacía mucho que tendría que haber contado, pero que aún le dolía compartir.

—En 1966 tuve un bebé que di en adopción. Yo tenía diecisiete años y mis padres opinaban que me destrozaría la vida... Pero él tiene treinta y pico; es decir, nació en los años ochenta. De ningún modo podría ser yo su madre. —Se quedó callada y, sin darse cuenta, alisó el edredón con la mano temblorosa—. Al principio no me creyó. Me pegó y me dijo que era una puta y una mentirosa. Le conté que solo tenía diecisiete años cuando tuve el bebé y le pedí que hiciera la cuenta. Eso solo hizo que se enfureciese aún más, me dio una patada tras otra y amenazó con arrancarme los ojos.

Se tocó con cuidado en un punto del ojo izquierdo.

—¿Y cómo hizo que la creyera?

—Seguí diciéndole la fecha de nacimiento una y otra vez, 18 de marzo de 1966. Está grabada en un medallón que llevo siempre. —Se llevó la mano a la clavícula para enseñárselo, pero las vendas la frenaron—. Lo vio y entonces cayó en la cuenta de que yo no podía ser su madre, de que alguien le había mentado—. Tragó saliva un par de veces y siguió hablando con la cara desencajada, como si el recuerdo le doliera más que las heridas físicas—. Le expliqué que el bebé que tuve fue una niña. Me lo dijo al oído una enfermera en total secreto, aunque en aquel entonces no podía. Una niña...

—¿Ahí paró?

—No, volvió a pegarme. Cuando me desperté, ya estaba aquí.

Jeppe levantó la vista y vio una procesión de celadores y enfermeras entrar en la habitación. Anette y él se levantaron y se dirigieron hacia la puerta tras haberle deseado una pronta recuperación a Esther. Jeppe consiguió sonreírle antes de que los echasen de allí y fueron hacia el ascensor.

Mientras bajaban, a Jeppe empezaron a zumbarle los oídos. Se los tapó, pero el zumbido persistió.

—PODRÁ IRSE A casa cuando hayamos terminado de charlar.

La asesora legal de la policía apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia delante. Llevaba desabrochado el vestido blanco por el calor que hacía en la oficina y le asomaba la parte de arriba del sujetador.

Anette observó a Christian Stender apoyada en la pared. Estaba hundido y no movía ni una ceja. Ulla Stender le acarició el brazo, pero no pareció percibir siquiera que ella estuviera allí. La piel de su rostro estaba blanca y empezaba a tener la misma textura que una mayonesa cortada. Algo iba mal en su riego sanguíneo.

El abogado de Stender apretó el botón de un bolígrafo de plástico un par de veces.

—¿Qué quiere decir? ¿Irse a casa? —preguntó con inseguridad.

La asesora juntó las manos en la mesa.

—La policía retira la acusación...

—Pero existe una confesión del señor Stender —replicó el abogado mientras se llevaba la mano al nudo de la corbata y alejaba el bolígrafo.

—... y tampoco presentará cargos por perjurio. Nuestros dos agentes del Departamento de Homicidios tienen algunas preguntas, pero después el señor y la señora Stender podrán irse a casa, a condición de que podamos contar con la colaboración del señor Stender.

El abogado hojeó sus papeles, nervioso.

—Mi cliente tiene derecho a que se le informe sobre lo que está sucediendo...

—¡Vete a casa, Ditlev!

Stender parecía una verdura flácida. Aun así, consiguió desprender autoridad.

—¿Cómo dices?

—Que si no hay cargos, no te necesito, ¿no? ¡Me cuestan más de cien euros por hora, así que vete a casa, tonto del culo!

El abogado se quedó algo impactado, pero recogió sus cosas, le dio un toque ligero en el hombro a Ulla y salió de la sala. Estaba avergonzada y miró disculpándose a Anette.

—Si retiran mi acusación, quiere decir que tienen otro culpable, ¿verdad? —preguntó Stender con total tranquilidad.

Anette dio un golpe a la pared y fue hacia la mesa. Apoyó las manos en ella y lo miró a los ojos, que estaban inyectados en sangre.

—Sí, tenemos un culpable. Sigue libre, pero sabemos quién es y tenemos testimonios que lo respaldan. Ahora la pregunta es qué le hizo confesar un delito que no había cometido.

Se puso recto lentamente y levantó los brazos por encima de la cabeza como un predicador apocalíptico.

—Quien con monstruos lucha cuide de no convertirse a su vez en monstruo...

—No podemos seguir con... —Anette dio un golpe en la mesa— ... ¡con esta gilipollez! ¿Cuánto tiempo pensaba vacilarnos? ¿Qué tiene de valioso no encontrar al asesino de su hija? ¡Vamos, no me joda!

—Cuando miras largo tiempo a un abismo, también este mira dentro de ti. —Bajó los brazos y asintió—. Ulla, querida, por favor, ve al hotel y haz las maletas, nos vamos a casa.

Ulla parecía una mujer que hubiera atravesado siete infiernos en el último día y solo tenía su chaqueta a cuadros de Chanel como defensa ante el hundimiento definitivo. La perspectiva de volver a Sørvad sin la vergüenza de estar casada con un asesino en serie le daba algo parecido a un rayo de esperanza. Se levantó, dijo suspirando «eh, sí, voy» y se apresuró hacia la puerta y la libertad.

Stender señaló a Anette con su carnoso índice.

—Solo quiero hacer constar que no pueden amenazarme con nada. He perdido lo que más quería. Una pena de cárcel no cambiaría eso. ¿Entendido?

Seguía hablando despacio, pero Anette no tenía dudas de que lo decía en serio.

—A mi hija la mató un loco que trabaja para la policía, un hombre que ha participado en la investigación y ha puesto huellas delante de sus narices sin que se den cuenta. David Bovin. Tengo miedo de que... impresionara a mi hija. Julie no sabía cómo es la gente, era bondadosa. Lo metió en su vida y él la mató, le talló la cara y se ufano de ello en internet. ¡Y ustedes lo ayudaron!

—¿Cómo se ha enterado de eso?

—¿Antes que ustedes, quiere decir? ¡Quizá la pregunta más adecuada es cómo no se han enterado ustedes!

Anette percibió que el enfado le estaba ganando a la apatía.

—Entonces, ¿no va a contárnoslo?

—Más les valdría ocuparse de cosas más importantes, como atrapar al loco.

—¿No quiere contarnos cómo ha sabido quién era el asesino? —Stender lo miró fijamente y no dijo nada—. ¿O iluminarnos y decirnos por qué se autoincurpó y obstruyó la investigación? ¿No le interesa que el culpable reciba el castigo que merece?

Stender golpeó la mesa con la palma de ambas manos y las tazas y los bolígrafos temblaron.

—Precisamente de eso iba todo esto, de que el asesino cumpliera el castigo, no de cumplir condena unos años con comida casera y mesas de pimpón. ¡Tenía que cumplir el castigo! —dijo mientras brillaba en sus ojos una locura endiablada.

—¿Y lo habría cumplido si usted hubiera ido a la cárcel en su lugar? —dijo Anette cruzándose de brazos e intentando aparentar más serenidad de la que sentía.

—No voy a decir nada más. ¡Bueno, sí! Una cosa: trataba de que ese cabrón recibiera su castigo, pero también de proteger a alguien que es más importante que yo.

—¿A quién se refiere? ¿A Kingo? ¿Era a él a quien tenía que proteger?

—¡Ja! Erik es un niño grande que puede cuidarse a sí mismo —respondió Stender mientras se secaba el sudor de la frente con la mano—. No, tenía que proteger a alguien más importante que todos nosotros juntos. Y ahora no diré nada más, así que pueden decidir si me dejan aquí o me sueltan. Me da lo mismo.

Se puso las manos en la tripa y se quedó esperando tranquilamente. Anette le hizo una seña a la asesora para que la acompañase afuera.

—¿Podemos retenerlo? —preguntó Anette tras cerrar la puerta.

—Es lo más fuerte que me ha pasado en toda mi carrera. Este hombre es totalmente... es... — dijo asombrada.

—¿Podemos retenerlo?

—Solo si presentamos cargos por falso testimonio y, dado el caso, obstrucción a la investigación policial. Pero creo que no queremos hacerlo.

—Tenemos que revisar su teléfono y su correo y ver con quién se ha puesto de acuerdo y en qué.

—Entonces, tendremos que presentar cargos y arrestarlo.

Anette asintió.

—Vale, hagámoslo. Siempre podemos retirarlos cuando lo hayamos investigado para que pueda irse y enterrar a su hija si no ha cometido ningún acto punible.

—Pobre Ulla Stender —dijo la asesora negando con la cabeza.

—Pobres todos nosotros.

ANETTE IRRUMPIÓ EN la oficina común, cogió una bolsa de cortezas del bolso y empezó a masticarlas metódicamente creando un infierno de crujidos. Estaba agitada. Jeppe observó el michelín que sobresalía de su apretada cintura y se preguntó si lo único que hacía su compañera cuando estaba estresada era comer, al contrario que él, que perdía el apetito por completo.

Cogió el teléfono y volvió a escribir. «Te echo de menos.» Él lo sabía. No era manera de escribir a alguien a quien no conoces bien, sobre todo cuando le has escrito antes dos mensajes y no has obtenido respuesta. Sonaba a desesperado. Dejó el teléfono y miró a su compañera.

—Bueno, ¿quién ha engañado a Christian Stender para que se autoinculpe de la muerte de su hija a cambio de hacerle algo feo a David Bovin?

Anette respondió masticando con la boca llena.

—El único que parece tener la cercanía necesaria con Stender, o que al menos sepamos que ha tenido una relación estrecha con Bovin, es Kingo. Erik Kingo es el nexo entre Bovin y Stender.

Jeppe sacó un par de cortezas de la bolsa.

—Pero ¿por qué le haría algo Kingo a Bovin? ¿Por qué no dejar que lo atrapemos, simplemente, y luego negar cualquier relación en el caso si es que la había?

—Porque Bovin sabe demasiado. Es peligroso.

Jeppe miró las cortezas que tenía entre los dedos y se arrepintió. Parecían lo que eran: piel muerta.

—¿Podemos ir a por Kingo? ¿Qué tenemos contra él?

Anette masticó pensativa.

—Mientras Stender no hable y no hayamos atrapado a Bovin, solo tenemos un montón de hipótesis. Sabemos que Kingo está relacionado con esto, pero no cómo. Vamos a suponer que Bovin canta cuando lo pillemos, que será dentro de nada.

Llamaron a la puerta. Sara Saidani se asomó a la oficina con una expresión de complacencia. Jeppe no recordaba la última vez que la había visto sonreír. Le sentaba bien.

—Tengo una persona a la que tenéis que conocer. ¿Os acordáis del exasistente de Kingo? Está en la sala cuatro.

—¿Ahora?

—Ahora mismo.

Anette se llevó a la boca la última corteza directamente desde la bolsa mientras se dirigía hacia la puerta. Jeppe la siguió mientras negaba con la cabeza.

Saidani bajó a la sala de visitas a buscar el teléfono confiscado de Christian Stender. Mientras tanto, Jeppe y Anette se hicieron cargo de la sala de interrogatorios número cuatro, donde se encontraba un hombre joven y delgado que se tocaba el collar con nerviosismo. Tenía la piel más negra que Jeppe había visto en su vida e iba vestido con una cosa azul chillón con triángulos de diferentes colores. Era como si un pájaro exótico se hubiera posado en su mundo de tonos fríos. Anette cerró la puerta para que no se escapase volando.

Jeppe se presentó dándole la mano y se sentó. Anette se apoyó en la pared y se introdujo las manos en los bolsillos del pantalón. El procedimiento habitual.

—Le han dado café, bien. La agente Saidani le ha contado de qué se trata, ¿verdad? —dijo Jeppe mientras sonreía al joven.

—Sabía que este día llegaría. Siempre lo he dicho, pero nadie ha querido escucharme. ¡Ese hombre es un puto loco! —exclamó con un habla rápida que quedó acentuada con el movimiento de las manos.

—¿Quién?

—¡El hijo de puta de Erik Kingo! ¿Quién si no? El mayor cabrón que ha habido nunca en la Tierra.

Jeppe hizo un gesto de interrogación con la mano.

—¿Por qué dice eso? ¿Qué le hace ser un cabrón?

—Manipula a la gente para que haga lo que se le pase por ese cerebro enfermo. Te dice que eres una estrella, que eres guapo, incomprendido, que te llevará a la cima. Lee en tu interior, te presiona para que saques lo mejor de ti y te hace amar como nunca antes has amado. Y luego... —Formó un cuenco con las manos, que de repente se abrieron— ... te deja caer. Lo hizo conmigo y lo hace con todo el que sea tan estúpido como para confiar en él.

—¿Sabe quién es David Bovin, el asistente que estuvo después de usted?

Jake Shami se puso las manos en la nuca y miró al techo.

—No solo sé quién es, ¡lo conocí en persona! Cuando salí de la cárcel, lo primero que hice fue ponerme en contacto con él. Quería advertirle. Me sorprendí un poco cuando lo vi, era... bueno, bastante diferente a mí. Pero Kingo no es exigente mientras se haga lo que él quiere. En fin, que tenía el cerebro bien lavado; era imposible salvarlo. Kingo le había llenado la cabeza de mentiras sobre mí, así que se me quedó mirando con compasión. —Bajó las manos y las ahuecó delante de la boca—. Hola, mírame, joder. ¿Tengo yo pinta de que se me ocurra violar a una anciana? No fue idea mía, es que estaba absorbido por el mundo de Kingo.

—Entonces, ¿no pudo contarle nada a David Bovin?

—Para nada. Me quedé aliviado, por no decir emocionado, cuando oí que tenía un trabajo normal. Creí... sí, quizá creí que Kingo estaba perdiendo el norte. También es que se hace mayor.

Jeppe inclinó la cabeza.

—¿Cree que han seguido colaborando de otro modo?

—Con Kingo no hay que descartar nada. La verdad es que se puede pensar que el Bovin este sigue trabajando para él aunque oficialmente tenga otro empleo —dijo, y dio un profundo suspiro—. Es lo que hace Kingo. Crea un universo de fantasía donde estás tú con él contra el resto del

mundo y nadie tiene que decidir lo que está bien y lo que está mal. A día de hoy, ya no puedo recordar la sensación, pero entonces habíamos construido un mundo juntos donde tenía sentido intentar obligar a una anciana a mantener relaciones sexuales. ¡Era arte, liberación, revolución! Todavía me avergüenzo al hablar de ello —confesó Shami, que cerró los ojos, se quedó sentado con la espalda erguida y asintió—. Lo quería muchísimo. Nunca llegaré a querer tanto a alguien como a Kingo.

—Pero ¿el amor era recíproco?

—Kingo solo se quiere a sí mismo; si acaso, a su hijo y a su nieta. Y seguro que afirmará que ama el arte, pero es mentira. Kingo solo ama su gran ego.

El teléfono vibró en el bolsillo de Jeppe. Pensó «Anna» antes de ver el número y responder.

—Kørner.

—Aquí la central de emergencias de la policía. Tenemos una testigo que cree haber visto al sospechoso hace media hora en el tren de cercanías hacia Køge. He mandado a un *Mike* para interrogarla. Dice que el hombre se bajó en la estación de Sjælør.

Un *Mike* era un agente con motocicleta del Departamento de Tráfico de Valby. Jeppe se irguió en la silla.

—¿Está segura?

—No al cien por cien, pero sí bastante segura. Lo ha descrito razonablemente bien. La altura y la corpulencia coinciden, y parece una testigo fiable. Hemos mandado dos coches patrulla.

—Espera, ¿has dicho Sjælør?

Jeppe miró el mapa de Copenhague que estaba colgado en la pizarra de la pared. Luego gritó, en parte a Anette, en parte al teléfono.

—¡Es él! Está yendo a la casa de Kingo. *Haveforening* Frem, en la calle P. Knudsen. ¡Mandad todo lo que tengáis, vamos hacia allá!

—¡Espera! —gritó el del teléfono—. Hay más. El sospechoso no estaba solo, iba con una niña pequeña.

Jeppe se quedó impactado, como si le hubiera dado un cólico nefrítico. Se levantó despacio y se guardó el teléfono en el bolsillo, intentando comprender lo que pasaba. Entonces echó a correr.

36

LA ZONA YA estaba acordonada cuando Jeppe y Anette giraron a la derecha al llegar a la calle Gustav Bang y aparcaron delante del *HaveforeningFrem*. Se pararon dos coches que cortaron el carril derecho, dos ambulancias y cuatro coches patrulla de emergencias.

Un puñado de agentes alejaba el tráfico y a los curiosos, otros sacaban a los vecinos de la zona. El coordinador de la operación estaba repartiendo las tareas. El chaleco amarillo fosforito que llevaba hacía que fuera fácil verlo. Jeppe lo agarró del brazo.

—¿Qué pasa? ¡Rápido!

—El fugitivo tiene a una niña como rehén en un bote de remo en medio del lago. Amenaza con cortar el cuello si no habla con Erik Kingo.

—¿Y dónde está Kingo?

El coordinador señaló a un pequeño grupo de personas que estaba en la acera. Erik Kingo lucía su cabello blanco, que le caía por el cuello de la chaqueta, y una cara sorprendentemente pálida.

—Acaba de llegar y están dándole instrucciones de seguridad. Por lo visto, Bovin lo ha llamado a él directamente.

—¿Habéis llamado a los GEO? —preguntó Jeppe, ya que tenían francotiradores con armas de precisión.

—Están tomando posición alrededor del lago. La zona ha sido evacuada.

Jeppe fue hacia Kingo, preguntó quién era la niña y le dijeron que era su nieta, Sophia, y que los padres estaban de camino.

Los dos investigadores se unieron al grupo. Kingo los miró y gritó desesperado.

—¡Ha raptado a mi nieta! —exclamó con una voz que, de repente, le hacía parecer un anciano.

—¿Tiene ya permiso? —les preguntó a los policías que estaban a su alrededor—. Vale, ¡vamos!

Se fue con Kingo y un séquito de policías uniformados. No había miradas curiosas por encima de los setos ni niños jugando en los jardines. En el puentecito delante de la casa de Kingo había tres agentes con uniforme militar y grandes armas en la mano, y la mirada fija en dirección al lago. Jeppe avistó más agentes armados que se repartían por los matorrales y las terrazas alrededor del lago.

Aun así, todo estaba en total silencio. Incluso el viento se había calmado, por lo que el lago reflejaba las casas adyacentes en la superficie brillante. El único sonido que rompía el silencio era un llanto infantil desgarrador.

Al timón de un bote de madera verde oscuro estaba David Bovin con un cuchillo en la mano y una niña en el regazo. Jeppe podía ver que la niña estaba demasiado cerca de Bovin como para arriesgarse a disparar. Amarrado a la barca había un pequeño bote hinchable.

—¡Sophia! El abuelo ya está aquí, cariño —gritó Kingo afónico. El llanto se intensificó. Hizo bocina con las manos y volvió a gritar—. ¿Qué quieres, David? ¿Qué coño quieres de mí? ¡Suéltala, es una niña! —añadió sin obtener respuesta y se giró hacia los agentes—. ¿Qué quiere? ¿Ha dicho qué quiere?

—Quiere un intercambio. Tiene que ir nadando hasta él y dejará a la niña en el otro bote —respondió un agente con cara de póquer.

Los ojos de Kingo irradiaron pánico.

—Pero eso es una locura, va a matarme. ¿Qué hacemos?

—La única alternativa es esperar hasta que lo tengamos a tiro y que no le haga daño a la niña antes —respondió el agente con sobriedad.

Kingo se llevó las manos a la cabeza.

—Es demencial. ¡No podemos correr ese riesgo!

—Hay un negociador de camino, ojalá pueda ablandarlo —interrumpió Jeppe—. Llegará en pocos minutos.

—¿Un negociador?! No se puede negociar con un loco, un asesino en serie. Tiene que haber algo que puedan hacer.

Kingo se dirigió vacilante al puentecito y se quedó en cuclillas.

Por la radio del policía se oyó: «Los padres ya están aquí». Anette se separó.

—Voy a dejarlos fuera, por ahora.

Lo último que necesitaban era unos padres horrorizados en primera línea.

Jeppe oía su corazón queriendo salirse del pecho. Los colores que tenía alrededor se intensificaban con la adrenalina, el azul del cielo le hería los ojos. Kingo permanecía arrodillado como una figura blanca brillante en el puente. Como un ángel caído, como un héroe de cuento.

Jeppe recordó el rostro de Julie, con cortes y destrozado; el miedo, la tristeza en los ojos del padre. Luego, el delgado cuerpo de Kristoffer en la lámpara de araña, y también oyó el llanto de Esther de Laurenti. Todo ese sufrimiento lo notó durante un segundo en su propio cuerpo; el dolor que había causado el juego de poder de Kingo.

Ignoró las advertencias de los agentes y se acercó al artista, se puso de cuclillas a su lado, se inclinó hacia su vigorosa cara y le susurró al oído.

—¿Fue usted el que le hizo creer que Esther de Laurenti era su madre y lo persuadió para que matase a Julie Stender como parte de un plan demencial? ¿Es culpa suya que esa niña, su nieta, esté donde está?

Asintió con un imperceptible movimiento de cabeza. El tejido blanco de la chaqueta hacía daño en los ojos, como los destellos del lago. Jeppe sabía que había estado mal, pero le daba igual.

—¡Pues entonces creo que tendría que ponerse a nadar!

Jeppe se puso de pie y dejó a la figura en el puente antes de hacer nada de lo que pudiera arrepentirse. Se colocó junto a los agentes y esperó.

Kingo miraba inmóvil hacia el lago. Había un movimiento continuo de hombres que se paraban, apuntaban, tomaban aire; hombres que avanzaban por el suelo, esperaban, maldecían. Y,

en medio de todo, el llanto que crecía sin parar hasta llenarlo todo.

Con un ágil movimiento, Kingo se levantó, se quitó la chaqueta, la tiró y se lanzó al agua.

Nadaba bien, solo respiraba cada tres brazadas y no hacía ninguna pausa. Cuando estuvo a un par de metros del bote, se detuvo, le dijo algo a la niña y siguió hasta la borda. Kørner lo vio estirar el brazo derecho hacia Bovin, que lo ató a la borda con una cuerda, todavía con Sophia en el regazo. Cuando Kingo estuvo atado, Bovin puso a la niña en el bote hinchable con cuidado, le dio un empujón y se echó rápidamente al agua.

—¿Lo tenemos a tiro? —preguntó Jeppe.

—Primero tenemos que traer a la niña a tierra sana y salva.

El bote que llevaba a Sophia, que no paraba de llorar, avanzó unos cuantos metros y se detuvo en la superficie brillante del lago. Dos policías se quitaron los chalecos antibalas y fueron nadando hacia él. Cuando llegaron, lo remolcaron hasta el puentecito. Jeppe se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

Un tercer agente se echó al suelo, recogió a la niña y la abrazó para protegerla. La llevaba pegada a él, le acarició la espalda y emitió sonidos de consuelo. La puso con suavidad en el suelo y los paramédicos se acercaron.

Jeppe miró a la pequeña y notó que algo se desmoronaba en su interior, una liberación que aún no entendía. Se llevó ambas manos a la cara y se secó el sudor con la camisa. El mundo giraba sin parar. Se acercó al grupo que rodeaba a Sophia y llegó mientras los padres bajaban corriendo por el camino junto con Anette.

El momento antes de que levantasen a la niña y la sollozante madre la acogiera en los brazos, Jeppe la miró y reconoció, sin la menor duda, los bellos ojos azules de Julie Stender.

EN LOS TRES minutos que pasaron desde que al bote de Sophia le dieron el empujón hasta que llegó a los brazos de la madre, Bovin consiguió volcar la barca grande de modo que esta quedó bocabajo. Jeppe percibió ese movimiento, como todo el mundo, pero la seguridad de la niña estaba por encima de cualquier otra cosa. Bovin y Kingo no estaban a la vista; sin duda, estarían debajo de la embarcación. Los policías se miraron entre sí. El jefe de la policía bajó al lago y miró interrogante a Anette y Jeppe. ¿Ahora qué?

Oyeron a Kingo gritar insultos llenos de ira, pero no a Bovin.

Un agente armado se tumbó sobre el bote hinchable de tal manera que solo sobresalían el punto de mira y una parte de su casco; otro agente lo empujaba con unas brazadas decididas. A lo largo de toda la orilla del lago había policías con uniformes de camuflaje y los fusiles levantados hacia el calor veraniego. Parecía una coreografía del musical *Miss Saigon*. El fin del mundo.

Cuando el policía del bote hinchable estaba a pocos metros de la barca, se oyó un grito ensordecedor, como un cerdo cuando lo están matando. La embarcación se balanceó un par de veces, el policía se quedó quieto y avanzó con el oleaje. Se hizo el silencio. Todos se quedaron en posición de espera. El agente que nadaba miró bajo el agua, hizo una señal a los compañeros que estaban en tierra, se sumergió bajo el bote y volvió a la superficie.

Hizo señas con la mano y negó con la cabeza. No había nadie.

Poco rato después, llegaron por fin los buzos de la policía con bombonas de oxígeno, proyectores, cinturones de plomo y aletas, y comenzaron a inspeccionar la zona alrededor de la barca. Jeppe tomó prestado un coche patrulla para interrogar a la pequeña Sophia y sus

sobrecogidos padres. Resultó que hacía un par de horas David Bovin había entrado con arrogancia en el patio de la guardería y había camelado a Sophia prometiéndole chuches y un paseo por el Tivoli para que se fuera con él. Los padres confirmaron que la adopción de Sophia se hizo de modo privado; también confirmaron a regañadientes la otra sospecha de Jeppe. Como ya había encajado la última pieza del puzle, dejó que los llevaran a la casa de socorro para que pudieran hacerles un chequeo de cuerpo y alma.

Jeppe volvió al lago y se sentó en el puentecito a pleno sol. Los hechos que acababa de presenciar se volcaron sobre él como las olas de calor, le dieron náuseas e hicieron que se mareara. Los agentes y los buzos pasaban a su lado, yendo y viniendo del lago, trabajando y ajetreados; lo apartaban; no les hacía caso.

La nieta de Erik Kingo era la hija que Julie Stender dio en adopción. Lo sabía. Desde luego, habría que investigarlo y confirmarlo, pero lo sabía. Todavía no podía abarcar la imagen completa del caso, pero era la pieza que hacía que todo encajase. Seis años atrás, Christian Stender se había confesado desesperado con su amigo (también pudo ser la propia Julie quien le contase a Kingo que estaba embarazada) y Kingo intervino.

Para ayudar a su pluvial.

Para darle a su hijo sin descendencia la posibilidad de adoptar un bebé. Menudo regalo. En Dinamarca, el proceso de adopción es largo y pesado. Pueden tardarse cuatro o cinco años en conseguirlo y el niño puede tener más de tres años y daños no revelados. Kingo podía darle a su hijo un bebé con la piel de melocotón, recién nacido y, además, con los genes de la familia. Aunque era probable que no le hubiera contado este detalle. Ser el padre biológico de la niña y, al mismo tiempo, el abuelo podía convertirse rápidamente en un escándalo.

Un grito en el lago, un buzo haciendo señas.

Un bote fue hacia él, ataron una cuerda y tiraron las sondas al agua. Más gritos y buzos que tiraban y empujaban; la polea del bote empezó a funcionar, chirriaba, se atascó, los buzos tiraban, volvió a moverse. Un cuerpo salió a la superficie.

Jeppe se tapó los ojos. Una maraña empapada en el reflejo del agua; parecía un montón de materia orgánica rodeada de cabezas de buzos. Tardaron mucho en sacar la maraña del agua; ruido de poleas, quitaron las amarras y la cuerda, y hubo gritos por todas partes.

Un destello de pelo moreno. La maraña era David Bovin.

Lo tumbaron en el bote y lo llevaron a tierra firme mientras los buzos seguían buscando a Kingo. Cuando el bote llegó a la orilla, Jeppe vio que la piel del vientre de Bovin estaba rajada de lado a lado y que se le salían las tripas.

Nyboe estimó, sin que nadie tuviera que decirle nada antes de la autopsia, que Bovin se había dado muerte rajándose la barriga de izquierda a derecha. Jeppe reconoció el método de la película *El último samurái*, era el modo de suicidarse que tenían los samuráis para no sufrir la vergüenza de caer en manos del enemigo. Otro drama más.

Los forenses, vestidos de blanco, rodearon el cadáver como fantasmas que cazan a otros fantasmas. Evitaron mirar mucho la cara que les había sonreído al otro lado de la pantalla del ordenador y de la taza de café los últimos seis meses. En los bolsillos del pantalón del cadáver encontraron un pedazo de papel medio deshecho, pulcramente doblado, en el que solo había escrita una palabra: «estrellita».

Cuando el sol estaba posándose sobre el lago, encontraron el cadáver de Erik Kingo en el fondo, con la cadena de un ancla atada a las piernas. Le habían sacado los ojos, que flotaban como

tentáculos en el agua delante de su rostro.

Las anguilas ya habían empezado su banquete.

37

COSTÓ MUCHO PERSUADIRLO, pero al final Esther de Laurenti consiguió que el amable celador la llevase en la silla de ruedas a la planta catorce, donde estaba Gregers. Por lo que había averiguado, la operación había transcurrido según estaba prevista, y en ese momento ya debería estar despierto y en su habitación. En el ascensor notó que se le aceleraba el corazón; se puso una mano en el pecho, sorprendida por lo intranquila que estaba por su viejo inquilino. Cuando entró, dos enfermeras estaban sentando a Gregers en una silla de ruedas, así que no debía de estar muy mal.

—Hola, Gregers. ¿Vas a salir?

El anciano levantó la vista como si hubiera oído a un espectro. Cuando la vio, abrió los brazos, tembloroso.

—Creía que... oh, he estado muy preocupado. Íbamos a bajar a verte. ¿Estás bien?

Al ver esa sensibilidad tan extraña en él, el miedo que había tenido Esther las últimas veinticuatro horas se esfumó. Le tendió la mano y él la agarró, y ahí estaban, dos debiluchos en un remolino, intentando mantenerse a flote. La calidez de Gregers le quitó la última capa de responsabilidad que sentía, y ya solo quedaban tristeza y arrepentimiento. Sus sollozos se mezclaron con las tímidas palabras de consuelo del personal del hospital, que les dieron agua y pañuelos.

Cuando lo peor de la tormenta sentimental se hubo calmado, los llevaron a la ventana para que estuvieran uno al lado del otro y mirasen las vistas de Copenhague mientras el personal se iba corriendo y sonriendo.

«¡Ay, esta gente mayor tan sensible!»

Y sí, bien sabía Dios que lo eran. Se cogieron de la mano con la luz del atardecer a sus pies. Se había roto el orden natural; los jóvenes habían desaparecido y los mayores permanecían, y nada tenía sentido excepto el calor que se daban las palmas de las manos.

A Kristoffer iban a enterrarlo el jueves, el mismo día que a Julie. A ella con coronas de cientos de euros y una lápida de granito en el panteón familiar; a él con un funeral no religioso en la capilla del Departamento de Medicina Forense, con la consiguiente incineración. Su madre le había dado permiso a Esther para celebrar la comida de después del funeral en una cafetería cercana al hospital, y esta esperaba que acudieran amigos y compañeros de trabajo. También accedió a que Esther financiase una tumba y una lápida para que no lo enterrasen en una fosa común. Esther necesitaba un lugar a donde poder ir cuando lo echara mucho de menos. Cuando aceptase lo que había pasado. Le dio una palmada cariñosa en la mano a Gregers y él se la devolvió. Así siguieron, con los ojos clavados en las torres lejanas de las iglesias. Gregers

inspiró profundamente.

—No sabía que escribías libros.

—Ya no lo hago. Al menos, no la clase de libros que creía que tenía que escribir —dijo pensando que volver a escribir cualquier cosa era absurdo.

—Ah, lo digo porque yo trabajé una vez imprimiendo libros, pero en realidad nunca he conocido a nadie que escribiera uno.

—Por desgracia, sigues sin conocer a nadie que haya escrito uno, Gregers.

—No, pero a lo mejor algún día, ¿no?

«Nos estamos haciendo amigos», pensó Esther. Después de tantos años. Lo miró. Piel vieja sobre huesos fuertes, una mirada agradable. Simplemente, estaba oxidado porque llevaba mucho tiempo viviendo solo. Igual que ella.

—Gregers, me veo obligada a vender el edificio.

Las palabras salieron de su boca antes incluso de que hubiera pensado en ello, pero en cuanto las oyó, supo que eran válidas. Recordó la habitación que tuvo de niña con las paredes torcidas, a su madre junto a la vieja estufa de gas, cuando la cocina daba al patio. Se sentaba en el regazo de su padre mientras él le leía el periódico y el humo de la pipa flotaba a su alrededor, y ella dibujaba con tizas y jugaba en el patio con los demás niños. En aquella casa vio la cara de su madre por primera y última vez; allí dio su primer beso y llevó dentro a su única hija, y nunca pensó ni por un segundo en irse. Para ella no era solo una casa, era toda su historia.

—No puedo seguir viviendo ahí, es imposible.

—Lo entiendo —dijo mientras agachaba la cabeza.

—¿Sí? También es tu casa, no quisiera...

—Yo también lo he pensado. Nunca será lo mismo.

—No —confirmó con un nudo en la garganta—, nunca será un lugar seguro. Al menos no para mí, así que, cuando todo esto se calme, llamaré a una empresa de limpieza para que le den un repaso y la pondré a la venta. No debería ser difícil a pesar de... los asesinatos.

Gregers dio un fuerte suspiro.

—Mañana o pasado me darán el alta, si no hay complicaciones.

Esther asintió. Le dolían la caja torácica y la cabeza, y la mandíbula seguía hinchada, pero también la apaciguó la idea de poder volver a casa en un par de días.

—Pero... —añadió Gregers desesperado—, pero no sé adónde tengo que ir.

Esther le dio una palmadita más en la mano.

—Gregers, se me ha ocurrido una cosa. Quizá tú y yo tendríamos que irnos de vacaciones cuando nos den el alta. Un sitio cálido con buena comida, buen vino y quizá con mar, para sentarse a mirarlo. Y luego ya pensaremos adónde nos mudamos.

—¿Mudamos? Pero...

Él la miró, apartó la mirada, intentó hablar, pero no pudo. Cuando por fin recobró el control, le tembló la voz.

—¡Pero no quiero nada de música alta ni comida rara en la piscina! Y luego quiero una taza de café de verdad para desayunar, rediós.

Esther le sonrió.

—Te lo prometo, Gregers; encontraremos un sitio que tenga café de verdad.

38

JEPPE INSPIRÓ EL olor de la noche estival y se detuvo un momento ante el hospital, en medio del crepúsculo. Estaba muerto de cansancio y le dolían la espalda y el espíritu después de haber conocido en los últimos días la más absoluta depravación. Anette y él habían llevado a cabo otro agotador interrogatorio a Christian Stender, que en un primer momento se negó a creer que Kingo hubiera muerto y después se vino abajo y amenazó con ahogarse en el retrete más cercano. En aquel momento, Anette estaba tan fuera de sí que se ofreció a mantenerle la cabeza dentro.

Stender admitió por fin el acuerdo al que había llegado con Kingo, mediante el cual él se entregaría a la policía para evitar que arrestaran a David Bovin. Kingo, a cambio, prometió hacer que Bovin muriera de una manera terrible; tenía contactos que podían hacer eso. Algo así como un favor de amigo. ¿Qué no hace uno por su pluvial?

Jeppe interrumpió el interrogatorio y apagó la grabadora, con una pesadez en el cuerpo que nunca antes había experimentado. Su cuota de depravación humana estaba completa.

Anette llevaba todo el día inusualmente pálida, cansada y desilusionada, tanto como él. Recogieron sus cosas en silencio antes de salir del Departamento de Homicidios y bajar las escaleras. Ya en la calle, Jeppe pensó en intentar darle un abrazo, pero antes de llegar tan lejos, Anette ya le había guiñado el ojo y se había dirigido hacia el coche. En casa la esperaba Svend con los brazos abiertos y carne asada. Jeppe sabía que estaba en buenas manos.

Él no tenía a nadie que le hiciera la comida y estaba bien así. Tenía pendiente una conversación que no podía esperar hasta el día siguiente. Esther merecía saber la verdad. Ya que no había sido capaz de protegerla, al menos podría darle un poco de paz espiritual, así que atravesó la suave oscuridad estival de la ciudad hasta llegar al hospital.

Se la encontró en una silla de ruedas junto a la ventana con vistas a la ciudad. Llevaba una manta encima y estaba tan tranquila que Jeppe creyó que estaba dormida, pero cuando puso una silla a su lado, ella se movió.

—Buenas noches, Jeppe. ¿Qué haces aquí tan tarde?

—Hola. ¿Por qué estás a oscuras?

—Si se está mucho tiempo aquí, todo se vuelve oscuro. No tengo ganas de acostarme.

—Yo tampoco. ¿Te has enterado de lo de Kingo? ¿Y lo de Bovin? Que están...

—Sí, lo he oído.

Jeppe miró por la ventana hacia el cielo, que casi se había unido a los tejados.

—¿Tienes dolores?

—Grandes de narices —gimió—. Pero me dan unas pastillitas de morfina estupendas. Se

llaman oxycodona, creo.

—¡Mis favoritas! —dijo Jeppe riéndose.

Esther también se rio. Luego se hizo el silencio y Kørner tomó aire.

—He estado charlando con Carl y Penelope Kingo, el hijo y la nuera de Erik, y creo que tienes que saber lo que me han contado.

Ella no dijo nada y Jeppe se sintió nervioso de repente, como si fuese a hacer un examen. Con el mayor tacto posible, le contó la verdad sobre la niña que Julie le dio en adopción al hijo de Erik. Las palabras salían de su boca hacia la oscuridad que los rodeaba, y a lo mejor gracias a ella parecían inocentes, como si pertenecieran a otra época.

—Todo el mundo quedó satisfecho con el arreglo. Todos excepto Julie. Creo que se arrepintió de haberlo hecho, pero, claro, es pura conjetura. El caso es que se puso en contacto con Carl y Penelope, y expresó su deseo de ver a Sophia cuando se mudó a Copenhague. Por lo que entendí, fue algo inocente, pero el simple hecho de que les hablase fue algo muy desagradable para la familia, en especial cuando Hjalti Patursson también se involucró y comenzó a exigir sus derechos. Esto debió de animar a Julie a presionarlos, si es que no fue él quien la incitó a hacerlo. La pequeña Sophia no sabe nada de su origen y los padres no tenían el más mínimo deseo de introducir a los padres biológicos en su paraíso. Imagina que de pronto hubieran querido quedarse con ella.

—Suena peligroso —dijo Esther con una voz transparente y lejana.

—Le hicieron saber a Julie que no era bienvenida, pero ella siguió llamando. La gota que colmó el vaso fue cuando Julie le envió a Sophia un oso de peluche y en la tarjeta puso que era para su estrellita. Los padres se quedaron paralizados. Erik Kingo prometió arreglarlo. Carl aclaró que pensaron que hablaría con Christian Stender.

—Pero ¿no lo hizo?

—Quizá al principio, pero la situación, con toda probabilidad, se agravó cuando Julie y él se vieron en tu cena. Quizá le añadió presión directamente amenazándolo con hacer público que él era el padre biológico de su nieta si no la ayudaba a ver a Sophia. Dudo que esta revelación les sentara muy bien a su hijo y su nuera, ni a su viejo amigo Christian Stender.

Oía a Esther haciendo ruido con la manta y tragando saliva, como si luchase contra sus sentimientos.

—Fue la noche en que les hablé de mi hija. Una historia paralela a la de Julie y a la vez un cebo plausible para David Bovin, que estaba buscando a su madre biológica. Se lo puse en bandeja a Kingo.

—Sí, debió de aprovecharse del simbolismo y el drama de la coincidencia. Bovin resultó una oportunidad única para quitarse de en medio a Julie de un modo espectacular.

—Y, de paso, hacerme daño a mí —añadió casi con apatía. Quizá fueron los analgésicos los que suavizaron su reacción—. Pero si Bovin quería vengarse de mí, ¿cómo lo convenció Kingo de matar a Julie?

—¡Tu libro! El manuscrito fue un regalo. Tú estabas describiendo el asesinato de una joven en tu propia casa y, si se producía en el mundo real, sería destructivo para ti. Esther de Laurenti sospechosa de asesinato y desprestigiada. Seguro que se lo vendió así.

—Eso es una locura —protestó.

—Sin embargo, es lo que seguramente ocurrió. Bovin se ganó la confianza de Julie, entre otras

cosas, conociendo detalles íntimos que Kingo había leído. El apelativo de «estrellita». Julie te contó que estaba enamorada del hombre que había conocido en la calle y tú creaste el asesinato para tu libro a partir de esa información.

—Bloques de ficción y realidad. Yo sola no podría haberlo escrito mejor.

Su voz estaba tan llena de arrepentimiento que Jeppe no dijo nada más. Era una señora mayor, herida. Su aguante tenía un límite.

—Me gustaría saberlo, Jeppe —dijo como si le hubiera leído el pensamiento—. Va a doler, pero no quiero vivir en la ignorancia... Que yo metiera a Bovin en mi historia y le diese un guion del asesinato es lo mejor que podía haber soñado Kingo. Entonces, ¿qué salió mal?

Jeppe miró a la sombra oscura de la silla de ruedas que tenía al lado y sintió su intranquilidad. Ambos sabían lo que había sucedido.

—Kristoffer se metió por medio. Solo podemos conjeturar sobre qué sabía y por qué contactó con Bovin en vez de llamarnos a nosotros, pero mi suposición es que simplemente lo reconoció cuando fue a tomar tus huellas y aprovechó para dejar el portacelo en tu mesa. Kristoffer debió de ver a Bovin con Julie. La siguió la noche del asesinato, así que por qué no antes. Creo que quería enfrentarse a Bovin y decirle que lo sabía; quizá, directamente, quería vengarse. ¿Julie le gustaba mucho?

Jeppe no recibió respuesta alguna. No había nada que responder. La oscuridad hacía más fácil estirar el brazo y tomar de la mano a Esther. Ella le dio una palmada, agradecida, pero también algo impaciente, como para pedirle que sobreentendiera la respuesta.

—Kingo se enteró de que las cosas iban mal cuando Kristoffer apareció en la lámpara del teatro —prosiguió Jeppe con cautela—. Se ofreció a castigar él mismo a Bovin si Stender ganaba tiempo y se incriminaba. No podía arriesgarse a que interrogásemos a Bovin... Por supuesto, nunca podremos llegar a demostrar nada de esto, igual que no podremos demostrar que Stender empujó al profesor de Julie desde un acantilado, aunque eso fuera lo que pasó.

—¿Más asesinatos? ¿Eso también está sacado de un libro o sucedió de verdad? —dijo con una pizca de humor negro.

—Por desgracia, es muy real. Por qué tuvo que morir ese pobre hombre. Toda esa muerte. Y todo por un bebé.

Esther emitió un pequeño ruido a mitad de camino entre un suspiro y una risa.

—¿No es lo único por lo que merece la pena morir, Jeppe? ¿Por un niño?

LA NOCHE ERA clara. Esther de Laurenti no pudo dormir después de que Jeppe se fuera. Había sido muy atento y se negó a irse hasta no estar seguro de que ella estaría bien. Todos habían sido muy amables, médicos, policías y enfermeros. Amables y comprensivos. Un psicólogo se pasó durante el día y se tomó su tiempo para ayudarla a expresar sus sentimientos, pero Esther no tenía problemas en decirlo en voz alta: «Tengo miedo, estoy triste, me arrepiento». Eso no hizo que los sentimientos fueran más llevaderos.

La señora de la cama de al lado daba sus últimos estertores; incluso de noche, la habitación olía a pollo recocado y coliflor. Se puso a pensar en la bullabesa de Kristoffer, que solía tardar un día entero en hacerla. Solo para ocasiones especiales. Cuando salía de la universidad, él ya les había quitado la cáscara a los cangrejos, había fileteado el rape y hecho la *rouille*. El olor a marisco fresco volvía locos a los perros.

Esther se envolvió en el edredón gastado del hospital y fue despacio, resoplando e insegura, a las sillas del vestíbulo de la planta, que de día era un ir y venir de pacientes y familiares. Entonces estaba vacío. Se sentó en una silla y dobló las piernas bajo el edredón como una jovencita, se puso recta y echó la cabeza hacia atrás con cuidado.

Cuando era pequeña y murió su abuela, su madre le contó que la gente se convertía en estrella cuando se iba de este mundo. La idea le dio un susto de muerte. ¡Estar colgada allí sola helándose de frío por la noche! Aun así, hablaba con las estrellas cuando echaba de menos a su abuela, y la verdad es que se sentía más cerca de ella. «Cuando me muera, mi familia morirá conmigo —pensó Esther—. Ni siquiera existirá la casa tal como la conozco ahora. Tirarán mis cosas y las venderán, no habrá nadie que me recuerde ni mire hacia arriba para buscarme.»

En ese momento, cayó un meteorito dejando tras de sí una larga estela sobre el cielo de agosto.

«¡Oh!», llegó a decir en voz alta y cogió el medallón. Como respuesta, apareció una estrella fugaz. Y luego otra más. Y, de repente, el cielo explotó y le regaló una lluvia de estrellas a Copenhague. Esther aspiró la ráfaga de luz con esa euforia que se experimenta las pocas veces en la vida que uno sabe que es un elegido. Vio a los jóvenes bailando y resplandeciendo. A Julie. A Kristoffer. A la hija a la que nunca conoció. Y, de pronto, la luz del cielo lleno de estrellas alivió de forma incomprensible la tragedia que llevaba encima. La grandeza del universo.

«Sí, todos vamos a morir —pensó—. Pero aún no estoy muerta.»

LA NOCHE ESTIVAL había abrazado Copenhague hacía mucho cuando Jeppe se metió en el coche y se dirigió a su casa de Valby. Estaba tan cansado que se sentía enfermo y no estaba seguro de ser capaz de conducir.

El barrio de chalés estaba oscuro y tranquilo como solo la periferia puede estarlo de noche. Cerró el coche y subió por el camino del jardín con las piernas pesadas y arrastrando los pies, dudando de si tendría la fuerza suficiente para introducir la llave en la cerradura.

Algo le hizo levantar la vista desde la puerta principal. Intuición, quizá, un susurro desde las alturas. El cielo explotó en una lluvia de meteoritos blancos, silenciosa y violenta al mismo tiempo. Cerró los ojos un momento y vio la lluvia de estrellas en la parte interna de su párpado. De repente, oyó la voz de su padre.

—«Bonito, ¿no?»

Jeppe sonrió y dejó que las luces ardiesen dentro de él e iluminasen su mente. Notó la mano de su padre sobre él y recordó que juntos habían visto una lluvia de meteoritos en agosto. Las lágrimas de San Lorenzo. Pero quizá era un recuerdo inventado. Nos inventamos muchas cosas.

Lo primero que hizo cuando cerró la puerta fue mirar el teléfono y comprobar que Anna, como era de esperar, no había respondido. Por supuesto que no. Otra decepción, pero una de las menos importantes. Todas las relaciones encierran una dimensión de cariño y otra de dolor. Tomándolo todo en consideración, había salido de aquella con más de lo primero.

Se tragó un par de ibuprofenos con vino tinto templado de una botella que debía de llevar abierta varias semanas y notó enseguida en los labios el beneficioso picorcillo. Cogió la botella, se la llevó al salón y se tumbó en el sofá.

Therese y él habían comenzado un proceso de adopción en el momento en el que quedó claro que el tratamiento de fertilidad no sería productivo. Habían estado en innumerables charlas dolorosas y habían pasado fines de semana en conferencias edificantes, cuando habría pagado lo

que fuera con tal de tener un bebé sin nombre en la puerta de su casa. Solo por detener las lágrimas de Therese.

Jeppe parpadeó. El caso se había acabado, tenía que sentir un mayor o menor grado de satisfacción.

La ropa de cama seguía en el sofá, olía rancia. Oisqueó el edredón y lo apartó con asco. Miró la polvorienta botella de vino con unos ojos que nadaban en cansancio y medicinas. ¿Era aquel su tope de miseria o podía caer aún más bajo?

De repente, se levantó e irrumpió en el dormitorio haciendo que la botella se volcase y destrozase para siempre la alfombra; de todos modos, la odiaba. Sin pensar demasiado, se dirigió hacia la antigua mesilla de noche de Therese y la cogió con las dos manos. Podía vivir teniendo las cajas en el garaje: los discos, las cartas y el birrete de Therese, que tapaban, como un *graffiti* malo, lo que una vez fue bonito. ¡Ya estaba bien de aquellos recuerdos de mierda! Con resolución, llevó la mesilla con el libro del *Kamasutra* por toda la casa hasta la puerta trasera y la tiró en la oscuridad, haciendo que aterrizase en el césped con un estruendo. La siguió la foto con Therese en el Tivoli.

Luego echó el cerrojo, se metió en la cama y se durmió.

MARTES, 14 DE AGOSTO

39

EL MARTES POR la mañana, Jeppe se despertó con tal depresión que no pudo salir de la cama. Tenía la sensación de que se derrumbaría si intentaba levantarse, así que se quedó tumbado. Era conveniente tomarse un día libre y no asistir a la conferencia de prensa de la comisaria. Se dio la vuelta y le cerró los ojos al mundo.

—Cariño, ¿estás bien?

La voz le llegó a través de capas de algodón y gachas calientes, lejana y, sin embargo, segura.

—Jeppe, ya son más de las doce. ¿Estás enfermo?

Se dio la vuelta y abrió los ojos. A los pies de la cama estaba su madre con su cara arrugada y una mirada de preocupación. La escena era tan familiar, tan de la infancia, que tuvo que parpadear varias veces antes de entender por qué su débil figura estaba tan encorvada y vieja.

—Mamá, ¿qué haces aquí? —preguntó mientras sacudía la cabeza y se restregaba los ojos—. No estoy enfermo, solo estoy cansado.

Su madre no pareció convencida.

—He llamado una y otra vez, pero no me contestabas, así que pensé que sería mejor venir a ver si seguías vivo.

Jeppe volvió a cerrar los ojos. Su presencia no era bienvenida, era más bien irritante, pero sabía que detrás había un amor que le vendría bien recibir. Se incorporó, aturdido y con la cabeza ardiendo.

—Mamá, voy a darme una ducha. Haz café si quieres.

Estuvo largo rato bajo el agua e intentó aclarar la mente. Cuando llegó a la cocina, con los ojos rojos, vio que su madre la había ordenado, había tirado la botella de vino y la alfombra destrozada, y echado el edredón a lavar. Encima de la mesa había panecillos y café.

—Ya sabes que tienes la nevera vacía, ¿no? No hay ni mantequilla ni leche para el café. Y esto está lleno de pelusas. Tú, que siempre has sido tan ordenado. Bueno, venga, siéntate. ¡Come!

Jeppe se obligó a comerse medio panecillo con mermelada. El café estaba bueno y era fuerte. Comieron en silencio. Su madre miró de reojo la mesilla de noche destrozada que había en el césped, pero no dijo nada, solo dio mordisquitos al pan.

Jeppe no quiso comer más, tenía el cuerpo deshecho, como si tuviera *jet lag*, y no tenía apetito.

—Venga, vamos a dar una vuelta. Necesito aire.

Caminaron por el barrio de chalés, pasaron por setos e invernaderos, debajo de vías de tren elevadas y atravesaron cruces. Del barrio Carlsberg a Vestre Kirkegård, el cementerio del este.

«En mí todo señala hacia abajo. Hacia mi tumba», pensó Jeppe. El cielo se nubló y se abrochó la cazadora. De vez en cuando, atisbaba la mirada de preocupación de su madre. Se la veía confusa y ausente, estaba claro que no se atrevía a decir lo que le pasaba por la cabeza. Simplemente andaba; pasos largos y tenaces, típicos de su familia; cuerpos erguidos con la mente apesadumbrada. A Jeppe no le venía de la nada, el alma de su madre también era melancólica y pensativa, igual que lo fue la de su padre.

—¿Nos sentamos en ese banco? Ayer fue un día largo, tengo que dejar descansar las piernas un poco.

Se sentaron y estuvieron mirando desde lo alto de una colina cubierta de césped que iba desde sus pies hasta los árboles. Jeppe habría matado en ese momento por una cetobemidona, un atajo rápido hacia una saludable indiferencia.

—He mirado tu botiquín mientras estabas durmiendo. ¿Por qué sigues tomando todas esas pastillas? —preguntó la madre no con voz quejumbrosa, sino triste—. Tú no tienes ninguna hernia discal, así que todos esos analgésicos no son necesarios.

—¡No me hagas sentirme como un yonqui! —protestó y al instante se arrepintió de ese grito iracundo. Su madre no pareció haberlo notado.

—De vez en cuando, la vida nos hace daño, pero tenemos que superarlo y seguir adelante. ¿No tiene efectos secundarios?

Jeppe puso la cabeza entre las manos. El miedo, la cantinela que no se le iba de la cabeza, la sensación de estar en tierra de nadie, entre aquí y allá. Ella tenía razón. Se levantó e hizo una mueca que parecía una sonrisa.

—¿A cuántas personas felices conoces?

El mantra era antiguo, una broma de familia repetida a menudo. Aquella vez, la madre no se rio.

—Jeppe, tengo que contarte una cosa.

—¿Podemos caminar otro poco? —preguntó, sintiendo que una mano fría le apretaba el estómago.

Ella se levantó y siguieron andando por los caminos de arena del cementerio. A Jeppe le entraron ganas de correr tan rápido como fuera capaz hacia el horizonte.

—Me encontré con Therese el otro día. Iba con Niels.

Jeppe tomó aire, caminó; iba como una máquina a la que se le estaban acabando las pilas.

—Iban a ver carritos de bebé. Ay, mi niño, no sabía cómo decírtelo ni si debía hacerlo, pero...

—¿Estaba contenta? ¿Se la veía feliz? —preguntó Jeppe sorprendido por lo calmada que sonó su voz. Su madre asintió—. Bien, se lo merece.

Notó que, en medio de la pena y la culpa, lo decía en serio. Le complacía de verdad la felicidad de Therese, aunque no lo incluyese a él.

A regañadientes, se dejó abrazar. Su madre lo estrechó con fuerza y le dio palmadas en la espalda, como cuando era niño.

Estuvieron así un rato. Luego llegaron las lágrimas.

¡Gracias!

ESCRIBIR UN LIBRO no es una experiencia tan solitaria si cuentas con un número abrumador de personas talentosas que te ofrecen su ayuda e inspiración. Cualquier error en la exposición de los hechos de esta obra de ficción se debe únicamente a mi ignorancia, y no a los numerosos consejos recibidos.

Mi mayor gratitud es para las dos mujeres más importantes de mi vida: mi madre, Sysse Engberg, y mi amiga íntima, Anne Mette Hancock, por sus comentarios, revisión y motivación, tan crucial en todo el proceso de escritura.

Un enorme agradecimiento al oficial de policía y amigo Jesper Arff Rimmen, por enseñarme un poco sobre cómo trabaja la policía y por proporcionarme información relevante sobre su labor de investigación. También mi más sincera gratitud al inspector de policía Kim Juul Christensen, al que pude acompañar en su coche patrulla y que respondió a todas mis preguntas de principiante.

Gracias al técnico en dactiloscopia Kim Høltermand, por la inspiración y por enseñarme los misterios de la huella digital humana, y también al exjefe de la policía Flemming Gabelgaard, por sus explicaciones acerca de la documentación de la escena del delito, la reunión de pruebas y el trabajo de los científicos forenses.

Gracias a Hans Petter Hougen, profesor del Departamento de Medicina Forense, por su muy valiosa perspectiva de la Patología Forense, y a la doctora Signe Düring, del Centro Psiquiátrico de Copenhague, por orientarme sobre analgésicos y medicamentos de prescripción psiquiátrica.

Gracias al amable Lars Halby, que sabe más que nadie sobre el Teatro Real de Copenhague y que comparte sus conocimientos con generosidad.

Gracias a la editorial Lindhardt & Ringhof y a la agencia Salomonsson, y sobre todo a la fantástica editora Dorte Einarsson, que, con su visión aguda y su opinión sincera, me ayudó a dar a luz este libro, y a Birgitte Franch y Karin Linge Nordh por su ayuda en la segunda fase del proceso de edición.

Y, sobre todo, gracias a Timm por su apoyo constante, y por ser simplemente el hombre más maravilloso del mundo.

Katrine Engberg